

**NO ME
RINDO
CONTIGO**
CLARA ÁLBORI

NOU
EDITORIAL



Índice de contenido

[Portada](#)

[Entradilla](#)

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Más Nou editorial romántica](#)



**NO ME
RINDO
CONTIGO**
CLARA ÁLBORI

A black and white photograph of a woman, Clara Álbori, sitting on a wooden floor. She is wearing a white wedding dress with a lace bodice and a full skirt. She is looking to the right of the frame. The background is a wooden wall. The text "NO ME RINDO CONTIGO" is written in large, bold, sans-serif capital letters on the right side of the image. Below it, the name "CLARA ÁLBORI" is written in a smaller, bold, sans-serif font.

**NO ME
RINDO
CONTIGO**

CLARA ÁLBORI



.NUS.
EDITORIAL

Título: **No me rindo contigo.**

© 2018 Clara Ábori.

© Portada y diseño gráfico: nouTy.

Colección: Noweame.

Director de colección: JJ Weber.

Editora: Mónica Berciano.

Primera edición febrero 2018.

Derechos exclusivos de la edición.

© nou editorial 2018

ISBN: 9788417268220

Edición digital abril 2018

Esta obra no podrá ser reproducida, ni total ni parcialmente en ningún medio o soporte, ya sea impreso o digital, sin la expresa notificación por escrito del editor.

Todos los derechos reservados.

Más información:

noueditorial.com / Web

info@noueditorial.com / Correo

[@noueditorial](#) / Twitter

[noueditorial](#) / Instagram

[noueditorial](#) / Facebook

Título: Eraclea

© 2017 Blanca Mira

© Ilustración de portada
e ilustraciones interiores: Adrià Inglés

© Diseño Gráfico: Nouty.

Colección: Volution.

Director de colección: JJ Weber.

Primera edición diciembre 2017

Derechos exclusivos de la edición.

© nowevolution 2017

ISBN: 978-84-

Depósito Legal: GU XX - 2017

Esta obra no podrá ser reproducida, ni total ni parcialmente en ningún medio o soporte, ya sea impreso o digital, sin la expresa notificación por escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Más información:

nowevolution.net / Web

info@nowevolution.net / Correo

@nowevolution / Twitter

nowevolutioned / Instagram

nowevolutioned / Facebook

*Para las personas luchadoras que,
aunque la vida se lo ponga difícil,
el destino siempre hará que nos encontremos
con personas que nos hagan sonreír.*

Prólogo

Y ahí estaba su pequeña bailarina. Aunque ya no era tan pequeña. José aún recordaba a su niña con su conjunto rosa de ballet y su graciosa coleta en lo alto de la cabeza cuando, siendo apenas una muñequita de tres años, iba a recogerla a la academia donde comenzó su pasión por la danza. Pero su hija había crecido y cada día la miraba con más orgullo. De lunes a viernes ensayaba durante tres horas, sin parar, dispuesta a conseguir una beca para hacer su sueño realidad: estudiar en París y dedicarse al baile por completo.

Hacía unos meses que Amy había mandado solicitud a una de las escuelas más importantes de París para formarse como bailarina profesional y no paró de sonreír durante semanas cuando le llegó una carta para que realizara una prueba. Un equipo de profesionales llegaría desde la capital francesa en apenas dos meses para examinarla y decidir si le condecían o no esa oportunidad. Amy ansiaba que llegara ese día, a pesar de que los nervios comenzaran a formarse en su estómago. Sin embargo, era una oportunidad única y

no pensaba desperdiciarla. Con veintidós años, se convertiría en una de las bailarinas más jóvenes en formar parte de una escuela profesional en la ciudad del amor y las luces. Y pensaba conseguirlo

Aunque Amy sabía que era un sueño muy complicado, por lo que debía compaginar su pasión con los estudios que estaban a punto de acabar. En unos meses se licenciaría en Derecho, a pesar de que su sueño no era ser abogada, pero José quería que tuviera una carrera. El futuro era impredecible y jamás se sabía lo que podía suceder.

Como cada tarde, Amy salió con su habitual coleta alta, algo despeinada, que recogía sus rizos chocolate y enmarcaban una gran sonrisa. Se la veía cansada y unos cercos oscuros comenzaban a formarse bajo sus ojos grisáceos, a pesar de que intentaba ocultarlas con maquillaje, algo corrido debido al sudor de los ensayos. Lo que más le gustaba a su padre, era que Amy siempre estaba contenta y su preciosa sonrisa no abandonaba su rostro

—Nos vemos mañana, Amy —se despidió una compañera.

—Laura, acuérdate de traer la tela para los trajes.

—Sí, pesadita. —Le dio un beso en la mejilla—. Así decidimos cuál nos gusta más. ¡Adiós!

Dando pequeños saltitos, Amy llegó a la puerta del

copiloto del Opel Astra blanco de su padre. Dejó la pequeña mochila con la ropa sucia que llevaba en el suelo del asiento y, retirándose los rizos castaños que el viento colocaba en su cara, entró. Antes de colocarse el cinturón, se inclinó un poco hacia su padre para darle un beso en la mejilla, como siempre hacía cuando iba a buscarla desde que era pequeña.

—¿Qué tal todo, cielo?

—Agotador. Como siempre, aunque la coreografía está quedando bastante bien. Espero conseguir la beca.

—Estoy seguro que lo conseguirás, muñequita —le dijo cariñosamente su padre arrancando el coche.

—Pero... he estado pensando y... me separaría de mamá y de ti. Y un piso en París es muy caro, papá.

Amy era consciente de que el sueldo de su padre como informático no iba a ser suficiente para poder independizarse. Y más en otra ciudad. Su madre llevaba mucho tiempo en paro debido a que carecía de estudios y subsistían con el salario de su padre.

—Por eso no te preocupes. Hace tiempo me encargaron un proyecto y no lo acabé, lo bueno es que me pagaron... esa parte.

Amy frunció el ceño. Su padre parecía dudar con esa respuesta que le había dado. ¿Acaso le estaba mintiendo? Ahora que se fijaba, parecía tenso, e incluso nervioso, y apretaba con fuerza el volante

mientras conducía haciendo que sus nudillos se volvieran completamente blancos. Presionaba los labios con fuerza y miraba preocupado a todos los lados de la carretera. Algo ocurría.

—Papá, ¿estás bien?

—Claro, muñequita. No te preocupes.

Su voz sonaba demasiado ahogada, sin embargo prefirió no presionarle. Cansada tras esas tres horas de ensayo, Amy reposó la espalda y la cabeza en el asiento y poniendo la radio giró el rostro hacia la ventanilla para cerrar los ojos. Estaba deseando llegar a su casa y meterse en la cama para poner fin a ese día. Su cuerpo menudo notaba cada vez más el cansancio, pero debía luchar para conseguir su objetivo.

De repente oyó el sonido brusco y chirriante de un frenazo y poco después su cuerpo era despedido hacia el parabrisas. De no haber sido por el cinturón, se habría dado un fuerte golpe en la cabeza. Su padre había dado un fuerte frenazo cuando un Mercedes negro con las ventanas tintadas se había interpuesto en mitad de la carretera.

—Amy, escóndete. Quítate el cinturón y agáchate.

—Pero, papá, ¿qué ocur...?

—¡¡Escóndete!! —le ordenó con voz nerviosa y Amy obedeció—. Pase lo que pase, no te muevas de ahí y... te quiero muñequita.

Amy, asustada, le miró a los ojos. Estaban humedecidos y llenos de miedo. Algo pasaba. Y su padre se lo estaba ocultando.

Tras echar todo el aire retenido en sus pulmones, José se quitó el cinturón y salió del coche. Amy, nerviosa y notando cómo las manos y el cuerpo entero no dejaban de temblarle, bajó un poco la ventanilla para ver si escuchaba algo.

—Vaya, vaya, José... Al fin te encontramos —oyó Amy la voz grave de un hombre—. Creo que te repetí varias veces que conmigo, no se juega. Tienes que llegar hasta el final.

—Lo siento —dijo José con voz quebrada—. Solo os entregaré los datos que necesitáis para hacer lo que queréis. No os seré de más utilidad.

—Te equivocas... debes llevar a cabo esos datos. Lo que se conoce como ponerlos en práctica. Ya sabes José... hasta el final. Para eso te pagamos.

Amy se incorporó un poco para ver que ocurría, pero enseguida se escondió de nuevo al ver en manos de un hombre con el pelo negro como el carbón y algunas canas una pistola. Notó cómo comenzaba a hiperventilar y se tapó la boca. No debía hacer ruido. No podía delatar su presencia.

—No lo haré.

Se oyó una risa irónica y el leve sonido del arma al

cargarse.

—Entonces si tú no llegas hasta el final... yo te daré a ti tu final.

Tres disparos fuertes y seguidos se oyeron en mitad de la calle y Amy, aún escondida, ahogó un grito que luchaba por salir. Lloraba con fuerza pero en silencio, preocupada porque a su padre le hubiera pasado algo. Se escuchó el motor de un coche arrancar y vio unas luces pasar por su lado. Al comprobar que el coche negro se había ido, Amy salió y gritó:

—¡¡Papá!! —Corrió hacia el cuerpo ensangrentado de su padre tendido en el suelo. Los tres disparos que había oído habían impactado contra su pecho y comenzaba a respirar con mucha dificultad—. No, papá, no... ¡no me dejes! —Lloró más fuerte poniéndose de rodillas junto a él.

Sin pensarlo, Amy colocó las manos en su pecho para presionar las heridas y evitar que se desangrara. Sus pequeñas manos comenzaron a mancharse de ese líquido rojo mientras las lágrimas se deslizaban por su rostro. Notaba cómo los ojos escocían a causa del intenso llanto, pero le dio igual. Lo único que le importaba en ese momento era que el leve latido del corazón de su padre, que sentía bajo la palma de su mano, no se detuviera. Temblaba muerta de miedo y unas intensas náuseas empezaron a invadir su cuerpo.

Sorbió por la nariz y apretó los ojos para que la humedad desapareciera en forma de lágrimas al notar que su visión se volvía borrosa por culpa de estas. Su padre no podía morir.

—Amy... —consiguió decir—. Muñequita...
bailarina... —Tosió—. Regalo... destrúyelo...

—No, no hables... Te... te pondrás bien.

Sacó corriendo su móvil y con sus manos temblorosas consiguió marcar el 112, aunque ya era tarde. Su padre la había dejado. Destrozada, dolida e impotente, Amy gritó y se abrazó al cuerpo sin vida de su progenitor. Hundió el rostro en su cuello mientras le llamaba con voz ahogada para que volviera. Para que despertara. Balanceó su inerte cuerpo gritando que regresara con ella, sin embargo, se detuvo al comprobar que era inútil. Apretó los dientes y miró en la dirección por donde se había ido el Mercedes negro. Desde ese día, Amy Jiménez, no volvió a ser la misma.

Capítulo 01

2 años y cuatro meses después...

Silencio. Era lo que inundaba el estrecho espacio del habitáculo donde Amy se encontraba. Con los ojos cerrados y la cabeza apoyada sobre los brazos que reposaban en el filo de la bañera, la joven oía el *clop* de algunas gotas que caían del grifo para reunirse con la inmensidad del agua que había dentro de la pila, en la cual Amy se encontraba sumergida. Su pelo castaño, ahora húmedo, reposaba pegado en su espalda desnuda y algunos mechones más cortos caían por su rostro escondiéndoselo casi por completo. Su mirada grisácea estaba completamente perdida y tenía la boca apoyada sobre una de sus manos.

Era increíble lo que podía cambiar una persona en apenas unos minutos. Y fue lo que le ocurrió a ella. Tras presenciar la muerte de su padre, pasó de ser una chica sonriente y alegre a una mujer seria que apenas sonreía. Se había convertido en una persona solitaria, llena de odio hacia el mundo, cerrada y apática. Solo

había una persona en el mundo que le importaba: su madre, lo único que le quedaba.

Esa fatídica noche en una solitaria carretera de Logroño, Amy presenció cómo un tipo sin escrúpulos mataba a su padre de tres disparos en el pecho. Nadie sabía el porqué. Nadie conocía en qué demonios estaba José metido. Cuando los servicios de emergencia llegaron, Amy estaba pálida. No contestó al interrogatorio al que le sometieron los agentes. Se negó en rotundo a hablar de lo sucedido. No hubo más testigos, por lo que al cabo de dos años la investigación se suspendió. Ese día, Amy llegó a casa con las manos ensangrentadas. Isabel, su madre, al verla se llevó las manos a la boca y, cayendo de rodillas, lloró desconsoladamente al enterarse de la fatídica noticia.

Al cabo de los meses, Isabel volvió a ser la misma, pero Amy jamás se recuperó. Dejó su carrera de bailarina y, a pesar de conseguir licenciarse en Derecho, jamás quiso ejercer. Lo único que quería era ayudar a su madre.

En esos dos años que habían pasado, madre e hija abrieron un bar cerca de la Universidad de La Rioja gracias a una gran suma de dinero que ingresaron en su cuenta al poco de morir José. Ambas se extrañaron, pues aquella gran cantidad no podía corresponder solo al seguro de vida, pero no le dieron mayor importancia.

Madre e hija sabían de un trabajo que realizó por el que le pagaron bastante dinero, así que lo más probable sería que esa cantidad correspondiera a aquello.

Cientos de estudiantes acudían a su negocio para comprar uno de los pequeños y baratos bocadillos que servían o comer algún pincho rápido en los descansos de las clases. El café London, nombre del establecimiento que madre e hija llevaban, había tenido éxito enseguida y gracias a él pagaban las facturas además del alquiler del piso de Amy. Desde la muerte de su padre no quiso volver a pisar la que fue su casa. Y no lo había hecho en esos dos años. No quería ver aquellas paredes y recordar todo lo vivido con él. Le dolía demasiado y no podía soportarlo. Ella no quería volver a sentir.

Echando el aire retenido tras estar varios minutos sumergida en sus pensamientos, Amy salió de la bañera de su pequeño piso y, anudándose una toalla al pecho, quitó el tapón para que el agua mezclada con el jabón fuera marchándose por el desagüe. Colocándose frente al espejo comenzó a secarse sus rizos chocolate antes de vestirse para irse a trabajar. Al darse la vuelta para guardar el secador en el armarito que tenía colgado en la pared del baño, giró la cabeza para contemplar la zona de la espalda que dejaba al descubierto la toalla. Se recreó en el tatuaje que llevaba

en el omóplato izquierdo: un ave fénix renaciendo de sus cenizas. Se lo hizo poco después de la muerte de su padre. Una marca en su piel que siempre le recordaría que, hasta en los peores momentos, se debía seguir mirando al frente.

«Menuda ironía», pensó Amy. Se engañaba a sí misma, pues había encerrado su pasado en ella. Aún no había resurgido de esas cenizas...y no tenía pensado hacerlo.

Mientras se aplicaba un poco de maquillaje, oyó la vibración de su móvil chocar contra la mesa del salón. Terminando de hacerse la raya del ojo, dejó el lápiz en su estuche y miró el WhatsApp que le acababa de enviar su madre. Le pedía que pasara por la panadería de Carmen para recoger las barras que tenía encargadas para ese día. Pulsando el botón de los iconos, le envió el de la mano con el dedo pulgar en alto simulando el O.K.

Hacía un frío horrible en Logroño ese día para ser principios de octubre, pero si algo odiaba Amy, eran los abrigos que cubrían hasta el cuello. La agobiaba de tal manera, que prefería pasar frío. Se puso su chaqueta de cuero negra y salió de casa para coger el encargo de su madre antes de ir al bar.

—Buenos días, guapa —la saludó Carmen con una sonrisa—. ¿Vienes a por el pedido de tu madre?

—Sí. Supongo que me estará esperando para ir preparando algunos de los bocadillos —dijo Amy

rebuscando en el bolso su cartera.

—Tu madre ya me pagó el encargo. No busques la cartera. —La sonrió.

—¿Cómo sabías que la estaba buscando?

—Porque te conozco desde que llevabas pañales.

—Cierto. —Suspiró.

Carmen le entregó en una caja las barras de pan, y dándole las gracias Amy se fue hacia su coche, un Peugeot 208 rojo rubí que le encantaba. Lo consiguió de segunda mano a un buen precio y no iba a ningún sitio sin él. Abrió las puertas traseras para poner la caja en los asientos antes de colocarse ella frente al volante. Arrancó y condujo hasta la Universidad. Como cada vez que conducía, se puso la radio durante los veinte minutos que duraba el trayecto. Su lugar de trabajo estaba en la otra punta de la ciudad.

Al llegar a la circunvalación, maldijo al ver que había congestión y, golpeando el volante, encendió las luces correspondientes para avisar a los demás usuarios de la vía que iba a frenar considerablemente, pero no sirvió de nada. Un Renault Megane Coupé blanco impactó contra la parte trasera de su Peugeot.

—¡¡Gilipollas!! —bufó Amy poniendo el intermitente derecho para desplazarse al arcén comprobando por el retrovisor que el Renault hacía lo mismo.

Furiosa bajó del coche, y dando un portazo comprobó

la abolladura que tenía su vehículo en la parte trasera. Con la mirada encendida, anduvo hasta colocarse frente al otro conductor que en esos momentos salía de su vehículo.

—¿Tú eres imbécil?! —Le empujó Amy haciendo que la espalda del chico impactara contra su coche—. ¿A ti no te enseñaron las señales luminosas?! ¡¡Gilipollas!!

—Eh... eh... eh cálmate. No me ha dado tiempo —dijo el desconocido con los brazos en alto en señal de paz.

Amy se separó de él y puso los brazos en jarras. Lo observó. Tendría como unos veintisiete años. Era alto y se notaba que bajo la ropa se escondía un cuerpo fuerte. Llevaba unos vaqueros claros desgastados y una camiseta verdosa que resaltaba la chaqueta de cuero que llevaba. Tenía unos ojos azul oscuro impresionantes y una mirada pícara y desconcertante. Su pelo era castaño, algo más claro que el de ella y el flequillo lo tenía peinado hacia arriba haciendo su aspecto más informal y atractivo.

—No me ha dado tiempo, no me ha dado tiempo —dijo Amy en tono de burla—. Más vale que tengas seguro.

—¡Claro que lo tengo! ¿Quién te crees que soy, Angelillo?

Amy parpadeó varias veces.

—¿Cómo—me—has—llamado?

—An—ge—li—llo —respondió él imitando su tono burlón y sacando de quicio a la joven—. Mira, tengo que ir a una entrevista de curro y por tu culpa llego tarde, ¿por qué no hacemos de una vez la declaración amistosa y nos piramos de aquí?

Sin contestar, Amy se dirigió a su coche y sacó de la guantera los papeles que necesitaba mientras el joven ponía los triángulos de emergencia y se colocaba el chaleco. Al verlo, ella sacó el suyo de la guantera y se lo colocó antes de reunirse con el chico quien apoyó la carpeta con los papeles necesarios sobre el maletero para comenzar a rellenarlos.

—Por cierto, Angelillo. Me llamo Álex

—¿Y a mí que me importa? —bramó posando de nuevo la mirada en el papeleo.

Aprovechando que la chica estaba absorta y no le miraba, Álex paseó la vista por el cuerpo de la joven. Era alta y delgada. El pitillo rosa que llevaba se ceñía a unas piernas perfectamente torneadas y le realzaba un culo fantástico. Su pecho era normalito y estaba convencido de que le abarcarían toda la mano. Lo que definía él como unos pechos perfectos. El viento hacía volar sus definidos rizos que le cubrían el rostro y unos ojos, que Álex descifró de un color grisáceo. Parecidos

a los suyos, pero los de ella eran más claros.

—¿Qué miras?

Álex volvió a pisar tierra. Se había quedado absorto mirándola.

—Nada. ¿No vas a decirme cómo te llamas? —le preguntó comenzando ambos a rellenar la declaración.

—Está claro que no.

—No cuesta nada ser amable, Angelillo.

—¡¡Que dejes de llamarme así!! —le espetó fulminándole con la mirada.

—¿Y cómo te llamo si no me dices tu nombre? —Ella guardó silencio—. Te seguiré llamando Angelillo.

—Llámame como te salga de la polla. Total, después de esto no nos volveremos a ver.

—Qué pena. Y yo que pensaba pedirte una cita... Podríamos haber arreglado este desencuentro con un buen polvo —dijo irónico y ella plantó delante de él los papeles ya rellenos.

—Sí, una pena. Mira, yo sí que llego tarde a trabajar así que o acabas o me encargaré de que no llegues a tu puñetera entrevista.

Sin decir una palabra más por fin acabaron el papeleo, y volviéndose a montar en sus abollados coches reanudaron la marcha.

Amy no dejaba de ver por el espejo retrovisor que él iba detrás suyo, aunque por suerte se desvió por otro

camino cuando entraron a la calle donde se encontraba el bar de Amy y su madre.

Por suerte para ella, era una zona donde siempre había sitio parar aparcar, así que no se mataba buscando aparcamiento.

—Hola, mamá —saludó Amy dejando la caja con el pan a un lado de la cocina.

—Buenos días, cariño. ¿Todo bien?

—Pues no —bufó—. De camino aquí un idiota me ha dado con el coche en la parte de atrás, y después el muy imbécil me ha comenzado a vacilar.

—Amy... sabes lo que te digo siempre. No cuesta nada ser amable...

—Mamá, no empecemos... —la advirtió Amy metiéndose por una puerta que daba a un pequeño almacén donde guardaban las cosas. Se desprendió de su chaqueta y de su bolso y salió cerrando la puerta tras de sí.

En todos esos años, madre e hija habían tenido varias conversaciones con respecto al cambio de actitud tan radical que presentó Amy tras el fatídico día, pero se negaba a hablar. Isabel sabía que esa actitud solo era una coraza que usaba para protegerse de las situaciones de la vida y confiaba en que algún día se diera cuenta de que esa coraza no servía de nada.

—Está bien. Por cierto, el viernes no te comenté.

Hace unos días recibí una carta y un currículum. Venía desde la fiscalía. Por lo visto un chico acaba de salir de prisión por unas carreras ilegales que realizó hace años y ahora nos piden que le demos aquí una oportunidad.

—Les habrás dicho que no, ¿verdad?

—Amy. —Suspiró su madre—. Tú necesitas ayuda para atender. Y yo no puedo estar de la barra a la cocina y de la cocina a la barra. Nos vendría bien una ayuda extra. Y antes de que digas nada, sí, nos lo podemos permitir.

—¿Le has conocido?

—Hoy lo haremos.

Amy, sin querer discutir, asintió y se metió en el almacén para sacar del bolso un paquetito de galletas. Estaba hambrienta. Lo abrió para comerlas mientras salía hacia la barra para comenzar a preparar las cosas antes de abrir, pero se atragantó y se puso a toser al ver al muchacho que estaba en la puerta hablando con su madre.

—¿Qué coño haces aquí? —dijo Amy cuando dejó de toser al ver al chico que esa mañana había chocado contra su coche.

—Yo también me alegro de verte. —Sonrió de lado.

—¿Os conocéis? —preguntó Isabel sorprendida.

—Es el idiota del que te hablaba, mamá. El que se ha chocado contra mi coche.

—Eso ha pasado hace una hora. ¿Aún me guardas rencor? —se mofó él mientras Isabel disfrutaba con la escena.

—¡Lárgate!

—¡¡Amy!! —la regañó su madre.

—Ya no necesito preguntarte cómo te llamas —se burló Álex.

Cabreada, se acercó a ellos y quedó a una pequeña distancia con los brazos cruzados. Le mostró una mirada retadora en la que dejaba claro que no le gustaba nada verle ahí, pero Álex en vez de sentirse incómodo o intimidado, le mostró una sonrisa ladeada y la observó con intensidad. Aquel gesto desafiante le pareció de lo más sexi. Normalmente las mujeres enseguida caían a sus pies cuando les sonreía así, pero Amy parecía no inmutarse.

—Así que tú eres el delincuente al que le detuvieron por competir en carreras ilegales. ¿Por qué no me extraña?

—Amy, ¡vale ya! —dijo Isabel.

Sin quitar la mirada de él, Amy guardó silencio y se dio media vuelta para ponerse tras la barra y comenzar a limpiar.

—Disculpa a mi hija —le dijo Isabel a Álex—. Es una buena chica, pero tiene un carácter endemoniado. —Suspiró—. Bien, Álex. Tu trabajo consistirá en

ayudar a Amy. —Comenzaron a andar hacia la barra—. A parte de atender a los clientes, después la tendrás que ayudar a limpiar. Deberás estar aquí a las ocho para preparar todo antes de abrir. Abrimos de nueve de la mañana a diez de la noche, pero Amy y tú tendréis un descanso de dos a cinco para que comáis mientras yo me quedo atendiendo. El servicio de cocina se cierra a las cuatro. De esa hora hasta que cerremos ya se habrán vendido todas las comidas que realizo durante toda la mañana. Eso sí, te tendrás que quedar media hora más para limpiar, como te he comentado.

—Sin problemas —respondió conforme, poniéndose al lado de Amy.

—Pues creo que nada más. Hoy estarás de prueba y si todo sale bien, mañana firmamos el contrato. —Sonrió Isabel y mirando a su hija dijo—: Amy, compórtate.

Amy alzó la vista para mirar a su madre con reproche, pero esta ya había desaparecido por la cocina. Odiaba que la tratara como si fuera una niña pequeña. Cogiendo la goma de pelo que siempre llevaba en su muñeca derecha, se recogió sus rizos en una coleta alta antes de comenzar a preparar la cafetera ignorando a Álex, hasta que oyó el sonido de la radio.

—¿Qué haces? —le preguntó la joven fulminándole con la mirada.

—Solo he puesto la radio. Un poco de música para

hacer más amena la mañana, angelito endemoniado.

—Ya sabes cómo me llamo, así que deja de llamarme por ese estúpido nombre. —Siguió limpiando la cafetera.

—No.

—¡¿Cómo?! —bramó enfadada.

—He dicho que no. Me gusta más llamarte angelito endemoniado. Tienes una cara angelical, pero un carácter exasperante. El nombre te viene que ni pintado.

Cabreada le tiró el trapo sucio a la cara y se acercó a él con una mirada de rabia.

—En vez de decir estupideces, ¿por qué no comienzas a trabajar y pones el café en la cafetera?

Pasó por su lado golpeándole el brazo, pero antes de que comenzara a colocar las mesas, la grave voz de Álex la sobresaltó.

—Angelillo. —Ella se giró para mirarle—. No sé dónde está el café.

Recurriendo a toda su paciencia, Amy volvió a donde estaba y sin decir palabra sacó lo que quería para seguir trabajando tranquila. Distribuyó las mesas por el local y colocó las sillas antes de preparar la pequeña terraza donde se solían sentar los estudiantes y profesores que se fumaban un par de cigarrillos en el descanso de las clases.

Álex no dejaba de mirarla mientras seguía con las tareas que requería el establecimiento. ¿Cómo era posible que en ese cuerpo liviano cupiera tan mal carácter? Observó a la joven limpiar las mesas de plástico con tal ímpetu que golpeó el servilletero haciendo que impactara contra el suelo formado por tablas de madera. La oyó suspirar y maldecir por lo bajo mientras se agachaba para coger el servilletero haciendo que la camiseta que llevaba se le subiera para dejar a la vista la tira del tanga negro que llevaba. Álex, al observar semejante maravilla, silbó mientras secaba uno de los vasos de refresco para colocarlo donde el resto.

Al oír ese silbido, Amy dejó de mala gana el servilletero en el centro de la mesa y se volvió para fulminar a Álex con la mirada, quien no apartó la vista. En los pocos minutos que la conocía, vio que esa chica siempre se salía con la suya. Buscaba intimidar a la gente con su carácter o con cualquiera de sus fulminantes miradas que echaba por esos ojos plateados, pero Álex no se lo consentiría. Amy se había encontrado con la horma de su zapato.

—¿Qué miras? —le espetó ella achinando los ojos.

—A ti.

Amy levantó las cejas.

—¿Y te interesa?

—La verdad es que sí. Me encanta ese gesto que tienes ahora mismo. Piernas separadas, cadera ligeramente elevada, mano derecha apoyada en la cintura, esos labios carnosos serios y esa mirada desafiante es de lo más sexi que he visto nunca.

Amy rápidamente se puso recta, lo que le hizo reír, e ignorándole comenzó a sacar las sillas y las mesas para montar la terraza. Cuando acabó de colocar la última silla, miró el reloj y fue al pequeño almacén donde había dejado su bolso para coger su paquete de tabaco.

De nuevo en la calle, se apoyó en la pared al lado de la entrada del bar y encendiendo un cigarro comenzó a fumar. Relajándose con la nicotina que desprendía el pitillo, apoyó el pie derecho en la pared y echó la cabeza hacia atrás cerrando los ojos para expulsar el humo retenido en su boca.

—¿Sabías que fumar es malo para la salud? —le sobresaltó una voz.

Amy, sin prisa, abrió los ojos y giró la cabeza para ver a Álex apoyado en la esquina de la pared con el brazo derecho y con un cigarrillo encendido en su boca. Al verlo, Amy elevó las cejas.

—No das muy buen ejemplo que digamos. —Dio una nueva calada.

—No pretendo dar ejemplo. Solo te lo comentaba por si no lo sabías.

Ella frunció el ceño. ¿Acaso la estaba tomando por una idiota? No llevaba ni dos horas con él y ya deseaba perderle de vista. Ojalá no pasara aquel día de prueba.

—Puedes ahorrarte las explicaciones, gracias.

Ambos miraron al frente y siguieron con sus respectivos cigarrillos viendo cómo los estudiantes más madrugadores entraban en la Universidad para el nuevo día que les esperaba.

—Mira, Angelillo, vamos a pasar mucho tiempo juntos, así que pienso que es mejor que nos llevemos bien, ¿no crees?

—Llamándome así, lo dudo mucho. Mira —dijo tirando el cigarrillo al suelo y pisándolo con el pie para apagarlo—. Déjame trabajar en paz y sin molestarme y yo haré lo mismo contigo, ¿estamos? Llevo años ayudando a mi madre con el negocio y no voy a permitir que ahora vengas tú y me digas cómo he de trabajar.

Álex se inclinó hacia ella, quedando su rostro a apenas unos centímetros del suyo. Amy tragó saliva y se echó hacia atrás para mantener las distancias.

—A sus órdenes.

Le dio una última calada a su cigarrillo sin dejar de mirarla. Expulsó el humo a un lado de su cabeza y tiró el pitillo antes de meterse en el bar.

Amy se quedó unos segundos bloqueada ante la

intensa mirada de aquel hombre hasta que se fijó en el cigarrillo encendido de Álex y lo pisó para apagarlo. Se reunió con él y poniéndose tras la barra, ambos empezaron a trabajar.

Capítulo 02

Había sido un día agotador, pero su esfuerzo esas horas habían dado su fruto. El trabajo era suyo. Habían acabado de limpiar a las once de la noche, pero Isabel le había retenido una hora más para firmar su contrato y comenzar como su nuevo empleado al día siguiente.

Álex no había parado durante todo el día de trabajar, además soportar el carácter endemoniado de Amy no había ayudado en absoluto hacer el día más ameno. ¿Acaso no sabía sonreír? Solo era capaz de mostrar un ápice de amabilidad con los clientes que entraban en el bar London, pero a ellos tampoco les sonreía. ¿Qué le ocurría a esa chica? Parecía que estuviera en contra del mundo.

En las horas que habían estado trabajando, Amy siempre se mostraba seria y distante con la gente. Atendía rápidamente para acabar con el pequeño contacto que mantenía con los clientes. No hablaba con nadie más que lo justo y necesario, y le había dejado a él, en su mayoría, la tarea de atender a la clientela

mientras ella iba limpiando las mesas y recogiendo la cubertería sucia para lavarla. Su mirada estaba ausente y parecía estar siempre en un mundo paralelo mientras trabajaba. Jamás había conocido a una mujer tan solitaria y triste. Porque aunque Amy quisiera ocultarlo con su carácter, Álex descubrió que esa muchacha no era feliz.

A las doce y cuarto de la noche, por fin, llegó a su pequeño piso en la Calle Serradero. Era una zona poco frecuentada en el extrarradio de la ciudad de Logroño, por lo que nunca usaba el garaje de su piso. Siempre aparcaba en la calle, a no ser que lloviera o hiciera un calor de mil demonios.

Presionó el botón del mando de su Renault, abollado en el morro por el golpe de esa mañana con Amy, para cerrarlo y caminó hacia su portal, pero antes de llegar oyó unos agudos gemidos a su espalda. Frunció el ceño y extrañado volteó su cuerpo. Clavo la mirada en una caja al pie del contenedor de basura. Era una caja de cartón medio destrozada que se movía y de donde salían los sonidos.

Álex se guardó las llaves en el bolsillo trasero de su vaquero y se acercó para descubrir qué había dentro. Con cuidado la abrió y se sorprendió al ver un cachorro de Husky Siberiano. El animalillo no dejaba de temblar y sus asustados ojillos azules se clavaron en los de

Álex. Abrumado al comprender que habían abandonado al cachorro, lo cogió con cuidado en sus brazos. El perrillo seguía temblando y encogió su cuerpecito cuando él le cogió.

—Tranquilo, pequeño —le susurró Álex—. Ya estás en buenas manos.

Sacó las llaves del bolsillo y abrió el portal para subir a su piso. Aun temblando, dejó al perro en el suelo, pero este no se movió. Comenzó a olisquear a su alrededor y miró a su salvador. Álex, viendo lo asustado que seguía estando, se desprendió de su chaqueta para colgarla en el perchero antes de ir a la cocina a por una cerveza. Cogió un plato de plástico y echó en él un poco de leche para el cachorro que no tardó en beber. De camino al salón, oyó unas suaves pisadas y se volvió para ver cómo le seguía. Él sonrió de medio lado y se sentó en el sofá. El perrillo, le volvió a seguir.

Soltando una suave carcajada, Álex le acarició la peluda cabecita haciendo que el animal se relajara. Tanto se relajó, que acabó estrenándole la alfombra nueva blanca que había comprado hace dos días.

—¡La madre que te parió! —maldijo cogiendo al perro y sacándole de la alfombra—. ¡Maldito chucho!

Acordándose de todos los antepasados del cachorro y del hijo de puta que le había dejado abandonado en el

cubo de basura, cogió la fregona para limpiar el regalito, pero se dio cuenta que de nada serviría limpiar la alfombra con la fregona. No tenía ni la menor idea de cómo podía limpiar eso.

Dejó la fregona en su sitio y cogió el teléfono inalámbrico para llamar a su hermana. Sabía que estaría despierta y ella sabría mejor que él cómo limpiar su preciada alfombra. Su pequeña sobrina, María, era un pequeño trasto de cinco años que manchaba todo lo que tocaba.

—¿Sabes la hora qué es, hermanito? —le regañó su hermana mayor.

—Es un caso de vida o muerte, Raquel.

—¡No me asustes! ¿Qué ocurre? —preguntó preocupada.

—¿Cómo se limpia pis de perro de una alfombra de totora blanca?

Álex sonrió al oír a su hermana bufar.

—¿Me estás tomando el pelo? ¡Eso no es un caso de vida o muerte! —se quejó Raquel.

—Sí, lo es. Porque como no se vaya, mataré al perro que ha decidido dejarme ahí su regalito en modo agradecimiento por haberlo rescatado.

—¿Te has comprado una mascota, hermanito? ¡Ya verás cómo se va a poner tu sobrina cuando se lo diga! —exclamó riendo.

Sujetando el teléfono con el hombro y la oreja, Álex levantó la pequeña mesilla de cristal para poder retirar la alfombra y dejarla en el balcón. No quería que la casa oliera a pis de perro.

—Me lo he encontrado abandonado en una caja en el cubo de la basura.

—¡Qué me dices! Pobrecillo...

—Mañana lo llevaré a la perrera antes de ir a trabajar.

—¡¡Tú estás loco!! —le gritó Raquel a través del teléfono.

Álex, ante ese grito, se retiró el auricular de la oreja y lo miró negando con la cabeza como si su hermana le pudiera ver.

—¿Qué pasa?

—Si lo llevas a la perrera lo matarán. ¿Por qué no te lo quedas? —le propuso su hermana.

—Porque un perro requiere tiempo y yo, precisamente, no lo tengo.

—¡Excusas!

—¿Te he dicho que me han dado el trabajo, hermanita?

—Me lo suponía. Y me alegro mucho, Álex. Pero no nos desviemos.

Álex puso los ojos en blanco. ¡Su hermana era incorregible! Le preocupaba más el dichoso Husky que el hecho de que, tras salir de prisión y pasar un año en

libertad condicional, le hubieran dado un trabajo.

—Hermanita, ahora con el curro no tendré tiempo.

—Si quieres, lo tienes.

—¡Qué pesadita eres!

—¡Y tú qué cabezota!

—Joder, ¡está bien! Pero si tú me tienes que ayudar con él lo harás sin rechistar, ¿entendido?

Raquel soltó un grito de felicidad y Álex pudo oír cómo saltaba sobre su sofá. A pesar de tener tres años más que él, a veces se comportaba como una cría de quince años y no como una mujer de treinta.

—¡Hecho! Bueno y ahora sí, háblame de tu nuevo trabajo.

Álex puso los ojos en blanco y le contó por encima su primer día de trabajo. Bromeó sobre que le iban a explotar y le habló de Amy, el angelito endemoniado. Al oír el mote por el que llamaba a una de sus jefas, Raquel soltó una carcajada.

—No te atreverás a llamarla así en la cara, ¿verdad?

—Es así cómo la llamo, Hermanita.

—¡Es tu jefa! —le recriminó.

—Y un angelito endemoniado. Menuda mujer más exasperante.

—Hermanito, no vas a durar nada en ese curro como no la llares por su nombre.

—Puede, pero ella se lo ha buscado. Es una borde.

Un ladrido les recordó el motivo de la llamada, y mirando al perro, Álex le preguntó a su hermana mientras se abría la cerveza que había sacado de la nevera para comenzar a beberla.

—Bueno, Raquel. ¿Qué hago con la alfombra?

—Pues o la limpias tú a mano o la llevas a la tintorería.

—¡Tintorería! —decidió.

—Vago —le acusó su hermana riendo.

—Más bien higiénico.

Estuvieron un buen rato más hablando y cuando Álex oyó que un bostezo se le escapaba a su hermana, se despidió de ella hasta el día siguiente. Dejó el teléfono sobre la mesa de cristal del salón y cogiendo la lata de cerveza, jugó con la anilla hasta quitarla. La metió dentro de la lata y agitándola para que sonara, fue a la basura.

Cerrando la puerta donde tenía la papelera, comenzó a caminar hacia su habitación emitiendo un largo bostezo. De repente, notó cómo pisaba algo y oyó un grito agudo. Rápidamente levantó el pie y agachó la cabeza para ver al perro, el cual no dejaba de seguirle. Cogiéndolo en brazos fue a su habitación y cerró la puerta.

—Pues te tendré que buscar un nombre. Te llamaría Raquel, como mi hermana. Pero creo que a ella no le

haría mucha gracia y me cortarían eso que tú también tienes entre las patas. Por lo que nombres femeninos descartados —dijo sacando del armario una manta vieja para ponerla en el suelo y que el perro durmiera en ella—. Aunque me encantaría presentarme mañana en el trabajo y decirle al angelito endemoniado que tengo un perro y que, en su honor, le he puesto el nombre de Amy. —Sonrió divertido extendiendo la manta—. Pero eso sería una crueldad. No para ella, sino para ti.

Bajó al perro y lo puso sobre la manta.

—A ver... ¿cómo te puedo llamar? —dijo pensativo agachándose para quedar a su altura.

Sin saber por qué, se acordó de su prima Gabina y sus veranos juntos en un pueblecito de Navarra. Era una fan incondicional de Los Beatles y siempre hablaba de ellos. Ahora su prima vivía en Estados Unidos y, con suerte, la veía una vez cada dos años. Decidió ponerle al pequeño Husky un nombre en honor a su prima.

—Lennon, prepárate porque mañana harás tu primera visita al veterinario.

El perro pareció entenderle, pues emitió un gemido lastimero y escondió el rabo entre las patas traseras. Álex no pudo evitar reír, y desprendiéndose de su ropa salvo del *bóxer*, se metió en la cama y apagó la lámpara de la mesilla, aunque de repente sintió como el

perro se subía junto a él.

—¡Ni hablar! —dijo Álex saliendo de bajo las sábanas para bajar al perro—. No pienso permitir que te mees en mi cama.

El perro le ignoró y una vez pisó el suelo, saltó de nuevo para subirse. Álex volvió a bajarlo, sin embargo, Lennon seguía volviendo a la cama.

—Te juro por mi madre que como te mees, ¡te la corto!

Rindiéndose, Álex apagó la luz y se dispuso a dormir. Al día siguiente le esperaba un nuevo día de trabajo.

El problema era, que el cachorro no le dejaba dormir. No paraba quieto ni dejaba de emitir gemidos lastimeros. Sus patitas recorrieron toda la cama hasta que se tumbó en la almohada, al lado de la cabeza de Álex.

—Me cago en el chucho de los huevos —bufó cabreado—. O te paras quieto o te vas a dormir al balcón.

El perro pareció entenderle, ya que se levantó y bajó de la almohada, sin embargo, cuando lo hizo, se agachó un poco y volvió a orinarse. Al ver la dirección en la que iba de nuevo su regalito, Álex saltó de la cama cayendo al suelo mientras Lennon vaciaba su vejiga sobre la almohada.

—Joder... ¡joder!

Él se levantó del suelo y cogiendo al perro lo sacó de la habitación cerrando la puerta para que no entrara. Cambió las sábanas y echando las sucias al suelo para meterlas en la lavadora al día siguiente, volvió a meterse en la cama.

El sueño comenzaba a vencerle y notaba cómo sus músculos empezaban a relajarse. El silencio inundaba su pequeño piso, pero el sonido de un cristal romperse, le hizo abrir los ojos de golpe. Los volvió a cerrar presionándolos y una vez más, se levantó.

Se calzó unas zapatillas y abrió la puerta de la habitación. Sentado en el suelo frente a esta, se encontraba el cachorro mirándole con ojos de no haber roto nada en su vida y moviendo la cola.

Alzó la cabeza y vio el horroroso plato de decoración que le trajo su hermana de Francia echo mil pedazos en el suelo.

—Te perdono porque me quería deshacer de esa cosa y no sabía cómo sin que mi hermana sospechara.

El perro ladró y Álex le dejó pasar de nuevo a la habitación. Esta vez, Lennon se tumbó en los pies de la cama y se quedó dormido al instante. Echando el aire retenido en sus pulmones, él se dejó caer de nuevo en el cómodo colchón y se durmió pensando en todo lo que estaba por venir con la llegada de ese pequeño animalillo.

Capítulo 03

—No me lo puedo creer...

El estridente sonido del despertador retumbaba una y otra vez en la habitación de Álex. Eran las siete de la mañana y debía levantarse para ir a trabajar. Aunque lo peor de todo iba a ser soportar otras muchas horas el carácter de aquella chica.

No podía quitarse a esa mujer de la cabeza. Sentía la necesidad de hacerla sonreír. No sabía por qué, pero tampoco quería encontrar la respuesta. Si algo había aprendido de la vida, era que las cosas llegaban a su debido tiempo. Por no esperar, años atrás cometió el mayor error de su vida. Pero, en ese momento, estaba desesperado.

Queriendo dormir más, Álex atrapó con sus manos el edredón y se cubrió por completo, hasta que notó como dos patas se clavaban en la zona más sensible de su anatomía haciendo que elevara la parte superior de su cuerpo y emitiera un pequeño gemido de dolor.

—¡Ni veinticuatro horas que estás aquí y ya me has tocado los huevos tanto metafórica como literalmente!

Lennon ladró y comenzó a chuparle la cara. Álex le apartó y fue a darse una ducha antes de ir a trabajar. Cerró la puerta del baño para que el perro no entrara y abrió la mampara para meterse en el interior de la ducha. Mientras el agua se deslizaba por su ancha espalda, apoyó la frente en la pared y cerró los ojos. Estaba agotado tras la mala noche que había pasado.

Cerró el grifo una vez acabó, y anudándose una toalla a la cadera, salió hacia la cocina con Lennon tras de sí. Se preparó un café y comenzó a organizarse el día mentalmente. Tenía que llevar a Lennon al veterinario para ver si era un perro sano y comenzar a ponerle las vacunas necesarias, además del famoso chip. Decidió hacerlo en el descanso que tenía a mediodía para comer.

Se puso la ropa del día anterior y colocó la vieja manta, donde supuestamente debería haber dormido Lennon, en la cocina. Cerró la puerta de esta con el cachorro dentro quien enseguida comenzó a lloriquear. Álex se fue antes de que el perro volviera a darle pena.

No era de extrañar que el ascensor estuviera roto de nuevo. A pesar de llevar solo un año viviendo en ese inmueble, él sabía que la comunidad llevaba años queriendo cambiar el ascensor, pero nadie quería pagar por ello.

Bajó por las escaleras desde su cuarto piso, y al salir

del portal sacó de su bolsillo las llaves de su preciado coche. Pulsó el botón del mando para abrirlo y las luces de este parpadearon, pero abrió la boca al ver la abolladura en la parte delantera. A la luz del día era mayor de lo que en un principio creyó. Tenía la zona del faro completamente destrozada y pintura roja del coche de Amy sobre su carrocería blanca. No podía circular así, pero si lo llevaba en ese momento al taller, llegaría tarde a trabajar y no se podía permitir perder ese trabajo tras salir de la cárcel.

Tenía el coche a terceros, por lo que él debía apechugar con los gastos de la reparación. Medio sueldo se le iba a ir con el arreglo del coche. «Maldito Angelillo», maldijo en su cabeza mientras se sentaba en el asiento del piloto. Arrancó y condujo hacia el bar.

A esas horas, la calle donde se encontraba el bar London, estaba completamente despejada por lo que aparcó enseguida. Al bajar, miró de nuevo el faro y suspiró queriendo no pensar en lo que le iba a costar.

Antes de entrar, se fijó en un camión a las puertas del bar y vio a Amy firmar unos papeles. Álex se quedó absorto mirándola. Sus rizos chocolate los llevaba recogidos en un moño mal hecho haciendo que algunos cayeran por su rostro, cubriéndole parte de él. La blusa blanca por dentro de los vaqueros, resaltaba su figura, y las botas con un poco de tacón le quedaban

jodidamente sexis.

Con agilidad, Amy se subió al camión y comenzó a descargar las pesadas cajas con las distintas bebidas. Alex, caminó hacia ella para ayudarla. Quizá el día anterior había tenido un mal día y hoy era amable con él.

—Buenos días —la saludó, pero Amy solo le hizo un gesto con la cabeza a modo respuesta—. ¿Te ha comido la lengua el gato, Angelillo?

—Te voy a cortar la tuya como me vuelvas a llamar así —dijo cogiendo una caja por los agujeros que tenía en los laterales.

Álex puso los ojos en blanco y, acercándose a ella con esa mirada pícara que solo él tenía acompañada de su sonrisa ladeada, posó sus manos sobre las de ella acariciándole los nudillos sin dejar de mirarla.

—¿Qué haces? —preguntó Amy con su común mueca de desagrado.

—Coger la caja —le respondió Álex quitándosela de las manos.

Amy lo fulminó con la mirada y recuperó lo que le había quitado.

—¡No necesito tu ayuda! Hasta ayer tú no estabas y me las apañé muy bien solita.

Dándose media vuelta, se dispuso a cruzar la carretera con la caja en sus brazos, pero Álex la cogió por el

antebrazo y de un empujón fuerte y seco la atrajo hacia él haciendo que la caja cayera al asfalto y algunas de las botellas se rompieran con el impacto. El ruido del cristal estuvo acompañado por el sonido de la bocina de un coche que pasaba en ese momento a escasos centímetros de ellos.

—¡¡Pero tú eres imbécil!! —gritó Amy empujándole.

—Un gracias estaría bien.

—Oh si... ¡gracias por destrozar las botellas! —ironizó.

—¡Venga ya! Soy tu héroe. Te he salvado de ser atropellada.

—¡Nadie te lo ha pedido!

Álex suspiró. ¿Cómo podía ser esa mujer tan borde? La próxima vez dejaría que la atropellaran. Pero sin poder remediarlo, se fijó en sus ojos y vio cómo brillaban a causa de la humedad que comenzaba a formarse en ellos. A pesar de que intentaba disimularlo, Álex vio cómo Amy apretaba los puños para disimular el temblor de su cuerpo. Estaba asustada y quería ocultárselo. No quería sentir y mucho menos mostrar sus sentimientos.

—¿Tanto te cuesta ser amable?

—¡Qué te den!

Poniendo una caja sobre otra, Amy las cogió y comprobando que no vinieran coches, cruzó para

guardarlas en el almacén. Alex no le quitó el ojo de encima. ¿Qué mosca le había picado a ese angelito endemoniado? ¡Era desesperante! Atrajo varias cajas hacia él y las colocó en un carro de transporte. Lo empujó hasta el almacén, pero se detuvo al ver en una esquina a Amy de espaldas con una mano en la cadera y con la otra parecía taparse la boca.

Sin hacer ruido, se fue acercando a ella y le pareció oír un sollozo. ¿Estaba llorando?

—¿Estás bien?

Al oírle, Amy dio un respingo y se secó los ojos con los dedos. Colocó las cajas en su sitio y con la mirada baja pasó por su lado sin ni siquiera mirarle.

—Sí —respondió rotundamente—. Deja esas cajas y sal a ayudarme con las demás.

Alex solo asintió. Era lo más amable que había salido por su boca en las veinticuatro horas que la conocía.

Terminaron de descargar el pedido y él colocó las cajas en el almacén siguiendo las instrucciones de Amy

En esos minutos, la joven no pudo evitar observar cómo sus músculos se tensaban bajo la ropa. No podía negar que el chico estaba de muy buen ver y estaba convencida de que bajo su ropa se escondía un cuerpo de infarto. Si no fuera quien era, probablemente ya se habría acostado con él, aunque, por supuesto, aquello estaba muy lejos de la realidad.

Desde que murió su padre había tenido varios rollos, sin embargo, jamás había llegado a nada más. Ni quería. Solo disfrutaba del sexo. Su corazón de hielo le impedía amar a cualquier persona que no fuera su madre. Rehuía a la gente y solo permitía que se acercaran a ella si decidía que así fuera.

A las nueve y media, como cada día, comenzaron a llegar los primeros estudiantes que iban a recoger su dosis de cafeína antes de comenzar el día que tenían por delante. Amy apreció cómo había más féminas que en los últimos años que llevaba ahí trabajando. Fijó su mirada en Álex, que preparaba una nueva cafetera mientras ella secaba las tazas que acababa de sacar del lavavajillas. Estaba claro que aquellas chicas solo acudían al bar para reclamar alguna atención de su nuevo empleado. Pero a ella le daba igual. Más dinero para el negocio familiar.

—Disfrutas, ¿verdad? —le dijo Amy sin mirarle, concentrada en limpiar las tazas.

—¿De qué, Angelillo? —preguntó extrañado cuando se despidió de las tres jóvenes con las que había estado hablando.

—De cómo esas ingenuas te desnudan con la mirada cuando les muestras una de tus sonrisas ladeadas.

—Solo soy amable. Aunque dudo que tú conozcas esa palabra.

Amy dejó de mala gana la taza en una pila donde se encontraban el resto y se giró hacia él colocando una mano en su cadera.

—La conozco. Otra cosa es que quiera emplearla con estúpidos como tú —le espetó.

—A tu madre le gusta como trato a los clientes, que creo que es el trato que deben recibir. Ten por seguro, que si entro en algún bar y me atiende alguien tan simpática como tú —dijo irónico—. No vuelvo a pisar ese lugar solo para no tener que volver a verla.

—No me toques las narices a primera hora de la mañana y trabaja. La mesa cinco está sucia. ¡Ve a limpiarla! —le ordenó antes de meterse en la cocina.

Álex suspiró y cogió una bayeta para limpiar lo que le había mandado. Mejor era eso que seguir hablando con aquel angelito endemoniado. Esa chica tenía muchas cosas que aprender y estaba dispuesto a enseñárselas. No por el bien de Amy, sino por el suyo propio. Ya que debía soportarla todos los días, al menos intentaría que fuera amable.

—¿Estarás aquí a la tarde? —preguntó una voz a su espalda.

Álex se dio la vuelta y observó a la chica rubia a la que había servido el café hacía unos minutos. Se había desabrochado la chaqueta que llevaba dejando al descubierto una ceñida camiseta que resaltaba sus

curvas. Se mordía el labio inferior seductora y lentamente apoyó una de sus manos en su fuerte brazo. Alex no se acordaba de cómo le había dicho que se llamaba. ¿Lidia? ¿Silvia? Algo así. Su físico atraía a las féminas allá donde fuera, pero, aunque pareciera lo contrario, Alex odiaba los rollos de una sola noche.

—Trabajo aquí, preciosa. Estaré para servirte lo que quieras.

—Eso espero, guapo. Nos vemos.

Alex se despidió de ella con una de sus típicas sonrisas ladeadas y continuó su trabajo hasta que se detuvo cuando escuchó los gritos de Amy salir de la cocina.

—¡¡No necesitábamos ningún otro empleado!! —Oyó que Amy gritaba—. Me las apañaba bien sola. No le necesitábamos a él. ¡¡Despídele!!

—¡Amy! Más vale que seas un poco más amable con él, jovencita.

—¡¡No!! Solas estábamos muy bien. No necesitábamos a nadie ¡y menos a un puñetero delincuente!

—Amy Jiménez Manzano, ¡deja de comportarte como una niña pequeña!

Alex se metió en el almacén un tanto dolido por lo que había escuchado y comenzó a recoger sus cosas. Tenía clara una cosa: jamás estaría en un lugar donde

no se le quisiera y sabía cuándo sobraba. Ni siquiera se despidió. El ambiente estaba demasiado tenso entre madre e hija como que para que él se metiera. Al día siguiente llamaría a Isabel para dar de baja su contrato y darle las gracias por la oportunidad que le había dado.

«Ni un día he durado», pensó molesto. «Al final ese angelito ha podido conmigo». Aprovechó que Amy e Isabel seguían discutiendo en la cocina para salir de allí dispuesto a no volver. Esa niñata era insoportable y no la aguantaría ni un minuto más.

Al oír el ruido de la puerta, Amy salió de la cocina pensando que habían entrado nuevos clientes. Sabía que Álex podría atenderlos perfectamente solito, pero era la oportunidad perfecta para escapar de la nueva regañina de su madre. Al salir y no verle, frunció el ceño y lo buscó en el almacén. Amy se paró en seco. Sus cosas no estaban.

—Mierda... —maldijo en un susurro corriendo al exterior del bar.

Avistó su coche al otro lado de la carretera y le vio montarse en el asiento del piloto.

—¡Álex! —gritó comenzando a correr hacia él.

Pero él no le hizo caso. Arrancó y salió de allí dispuesto a no volver a encontrarse con aquel angelito endemoniado.

—¡¡Álex!! —gritó aún más alto y comenzando a correr detrás del coche sin importarle que otros pudieran atropellarla.

Al ver cómo aceleraba para que no le alcanzara, Amy dio una patada al aire como si fuera a alcanzar el parachoques del vehículo y se detuvo sin dejar de observar cómo su nuevo empleado se alejaba. Estaba completamente convencida de que había oído todo lo que había discutido con su madre. Se sentía ¿mal? Eso le extrañó. ¿Desde cuándo empatizaba con otra persona que no fuera su madre? Desde la muerte de su padre apenas tenía relación con la gente. Para ella amar significaba sufrir.

Se quedó unos minutos parada en mitad de la carretera cuando oyó una bocina detrás de ella. Obstruía el paso a los demás conductores. Expulsó todo el aire que retenía en sus pulmones y volvió al trabajo.

Antes de entrar, se fumó un cigarrillo. Lo necesitaba. Ahora que Álex se había ido, sabía que su madre le echaría en cara que su actitud les había hecho perder un empleado necesario para que el negocio siguiera su curso. Pero se le pasaría al día siguiente. Dicen que no hay mal que por bien no venga y le demostraría a su madre que no le necesitaban. Las dos solas se las apañaban muy bien.

—¿Dónde está Álex? —le preguntó su madre cuando entró.

—Se ha ido.

—¿Cómo que se ha ido? —preguntó sorprendida.

—Nos ha debido oír discutiendo y ha salido por la puerta.

—¡¿Por qué no has hablado con él, Amy?!

—¡Joder! He corrido tras él, pero no me ha querido escuchar. Se ha subido a su coche y se ha marchado.

Isabel suspiró recurriendo a todo su autocontrol para no cantarle las cuarenta a su hija. No sabía qué hacer con ella para que dejara de comportarse así. Había intentado llevarla a un psicólogo tras presenciar la muerte de su padre, pero ella se había negado. Isabel dejó de presionarla creyendo que eso era lo mejor para ella. Ahora veía que estaba equivocada.

Caminó de nuevo a la cocina y sacó de una especie de archivador unos cuantos folios y cogió una servilleta donde copió en ella algo que ponía en las hojas que había sacado.

—Toma. —Le tendió la servilleta a Amy—. Esta es la dirección de la casa de Álex. Ve y pídele disculpas.

Amy cogió la servilleta incrédula por lo que su madre le decía.

—Estás de broma, ¿verdad? —dijo alzando las cejas.

—No, señorita. Cuando acabes tu turno, irás a su casa

y le pedirás disculpas. Y le dirás que si quiere, aquí sigue teniendo un puesto de trabajo.

—¡Venga ya! —se quejó.

—Sin rechistar. Ahora ve atender. Ya hablaremos tú y yo.

Amy iba a decir algo más, pero prefirió callar. Sabía que su madre no le dejaría decir la última palabra. El resto de la mañana transcurrió lenta y aburrida. No tenía ganas de nada. El día se le había torcido y lo único que deseaba era que acabara de una vez.

Por fin, a las dos de la tarde, recogió sus cosas del almacén dispuesta a irse a su casa. Se sentó en el asiento del piloto de su coche y sacó del bolsillo trasero de su vaquero la servilleta que le había entregado su madre. Se quedó unos minutos pensativa mirándola, hasta que hizo una bola con ella y la tiró al asiento del copiloto.

Durante el camino de vuelta a su casa se dio cuenta de que la casa de Álex no distaba mucho de la suya. Mientras estaba parada en la rotonda, pensó que salida tomar. Si la primera en dirección a su casa, o la tercera para ir a disculparse con Álex. Decidió tomar la tercera. Así su madre dejaría de darle la lata con el tema del chico.

Aparcó frente al portal y cogió la servilleta que había arrojado antes. La desdobló y tras comprobar el piso y

la letra, salió del coche. Llamó al telefonillo y cruzó los dedos para que no estuviera en casa, pero finalmente la profunda voz del chico sonó al otro lado.

—¿Quién?

—Amy —respondió en un susurro.

—¿Quién? —repitió Álex, el cual no había oído nada.

—Amy —volvió a responder más alto.

—Disculpe, no le entiendo. ¿Quién es?

—¡Soy Amy! —gritó—. Abre la jodida puerta.

Álex abrió los ojos estupefacto. ¿De verdad era el angelito endemoniado la que estaba en su portal?

—¿Qué más quieres, Angelillo? Ya has conseguido lo que querías. ¡Me he ido!

—Ábreme y lo sabrás.

—Está bien, pero no tardes. Tengo que irme a una entrevista de trabajo en un par de horas.

Amy tragó saliva al escucharle y accedió al inmueble cuando Álex abrió. Pulsó el botón del ascensor, pero este no bajaba.

—Ni te molestes, joven. Lleva meses estropeado —le dijo un anciano que bajaba por las escaleras.

—Vaya suerte la mía... —dijo comenzando a subir andando.

Cuando alcanzó el cuarto piso estaba agotada. Tenía la boca seca y la respiración agitada.

—¿Cansada? —le preguntó Álex que se encontraba

apoyado en el quicio de su puerta.

—¡Cállate! —le espetó con su habitual bordería.

—¿Qué quieres, Amy?

Ella se plantó frente a él.

—¿No vas a dejarme pasar? —le preguntó alzando las cejas.

—¡Por favor, pasa! —dijo apartándose para que entrara—. Estoy encantado de que el angelito endemoniado pise mi hogar —ironizó.

Amy le fulminó con la mirada, pero prefirió no decir nada más. Iba a comenzar a disculparse cuando advirtió algo que se apoyaba en la parte trasera de sus rodillas haciendo que se le doblaran y casi cayera de morros al suelo. Por suerte, los fuertes brazos de Álex le cogieron antes de que pudiera besar el suelo.

—¿Estás bien? —le susurró a su espalda muy cerca de su oído haciendo que su corazón se acelerara.

—Si —dijo con un tono seco reincorporándose para que la soltara.

Amy se giró y vio a un cachorro de Husky mirándola con la lengua a fuera y tumbado boca arriba.

—Quiere que le rasques la barriga.

—¿Qué? —dijo sin entender nada.

—Lennon. —Señaló el perro—. Quiere que le acaricies la barriga.

—No sabía que tenían un perro.

—No tenías por qué saberlo.

—Ya...

Amy caminó por el pasillo hasta que divisó por una puerta lo que parecía ser el salón. Era una sala amplia adornada con muebles blancos y negros y una mesita de cristal. En una de las paredes colgaba una gran estantería con cientos de libros y alguna que otra foto. Era todo muy sencillo. El único color que había era el de la madera color mobila¹ del suelo. Se sentó en el sofá blanco que se encontraba en el centro de este y suspiró pensando en cómo empezar.

Álex se sentó a su lado y Lennon se abrió paso en medio de los dos. Quería atenciones. Por más que él lo bajara, Lennon seguía subiéndose, hasta que Amy comenzó a acariciarlo para que así se estuviera quieto.

—He venido a disculparme —dijo sin mirarle, acariciando la cabeza del perro que reposaba en su regazo—. Siento mucho lo que has escuchado y mi madre quiere que sepas que sigues teniendo un puesto de trabajo en el London.

—¿Por qué debería aceptar tus disculpas?

—Oye yo ya he cumplido. Me he disculpado. Allá tú si las aceptas o no —dijo levantándose furiosa por su contestación tirando a Lennon al suelo—. ¡Adiós!

Al ver cómo se marchaba, Álex se levantó para alcanzarla y la agarró del brazo para hacer que se girara

y lo mirara.

—¿Cómo puedes ser tan borde? —le espetó, cansado de la actitud de esa niñaata.

—¡¿Y a ti qué más te da cómo sea?! —bramó intentando zafarse de su agarre.

—Por una vez, Angelillo. ¡Estamos de acuerdo en algo!

La soltó de mala gana y se quedaron unos segundos desafiándose con la mirada hasta que los ladridos de Lennon les hicieron volver a la realidad.

—¿Quieres que vuelva? —le preguntó Álex más calmado.

—Supongo...

—¿Cómo que supones? —alzó las cejas.

—Mi madre quiere que vuelvas.

—¿Y tú? ¿Qué quieres tú, Amy? —la desafió.

—A mí todo me da igual, Álex —respondió con un tono más amigable—. Salvo mi madre y el negocio. Hagamos una cosa. Si aceptas mis disculpas, vuelve mañana al trabajo. Si no vuelves, te dejaré en paz y no nos volveremos a ver nunca.

Dicho esto, Amy salió por la puerta sin dejar que él le diera una respuesta a esa propuesta. Se quedó mirándola embelesado hasta que se fue y después fijó la vista en su perro.

—Lennon, espero que jamás tengas la suerte de

conocer a nadie como esa chica.

El perro ladró y Álex sonrió cogiéndolo en sus brazos. Amy debía aprender que no siempre uno se salía con la suya.

1 - Mobila: madera de un tono oscuro.

Capítulo 04

Cuando Amy salió de la casa de Álex se sentía estúpida. Había ido a su casa para disculparse personalmente y él se negaba a aceptar sus disculpas. «Menudo idiota», pensó. Perfectamente le podría haber llamado por teléfono o mandado un mensaje, pero no. ¡Había ido a su casa!

A las seis de la tarde, tras pasarse el día ignorando a su madre, la vio salir de la cocina con el abrigo puesto y el bolso colgándole del hombro derecho. El servicio de cocina ya se había cerrado y tras dejar todo impoluto, Isabel se despedía del London hasta al día siguiente.

—Me voy ya, Amy. Acuérdate de poner la alarma cuando te vayas que siempre se te olvida.

—Vale —dijo sin mirarla mientras le daba el cambio a un joven de no más de veinte años.

—¿Has hablado con Álex?

—Ya has tardado en hacerme la preguntita —dijo en un susurro—. Fui a su casa a mediodía y me disculpé,

pero pareció no querer aceptar mis disculpas. Así que allá él. Le dije que si las aceptaba que viniera mañana a trabajar, sino, que se perdiera.

—¡Amy! —dijo su madre con un tono de reproche.

Ella suspiró y se acercó a su madre. Apoyó los antebrazos en la barra y se inclinó para mostrar más cercanía.

—No fueron exactamente esas palabras, pero creo que el mensaje lo ha entendido. Me disculpé y le dije que aquí aún tiene un trabajo, aunque ya sabes que no me hace gracia.

—¿Por qué, Amy? De verdad, hija, no te entiendo —bramó desesperada.

—Porque el hecho de que Álex trabaje aquí, significa que tengo que trabajar con él codo con codo. Y no quiero involucrarme con nadie.

—¿Te das cuenta de lo ridículo que suena eso?

—Me da igual cómo suene, mamá. No me gusta relacionarme con la gente. Lo único que conseguiré con eso es volver a pasarlo mal.

—¿Ahora eres adivina? ¿Por qué no vas a la administración y me haces una primitiva?

—¿No te ibas? —dijo Amy cansada de las charlas de su madre.

—Desde luego, hija mía... ¡eres increíble!

Sin querer discutir más, Isabel se abrochó los botones

de su abrigo y salió del bar dejando a Amy encargada hasta que cerrara.



Tras salir del veterinario con Lennon, Álex volvió a su casa para cambiarse de ropa. El perro estaba completamente sano y había descubierto que tenía tres meses. El veterinario ya le había puesto las primeras vacunas y el chip. De vuelta a su casa, pasó por el supermercado para comprar algunas cosas que necesitaría para Lennon. Comida, cazos para él, una correa y todo aquello que se necesita con un perro a tu cuidado.

Una hora después, fue dando un paseo hasta la Gran Vía donde tenía una entrevista de trabajo en una de las librerías más conocidas de Logroño. Le atendió un hombre de unos sesenta años con traje y el pelo canoso peinado hacia atrás. Le mostró las diferentes estancias de la librería y en qué consistiría su trabajo en caso de que lo aceptara. El puesto era suyo, pero algo dentro de Álex hizo que lo rechazara. Ese algo era Amy. Su cabeza no dejaba de pensar en ella y no sabía por qué, pero quería estar cerca del angelito endemoniado. Sentía la necesidad de raspar el exterior de Amy, desprenderle de su coraza y descubrir a la verdadera

Amy. La que se escondía entre tanta capa de mal humor y bordería.

Álex le dio las gracias al hombre por su tiempo y salió de allí pensando si ir o no al London. Pasó la tarde limpiando la casa y enseñando algunos trucos a Lennon, pero el perro pasaba olímpicamente de él. Siempre que le ordenaba sentarse o darle la patita, el perro saltaba para lamerle. Finalmente, Álex se rindió y siguió con sus tareas hasta que el telefonillo sonó. Por un momento pensó que podía ser ella, pero rápidamente descartó la idea cuando oyó la voz de su sobrina al otro lado.

—¡Tito! —gritó María tirándose a sus brazos.

—¿Qué pasa, enana? —dijo cogiéndola y besuqueándole su sonrosada mejilla—. ¿Y mamá?

—Subiendo las escaleras

Álex se asomó por la puerta y vio a su hermana con la lengua fuera alcanzando por fin el cuarto piso.

—¡Al fin! —dijo agotada—. Por dios... ¡solo a ti se te ocurre vivir en un cuarto piso sin ascensor!

—Hay ascensor, hermanita. Pero no funciona.

Raquel entró sin poder hablar y se dirigió a la cocina para beberse un vaso de agua de un trago, haciendo ruido mientras la tragaba. Su hermano la observaba riéndose por dentro aún con su sobrina en brazos.

—Titooo, bájame que quiero ver al perrito.

—¡Lennon! —le llamó Álex y el perro fue a su encuentro comenzando a ladrar.

Dejó a su sobrina en el suelo, quien enseguida se puso a jugar con el cachorro.

—¡Qué chulo es! —dijo riendo cuando Lennon saltaba para chuparle la cara—. ¡Mami, yo quiero uno!

—No señorita. Sabes que a mí no me gustan los perros —dijo Raquel una vez repuesta.

—¿A qué debo esta agradable visita, hermanita?

Al notar el tono de desagrado de su hermano, Raquel le dio una suave colleja y señaló a su hija con la cabeza.

—Hemos venido a hacer unas compras al centro comercial y María ha insistido en venir a casa para ver a tu chucho.

—¡No le llames así, hermanita! Que lo ofendes —le recriminó divertido Álex.

Adoraba a su hermana. Se llevaban tres años, pero siempre habían estado muy unidos, sobre todo seis años atrás. Sus vidas pasaron por un mal momento y de no haber mejorado se habrían visto en la calle. Su hermana, por aquel entonces, estaba embarazada, así que Álex hizo todo lo que pudo para que su familia siguiera teniendo un hogar.

A diferencia de él, Raquel era rubia y con el pelo rizado hasta por debajo del hombro, al igual que su

hija, María. Aunque la pequeña tenía los ojos verdes del desgraciado de su padre. Si algún día se encontraba con ese tipo le partiría la cara. De momento, prefería no pensar en él.

Dejaron a María jugando con Lennon y ellos se sentaron en el sofá del salón para tomarse unos cafés con pastas.

—Y dime, hermanito. ¿Cómo te va el curro? —le preguntó su hermana.

—Lo he dejado.

Raquel se atragantó con una pasta de chocolate y Álex comenzó a darle golpecitos suaves en la espalda para que no se ahogara.

—¿¡Tú eres tonto!?! —lo insultó.

—No era del agrado de la hija de mi jefa y, por no soportarla, me he ido.

—¡Por Dios, hermanito! Ni un día has durado. Y en cuanto a la hija de tu jefa, no te ha conocido aún. Seguro que cuando te conozca sí tendrá un motivo para que te vayas —bromeó.

—Eres única dado ánimos, Raquel —dijo tras suspirar.

Mostrando su sonrisa más inocente, Raquel cogió su taza para darle un sorbo a la caliente bebida que había en su interior.

—En serio, hermanito. No puedes rendirte por un mal

día. Y si esa tía no te soporta, pues ajo y agua. Yo a veces tampoco lo hago y ya ves cuanto te quiero. ¡Fíjate! Igual hasta se enamora de ti.

—¡Ni en sueños, Raquel! Hay que estar muy mal para querer liarse con Amy.

—¿Quién es Amy? —preguntó frunciendo el ceño.

—La hija de mi jefa.

—Tiene nombre de chica dulce.

Álex soltó una carcajada que tuvo que oír toda la comunidad. Si su hermana conociera a ese angelito, no pensaría lo mismo.

—Álex, solo te digo que me parece de cobarde y de ser idiota dejar un trabajo por el que otros matarían por una tía. Pero ya eres mayorcito para tomar tus decisiones —dijo poniéndose en pie—. ¡María, cariño. Nos vamos! —llamó a su hija.

Como era de esperar, la niña se quejó del poco tiempo que habían estado en casa de su tío. Quería quedarse un poco más y mediante pucheros, le pidió a su madre quedarse a dormir con Álex, pero Raquel tuvo que negarse. Ambas vivían en Murillo, un pueblecito a veinte minutos de Logroño, y María tenía colegio al día siguiente.

Eran las diez de la noche cuando su hermana se fue y las tripas de Álex comenzaron a rugir. Estaba cansado tras el largo día que había pasado y no le apetecía

ponerse a cocinar a esas horas. Optó por pedir una pizza, pero antes de pulsar el emoticono verde para llamar, recordó la charla con su hermana.

Dejó el teléfono inalámbrico encima de la mesita de cristal y cogió las llaves del coche. Condujo hasta el bar London y dejó el vehículo mal aparcado frente a este. Observó por las ventanas que ya no había nadie, salvo Amy barriendo el suelo. Miró el reloj de su muñeca y vio que eran las diez y cuarto. Estaría a punto de irse. Sabiendo perfectamente que le iba a decir a esa mujer, tiró del mango de la puerta y entró en el local.

—Está cerrado —dijo Amy, sin darse la vuelta, con su habitual amabilidad.

—Lo sé.

Al escuchar esa voz, a Amy casi se le cae la escoba con la que estaba barriendo las servilletas tiradas alrededor de la barra.

—¿Qué quieres, Álex?

—He venido a decirte que no acepto tus disculpas... aún.

—Muy bien. Ven mañana y mi madre te dará el finiquito correspondiente a los dos días que has trabajado —dijo mirándole antes de meterse en el almacén para guardar la escoba.

Álex la siguió y se apoyó con el hombro en el quicio

de la puerta del almacén.

—No, Angelillo. No acepto tus disculpas, pero no voy a dejar el trabajo. No voy a darte ese gusto.

—Creía que quedamos en que si aceptabas mis disculpas volvías, sino, ¡no!

—Te equivocas. Así quedaste tú, no yo. Vas a tener que soportarme un tiempo aquí.

Amy tragó saliva y tras suspirar, asintió. Guardó las cosas de la limpieza en su sitio antes de ponerse la chaqueta y un fular de adornos florales. Agarró su bolso por las asas y se lo colgó al hombro. Fue a salir para cerrar, pero el fibroso cuerpo de Álex le impedía pasar.

—¿Me dejas? —dijo en un tono sereno.

—Te invito a cenar.

«¡Pero que acabas de soltar por tu boquita, Álex! ¿¡Estás loco?!», le regañó una voz en su cabeza.

—¿Perdón? —preguntó incrédula Amy alzando las cejas.

—Son las diez y media de la noche. Apuesto lo que quieras a que no has cenado nada y yo tampoco. Te propongo compartir una pizza conmigo.

—¿Pero estás oyendo la gilipollez que estás diciendo? Quiero llegar a mi casa, así que por tu bien, déjame pasar —bramó empujándole, pero Álex apenas se movió. Era más fuerte que ella.

Amy, cansada de empujar y no conseguir nada, se ajustó el bolso a su hombro y cogiendo carrerilla se lanzó contra Álex para quedarse como un mono contra su cuerpo lo que hizo que él se tambaleara y finalmente cayera al suelo con ella encima. Oyó cómo él emitía un gemido de dolor y rápidamente se levantó. Apagó todas las luces y activó la alarma.

—Tienes diez segundos para salir o te dejó aquí encerrado.

—Eres una bruta —bufó levantándose la camiseta por un lateral y vio que una marca comenzaba a salir en su piel—. ¡Me va a salir un gran moratón!

—Que sí, que muy bien. ¡Cinco segundos!

Como pudo por el dolor de espalda, Álex se puso en pie y salió del London fulminando a Amy con la mirada. Esta, le ignoró y cerró el local para irse por fin a su casa.

—¿A dónde crees que vas? —dijo Álex agarrándola del brazo.

—¡A mi casa! Si no me sueltas ahora mismo, la caída de antes será una suave caricia con lo que te haré ahora.

Sabiendo que esa mujer era capaz de todo, Álex la soltó furioso y la dejó ir. No se movió de allí hasta que el coche de Amy se perdió de vista.

A paso lento, caminó hasta una pizzería que había

cerca del bar para coger la cena e irse a su casa. Iban a ser unos meses muy duros al lado del angelito endemoniado, pero como le había dicho su hermana, no se dejaría vencer por la mala actitud de Amy. Esa chica iba a comprobar que él era capaz de todo para conseguir su objetivo. En este caso, quería que Amy volviera a sentir.

Capítulo 05

—Pues en un par de días estará como nuevo —dijo el mecánico limpiándose la grasa de las manos con un trapo más negro que el carbón.

Tras salir del trabajo a mediodía, Álex por fin llevó su coche al taller para que arreglaran la abolladura que tenía en la parte delantera. Ya hacía dos semanas de aquel fatídico golpe en el cual conoció a Amy. En esas dos semanas, se podía decir que la relación con ella había mejorado algo. Ella simplemente le ignoraba, pero al menos ya no soportaba sus continuas pullitas hacia él.

Álex le dio las gracias al mecánico y salió de allí para irse a comer. Al no tener coche, decidió hacerlo cerca de su trabajo para ir después dando un paseo. Desde que empezó a trabajar en el London había descuidado su cuerpo bastante. Apenas le quedaba tiempo y solo había salido una vez a correr en esas dos semanas. El fin de semana que estaba a punto de llegar lo aprovecharía para ir a correr con Lennon.

A las cuatro de la tarde ya estaba aburrido de no saber

qué hacer. Se había tomado un café y había leído el periódico del día dos veces. Lo dobló y dejándolo en la barra se despidió del camarero para ir ya a su puesto de trabajo.

Tardó un cuarto de hora en llegar. A esas horas el establecimiento estaba prácticamente vacío. Solo quedaban algunos pocos estudiantes que no tenían clase hasta las cinco. Álex iba conociendo el funcionamiento de los horarios en las distintas carreras disponibles en la Universidad.

Al oír el sonido de la puerta, Isabel salió de la cocina con un *spontex* en la mano y se sorprendió al ver a Álex.

—¿Qué haces tan pronto aquí?

—Tengo el coche en el taller y como vivo lejos de aquí he comido por la zona para no llegar tarde.

—Chico responsable —dijo Isabel con una sonrisa—. ¿Quieres que te ponga un café o algo? Invita la casa.

—No, no te preocupes. ¿Estás limpiando la cocina?

—Sí. Ya está cerrada por hoy y toca limpiar el estropicio que he organizado.

Álex se contagió de la sonrisa que Isabel le mostraba y se preguntó cómo era posible que Amy fuera su hija. Eran totalmente opuestas. Mientras que Isabel siempre tenía una sonrisa que ofrecer, incluso en las peores situaciones, a Amy jamás la había visto sonreír.

—Te ayudo —dijo Álex rodeando la barra para meterse en ella.

—¡De eso nada, jovencito! Tu turno aún no ha empezado.

—Isabel, no pienso quedarme de brazos cruzados sin hacer nada pudiendo ayudarte a limpiar la cocina.

Álex cogió otro *spontex*, y echándole el producto de limpieza que necesitaba comenzó a limpiar la vitrocerámica.

—Eres un buen chico, Álex. Lo supe desde el primer momento en el que te vi.

—A veces las apariencias engañan, Isabel. No soy tan bueno. Ya sabes de dónde vengo.

—Sí, y también sé por qué te adentraste en todo eso de las carreras ilegales.

Álex sonrió de lado antes de mirarla.

—¿Habrías hecho lo mismo que hice yo en una situación así, Isabel?

Isabel suspiró y asintió.

—Haría cualquier cosa con tal de que Amy estuviera bien. Es la única familia que me queda.

Álex vio cómo los ojos de la mujer brillaban a causa de las lágrimas que se le iban formando, pero antes de derramar ninguna, apartó la mirada, sorbió por la nariz y se las secó con el dorso de la mano.

—¿Qué le pasó a Amy? —preguntó Álex aun

sabiendo que estaba siendo un tanto indiscreto.

—Antes no era así —comenzó a relatar Isabel sacando los cubiertos del lavavajillas—. Amy era una niña alegre. Siempre sonriendo, dando besos y abrazos. Era muy cariñosa y luchaba por su sueño de ser bailarina profesional en París.

—¿Es bailarina? Se sorprendió Álex, aunque no sabía por qué. Amy tenía un cuerpo perfectamente ejercitado.

—Era. Hace dos años estaba a punto de hacer una prueba para irse a estudiar a París y convertirse en una de las bailarinas más jóvenes en conseguir esa beca. Amy, aunque le hacía ilusión, había pensado en negarse a hacer esa prueba. Irse a París significaba un enorme desembolso, pero José, mi marido, quería que su niña cumpliera su sueño. —Comenzó a guardar los cubiertos en los distintos cajones—. Me dijo que había conseguido un buen proyecto por el que le iban a pagar una gran suma de dinero. Nunca me dijo en qué consistía. —Aclaró el *spontex* para seguir pasándolo por la encimera metálica de la cocina—. Unos días antes de su muerte estaba raro. Lo veía nervioso y me arriesgaría a decir que hasta asustado. No sabía en qué demonios estaba metido y nunca se supo. La noche en la que murió fue a recoger a Amy de la academia donde bailaba. Ella lo vio todo. Cómo asesinaban a su padre. Desde entonces se volvió fría y lejana. Nunca se

relaciona con nadie y esa actitud que tiene es una coraza para que nadie le haga daño. Piensa que mostrar sus sentimientos significa exponer sus debilidades. Desde hace dos años, Amy no ha sonreído, no ha llorado, no se ha emocionado... parece que no sienta absolutamente nada. Aunque sigo teniendo esperanza de que todo cambie.

—Estoy convencido de que sí —dijo Álex, abrumado tras la historia que acababa de escuchar. Amy vio cómo asesinaban a su padre a sangre fría—. Isabel, estoy seguro de que Amy se dará cuenta del gran error que está cometiendo y se desprenderá de la coraza.

Terminaron de limpiar la cocina entre risas y alguna salpicadura de agua. En ese tiempo, Álex le había contado a Isabel algunas anécdotas de cuando era niño para que volviera a sonreír y lo consiguió. A las cinco ambos salían de la cocina, muertos de risa y más relajados tras esa terapia que habían realizado.

—¿Qué es tan divertido? —preguntó Amy saliendo del almacén.

Acababa de llegar a trabajar, y tras dejar sus cosas se sorprendió al salir y ver a Álex y a su madre reírse. Hacía años que no la veía así de contenta.

—Cosas nuestras, cielo —dijo su madre mirando a Álex.

Amy se cruzó de brazos y alzó las cejas.

—¿No es muy joven para ti, mamá?

—¡Amy, por Dios! —le recriminó su madre.

—Solo lo digo —dijo pasando por su lado para colocarse tras la barra—. ¡A trabajar, guapito! —le ordenó a Álex.

Él puso los ojos en blanco y se giró hacia Isabel para guiñarle un ojo y despedirse.

—Ha sido un placer limpiar contigo la cocina, Isabel.

—Gracias —dijo ella antes de marcharse—. Por todo.

Álex asintió y se colocó junto a Amy para comenzar a servir a los estudiantes que entraban en el London.

—¿Qué hacías aquí tan pronto? —le preguntó Amy.

—He llevado el coche a arreglar y he venido antes. Hace dos semanas me choqué con una loca y dejó mi precioso coche abollado.

Amy le fulminó con la mirada y le tiró a la cara el trapo que tenía en la mano haciendo que Álex se carcajeara.

—Yo aún no lo he llevado a reparar —dijo Amy tras un largo silencio—. Necesito el coche para venir aquí y no sé cuándo lo podré llevar.

—Deberías hacerlo cuanto antes. No vaya a ser que vaya a más.

—Mientras el loco que me dio no lo vuelva a hacer... —dijo repitiendo lo que él le había dicho.

Álex la miró sorprendido por la broma que le acababa

de echar. Su tono no era divertido, pero tampoco había sonado borde. Eso era buena señal. Sonrió.

Como últimamente ocurría, la mayoría de la clientela que entraba esos días era la femenina. Amy se fijó en la chica rubia que seguía como un perrito faldero a Álex y no dejaba de hablar con él hasta que se marchaba. Ese día no era diferente y Amy pudo ver en el gesto de Álex que estaba cansado de que esa *Barbie* no le dejara trabajar en paz.

«Que plasta de tía», pensó Amy mientras preparaba dos cafés con leche sin dejar de mirarlos.

Álex sirvió dos Coca-Colas en unos vasos grandes con tres hielos en cada uno y una rodaja de limón, y los llevó a la mesa correspondiente con la rubia detrás de él. Estaba harto de que no le dejara trabajar el tiempo que estaba ahí. En más de una ocasión se había lanzado a besarle, incluso una vez fingió ante él que se le escapaba un pecho porque la camiseta le quedaba demasiado holgada. ¡Por Dios! ¡A nadie se le escapa un pecho sin quererlo!

—Pues como te decía —siguió hablándole—. Este fin de semana, mi compañera de piso se va y estaré sola. Te acuerdas cuál era mi piso, ¿verdad? Bueno, te lo recuerdo. Es el que está al lado de la librería, el del portal pintado de naranja. Es horrible, a mí no me gusta, pero yo no lo pinté. —Emitió una ridícula risita

mientras se tapaba la boca con el dedo índice y corazón. *¡No callaba!*—. Puedes venir a visitarme si quieres, mi piso es el primero derecha. Suelo ir por casa con ropa interior o desnuda, dependiendo, y a veces no me doy cuenta de que no llevo nada y recibo así a las visitas y...

Por fin dejó de hablar, pero su constante parloteo fue sustituido por un grito fuerte y agudo que casi destroza los tímpanos de Álex.

—¡Serás patosa! ¡Mira por dónde vas, imbécil! —le espetó la *Barbie* a Amy.

Cansada de esa tía y en cierto modo mostrando empatía por Álex, Amy dejó caer sobre ella los dos cafés que había preparado tras haber fingido tropezarse con ella.

—Discúlpeme, señorita. Normalmente aquí los clientes se sientan en la barra o en una de las mesas disponibles en el establecimiento para tomar sus consumiciones. No suelen seguir como un perrito faldero a los empleados.

—¡Yo haré lo que quiera! —se quejó.

Al ver cómo alzaba la mano para golpear a Amy, Álex atrapó la muñeca de la chica y se colocó en medio de las dos mujeres.

—Será mejor que te vayas.

—Si me voy, jamás volveré a pisar este antro —

amenazó.

—Espero que así sea —le espetó Álex.

Le soltó la muñeca y se cruzó de brazos mostrando un semblante serio y esperando a que decidiera abandonar para siempre el local.

—No encontrarás a nadie más como yo —dijo enfadada, cogiendo su bolso de mala manera—. ¡Que lo sepas!

—Será un regalo del cielo.

Álex oyó a su espalda una especie de... ¿risa? ¿Amy se había reído? Rápidamente se dio media vuelta y se la encontró tosiendo, pero su tos era más falsa que un billete de tres euros. ¡Se había reído! Aunque prefirió no decir nada. Podría entorpecer esos pequeños avances con ella y eso era lo último que quería.

—¿Estás bien? —le preguntó Álex.

—Perfectamente. Sabes que a mí no me afectan las cosas.

—Gracias. Esa tía me ponía de los nervios.

—No tienes que agradecermelo. No quiero personas como esas en mi bar.

Amy giró sobre sus talones y volvió detrás de la barra para preparar de nuevo los dos cafés que había derramado para salvar a Álex.

El resto del día pasó tranquilo, aunque Álex se exasperaba al oír algunos comentarios soeces que

algunos de los estudiantes le espetaban a Amy. Pero ella, como siempre, parecía no inmutarse ante las obscenidades que le lanzaban. No es que Álex estuviera celoso, sino que siempre había odiado que los tíos no vieran más que un trozo de carne en las mujeres.

Aunque era cierto que él había tenido algún rollo de como mucho un día, y que en la zona donde realizaba las carreras había lanzado piropos nada agradables a las chicas que daban la salida a los corredores. No le gustaba comportarse como un capullo con ellas, pero en ese mundo si no eras así, te comían vivo.

Por fin dieron las diez de la noche y Álex estaba muerto. ¡Y aún tenía que sacar a Lennon a pasear! Era increíble lo que había crecido ese perro en apenas unos días. ¡Y lo que le quedaba! El Husky era una raza grande y Álex temía los nuevos destrozos que haría en su casa cuando creciera. Pero cada día que pasaba, Lennon comprendía que hay cosas que no debía hacer, dándole un respiro. Aunque aún le quedaba mucho por aprender.

Como cada noche, antes de cerrar, Amy cogió del almacén los productos de limpieza para dejar decente el bar hasta el día siguiente. Entre los dos limpiaron el suelo, la barra y las mesas.

En esa media hora Álex siempre ponía la radio para

hacer más ameno el trabajo. En un principio a Amy le molestaba, pero a medida que pasaban los días se iba acostumbrando; incluso alguna noche fue ella quien encendía la radio. Estaba distraída recogiendo con el recogedor lo que había barrido, cuando la voz de Álex sonó a su espalda cantando una canción de Luis Fonsi.

*No, yo no me doy por vencido,
yo quiero un mundo contigo,
juro que vale la pena esperar,
y esperar y esperar un suspiro.
Una señal del destino.
No me canso no me rindo
no me doy por vencido.*²

Amy se quedó completamente paralizada al escucharlo. Tenía una voz increíblemente bonita. Giró la cabeza para mirarlo por encima del hombro y lo vio de espaldas, fregando lo que ella ya había barrido. Amy suspiró y se mordió el labio inferior. ¿Le volvería a oír cantar?

—No sabía que cantaras —le dijo dispuesta a saber si lo hacía a menudo.

—Y no lo hago. A veces canto sin darme cuenta. No te preocupes, intentaré controlarme —dijo enojado, pensando que a ella le había molestado que cantara.

Un cosquilleo nervioso le recorrió a Amy al escuchar

esas palabras, y más, con el tono de voz que había empleado. No era típico de él.

—No me importa que cantes, Álex. Solo ha sido un comentario.

Enfadada consigo misma por haber abierto la boca, dejó de mala gana el recogedor y la escoba en el almacén y esperó a que Álex la siguiera. Los dos salieron del local y Amy activó la alarma antes de cerrar.

—Hasta mañana —le dijo a Álex antes de caminar hasta su coche.

Por tercera vez en ese día, él se quedó sorprendido con la actitud de la chica. ¿Le habría pasado algo bueno? Finalmente se encogió de hombros y caminó hacia donde solía aparcar el coche cuando cayó en algo: no tenía coche. Bufó molesto por ello, pasándose las manos por el pelo, y comenzó a correr en la dirección por donde se había marchado Amy. La alcanzó justo en el momento en el que ella arrancaba para salir a la carretera y se colocó frente a su coche apoyando las manos en el capó.

Al ver cómo Álex prácticamente se lanzaba sobre su coche, Amy dio un frenazo y apretó el volante con las manos haciendo que sus nudillos se volvieran blancos.

—¡¿Estás loco?! —le espetó saliendo de su coche—. ¿Qué pretendías? ¿Volver a joderme el coche?

—Angelillo, creo que me hubieras jodido tú más a mí que yo a tu coche. —Sonrió—. Te doy veinte euros si me llevas.

—¡Ni de coña!

—No seas así. Mi coche está en el taller y sabes que vivo lejos.

Amy suspiró y se metió en su coche dando un portazo.

—¡Que no!

Álex no se daría por vencido, por lo que de un salto, se subió al capó quedando espatarrado sobre él. Amy abrió la boca sorprendida. ¿Pero qué hacía ese imbécil? No podía seguir conduciendo con él encima, por lo que comenzó a tocar la bocina para ver si de esa manera se bajaba, pero no había manera. Intentó tirarle de ahí con suaves golpes que hacía con el coche. Lo intentó también activando los limpiaparabrisas, pero nada. Estaba bien agarrado.

—¡Está bien! —dijo Amy rindiéndose—. Te llevo a tu casa.

Álex sonrió victorioso y bajó del capó para sentarse en el asiento del copiloto. Amy volvió a ponerse el cinturón y bufó cabreada. Sin querer mirarle, arrancó y encendió la radio.

—¿De verdad te voy a tener que dar veinte euros, Angelillo? —le dijo Álex mirándola.

—Un favor por otro favor —contestó con la vista fija en la carretera—. Mientras tu coche esté en el taller, yo te llevaré y te traeré al trabajo. Vives cerca de mi casa y me pilla de paso —mintió a medias. Sí, vivía cerca, pero tenía que desviarse por otro camino para recogerlo—. Cuando recuperes tu coche, yo dejaré el mío y deberás hacer lo mismo conmigo. ¿Trato hecho? —Clavó su mirada fría y grisácea en él.

—Trato hecho. ¿Sellamos el trato con un beso?

Al escucharle, Amy giró rápidamente la cabeza hacia él asombrada por lo que había dicho. Al ver ese gesto desconcertante en el rostro de ella, Álex no pudo evitar carcajearse.

—Era broma, Angelillo.

—Muy gracioso, guapito —bufó y volvió a concentrarse en la carretera.

Veinte minutos después, Amy se detenía en el portal de la casa de Álex. Este, se desabrochó el cinturón de seguridad y le guiñó un ojo a Amy mientras se despedía de ella con un hasta mañana. Esa vez, Amy solo le respondió con un movimiento de cabeza y arrancó en cuanto Álex cerró la puerta del copiloto.

Capítulo 06

Bostezando como cada mañana, Álex entró en la cafetería para comenzar su turno. Había llegado junto a Amy tras el pacto que hicieron el día anterior. Ese horario era matador, pero de nada servía quejarse. Entró en el almacén y dejó en una esquina la bolsa que esa mañana traía para, a la salida del trabajo, ir un rato al gimnasio. Una vez colocada en su sitio, se dirigió hacia la cafetera. Cogió la bayeta y, mojándola, la limpió antes de comenzar a servir los cafés mientras Amy salía para recoger los productos necesarios que cada día traía una furgoneta blanca.

Al ir a aclarar la bayeta, sin querer, un buen chorro de agua cayó sobre la camiseta de Álex dejando la parte delantera completamente empapada. Maldijo en silencio y, tirándolo encima de la barra, se dirigió al almacén donde guardaba la camiseta de recambio del gimnasio. Agarrando el filo de la prenda, se la quitó por la cabeza quedando desnudo de cintura para arriba.

—¿Qué cojones haces? —le sobresaltó la voz de Amy.

—Me he calado la camiseta y vengo a cambiarme. Nada más, Angelillo.

—Que no me llames así, guapito —dijo cansada del dichoso mote.

Álex se dio la vuelta aún sin camiseta y clavó sus ojos en ella. Llevaba unos vaqueros ajustados que le realzaban las piernas y le hacían más perfecto el trasero, y un jersey de punto en tonos marrones claros que dejaba un hombro al descubierto mostrando la tira negra de su sujetador. Álex achinó los ojos fijándose en el hombro desnudo de Amy. Le pareció ver unos trazos negros en su piel ¿Tenía un tatuaje? Volvió a mirar su rostro y comprobó que apenas llevaba maquillaje; tampoco lo necesitaba. Un poco de sombra en los ojos y un pintalabios rosado en sus carnosos labios que invitan a ser mordidos. Sus rizos chocolate caían sueltos hasta la altura del pecho haciendo que Álex recurriera a todo su autocontrol para no enredarlos entre sus dedos. «¡¡Joder!! ¿Qué cojones me pasa con esta tía?», pensó.

Al ver su torso desnudo, Amy se fijó en cada uno de sus músculos perfectamente definidos. Era la primera vez que lo veía sin camiseta y no pudo evitar morderse el labio inferior de manera inconsciente mientras repasaba con su mirada cada centímetro de su cuerpo. Álex siguió la dirección de su mirada y sonrió de lado.

—¿Te gusta lo que ves? —Se acercó a ella—. ¿Quieres probarlo?

Amy clavó su mirada en la de él y despacio alargó la mano para acariciar sus perfectos abdominales, pero en el último momento, la desvió a un hematoma que tenía en un costado apretándolo un poco y haciendo que gimiera de dolor.

—En realidad, quería comprobar si este moratón era de mentira para impresionarme y que te lo curara a besitos o era de verdad —le vaciló—. Ya veo que es de verdad. —Chasqueó la lengua.

Con un gesto travieso, Amy apartó la mano y Álex se puso la camiseta sin dejar de bufar, cabreado por lo que le había hecho.

—Eres un poco bruta, ¿no? Además, ese moratón me lo hiciste tú el día que te lanzaste a mi brazos. No pudiste resistirte más a mis encantos.

—Y tú un idiota, pero seguro que te lo han dicho muchas veces y no te sorprende. —Le empujó para pasar por su lado—. Ponte a trabajar y deja de pasearte por aquí como un modelo de Calvin Klein.

—Necesitas un buen polvo. ¡Menudo carácter!

—¿Y quién te dice que no los he echado? —le provocó saliendo del almacén.

Al oírla, el gesto de Álex cambió radicalmente. Se sentía un tanto molesto por su sinceridad. Imaginarse a

Amy en los brazos de cualquier tío no le gustaba.

«¿Y a mí qué más me da lo que haga esta tía?», se regañó Álex y siguió a Amy hasta colocarse tras la barra para seguir limpiando lo que había dejado a medias.

Era viernes y el London estaba más tranquilo que en toda la semana. La mayoría de los estudiantes no tenían clases ese día, y los que tenían no debían estar en clase más de tres horas. Todos los viernes Isabel se podía permitir el lujo de cerrar dos horas antes de lo normal y lo agradecían. Los tres acababan muertos tras más de cuarenta horas semanales trabajando sin descanso.

—Gracias —dijo Álex entregando las vueltas a una joven.

Eran las seis de la tarde y solo le quedaban dos horas para salir e irse a su casa. También era el último día que Amy le llevaría hasta allí, pues el lunes Álex por fin recuperaría su coche. A partir de la semana siguiente, él se encargaría de llevar y traer a Amy del trabajo.

—¡¡Titooo!! —Oyó de repente Álex y giró la cabeza para mirar a la puerta por donde en ese momento aparecían su hermana y su sobrina.

—Hola, hermanito. Pasábamos por aquí y hemos decidido hacerte una visita —dijo Raquel cogiendo a su hija y subiéndola en uno de los taburetes.

Álex suspiró y negó con la cabeza mirando a su hermana. La conocía mejor que nadie y sabía por qué estaba ahí. Quería conocer a Amy. Cada vez que hablaban por teléfono salía el tema de la hija de su jefa y Raquel era una cotilla de mucho cuidado. Dio la vuelta a la barra para salir de ella y abrazó a su sobrina besándola en el pelo.

—No cuela, hermanita. Tú no has podido pasar por aquí porque no vives en esta ciudad.

—Pero a diez minutos de tu curro hay un centro comercial. Podía haber venido de ahí.

—¡Te pillé! —La señaló Álex con un dedo—. No has pasado por aquí, ¡vienes a cotillear!

—¡Pues sí! Quiero saber quién es la famosa Amy de la que no dejas de hablar —le espetó dando un golpe a la barra y ganándose la mirada sorprendida de los pocos estudiantes que habían.

—Vaya, vaya, vaya... ¿hablas mucho de mí con tus ligues, guapito? —preguntó Amy, traviesa, parándose a su lado con la bandeja vacía apoyada en su cintura—. Pero no me extraña. La gente que pasa conmigo un día o... una noche, jamás se olvida de mí —dijo con tono seductor, pasándose la lengua por el labio superior.

Dejando a Álex con la boca abierta tras lo que había dicho, Amy entró en la cocina notando la mirada del chico fija en ella.

—Hermanito, no me digas que... —se detuvo Raquel para tapar los oídos a su hija—. ¡Que te has tirado a la hija de tu jefa!

—¡No digas tonterías!

—Es guapa.

—Y un angelito endemoniado.

Raquel soltó una carcajada y se acercó a su hermano para darle un beso en la mejilla antes de coger a María en brazos.

—No seas negativo, Hermanito. Imagínate ese carácter en la cama.

Álex fulminó a su hermana con la mirada y clavó sus ojos azules en su sobrina que tenía la cabeza recostada en el hombro de su madre.

—Anda, Raquel. Vete ya, que María está agotada.

—Verás, Hermanito. También venía para ver si podía quedarse aquí María mientras voy un momento a hacer un recado.

Él la miró sorprendido mientras cogía a María en sus brazos cuando su hermana se la entregó antes de correr como pudo con los tacones que llevaba hacia la puerta, aprovechando la incertidumbre que mostraba su hermano.

—¡Raquel, esto no es una guardería!

Pero su hermana no lo había oído. Antes de hablar, la puerta del London se había cerrado.

—Tito no grites a mami. ¿No quieres quedarte conmigo? —preguntó María poniéndole pucheros, algo que le había enseñado su madre para conseguir todo lo que quisiera.

—Princesa, no seas nunca como tu madre.

Álex sentó de nuevo a su sobrina en el taburete y se agachó un poco para quedar a su altura.

—Vale, pequeñaja. Ahora estarás aquí quietecita mientras el tito trabaja, ¿de acuerdo?

—Pero, ¡me voy a aburrir! —se quejó la niña cruzándose de brazos enfadada.

Álex suspiró y se pasó nervioso las manos por el pelo.

Desde detrás de la barra, Amy los observaba. Había sido testigo de cómo aquella mujer se había marchado dejando allí a una niña rubita muy guapa. Por cómo le llamaba la pequeña a Álex, dedujo que era su sobrina y la mujer su hermana. Caminó hasta ellos y apoyó los antebrazos en la barra para alzarse un poco y hablar con la niña.

—Hola, soy Amy. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo María. Tienes un nombre muy raro, pero me gusta.

—A mí también me gusta el tuyo.

Álex la miró sorprendido por su amabilidad con su sobrina, aunque no veía a Amy tan mala como para tratar mal a una niña pequeña. Por muy jefa que fuera

suya, jamás consentiría que le hiciera daño a su sobrina con sus palabras.

—¿Juegas conmigo? —le propuso Amy—. Verás es que se me ha ocurrido jugar a los camareros, pero estoy yo sola. Tu tito no quiere jugar conmigo.

—¡¡Síiiii!! —gritó María emocionada, alzando los brazos y bajándose de un salto del taburete.

Amy la guio para que se metiera detrás de la barra y fue a la cocina para coger uno de los delantales que su madre tenía. Se lo ajustó al pequeño cuerpo de María y le dio la mano para salir de nuevo con ella mientras Álex las miraba asombrado. ¿A Amy le gustaban los niños?

Amy cogió uno de los vasos grandes y echó tres hielos y una rodaja de limón. Abrió una botellita de cristal de Coca-Cola y se agachó para que María echara la bebida en el vaso bajo la supervisión de Amy y guiándola para que no derramara ninguna gota. Dejó el vaso encima de la barra y cogió en brazos a María para que acercara la bebida al cliente que se lo agradeció con un suave toque en la punta de la nariz.

—¡Pero qué bien sabes jugar! —la apremió Amy—. Tu tío aún no sabe hacerlo muy bien.

—Mi tito juega muy bien a las princesas y príncipes. ¿Sabes que me deja maquillarle?

—¡María! Eso era nuestro secreto —dijo Álex

fingiendo estar enfadado.

—¡Ups! Se me ha escapado, tito...

Al ver a su sobrina un tanto asustada por haber desvelado su secreto mejor guardado, la cogió en brazos y la sacó de la barra para besuquearla mientras Amy les miraba con complicidad.

—No te preocupes, pequeñaja. Y ya verás como sí que sé jugar a los camareros. ¿Me ayudas?

María asintió y ayudó a su tío a recoger y limpiar las mesas que los clientes iban dejando libres. Sin darse cuenta, ya habían pasado dos horas y María estaba agotada. Mientras Amy y Álex terminaban de recoger, ella les miraba sentada en una silla con la cabeza recostada en su brazo y bostezando cada cinco minutos.

—No te duermas, enana —dijo Álex cogiéndola en brazos.

Al ver esa imagen de ellos dos juntos, el corazón de hielo de Amy se deshizo un poco más. Hacía años que no sentía ningún tipo de emoción por cosas tan sencillas como esas. Ver a Álex disfrutando del cariño de una niña de cinco años le hizo recordar cómo era ella antes. Rememoró cuando su padre llegaba de trabajar y antes de irse a dormir, jugaba con ella a las princesas, a las bailarinas y con sus muñecas.

La puerta del London se abrió y por ella apareció una

mujer rubia a la que Amy identificó como la hermana de Álex.

—¿Cómo se ha portado mi niña? —dijo Raquel cogiendo a una agotada María en brazos.

La pequeña se acurrucó en los brazos de su madre y recostó la cabecita en su hombro.

—He jugado con el tito y con Amy a los camareros, mami —contestó María con voz apagada.

—¡Eso es genial, cielo! —Sonrió Raquel besando la cabecita de su hija—. Antes este maleducado no nos ha presentado. —Señaló a Álex con la cabeza y le tendió la mano a Amy—. Soy Raquel, la hermana mayor del guapito —usó el mismo nombre con el que ella le había nombrado.

—Amy —contestó seca, estrechándole la mano.

—Esto me parece muy formal. —Rio Raquel y le plantó como pudo dos besos a Amy—. Así mejor.

—Encantada. Si me disculpáis, tengo que terminar de recoger todo.

Amy desapareció entrando en el almacén para sacar las cosas de la limpieza, pero se demoró bastante en la tarea para esperar que la hermana de Álex se fuera. Aún se sentía incómoda cuando le presentaban a otras personas.

—Tengo que ayudarla, hermanita. Mándame un mensaje cuando llegues a casa.

—¡Qué pesadito siempre con el mensaje dichoso! —
Se quejó Raquel colocándole bien el abrigo a su hija.

—Hazlo.

—¡Que sí! Hasta mañana.

Raquel abandonó el local y Álex suspiró viéndola marchar. Adoraba a su hermana, pero cuando se ponía cabezota y a veces, algo quejica, ¡no la soportaba!

—Tu sobrina es muy guapa —dijo Amy a su espalda
teniéndole una de las dos escobas.

—Ha salido a mí —bromeó.

Al oírle, Amy puso los ojos en blanco y comenzó a barrer.

—Me ha recordado a mí... —susurró haciendo que Álex la mirara frunciendo el ceño—. No permitas que cambie, Álex. Haz que siempre esté feliz, que sea valiente y que siga adelante incluso cuando las cosas se vuelvan muy negras. Que no cometa el mismo error que yo.

Álex no pudo decir nada. Solo asintió con la cabeza cuando ella le miró. El viaje hasta su casa fue silencioso, solo se oía de fondo el leve sonido de la radio, pero estaba a un volumen tan bajo que apenas se distinguían las canciones que sonaban.

Amy paró frente al portal de Álex y este se bajó tras quitarse el cinturón.

—Pasa buen fin de semana, Angelillo.

—Lo mismo digo, guapito.

Como cada noche antes de irse, Álex le guiñó un ojo y esta vez, Amy le respondió con una ligera sonrisa.

Capítulo 07

—Lennon, ¡a dormir! —Se quejó Álex tapándose la cara con la almohada.

Miró el reloj digital que había sobre su mesilla y vio que no eran ni las ocho de la mañana, pero Lennon ya pedía mediante ladridos que salieran a dar su paseo diario. Con la mano, intentó tirar a su perro de la cama, pero cada vez que lo conseguía, el cachorro volvía a saltar buscando la atención de su dueño.

«Ni el fin de semana puedo dormir», se quejó Álex levantándose y cogiendo al perro en brazos para sacarlo fuera de la habitación y cerrar la puerta para que Lennon no entrara.

Volvió a meterse en la cama y se arropó con el edredón para volver a sumergirse en los brazos de Morfeo.

Se despertó dos horas después y, a pesar de que aún tenía sueño, debía levantarse. El perro tenía que hacer sus necesidades y a él le apetecía ir a correr un rato.

Tras tomar un buen desayuno, se lavó los dientes en el baño que había en su cuarto y se puso la ropa con la

que salía a correr. Sacó de un cajón una especie de cinturón donde llevaría el móvil para escuchar música mientras corría. Se calzó las deportivas y abrió la puerta para reunirse con su perro que le esperaba tumbado en el sofá. Por más que Álex intentara que Lennon no se subiera ni a la cama ni al sofá, este no le hacía caso.

—¡Vamos! —le apremió a su perro que corrió a su encuentro.

Álex le colocó el arnés para agarrarle con la correa y salieron de casa dispuestos a correr hasta llegar a La Grajera, un enorme parque junto a un embalse que se hallaba a las afueras de la ciudad de Logroño, a donde cientos de corredores acudían, además de familias con sus bicicletas o patines.

Una vez dejaron la carretera atrás, Álex soltó la correa de Lennon para que corriera con libertad a su lado y él se puso los auriculares antes de darle Play a su reproductor de música.

Lennon corría sin separarse de Álex, aunque a veces se adelantaba para olisquear a otro perro con el que se cruzaban o para intentar cazar algunos bichos que se encontraba en el camino. Álex sonreía al ver a su perro saltar para atrapar a las moscas con su boca.

Recordó el primer día que lo vio: asustado, pequeño y temblando en aquella caja de cartón. Ahora era un

perro feliz. Y aunque Álex jamás lo diría en voz alta, disfrutaba de su compañía.

A mitad de camino, Lennon estaba agotado, pero seguía el ritmo de su dueño.

—Ya no puedes más, ¿eh? —le dijo Álex divertido a su perro.

Lennon pareció entenderle, pues salió disparado dejando ojiplático a su dueño, quien se detuvo mirando a su perro antes de correr para alcanzarle.

—¡¡Lennon!! —le llamó quitándose los cascos de sus oídos, pero el cachorro le ignoró.

Lennon iba directo a su objetivo y cuando lo alcanzó, saltó sobre él.

Desde la distancia, Álex vio cómo la chica a la que había «atacado» Lennon, casi cae cuando su perro se le lanzó encima. Por suerte, ella consiguió equilibrarse antes de besar el suelo. Mientras corría hacia ellos, se fijó en la chica. Tenía el pelo rizado y oscuro recogido en una coleta alta. Unos *leggings* por debajo de la rodilla le marcaban un trasero espectacular y llevaba una sudadera gris tres tallas más grandes de la que necesitaba.

Lennon saltaba sobre la joven pidiendo atenciones, pero la mano de su dueño le cogió del arnés para apartarlo de ella.

—Disculpe, ha salido corriendo y no he podido. ¿Está

bi... Angelillo?

Amy se quedó con la boca abierta y emitió un pequeño grito cuando notó algo que saltaba sobre ella haciéndola casi caer. Se quitó los auriculares y miró hacia abajo para ver a un cachorro de Husky saltar sobre ella para que le acariciara. Apartó la mano cuando el perro fue a chupársela y esperó a que apareciera el dueño. ¡Le iba a cantar las cuarenta! Pero aún se quedó más sorprendida cuando se encontró con Álex. ¡El chucho era el suyo! El que había visto hacía unas semanas cuando fue a su casa a disculparse. Por lo visto, el perro tampoco se olvidaba de ella y la había reconocido.

«¡Vaya, por Dios! ¡Qué suerte la mía!», maldijo Amy y se cruzó de brazos apoyando el peso en su pierna izquierda mientras daba golpecitos en el suelo con la punta de su pie derecho.

—¿Me estás siguiendo? Porque creo que no me apetece verte el careto las cuarenta y ocho horas que me libro de ti —bufó molesta por encontrarle.

—Esto es un lugar público. Cientos de personas vienen por aquí para correr o ir en bici. Y, como sabrás, esta zona me pilla cerca de mi casa.

—¡Y de la mía!

—Hablando de eso. Tienes que darme la dirección de dónde vives para ir a buscarte.

—El lunes iré a trabajar en mi coche y en el descanso lo dejaré en el taller, cuando me dejes en casa, ¡ya la sabrás!

Echando de forma violenta el aire retenido en sus pulmones, volvió a ponerse los auriculares y reanudó la marcha, pero como temía, Álex se puso a correr a su lado. Amy le ignoró e intentó no pensar en que estaba a su lado, pero su mirada constante en ella la agobiaba, por lo que le dio un empujón para que guardara las distancias. Él no se dejó intimidar por ella y volvió a ponerse a su lado.

Cansada, Amy tiró del cable de sus auriculares para quitárselos e hizo lo mismo con los de Álex.

—¿¡Quieres dejarme en paz?! —bramó molesta.

—Amy, vamos al mismo lugar. ¿Qué más te da correr juntos? Así es más entretenido.

—Parece que aún no te has dado cuenta de que a mí me gusta estar sola. Ese, o, ele, a —se lo deletreó—. ¡SOLA!

—Nadie quiere estarlo. Siempre necesitamos a alguien a nuestro lado.

—¡Yo no!

—Eso es de lo que quieres convencerte muñequita, porque te aterra la idea de depender en ocasiones de alguien y que esa persona desaparezca para siempre.

Ante ese apelativo se detuvo y su mirada se quedó

perdida mirando al frente. Álex siguió corriendo, pero se paró a unos metros por delante de ella y se dio la vuelta para verla. Estaba parada y rígida como un palo. Su pecho se movía al ritmo de su respiración entrecortada y agitada por la carrera. Al ver su mirada ausente, Álex se acercó a ella y se agachó un poco para quedar a la altura de sus ojos.

—¿Amy?

Cientos de recuerdos invadían la mente de Amy. Esa palabra, era una palabra tabú en su vida. La última vez que la oyó fue de la boca de su padre la última noche que pasó con vida antes de que un hijo de puta se la arrebatara de tres disparos en el pecho. Recordó esa noche, como ella, escondida bajo el asiento del copiloto, observaba los últimos minutos de la vida de su padre.

—¿Amy? —repitió Álex zarandeándola.

Ella apretó los ojos y los puños y de un manotazo apartó la suya de su hombro.

—No vuelvas, ¡jamás! A llamarme así —dijo clavando su furiosa mirada plateada en la azulada de él mientras apretaba la mandíbula y presionaba su dedo índice sobre su pecho—. No quiero volver a oír esa palabra de tu boca, porque te aseguro que si la dices me encargaré de que no vuelvas a hablar en tu puta vida.

Pasó por su lado golpeándole con el hombro y

continuó corriendo mientras Álex la observaba irse. ¿Qué había pasado? Con Lennon a su lado, él también decidió reanudar la marcha sin dejar de observar a Amy correr delante de él. Álex ya empezaba a conocerla, y tras la actitud que había adoptado era mejor dejarla su espacio.

Quince minutos después por fin alcanzaban su destino y tanto él como Lennon se morían de sed. Subieron una cuesta que daba a una fuente y tras beber Álex de ella, silbó para que su perro se acercara y bebiera del agua que manaba de la fuente. Caminaron por la largura del camino hasta llegar a un puente de madera en el interior de una especie de bosque, desde el cual los niños lanzaban pan duro a los patos y a las carpas que habitaban en el pantano. Ató la correa a Lennon y se dispuso a cruzarlo cuando vio en él a Amy con los brazos apoyados en la madera del puente. Tenía la mirada baja y observaba cómo los patos comían unas florecillas que ella les lanzaba.

Álex se quedó unos instantes observándola antes de acercarse a ella, sujetando a su perro para que no volviera a saltarle encima, a pesar de que Lennon luchaba para conseguirlo.

Sin decir palabra, Álex se situó a su lado y se colocó en la misma postura que ella, mirando los patos y las carpas que emergían para atrapar un pedacito de pan

que los más pequeños les lanzaban. Ninguno miró al otro en esos minutos. Finalmente fue Álex el primero en hablar.

—Siento si antes he dicho algo que te ha ofendido. No era mi intención.

Ella suspiró y tiró la última flor que tenía en la mano a las sucias aguas del pantano.

—No me ha ofendido. Solo que esa palabra me trae malos recuerdos. No me gusta oírlo.

—¿Pero, hay algo que te guste? —intentó bromear Álex.

—Sí. Ahogar en pantanos a guapitos chistosos como tú.

Álex soltó una leve carcajada y se impulsó con los brazos para volver a ponerse derecho. Sin poder evitarlo, observó con detenimiento el perfil de Amy y fijó la vista en sus carnosos labios. ¡Lo que daría por probarlos! Últimamente pensaba en ella más de lo permitido. Quizá debería llamar esa noche a unos colegas y distraerse un poco para dejar de pensar en la hija de su jefa.

—Voy a dar la vuelta al pantano y regreso a casa —dijo al ver que ella seguía quieta mirando a las aguas—. Hasta el lunes, Amy.

—Hasta el lunes —contestó sin mirarle, pero al oír cómo se alejaba, le llamó—: ¡Álex!

El corazón de Álex latió desbocado al escuchar su nombre de los labios de ella. Giró un poco el cuerpo para mirarla y la vio mordiéndose el labio inferior. Gesto que cada vez que veía, le volvía loco.

—¿Sí?

—Tienes razón. Todos de vez en cuando necesitamos apoyarnos en alguien y sí, me aterra saber que es así, pero supongo que ni yo ni nadie puede evitarlo.

El asintió con la cabeza y le guiñó un ojo antes de desaparecer de su campo de visión. Aunque no lo dijera ni mostrara ningún tipo de emoción o gesto, a Amy le encantaba que Álex se despidiera de ella con un guiño.

Dio unos golpes a la madera del puente y se fue por el lado contrario al que había desaparecido Álex de regreso a su casa.



Silbando la canción que sonaba en la radio, Álex salió de la ducha con una toalla anudada a la cadera. Había quedado con unos colegas que hacía años que no veía. Todos tenían un pasado en común. Eran corredores en las mismas carreras en las que competía Álex para ganar dinero para así poder subsistir en la mierda de sociedad en la que vivían. A pesar de competir unos

con otros, ante todo se forjó entre ellos una buena amistad. Todos acabaron encerrados en prisiones distintas del país, pero cumplida su condena, era hora de reinsertarse en la sociedad y tomar una copa.

Por lo que había descubierto esa tarde cuando les había llamado, todos habían dejado las carreras. La mayoría habían conseguido un buen trabajo tras salir de la cárcel, y otros podían por fin pagarse los materiales de la profesión que ansiaban estudiar cinco años atrás.

Habían quedado para cenar en la calle del Laurel. Una de las más conocidas calles de todo Logroño, donde se podía disfrutar de los distintos pinchos que los locales ofrecían.

Álex abrió el armario y se puso unos vaqueros oscuros y una camisa negra a juego con las zapatillas. Se echó su colonia de Hugo Boss y se peinó con los dedos su tupé.

Antes de irse, echó la comida y agua en los platos de Lennon, cogió la cartera y el móvil y salió dispuesto a desconectar y a olvidarse del angelito endemoniado.

Decidió ir dando un paseo hasta la calle del Laurel. Iba a beber y no pensaba coger el coche, tampoco lo tenía. A la vuelta ya pillaría un taxi.

Al llegar, se adentró por las callejuelas abarrotadas de gente y consiguió localizar el «Agus», el bar donde

habían quedado.

—¡Sainz! —le llamó alguien por su apellido—. ¡Cuánto tiempo, macho! Pero mírate, ¿qué cojones te chutas para tener estos brazos, mamón? —dijo divertido Marco dándole un puñetazo en el brazo—. ¿Cómo te va la vida?

—Currando, ¿puedo decir lo mismo de ti? —Sonrió Álex abrazándole y palmeando su espalda.

—Estoy estudiando un grado superior de mecánica. Quiero ayudar a mi padre con el taller. En seis meses lo termino.

—¡Joder! Si lo sé te habría llamado para que le echaras un vistazo a mi coche. El mecánico me va a dejar tieso con la reparación.

—¿Sigues corriendo? —preguntó Marco sorprendido.

—¡No, qué va! Tuve un pequeño choque con un angelito endemoniado, mi jefa, para ser más exactos.

—Macho, así no te durará el curro.

—Por suerte su madre es la que decide. —Rio divertido—. ¡Y me adora!

—¿Está buena la hija de tu jefa? —preguntó poniendo su brazo sobre los hombros de Álex para caminar hasta la barra y pedir un par de cañas.

—Tiene un culo de infarto, pero un carácter de mil demonios.

—¡Tíratela! O si quieres pásame su número y le quitó

yo mismo ese carácter a base de pollazos —bromeó y el gesto de Álex se endureció. No le hizo ni pizca de gracia eso que había dicho.

—Marco, quiero olvidarme un poco de mi jefa. Así que, hoy nada de hablar de tías de nuestras vidas, sino de las tetas o culos de las mismas. ¿Te parece?

—Tú sí que sabes, capullo.

Brindaron con sus cervezas y poco después llegaron el resto: Axier, Iker y Héctor. Una caña tras otra, comenzaron a contar qué era de sus vidas. Axier trabajaba como policía tras sacarse hacía un año las oposiciones. Iker estudiaba un grado para trabajar de celador y Héctor trabajaba como técnico de iluminación de espectáculos en el ayuntamiento de Logroño.

Recorrieron la calle Laurel comiendo pinchos y contando anécdotas de cuando competían, como la primera carrera de Iker, al cual se le caló el coche nada más dar la salida.

—¡El tío estaba acojonado! —Rio Marco contándolo—. Le temblaban las piernas como a una nenaza y sudaba como un pollo en el horno.

—Capullo, me habría gustado verte a ti la primera vez.

Todos reían y disfrutaban de la noche del sábado hasta que a las dos de la mañana decidieron ir a Suite,

una famosa discoteca situada cerca del centro de Logroño. Bajaron por las escaleras para acceder a ella y fueron a la barra para pedir unos chupitos. Brindaron de nuevo y se lo bebieron de un trago.

—¿Álex? —oyó una voz a su espalda.

Él se dio la vuelta y se quedó sorprendido al ver a su ex. Tamara estaba impresionante. Llevaba un vestido negro por encima de las rodillas con agujeros en los costados dejando al descubierto la piel de su cintura. Los tacones realzaban más sus perfectas piernas y su pelo moreno lo llevaba recogido en un moño. Seguía teniendo una cara angelical, gracias a sus impresionantes ojos verdes y su rostro de muñequita. El carmín rojo pasión de sus labios le destacaba una boca con la que Álex sabía que hacía maravillas.

—Tamara... ¿qué tal? —preguntó Álex acercándose a ella para darle dos besos.

—Bien, estoy con unas amigas. —Señaló con el dedo pulgar a su espalda—. Estás muy guapo.

—Tú también estás impresionante. —Sonrió como un bobo—. ¿Te apetece tomarte una copa? Te invito.

—Eh... claro. Estaría bien.

Álex se despidió por unos minutos de sus amigos y Tamara y él se situaron en una zona de la barra vacía. Pidieron dos gin-tonics y comenzaron a ponerse al día.

—Así que lo has conseguido —dijo Álex sonriendo

—. Eres psicóloga.

—Sí, fue duro, pero lo conseguí, y la verdad es que me encanta mi trabajo. ¿Y tú? ¿Trabajas?

—Sí. Trabajo en un bar al lado de la Universidad, tengo piso propio, coche y perro. —Rio.

—¿Y, tienes a alguien especial?

Sabiendo lo que le preguntaba, Álex dio un sorbo a su cubata y dejó el vaso sobre la barra.

—No, no hay nadie. ¿Tú tienes a alguien?

—Tampoco. Desde que rompimos solo estuve con un chico, pero no salió bien.

«¿Desde que rompimos? ¿O más bien desde que me traicionaste?», pensó Álex.

—Yo no he estado con nadie desde que rompimos — se sinceró Álex—. La cárcel no era el mejor sitio para ligar, y al salir me dediqué a normalizar mi vida.

Tamara soltó una leve carcajada y puso su mano sobre la de él. Instintivamente, Álex entrelazó sus dedos con los de ella y la miró a los ojos. Tamara le sonrió y se acercó un poco más a él.

—No he podido olvidarte nunca, Álex.

Sin saber qué decir, él tragó saliva. No sabía qué responder a eso. Al ver su desconcierto, Tamara tiró de su mano y le sacó a bailar El perdón, de Enrique Iglesias y Nicky Jam.

Ella alzó los brazos y los enredó sobre el cuello de

Álex para acercarse más a él y presionar sus pechos sobre el fuerte torso de Álex. Tamara movía las caderas con un único propósito: excitarle. Desde que lo había visto, un deseo irrefrenable se instaló en ella y su parte egoísta quería que volviera con ella. Poco a poco se dio la vuelta quedando de espaldas a él e hizo que le rodeara la cintura con sus brazos mientras ella seguía moviéndose de forma sensual y provocativa.

Álex bajó su rostro hasta el hueco de su cuello y aspiró su aroma cerrando los ojos. Eso a Tamara le gustó, por lo que giró su rostro para buscar su boca y se la devoró. Álex posó su mano en su nuca y la atrajo más hacia él para profundizar el beso. Cerró los ojos con fuerza para saber a quién estaba besando, aunque en realidad, no era la boca que deseaba. Decidió ser egoísta y utilizar esa atracción para olvidarse de Amy.

Cuando sus bocas se separaron, Tamara se lamió los labios excitada para retener el sabor de Álex.

—Mi casa no está muy lejos de aquí.

—Me conoces, Tamara. No soy de líos de una noche.

—¿Y quién te dice que yo sea un lío Álex? Nos conocemos, amor. Y quiero intentarlo. ¿Qué me dices?

Álex la miró pensando la proposición que le acababa de ofrecer y desvió la mirada a la amplia pista de la discoteca donde la gente bailaba para divertirse o simplemente para calentar a alguien y que se le

acercara para terminar el sábado con un buen polvo.

—¿Te has cambiado de número de teléfono? —gritó Álex por encima de la música.

Extrañada por la pregunta, Tamara negó con la cabeza y frunció el ceño.

—Te llamaré. Y si quieres podemos quedar mañana para tomar un café.

Ella sonrió victoriosa y se alzó para llegar a su oído.

—Esperaré tu llamada, amor —susurró en su oreja antes de morderle el lóbulo.

Con una sonrisa coqueta, pasó por su lado y se reunió con sus amigas. Álex hizo otro tanto y fue con sus colegas quienes, al llegar, le aplaudieron y vitorearon. Habían visto toda la escena con su ex.

Álex sonrió mientras sus amigos le palmeaban la espalda y negó con la cabeza. A pesar de que iba a llamar a su ex, no estaba muy seguro de volver con ella. Sobre todo, al recordar el motivo por el cual su relación acabó.

Capítulo 08

Álex estaba pensativo. Hacía casi un mes que había vuelto con Tamara, pero no sentía nada. Aunque ella sí sentía que era algo más, Álex calificaba su relación como de *follamigos*.

Por otra parte, sonreía al ver a Amy más sociable que cuando la conoció. Hablaba más con los clientes, era amable con la gente, y a veces regalaba una medio sonrisa. Isabel estaba completamente feliz por ver cómo su hija poco a poco salía de su caparazón, y era gracias a Álex. Él la estaba enseñando a vivir.

Sin dejar de darle vueltas a la cabeza, Álex apoyó la espalda en una de las paredes de la fachada del London y dio una nueva calada a su cigarrillo hasta que de repente, alguien se lo quitaba de la boca. Giró el rostro bajando de las nubes y vio a Amy con su cigarro entre los labios. Álex sonrió de medio lado y se incorporó un poco antes de apoyarse en la pared con el hombro.

—Tengo más cigarrillos, Angelillo. No tenías por qué robármelo —bromeó.

Amy dio una calada y atrapando el cigarro entre el

dedo índice y corazón, expulsó el humo retenido.

—Estabas embobado, guapito. ¿Te pasa algo? —le preguntó dando una nueva calada.

Él suspiró y bajo la mirada antes de volver a alzarla hacia ella.

—¿Le darías una segunda oportunidad a alguien que en el pasado te hizo mucho daño? ¿A una persona que se comportó como una egoísta para beneficio propio?

Amy le miró sorprendida por su pregunta, alzando las cejas en un gesto muy típico en ella, y tiró el cigarrillo al suelo para pisarlo con el pie y apagarlo.

—Creo que has preguntado a la persona menos indicada. Yo no doy ni primeras oportunidades.

—A mí me la diste cuando empecé a currar aquí. — Le sonrió.

—Te equivocas. Te la dio mi madre, yo quería perderte de vista.

—Cierto. Aunque al final has caído en mis redes — bromeó ganándose un golpe amistoso en el brazo por parte de Amy.

—Has conseguido que me caigas medio bien. Y es algo que nadie ha logrado.

—Entonces, ¿somos amigos? —Le tendió la mano.

Amy se quedó pensativa mirando aquella mano. No quería implicarse con nadie. No quería tener ningún tipo de relación con nadie. Sin embargo, con Álex, ya

era tarde. La había iniciado sin darse cuenta. Poco a poco él había logrado en unos pocos meses lo que nadie había conseguido en dos años. Amy se había dado cuenta de que su vida había mejorado tras cambiar su actitud. No veía la realidad de color negro. Tampoco rosa. La podía clasificar como grisácea, pues aún le costaba superar bastantes cosas.

—Amigos —dijo aceptando el apretón.

Álex se concentró en la suavidad de la piel de Amy. Unos deseos crecían en él cada vez que la veía y estos cada vez eran mayores. Le soltó la mano y miró hacia el cielo oscurecido por espesas nubes negras que no dejaban que los rayos de sol aparecieran.

—Y como amiga, ¿me respondes a mi pregunta? ¿Le darías una segunda oportunidad a alguien?

—No sé qué te ha pasado, Álex. No puedo opinar sobre algo que no sé y...

—¡Chicos! —gritó Isabel saliendo al exterior—. Hay clientes esperando. ¡Vamos!

Amy asintió con la cabeza a su madre y fue a entrar, pero la mano de Álex la detuvo.

—Queda conmigo —le pidió—. Este fin de semana, Amy. Un café, ¡lo que sea! Y... ¡y te lo contaré!

—No creo que sea buena idea... —dijo en un susurro apartando la mirada.

—¿Por qué? —quiso saber Álex.

Amy le miró a sus ojos suplicantes y pensó en ceder. ¿Qué tenía de malo quedar con él un día? Pero por otra parte, no quería que su relación con él fuera a más que lo estrictamente laboral.

—Tenemos que trabajar —dijo finalmente entrando en el London.

Él la siguió y se colocó a su lado para continuar sirviendo las consumiciones a los estudiantes, pero antes de que Amy saliera con la bandeja hacia la terraza donde se sentaban los fumadores, Álex se inclinó y le susurró al oído:

—Ya sabes que nunca me rindo, Amy. Y no pienso rendirme contigo.

Álex la dejó salir de la barra y él fue hacia el otro lado para atender a un grupo de cuatro estudiantes.

Al oír lo que le había dicho Álex, Amy sintió cómo su cuerpo se calentaba. De repente tenía calor y no era lo más normal en pleno mes de diciembre. Se mordió el labio inferior y cogió la bandeja para salir a la terraza que tenían montada. El aire fresco le sentaría muy bien.

Mientras dejaba las consumiciones recordó las últimas palabras de Álex. «No pienso rendirme contigo» ¿Había algo más detrás de aquellas palabras? Amy no negaba que Álex le atraía. Incluso su madre le había dicho que era el chico perfecto: guapo, atento, trabajador e inteligente. Además era la única persona

que había conseguido acercarse tanto a ella. Sacudió la cabeza para quitarse esos pensamientos de la cabeza y volvió a meterse en el bar, pero se quedó de piedra al ver a Álex besando a una morena que se pegaba como una lapa a él. La bandeja se le cayó al suelo haciendo que los vasos vacíos que había en ella se rompieran.

Al oír ese estruendo, Álex se separó de Tamara, quien había ido a hacerle una visita. Visita que a Álex no le hizo gracia. Cada día veía el gran error que había cometido al volver con ella.

—¡Amy! —exclamó y se acercó a ella para agacharse a su lado y ayudarla—. ¿Estás bien? ¡Te has cortado! —gritó viendo un cristalito clavado en la palma de su mano. Posiblemente se lo había clavado al recoger los cristales con la mano.

—Sí, solo se me ha resbalado —contestó sin mirarle poniendo algunos trozos grandes del resto de los vasos en la bandeja.

—Ve al almacén. Ahora, en cuanto recoja esto, te curo —dijo cogiendo su mano herida.

Amy se desprendió con un fuerte tirón de su agarre y se puso de pie con la bandeja en sus manos.

—No necesito tu ayuda, ni la de nadie —sentenció molesta.

Dejó la bandeja de mala gana sobre la barra y fue al almacén para sacarse el cristalito y recoger lo que había

preparado. Estaba enfadada consigo misma. ¿Por qué narices le había afectado ver a Álex besando a esa... a esa chica? Eran solo amigos, ¿no? No tenían por qué sentirse así.

Álex le pidió a Tamara que se fuera. Ya la llamaría algún día para quedar. A ella no le gustó ver cómo su hombre la despachaba y mucho menos verle ansioso por irse al lado de esa camarera, pero cuando él desapareció, se dio por vencida y se fue.

—Amy, ¿estás bien?

—Perfectamente —dijo dándole la espalda y pasándose el algodón mojado en agua oxigenada por la herida.

—¿Te ayudo en algo? —preguntó preocupado acercándose a ella y poniendo una mano en su hombro.

—No.

Amy alzó el hombro para que apartara la mano y tras ponerse una tirita se dio la vuelta y pasó por su lado, pero Álex la detuvo.

—¿Qué te ocurre? Hasta hace dos minutos estábamos bien.

—¡Nada! —gritó—. Mira, es mejor que no seamos amigos ni nada. Es una mala idea. Nuestra relación será estrictamente laboral, ¿entendido?

—Entendido —sentenció Álex soltándola. Pero por nada del mundo iba a cumplir esa orden.

«Maldita Tamara», maldijo enfadado. Estaba convencido que a Amy le había incomodado verla allí y más el beso que le había dado. Aunque no entendía por qué le había fastidiado tanto verle besando a otra. ¡Sí entre ellos no había nada! Ni lo habría jamás. Cualquiera soporta la actitud de ese angelito endemoniado. Salió del almacén y cerró la puerta mientras observaba a Amy barrer el resto de los cristales.

Pasaron los días y habían vuelto a tiempos pasados. Amy le ignoraba y había vuelto a reforzar su coraza con su actitud borde y su cara de pocos amigos. Álex, a veces, intentaba hablar con ella, tener una conversación sobre cualquier cosa, pero Amy se negaba siquiera a abrir la boca. Solo respondía con gestos con la cabeza o suspiraba mostrando su desagrado.

La semana había sido agotadora, sobre todo para Álex. Quería seguir teniendo esa especie de buen rollo que había conseguido esos meses día a día con Amy.

Eran las once de la noche. El London estaba a punto de cerrar, pero Isabel había reunido a su hija y a Álex para una pequeña reunión.

Álex apenas escuchó lo que su jefa iba explicando de unos pequeños cambios que se iban a realizar. Sus ojos estaban fijos en la chica de cara angelical que estaba a su lado con su habitual rizado y largo cabello recogido

en una coleta alta que dejaba a la vista su delicado y perfecto cuello. Aunque su carácter dejaba mucho que desear. Siempre que Álex la hablaba, ella le miraba, achinaba los ojos y le fulminaba con la mirada antes de soltarle una de sus ingeniosas contestaciones.

—¿Habéis entendido? —finalizó Isabel.

Amy y Álex asintieron.

—Perfecto. Iros ya a casa. Hoy me encargo yo de cerrar.

Amy desapareció por el almacén para recoger sus cosas, pero mientras cogía su cazadora una mano le tapó la boca. El propietario de dicha mano la empujó hasta una zona escondida para que Isabel no los viera. Álex le dio la vuelta a Amy y se llevó el dedo índice a los labios para indicarle que guardara silencio. Enfadada, ella frunció el ceño antes de emitir una especie de gruñido y morderle la palma de la mano.

—¡Joder! —se quejó Álex retirando la mano—. ¡Serás bruta!

—¡¿Qué narices haces tapándome la boca como un maldito psicópata?! —le espetó Amy mosqueada.

—Quiero hablar contigo. ¡No puedes seguir comportándote así conmigo! ¡Quiero saber qué diablos te he hecho!

Amy le asesinó con la mirada y apoyó sus manos en el pecho de Álex para apartarle, pero él no la dejó pasar

y volvió a arrinconarla en el espacio que había entre una estantería y la pared del almacén.

Al ser más alto que ella, Amy tuvo que alzar la cabeza para seguir mirándole a los ojos. Su rostro mostraba su característico gesto: mirada pícaro y sonrisa ladeada. Sin saber por qué, la respiración de Amy comenzó a agitarse mientras notaba cómo sus pechos quedaban aplastados por el de Álex. Instintivamente, Amy se mordió el labio inferior y tragó saliva, aun sosteniéndole la mirada.

El gesto que mostraba Amy, entre enfado y excitación, le volvió loco. Sus bocas estaban a apenas unos milímetros y sus alientos chocaban mezclándose en ese pequeño espacio que les separaban. Sus narices chocaron y cerraron los ojos nerviosos por lo que estaba a punto de pasar.

«¿Qué estoy haciendo?», se preguntó Amy sorprendida, pero sin apartarse.

Las manos que tenía posadas en su pecho fueron descendiendo acariciando cada músculo de su cuerpo sobre la ropa, pero aquello no le bastaba. Quería más, por lo que introdujo sus manos bajo la camiseta que llevaba para acariciar su piel. La tenía muy caliente y recorrió con sus dedos su cadera antes de abrir las palmas sobre su espalda para atraerle más a ella. Jamás había estado tan nerviosa y excitada al mismo tiempo.

El sonido de la puerta del almacén cerrarse junto con el ruido de las llaves en la cerradura, le bastó para separarse de él y recuperar la cordura que había desaparecido esos minutos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Álex volviéndola a mirar.

—Oh... no. No, no, no, ¡¡no!! —gritó Amy.

Corrió hasta la puerta del almacén y comenzó a tirar de la manilla para abrirla, pero era imposible. Probablemente su madre pensó que ya habían salido y les había dejado encerrados.

—¡¡Mamá!! —gritó Amy—. ¡Joder!

Siguió golpeando la puerta con furia hasta que Álex la cogió por la cintura y la apartó de ella.

—¡Cálmate Amy, por Dios!

Ella asintió, consciente de que Álex tenía razón, y respiró profundamente con los ojos cerrados antes de comenzar a relajar su cuerpo. Cuando sintió cómo Amy se desprendía de la tensión, él la soltó.

—Tranquila. Llama a tu madre y que venga para que nos saque de aquí.

Ella asintió y caminó al fondo del almacén, pero un nerviosismo le invadió al darse cuenta de que solo estaba su cazadora. ¿Dónde había dejado su bolso? Recordó que, antes de que su madre les llamara para su pequeña reunión, lo había dejado colgado en la percha

de la cocina junto con algunos de los delantales que se ponía su madre.

—Mierda...

—¿Qué pasa? —preguntó Álex a su espalda.

—Me he dejado el puto bolso en la cocina. ¡No tengo el móvil! —suspiró y le tendió la mano a Álex—. Dame el tuyo.

—¿Qué? —preguntó Álex asombrado.

—Que me des tu móvil para llamar a mi madre.

—Va a ser que no.

Amy achinó los ojos.

—¡Dámelo! —exigió.

Como respuesta, Álex se sentó en el suelo doblando las rodillas y apoyando la espalda en la pared.

—Hablemos mejor.

—¡Álex!

Él miró el reloj de su muñeca y vio que marcaban las once y media de la noche. Se puso todo lo cómodo que pudo y volvió a mirar a Amy de pie y con las manos en las caderas. Le encantaba cuando se ponía en esa postura.

—Tenemos dos días y ocho horas y media hasta que tu madre venga y nos saque de aquí para que te decidas a sentarte a mi lado y hablar conmigo.

Amy elevó las cejas y caminó hacia él decidida, pero en vez de sentarse a su lado, se colocó a horcajadas

sobre él y comenzó a acariciarle el pecho bajando hasta llegar al cinturón de su vaquero. Jugó con la hebilla y le miró a sus ojos, sorprendidos y excitados, mientras acercaba su rostro al suyo. Le rozó el pómulo con la nariz y ascendió hasta su oído para expulsar un suave gemido que hizo que Álex se pusiera duro. Amy notó esa dureza y se sintió poderosa. Tenía unas enormes ganas de atrapar la tierna y sensible carne de su oreja con los dientes y hacerle disfrutar como nunca. Se había olvidado del verdadero propósito de esa provocación.

Álex no tenía ni idea de qué estaba haciendo Amy, pero no tenía queja alguna. Sentir su menudo cuerpo sobre el de él era una sensación muy agradable. Se incorporó un poco para acercarse aún más ella y Amy apoyó las rodillas en el suelo cuando capturó entre sus dedos el móvil de Álex dentro de uno de los bolsillos de sus vaqueros. Se levantó con una agilidad sorprendente y marcó rápidamente el número de su madre.

Al entender las verdaderas intenciones de Amy, Álex maldijo en voz baja sintiéndose como un completo gilipollas por haber caído en su truco. Se puso en pie y se lo intentó coger. Amy se movió cómo pudo por el pequeño espacio del almacén hasta que finalmente el móvil se le resbaló y cayó al suelo desmontándose por

completo.

Álex se lanzó al suelo para recuperar su móvil, pero se guardó la batería en el bolsillo trasero de sus pantalones. Confiaba en que el aparato siguiera funcionando, pero así, evitaría que Amy llamara a su madre.

—Nunca dejarás de sorprenderme.

Enfadada consigo misma por no haber conseguido lo que quería, se sentó en el suelo y Álex se colocó a su lado.

—¿Por qué te enfadó verme con Tamara?

—¿Con quién? Ah, ¿la morena polioperada que se cree la futura Naomi Campbell? No, no me enfadó. Te lo tienes muy creído.

Álex no pudo evitar que una leve carcajada escapara de su boca.

—A ella me refería cuando te pregunté si le darías una oportunidad a alguien que en el pasado te hizo daño con su egoísmo.

Amy suspiró y apoyó la cabeza en la pared.

—Ya te he dicho que no sé qué os pasó...

—La conocí cuando corría en las carreras —comenzó a relatar—. Comenzamos a salir al poco de conocernos. Me acompañaba cuando competía, salíamos, nos acostábamos... vamos lo que hace una pareja normal.

Amy le miró y se acercó un poco más a él. Quería

conocer aquella historia. Cosa extraña, porque antes de que él llegara no le importaba la vida de nadie.

—El día de la redada, cuando la gran mayoría de nosotros acabamos en la cárcel, corrimos al coche. Me coloqué frente al volante y esperé a que ella también subiera. Arranqué y di la vuelta con un peligroso derrape para salir de allí, pero la policía me interceptó y tuve que frenar. Tamara estaba asustada y comenzó a llorar. —Álex dobló las rodillas y apoyó los codos sobre ellas—. Le dije que se calmara, que no iba a permitir que le pasara nada. De repente vi cómo comenzó a romperse la ropa y salió del coche para correr junto con los policías. Comenzó a gritar que era un loco, que la había intentado violar y que la metí al coche por la fuerza. La policía la creyó y me cayeron cuatro años.

Amy se quedó completamente muda, aunque por su cabeza pasaban numerosas palabras para describir a la ex de Álex, y ninguna de esas palabras era precisamente bonita. Ambos se miraron a los ojos y él echó el aire retenido antes de clavar la vista al frente.

—¿No vas a decir nada?

—Eres gilipollas —le espetó.

Álex no pudo evitar soltar una carcajada y Amy sin poder remediarlo también sonrió. Era la primera vez que Álex la veía sonreír y se quedó maravillado por esa

preciosa sonrisa que le mostraba, pero para no fastidiarla, decidió no decir ningún comentario al respecto.

—A ver, Álex. Sé que las personas cambian y todo eso. —«Dímelo a mí», pensó—. Pero si a mí alguien me hace algo parecido y me vuelvo a encontrar con esa persona años después, le cantaré las cuarenta.

—Le he dado otra oportunidad, pero me arrepiento. Sigue siendo igual de egoísta, y en ocasiones es insoportable.

—Eres el dueño de tu vida, Álex. —Se abrazó las rodillas—. Tú decides quien quieres que sea parte de ella.

Él asintió, sabiendo que tenía razón, y bajó la mirada clavándola en sus converse negras algo desgastadas.

—¿Por qué te metiste en las carreras? —quiso saber Amy.

—Lo hice tras acabar mi grado en Diseño Gráfico. Tenía veintiún años. —comenzó a relatarle, sorprendiendo a Amy. No sabía que hubiera estudiado—. Mi padre era un puto ludópata. Estaba desesperado por conseguir dinero para jugar a las tragaperras y un día, pidió dinero a una gente nada recomendada. Debía devolverles el dinero, pero con grandes intereses. No pudo afrontar el pago y desapareció dejando a mi familia con un montón de deudas. Mi madre se mataba

trabajando dieciocho horas diarias para poder pagar las facturas y todo lo que debía, pero era imposible. Oí hablar de unas carreras que organizaban las personas a las que mi padre debía dinero —suspiró y se detuvo. No le gustaba nada esa parte de su pasado. Al verle, Amy apoyó una mano sobre su brazo para transmitirle apoyo—. Hice un trato con ellos: correría esas carreras y con las apuestas saldaría la deuda y dejarían en paz a mi familia. En seis meses estaba saldada, pero no pude abandonar, por lo que seguí compitiendo hasta que me pillaron.

—¿Tu familia sabe esto?

—Lo supieron cuando me metieron en la cárcel. Creo que jamás había recibido tantas collejas por parte de las mujeres de la casa —dijo divertido recordando a su madre y a su hermana enfadadas echándole el mayor sermón de su vida.

Amy se contagió de su sonrisa y se sentó a lo indio cambiando de postura. Comenzaban a dolerle las piernas al estar siempre sentada de la misma manera.

—¿Qué pasó con tu padre? —se interesó.

—Murió, conduciendo borracho. No sabíamos de él desde hacía años y nos enteramos porque la policía localizó a mi madre. Yo estaba en la cárcel cuando sucedió. Odio mi pasado, Amy. Si pudiera volver atrás, probablemente no me habría metido en esas carreras.

—La miró y en sus ojos ella pudo ver cómo le dolía.

—Lo hiciste por el bienestar de tu familia. Al igual que mi padre. —Su sonrisa se borró y unos ojos tristes la sustituyeron.

—¿Quieres contármelo? —preguntó apoyando una mano sobre la de ella y comenzando a acariciar con la yema de su dedo índice los suyos.

—No sé qué pasó, Álex. Solo sé que mi padre hizo un proyecto para alguien por el que le pagaron el dinero necesario para que yo pudiera ir a París para cumplir mi sueño de ser bailarina profesional. Creo que le asesinaron por ese trabajo, pero no estoy segura. Ni tampoco quiero saberlo.

—¿Sigues bailando? —le preguntó mirándola y cambiando de tema. Se notaba que le dolía hablar de ello y no quería verla mal.

—No, desde que murió mi padre lo dejé. Él quería que me sacara una carrera, así que me licencié en Derecho, pero no quiero trabajar de abogada. Solo me importa que mi madre esté bien y que el negocio siga como está.

Amy apoyó la barbilla sobre sus rodillas y se abrazó más las piernas mientras él la miraba sorprendido. No sabía que fuera abogada, aunque si era sincero, no veía a Amy vestida con uno de esos trajes ejecutivos y con un maletín en la mano.

—Eres fuerte, Amy. Pero debes ser tú misma.

—Soy yo misma —se quejó mirándole.

—No, no lo eres. Te ocultas bajo esa coraza de bordería y mala leche porque crees que si te muestras tal y como te sientes, te convertirás en una persona débil a la que enseguida le harán daño.

—¡Mira, guapito! Ibas muy bien hasta que has abierto tu boca.

Cabreada, se levantó del suelo y caminó al otro lado del almacén. Álex puso los ojos en blanco cansado de que no se le pudiera decir nada a esa mujer. Sacó la batería del bolsillo trasero del vaquero y marcó el número de su jefa para que les sacaran del almacén. Antes de darle al botón del icono verde, miró la hora. Era la una y media de la madrugada. El tiempo se le había pasado volando y esperaba no despertar a Isabel con su llamada.

Desde la esquina del almacén, Amy le miraba hablar con su madre. Por fin saldrían de ahí y se iría a su casa para descansar el fin de semana que acababa de comenzar.

—¡Pero a quién se le ocurre encerrarse ahí! —les bramó Isabel.

—Mamá, pregúntate mejor que por qué se te ocurre encerrarnos aquí.

—Ay, hija, no sabía que estabais dentro. ¿Estáis bien?

—preguntó preocupada.

—No te preocupes Isabel, han sido un par de horas interesantes.

Amy lo fulminó con la mirada sabiendo que su madre le haría el tercer grado, pero él no se dejó intimidar por ella. Como era habitual, se despidió de Amy guiñándole un ojo y se subió al coche para irse por fin a su casa.

—¿Qué ha pasado ahí dentro, cielo? —le preguntó Isabel a su hija curiosa y con una traviesa sonrisa en los labios.

—¡Nada! ¿Nos vamos? Quiero meterme en la cama.

Isabel al ver a su hija marcharse con prisa para evitar que le sometiera a uno de sus interrogatorios, cerró la cafetería feliz por el gran cambio que estaba experimentando Amy.

Capítulo 09

Amy se estiró cuando la luz del sol entró por su ventana despertándola y cogió las sábanas para cubrirse entera con ellas e intentar seguir durmiendo. Eran las diez de la mañana, pero siempre se quedaba un rato más en la cama para intentar dormirse de nuevo o simplemente quedarse tumbada. Durante la semana no podía permitírselo.

Una hora después se levantó y se metió en la ducha: el agua la despejaría. Mientras esta recorría su cuerpo desnudo, recordó la conversación con Álex en el almacén. Jamás había hablado del tema de su padre en esos dos años con nadie. Ni siquiera con su madre. Sin embargo, con él había sido como si llevaran años hablando de ello. Con Álex tenía facilidad para hablar, para mostrarse cómo se sentía. Confiaba en él y, aunque quisiera negarlo, le gustaba la relación que tenían. Pero también tenía miedo de que en un futuro esa relación la hiciera sufrir. Algún día sus caminos se separarían.

Cerró los ojos con fuerza y comenzó a aclararse el

pelo para dejar esos pensamientos a un lado. Salió de la ducha antes de enrollarse una toalla alrededor de su cuerpo y se colocó frente al espejo para peinarse su largo cabello chocolate antes de echarse la espuma para que sus rizos quedaran perfectos. Cogió una camiseta holgada azul y unos pantalones grises cortos y se los puso para estar por casa.

Como cada sábado, le tocaba limpiar la casa a fondo. Desde que Álex había llegado a su vida tenía por costumbre encender la radio cuando limpiaba o cocinaba. Cogió la mesilla que se encontraba en medio del salón y la colocó en el *hall* de su piso mientras limpiaba. Apartó los dos sofás que tenía pegándolos a la pared y pulsó el mando de la radio para que la música comenzara a sonar.

Subiéndose a una banqueta, Amy comenzó a limpiar el polvo de los estantes más altos antes de ponerse con los cristales y el suelo.

Casi una hora después, por fin acabó de dejar impoluto el salón. A penas estaba en casa, pero el polvo y la porquería que entraban por el balcón cuando lo dejaba abierto mientras se preparaba antes de irse por la mañana a trabajar para que ventilara, ensuciaba mucho todo su piso.

Iba a volver a colocar la mesilla en su sitio cuando el locutor anunció que, a la vuelta de unos pocos

anuncios, pondrían una canción de Luis Fonsi. Al oírlo, Amy se mordió el labio inferior antes de correr a su habitación para sacar del armario una caja adornada de bailarinas donde guardaba casi todas sus cosas del pasado. La abrió y sacó de ella sus dos puntas blancas. Se quitó las zapatillas con las que iba por casa y se las colocó anudando las tiras por su tobillo para juntarlas con un lazo en la parte posterior del inicio de sus piernas.

Se puso en pie y de un salto, acabó apoyándose sobre las puntas, pero una punzada de dolor hizo que no aguantara mucho sobre ellas. Hacía años que no practicaba y los callos que antes tenía y que evitaban que esa postura le doliera, habían desaparecido.

Suspiró y fue a quitárselas cuando oyó en el salón como las primeras notas de la canción *Llueve por dentro* comenzaban a sonar. Corrió hacia él y se posicionó en el centro de este colocando los brazos en la primera posición y los pies en la cuarta. Comenzó a realizar la coreografía que creó hace años con las puntas, aguantando el dolor. Sus movimientos eran delicados y seguros y su gesto iba acorde con la temática del baile.

Durante los tres minutos que duró la canción, disfrutó de volver a bailar y recordó la cara de su padre observándola, orgulloso de que su muñequita siguiera

haciendo realidad su sueño. Acabó sentada en el suelo tal y como finalizaba la coreografía.

Abrumada por los recuerdos y por volver a subirse sobre las puntas, escondió su rostro entre sus manos y, tras dos años sin hacerlo, lloró con fuerza, liberando todas las lágrimas retenidas durante tanto tiempo.

Se las secó con el dorso de la mano y se quitó las puntas para masajearse los dedos. Le habían salido unas pequeñas heridas y estaban enrojecidos, pero le dio igual. Juntó las dos puntas anudándolas la una con la otra mediante las tiras que tenían, y las dejó colgadas en el perchero como solía hacer antes de que dejara de bailar.

Estuvo unos minutos viéndolas colgadas y una sonrisa apareció en sus labios. Volvería a calzarlas pero, sobre todo, volvería a bailar y a crear. Eso era lo que su padre hubiera querido.

Capítulo 10

Y por fin llegó la última semana antes de Navidad. Alex notaba que ya estaban próximos los quince días de vacaciones antes de reanudar las clases y, con ese parón, el bar London cerraría.

Tras la charla con Amy en el almacén, la relación entre los dos había mejorado. Ella sonreía, bromeaba y le seguía sus pequeños juegos que tenían con algunas clientas, como el día que le dijo a una chica de no más de dieciocho años que era gay para que le dejara en paz. La joven se negaba a creérselo, hasta que Amy se lo confirmó diciéndole que un día le pilló vestido de cuero con uno de esos pantalones que dejaban las nalgas al aire.

En uno de sus descansos que usaban para fumar un cigarrillo, Alex sacó el móvil y mandó un mensaje a Tamara: tenían que hablar. Se lo envió, pero antes de guardarlo de nuevo, notó una mano revolverle el cabello.

—Hoy no me has esperado —dijo Amy sacando su

pitillera.

Desde hacía dos semanas tenían por costumbre esperarse el uno al otro, para salir a fumar un cigarrillo los dos juntos y charlar.

—Perdona. Tenía que mandar un mensaje. —La miró—. Voy a cortar con Tamara.

Una sonrisa estaba a punto de instalarse en el rostro de Amy, pero la eliminó con una tos fingida que Álex no se creyó.

—Creo que es lo correcto —dijo seria.

El móvil de Álex sonó y vio que era Tamara quien le llamaba.

—Un segundo —le pidió a Amy mientras se alejaba para hablar.

—Hola, amor, ¿qué ocurre? Me has dejado preocupada —dijo Tamara al otro lado del teléfono.

—Preferiría hablarlo en persona. —Se pellizcó el puente de la nariz.

—Amor, tus problemas son mis problemas —emitió una falsa risita—. ¿Qué pasa?

—No quiero seguir con esto, con lo nuestro —dijo sin rodeos—. Te juro que lo he intentado, pero sigues siendo la misma persona egoísta que conocí, la misma que me traicionó e hizo que la policía me detuviera. Decías que me querías y no dudaste en salvar tu culo operado para que no te encerraran a ti también. Te da

igual a quien llevarte por delante con tal de conseguir lo que quieres, y personas como tú: manipuladoras, egoístas, malcriadas y sin un ápice de empatía, no las quiero en mi vida. Así que esto se acabó, Tamara. No quiero volver a verte, no quiero que me llames más y, por supuesto, no deseo tener nada que ver contigo.

Amy, que había escuchado todo aquello, le miró con los ojos como platos, aunque por dentro estaba saltando y le dieron ganas de aplaudirle por haberle dejado las cosas claras a esa horrible mujer. Él se merecía algo mucho mejor ya que, a pesar de ser un expresidiario, era una de las mejores personas que había conocido en su vida.

—¿Me estás dejando? —preguntó sorprendida con una voz chillona y sin parecer inmutarse ante las duras palabras de Álex.

—Sí.

—¡A mí nadie me deja! —gritó al otro lado de la línea.

—No tengo nada más que decirte. Adiós, Tamara.

—¡Si me cuelgas, te vas a enterar!

Álex ni se molestó en contestar. Se apartó el móvil de la oreja y pulsó el icono rojo para cortar la llamada. Se guardó el aparato en el bolsillo y regresó junto a Amy para acabarse el cigarrillo. Esta lo esperaba con el cigarro entre los dedos y una pose relajada. Apoyaba la

mayor parte de su peso en una pierna y se abrazaba con un brazo el cuerpo. Tenía frío, pero era tan cabezona que se negaba a salir con la chaqueta los cinco minutos que se tomaban de respiro.

—Era Tamara —dijo al ver cómo Amy le miraba, a pesar de que ella lo sabía y había escuchado todo—. ¡Soy libre! —bromeó haciendo sonreír a Amy.

—¿Se lo ha tomado bien? —Dio una calada.

—Todo lo bien que se puede, supongo.

Acabado el descanso, reanudaron su trabajo hasta la hora de comer. Por primera vez en esos meses, Amy le ofreció a Álex comer junto a ella en una pizzería que había al lado del London, en recompensa por aquella vez que ella le rechazó. Tenía que ir a hacer un recado cerca de ahí y no le merecía la pena regresar a su casa. Pero él no pudo aceptar su invitación. Debía volver a casa para pasear a Lennon.

Ante su negativa, Amy se mordió el labio inferior sintiendo una punzada en el pecho, aunque, como era normal en ella, no mostró cómo se sentía. Se despidió de él hasta la tarde.

Tras jugar en el parque con su perro y una pelota, Álex subió a casa para comer. Aprovechó también para llamar a su hermana y que le diera alguna idea sobre qué regalar a su sobrina para el día de Reyes.

A pesar de que aún quedaban unas semanas, las

jugueterías enseguida se quedaban vacías y era mejor coger ahora los regalos de los niños que tres días antes. Raquel le dijo que cualquier muñeca le gustaría, y más viniendo de su tío favorito.

Álex decidió cogerle una muñeca bailarina que había visto en uno de los catálogos que los carteros metían en su buzón. Esa muñeca venía acompañada de un tutú rosa con purpurina y sabía que a su sobrina le iba a encantar.

A falta de diez minutos para las cinco de la tarde, Álex aparcó cerca del bar. Mientras iba hacia la puerta, vio a Amy caminar en frente de él para comenzar a trabajar también. Él le regaló una de sus sonrisas y se metió las manos en los bolsillos mientras la esperaba, pero la sonrisa se borró de su rostro cuando algo le impactó en la cabeza. Desorientado por el golpe, se llevó la mano a la ceja y notó cómo un líquido corría por ella. Vio sus dedos manchados de sangre y luego clavó la vista en la dirección de donde había venido el impacto.

Tamara estaba muy enfadada porque Álex la hubiera dejado, así que decidió presentarse en su trabajo y enseñarle quién era ella. Cogió una de las sillas de plástico de la terraza del London y se la tiró a la cabeza.

—¡Tú a mí no me dejas, imbécil! —gritó enfadada.

Cogió otra silla y acercándose a él volvió a tirársela, pero esta vez Álex pudo esquivarla.

—¡Estás loca, joder! —exclamó mareado y apoyándose en la pared.

Al oír cómo la llamaba, Tamara cogió una mesa, pero no pudo tirarla, pues Amy la agarró por las patas y se la quitó de las manos para dejarla donde estaba.

—Te recomiendo que te largues de mi establecimiento.

—¿O si no qué, zorra? —la insultó, dándole un empujón para que se separara de ella.

Amy arqueó las cejas y se metió en el London sin decir nada. Creyendo que había vencido, Tamara sonrió victoriosa y se dispuso a seguir vengándose de Álex cuando sintió algo frío que la empapaba.

Tras saludar a su madre con un beso en la mejilla, Amy había cogido el cubo de la fregona lleno de agua sucia —por llamarlo de alguna manera ya que su color marrón era asqueroso—, y sin pensárselo dos veces se lo tiró por encima a Tamara.

—A mí nadie me vacila, nadie me insulta y mucho menos agrade a mis empleados. ¡Lárgate si no quieres que te meta también la escoba en la boca!

Lloriqueando como si fuera una niña pequeña, Tamara se pasó las manos por el pelo y el cuerpo como si así pudiera limpiarse. Apretó los puños y emitió un

agudo chillido bastante infantil antes de abandonar el lugar sin dejar de gritar e insultar a Álex y a Amy.

Pero ambos la ignoraron. Álex siguió apretándose la brecha que su ex le había hecho, hasta que Amy se acercó a él y le cogió por el brazo para entrar en el bar.

—Ve al almacén y espérame ahí mientras voy a por el botiquín —le dijo con un tono dulce haciendo que retirara la mano para comprobar su brecha—. Te curaré esa herida.

—Ahora tendría que decirte que me valgo yo solo —la vaciló un tanto molesto, pero sobre todo dolorido, recordando el día que ella se cortó con un cristal.

Había sonado como un completo capullo. Él no solía comportarse así y se arrepintió de su tono tras pronunciar la última palabra. Seguramente ahora Amy le mandaría a paseo. ¡Y con razón! Pero Tamara le había cabreado hasta límites insospechados.

—Haz lo que quieras, guapito. Tú eliges. Te curo o te curas. —Elevó las cejas, gesto típico en ella.

—Prefiero que lo hagas tú, si no te importa.

Ella asintió y fue a la cocina para sacar el botiquín que tenían allí. Isabel al ver lo que cogía, le preguntó preocupada qué había ocurrido y su hija le contó de manera muy breve lo sucedido.

—Madre mía —dijo Isabel—. Menos mal que son de plástico, que si llegan a ser de metal podría haber sido

peor. Dile a Álex que si no se encuentra bien puede irse a casa. Si se va me llamas y vengo a ayudarte.

—Tranquila, mamá.

Isabel asintió y se colocó el abrigo, pero decidió esperar a que ambos salieran. Quería ver cómo estaba Álex.

Amy entró en el almacén dónde el herido la esperaba sentado en una de las sillas de plástico que tenían allí guardadas por si se necesitaban más en la terraza. Cogiendo un poco de algodón mojado en agua oxigenada, Amy se lo pasó por la herida desinfectándola.

—Has tenido suerte. No es muy grande y creo que no necesitarás puntos.

—Recuérdame que no le dé más oportunidades a mis ex —dijo dolorido, cerrando los ojos y apretándolos, como si así el dolor disminuyera.

Amy curvó los labios en una sonrisa y presionó el algodón sobre la herida para cortar la pequeña hemorragia.

—¿Estás bien? Si quieres márchate a casa. Ya me quedo yo aquí.

—¿Ya me estás echando de nuevo? Creía que ya habíamos superado eso —bromeó y como respuesta, ella presionó más fuerte sobre la herida haciendo que Álex se quejara.

—A veces estás más mono con la boca cerrada.

—¿Sabes cuándo estoy más callado?

—¿Cuándo duermes? Bueno, me imagino que roncarás.

Álex soltó una carcajada.

—Hum... ¿me imaginas mucho en la cama, Angelillo?

—No. Más bien suelo imaginarte en la ducha —le siguió el juego divertida.

—¡Vaya! ¿Piensas en mí desnudo? —Sonrió.

—A veces... sobre todo te imagino con un gorrito rosa de ducha y cantando a pleno pulmón a Lady Gaga con el champú a modo de micrófono.

El ambiente se relajó con los dos riéndose y bromeando como dos buenos amigos. Cuando Álex dejó de sangrar, Amy cogió una tirita y se la colocó con cuidado antes de inclinarse para darle un beso sobre ella, sorprendiéndole y sorprendiéndose.

Ella se apartó enseguida avergonzada y notó cómo el rubor ascendía hasta posarse en sus mejillas.

—Lo siento —se disculpó—. Mis padres, cuando me hacía alguna herida o enfermaba, siempre hacían eso para que me doliera menos y, bueno, no sé porque lo he hecho. Perdona.

—No pasa nada. La verdad es que me duele menos.

Amy sonrió y bajó la cabeza aún algo avergonzada, y

al darse cuenta de ello Álex cambió de tema.

—Hace mucho que no te veo correr hacia La Grajera.

—Algunos fines de semana me da pereza salir y me quedo en casa. Odio pasar frío. Prefiero quedarme arropada en la cama calentita.

Álex asintió y se puso de pie para empezar a servir las consumiciones, pero antes de salir se giró para proponerle algo a su Angelillo. «Espera, ¿su? Más le valía que ese pronombre posesivo desapareciera de su mente para referirse a Amy.»

—He estado pensando... tenemos dos semanas por delante de vacaciones y probablemente algunos días estaré muy aburrido. —Le sonrió—. ¿Te apetecería cenar algún día conmigo?

Ella se mordió el labio inferior nerviosa deseando aceptar, pero a la vez no quería tener más relación con él de la que ya tenían. Experimentó cómo el corazón le latía desbocado y un cosquilleo recorría su estómago. Esas sensaciones no podían ser buenas, pero finalmente, se dejó guiar por su corazón que poco a poco iba ablandándose.

—Me encantaría.

Álex sonrió cuando aceptó su invitación y estuvo a punto de coger su rostro entre sus manos y besarla, pero sabía que aquello no le haría demasiada gracia ya que en sus ojos vio cierta duda. Le aclaró:

—Como amigos. No te preocupes, mantendré mis armas de seducción ocultas ante tu presencia.

—Que bobo eres a veces.

—Pero, y aunque lo niegues, te gusta un poquito — dijo juntando casi los dedos índice y pulgar.

—Jamás lo reconoceré en voz alta. —Le sonrió.

Pasó por su lado para salir del almacén y notó cómo él la seguía. Isabel, que les esperaba, les vio salir y Amy asintió con la cabeza para que supiera que estaba todo bien.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —les preguntó divertida Isabel mirando la frente de Álex.

—¿Qué va a pasar, mamá? Nada, solo le he curado.

Isabel soltó una leve carcajada y se acercó al chico para pasarle el dedo pulgar por encima de la herida y limpiarle el carmín rojo que tenía de los labios de su hija.

—¿Seguro? —Le enseñó su pulgar manchado de pintura roja—. ¿Algo que me tengáis que contar?

Amy se tapó la cara muerta de vergüenza y Álex al verla no pudo evitar sonreír. Ambos sabían lo que Isabel había insinuado. Creía que estaban juntos, algo muy lejos de la realidad. Amy no quería nada serio con nadie y él había decidido dejar pasar un largo tiempo antes de volver a tener una relación amorosa con una chica. No quería más quebraderos de cabeza y nunca

mejor dicho.

—Ains, mi niña, ¡no veas cuánto me alegro! —Isabel abrazó a Amy, pero inmediatamente le dio un suave golpe en el brazo—. ¡¿Se puede saber cuándo pensabais decírmelo?! ¡Qué feliz estoy! —Esta vez, se lanzó a abrazar a Álex.

—Mamá, te estás confundiendo —dijo Amy enseñando las palmas de sus manos para que su madre se calmara—. Entre Álex y yo no hay nada salvo... amistad, supongo.

—Porque tú quieres —la vaciló Álex guiñándole un ojo.

—¡A callar! —le bramó.

Lo que le faltaba, que encima le diera juego a lo que había pensado su madre.

Isabel sonrió al ver esa escena entre ellos. La sabiduría que le proporcionaban los años le hacían saber que entre los dos había una gran complicidad, pero su hija seguía escondida en su caparazón y veía en los ojos de Álex el miedo que tenía a perder a la Amy que ahora sonreía si decidiera intentar dar un paso más.

—¿Y por qué tenía carmín? —preguntó curiosa.

—Porque le he dado un beso en la frente —contestó Amy roja como un tomate—. Al curarle he hecho lo mismo que me hacíais papá y tú cuando era pequeña.

—Su muñequita siempre salía de la academia de baile

con un rasguño nuevo. —Sonrió Isabel orgullosa mirando a Álex antes de volver a clavar la mirada en su hija—. Ni la peor de las heridas hacían que no pudieras volver a levantarte. Siempre te ponías en pie para superarte y, cada vez que te caías, te levantabas aún más fuerte.

Isabel se acercó a su hija y le tocó el tatuaje que dejaba a la vista la camiseta de tirantes negra que llevaba, sabiendo que la marca que tenía en su piel simbolizaba las palabras que acababa de decir.

—¿Por qué ahora es distinto? —le preguntó mirando los ojos plateados de Amy.

—Porque él ya no está. —Se le deslizó una lágrima al recordar a su padre.

—Te equivocas, cariño. —Posó la mano sobre el corazón de su hija—. Siempre estará aquí y en nuestros recuerdos. Desde donde quiera que esté, siempre estará orgulloso de su muñequita. De ti.

Álex miraba a madre e hija emocionadas por el recuerdo del hombre al que perdieron años atrás y entendió por qué le molestó tanto a Amy que él la llamara muñequita el día que corrieron juntos. Así la llamaba su padre. Ese nombre le pertenecía a él y decidió respetarlo.

Isabel le dio un beso a su hija en la mejilla y salió del London para irse a su casa. Amy se quedó parada

mirando a la nada con las lágrimas deslizándose por sus mejillas hasta que caían en el suelo del London.

Álex jamás la había visto así y se acercó a ella entre preocupado e inseguro por si rechazaba su contacto, pero sorprendentemente, Amy se perdió en el abrazo que le daba. En ese momento necesitaba el cariño de alguien. Cerró los ojos dejando escapar más lágrimas y se apretó más contra él hundiendo su rostro en su pecho. Él no dijo nada. Dejó que se desahogara mientras le acariciaba el pelo.

Sin ser consciente de lo que hacía, salvo de su instinto, la besó en la frente presionando los labios sobre esta hasta que se quedaron blancos. Por unos segundos se arrepintió. Estaba convencido de que a Amy no le habría hecho gracia que la hubiera besado, aunque hubiese sido un casto beso en la frente. Pero no le recriminó nada. Al contrario, alzo las manos hacia su cuello y se puso de puntillas para poder abrazarle mejor. Su metro setenta la convertía en una enana frente al metro ochenta y cinco de él.

—Gracias... —susurró antes de apartarse—. No solo te pinto la frente con el carmín, sino que también te ensucio la camisa con el rímel. —Sonrió limpiándose el resto de las lágrimas negras viendo los restos de su maquillaje.

—Tendré que quitármela para que me la limpies. —

Comenzó a mover las caderas mientras se desabrochaba los botones de forma cómica para hacerla reír.

—¡Estate quieto! —advirtió señalándole con un dedo mientras reía divertida—. Piensa que si te quitas la camisa, todas las clientas que ahora mismo te están mirando se te lanzarán a por ti. ¡Y ya te he salvado de varias locas!

Álex sonrió y le pasó a Amy un brazo por los hombros para colocarse tras la barra.

—No tienes ni idea de cuánto te voy a echar de menos estas dos semanas, Amy.

Capítulo 11

Llegó el día de Navidad y toda la familia Sainz se había reunido en la casita en la que Raquel vivía en Murillo junto con su hija. Una modesta casa blanca con un pequeño jardín, ahora adornado por un pequeño árbol de Navidad y unos farolillos y luces navideñas para decorarlo.

María estaba encantada de que hubiera llegado la noche del 24 de diciembre. A pesar de no tener una gran cena con decenas de personas, los cuatro integrantes de la familia disfrutaban las fiestas juntos y felices.

Patricia, madre de Raquel y Álex y abuela de María, era una mujer que superaba la cincuentena, orgullosa, risueña y con un carácter a veces característico de una joven de veinte años, pero todo el mundo que la conocía no podía evitar adorarla. Tenía el pelo castaño cenizo largo hasta la altura de los hombros y unos ojos azul oscuros al igual que sus hijos. Su cuerpo curvilíneo, atraía la atención de todos los hombres de

su edad. Aunque Patricia, tras su anterior matrimonio, había decidido vivir la vida y no comprometerse con nadie. Y lo estaba cumpliendo.

Álex jugaba con su sobrina y con Lennon en el jardín de la casita de su hermana. A pesar del frío que hacía y de los copos de nieve que caían convirtiéndose en gotas de agua cuando tocaban el suelo, a ellos parecía no importarles. Lennon saltaba y ladraba alrededor de ellos para que le tiraran el palo, pero, como el cachorro que era, no se lo devolvía cuando lo lanzaban. Prefería esperar a que fueran a por él y correr por la pequeña finca.

—¡Hijo! —le llamó su madre acercándose a él. Iba guapísima con su vestido de punto negro a juego con las medias y las botas de tacón. Y el cinturón plateado que le rodeaba la cintura la hacía aún más atractiva—. Necesito que en Nochevieja, cuando te vayas de fiesta, me dejes en la puerta del casino de la Gran Vía. He quedado ahí con unas amigas para irnos de cotillón.

Álex sonrió al escucharla. Su madre lo había pasado muy mal cuando su padre desapareció dejándoles con deudas hasta las cejas. Cayó en una gran depresión, pero por suerte, de todo se sale. Su madre era un ejemplo de fortaleza.

—Te esperaré despierto para que me eches el aliento —se mofó Álex, recordando lo que ella le decía cuando

era un adolescente.

—Quizá no duerma en casa. —Meneó Patricia divertida las caderas.

—¡Mamá, hay cosas que prefiero no saber!

Patricia soltó una carcajada y le dio un fuerte beso en la mejilla a su hijo.

—¡Si es que, te como la cara!

Minutos después, su hermana les llamó para que entraran al salón. La cena ya estaba preparada. María se sentó al lado de su tío y comenzó a coger todos los fritos que había hecho su madre antes de que tan siquiera colocara la bandeja en la mesa. Raquel se la apartó, regañándola por ser tan impaciente y haciendo que la pequeña se pusiera de morros y cruzara los brazos. Álex rio al verla. Hacía lo mismo que su madre cuando tenía su edad.

Una vez que toda la comida estuvo en la mesa, cenaron entre risas mientras comentaban anécdotas de toda clase. Como aquella vez que a Álex, con dieciocho años, le tuvieron que llevar a urgencias en año nuevo, pues durante la fiesta del cotillón, un borracho le había dado con la muleta que llevaba por intentar ligar con su chica. Lo peor de todo es que fue su novia la que se acercó a él. Entre el alcohol que llevaba en el cuerpo, el golpe y la morfina que le pusieron para el dolor, comenzó a tener alucinaciones

en el hospital. Patricia estuvo un buen rato riéndose cuando Álex señaló a una parte del techo y preguntó que qué hacía un pájaro por la habitación volando.

—¡Te juro, mamá, que había un pájaro rosa volando!

—¡Claro! —Siguió riéndose—. Al menos era rosa y no de colorines como los unicornios.

—También vio una vez un unicornio —recordó Raquel dando una palmada.

—¡Eso es mentira! —se defendió Álex divertido.

—Sí, el verano que te sacaste el carné de conducir. —Mordió una croqueta—. Estábamos de vuelta a Logroño del pueblo. Ibas conduciendo tú y había caballos pastando al lado de la carretera. De repente te paraste y te quedaste mirando a los caballos. Dijiste que el blanco que tenía las orejas muy juntas, ¡te había parecido un unicornio! Ahí fue cuando mamá te obligó a que me dejaras conducir a mí. —Volvió a reír.

—¡Fue una ilusión óptica! Había un tronco caído y una de las ramas desde donde lo vi, parecía un cuerno del caballo en mitad de la frente.

—Halaaa, ¿viste un unicornio, tito? ¡Yo también quiero ver uno! Pero de color rosa.

—Hija mía, como veas uno te quedarás castigada hasta el día de tu boda —la amenazó Raquel.

A la una de la madrugada María estaba agotada. Intentó aguantar despierta al igual que su madre, su tío

y su abuela, pero no lo consiguió. Raquel la cogió en brazos y la llevó a su cama para que descansara.

—Esta niña me agota —suspiró Raquel cuando bajó de nuevo al salón.

—Ahora que estamos solos —dijo Álex sirviéndose un cubata—. ¿Qué vas a querer de regalo de Reyes, hermanita?

Raquel se sentó y le robó el cubata a su hermano. Dio un buen trago y sin dudarlo, respondió:

—Un polvo.

Patricia y él abrieron los ojos como platos y comenzaron a reír.

—No es coña. Llevo sin echar un buen *kiki* desde que me quedé embarazada de María. De eso hace seis años. Tengo que tener ahí abajo hasta telarañas.

—¿Quieres que te regale un chico de compañía? —se mofó Álex.

Raquel le miró ofendida.

—¡Oye, guapo! Yo no necesito pagar para follar. Haz de canguro un día de tu sobrina y me voy a ligar.

—Pues ya sabes. Pídele a los Reyes un maromo que te aguante, hermanita —bromeó.

—¡Serás!

Raquel cogió un trozo de pan que había sobre la mesa y se lo tiró a Álex a la cabeza mientras su madre les miraba divertida.

—Pues en Internet hay cada hombretón... —dijo Patricia—. En mi cuenta *online* de contactos me tiran los flechazos hasta muchachos de no más de treinta y cinco.

—Mamá, sé que ligas tú más que yo. ¡No me lo restriegues!

Álex las dejó hablar de los diferentes hombres que había por Internet y salió a fumarse un cigarrillo. Su hermana odiaba que fumara dentro de casa, a pesar de que ella también era fumadora. Se puso su chaqueta de cuero negra y sujetó el cigarrillo entre sus labios, aún sin encenderlo, para subirse la cremallera hasta la barbilla. Sacó el mechero y lo prendió para fumarlo mirando al firmamento. A pesar de hacer un frío de mil demonios, el cielo estaba despejado y la oscuridad permitía ver las estrellas. Entre ellas, distinguió la Osa Mayor, más conocida como «el carro».

Miró el árbol de Navidad que su hermana y su sobrina tenían en el jardín. Lennon había decidido comerse la estrella que lo coronaba y, como sustituto, habían colocado en lo más alto del pino un gorro de Papá Noel. Se acercó a él con paso lento y cogiéndolo se lo puso en la cabeza. Tiró el cigarrillo al suelo y lo pisó para apagarlo. Sacó el móvil del bolsillo y se hizo un *selfie* junto al árbol, cogiendo la bola del gorro para dejarlo recto sobre su cabeza. Buscó entre sus

contactos de WhatsApp el nombre de Amy, aunque en realidad la tenía guardada con el nombre de «Angelillo». Seleccionó la conversación y le mandó adjunta la foto junto con un mensaje.

Álex:
Feliz Navidad, Angelillo. ¿Me echas de menos? Para que pregunto, seguro que sí.
Te propongo un reto.

Al ver que su última conexión fue hace tres horas, supondría que no contestaría hasta el día siguiente, pero cinco minutos después el teléfono le indicó que había recibido un mensaje.

Amy:
Feliz Navidad, guapito. No veas que paz se respira sin ti pululando a mí alrededor con esa sonrisita ladeada y mirada de chico malo. ¿Qué reto?

Álex sonrió al leerla y escribió:

Álex:
Mmm...me alegra saber qué piensas en mí ¿No me dices nada de lo guapo que salgo en la foto?

Amy:
¿Qué quieres que te diga? Me pone más el señor gordo con larga barba blanca :p
Le queda mejor el gorrito.

Álex:
No sabía que te fueran los maduritos jajaja.

Amy:
Ya ves. ¿Me vas a explicar el reto?

Álex:
Quiero que te disfraces de angelito. Con una túnica blanca brillante, la corona y las alas, y que te eches una foto con las manos juntas como los niños en la comunión en el Belén gigante que ponen en el ayuntamiento. Junto al portal donde está el niño Jesús.

Al leerlo Amy soltó una leve carcajada y negó con la cabeza. Ni borracha iba a hacer lo que le estaba pidiendo, pero decidió seguirle el juego.

Amy:
¿Y tú de qué te disfrazarías? ¿De niño Jesús? El pañal de tela que lleva te sentaría muy bien...
Álex:
¡Tú lo que quieres es verme desnudo!
Amy:
No veré nada nuevo. He visto a muchos tíos desnudos.
Álex:
No hacía falta ser tan específica...
Amy:
¿Celoso?
Álex:
Para nada. Me voy a dormir. Estoy ansioso por ver que me trae mañana Papá Noel. He sido un niño muy bueno. Y no me olvido, ¡quiero esa foto!
Amy:
Una buena dosis de carbón te traerá... Y respecto a la foto... ¡espera sentado! Hasta mañana.

—¿Con quién hablas? —le preguntó su hermana, abrazándole por la cintura y apoyando la barbilla sobre su hombro.

—¿A ti qué te importa, cotilla?

—Me importa si mi hermano tiene chica nueva. Tamara era una imbécil. —Se separó de él y se colocó a su lado para fumar—. Aunque tú más, por darle una nueva oportunidad sabiendo cómo es.

Álex sonrió. Días atrás Amy le había dicho algo parecido. Hacía apenas tres días que no la veía, pero su cabeza no dejaba de pensar en ella.

Recordó el día que la conoció en la circunvalación. Ese carácter le volvió loco nada más sufrirlo, y su cara

sorprendida cuando le vio en la puerta de su trabajo había sido para enmarcarla. Tuvo claro su objetivo cuando le dijo que jamás se rendiría con ella. Sabía que escarbando su superficie podía llegar hasta su corazón de hielo para comenzar a deshacerlo y hacerla sonreír. Lo consiguió, pero aún le quedaba mucho camino por delante.

Tenía una sonrisa preciosa y perfecta y se le marcaban los pómulos cuando sonreía. Le recordaban a los de una niña pequeña, pero hacían su rostro aún más bello. Aunque lo que más le gustaba a Álex era verla morderse el labio inferior cuando se sentía insegura o nerviosa y alzar las cejas antes de recriminar algo.

—Hablaba con Amy.

—¿El angelito endemoniado? —preguntó sorprendida.

—El mismo. —Sonrió Álex guardando el móvil.

—Te gusta —afirmó Raquel.

—¿Qué? ¡Ni hablar! Es una broma insoportable que no sabe más que estar enfadada.

—Seguro... —ironizó Raquel dando una calada—. ¿Por qué te lo niegas? Siempre has sido sincero contigo mismo.

Álex suspiró y miró al suelo mientras se metía las manos en los bolsillos laterales de su chaqueta. Su hermana tenía razón y no le gustaba reconocerlo en voz

alta.

—Porque Amy sigue encerrada en sí misma. Ha cambiado, pero se niega a avanzar. Solo da pasitos hacia delante.

—¿Y qué crees que impulsan esos pasitos?

—Que ella se plantee algo como un reto, que se dé cuenta que, aunque se resista, sabrá lo bueno que le espera haciendo lo que desea.

—Ahí tienes la clave. —Expulsó Raquel el humo—. Haz que te desee, hermanito. Que desee besarte, que desee estar a tu lado. Pónselo difícil. ¡Rétala!

—Eres una lianta, hermanita. —La abrazó Álex haciéndola cosquillas.

—¡Para! —se quejó divertida empujándole—. Solo quiero que consigas lo que desees. Por una vez, Álex, quiero que seas egoísta para que tú puedas ser feliz también. Has hecho todo y más por mamá, por María y por mí. Para que me entiendas, hermanito, ahora quiero que hagas lo que te salga de la pirindola.

Álex soltó una suave carcajada y le dio varios besos en la mejilla a su hermana. ¡La adoraba! Aunque a veces la mataría, pero como en todas las familias.

No era raro que él fuera la última persona en la que pensara. Su familia le importaba más que su propia vida, pues su madre, su hermana y su sobrina eran su vida.

Puede que su familia no fuera tan grande como otras, pero ellos cuatro eran felices y ahora, con la incorporación de Lennon, más. A su sobrina le encantaba, y ver a Raquel correr por la finca para que el perro no la alcanzara era de lo más divertido.

Su madre estaba feliz con su estilo de vida y Álex la regañaba de vez en cuando por no acordarse de él cuando la llamaba por teléfono. Siempre tenía una nueva anécdota que contar y él disfrutaba escuchándola y oyendo su risa. Todo lo que hizo tiempo atrás, valió la pena.

Capítulo 12

Los rayos del sol que entraban por la ventana despertaron a Amy de su placentero sueño. Había pasado la noche de Año Nuevo en la discoteca más grande de la ciudad como cada año. Bebiendo y buscando entre los asistentes a alguien con el que tener una buena sesión de sexo, como cada año nuevo.

Salió a la pista y bailó contoneando las caderas y pasando sus manos por las curvas de su cuerpo. Sabía que su mirada era letal en muchos hombres y no tardaron varios babosos en ponerse a bailar con ella. Llevaba un vestido muy corto, ajustado y dorado con lentejuelas. Era de manga larga, pero su espalda quedaba completamente al descubierto.

A su padre le encantaba la celebración de Año Nuevo. Era una de las fechas más importantes para él, y cada uno de enero Amy lo recordaba con más intensidad. Por ello solía beber más de la cuenta y pasar la noche con un desconocido. El sexo le hacía no pensar y desahogarse. Le gustaba llevar el mando y los hombres, ante su efusividad, se dejaban hacer por ella.

Pero ese año fue distinto. La imagen de Álex se negaba a abandonar su cabeza y ninguno de los tíos que se acercaban a ella reclamando sus atenciones le parecía suficiente.

A las seis de la mañana, agotada y un tanto molesta por no haber podido cumplir con su propósito debido a que Álex no se iba de su mente, cogió su abrigo de terciopelo negro y se fue de vuelta a casa. Estaba agotada.

Al despertarse, encendió el móvil para ver qué hora era. Se sorprendió al ver que eran poco más de las diez. Había dormido cuatro horas y, aunque ahora se sintiera descansada, sabía que a la tarde le esperaba una buena siesta de varias horas.

Se levantó arrastrándose por la cama hasta que sus pies tocaron el suelo. El pelo revuelto se posaba en su rostro impidiendo tener una buena visión de lo que tenía por delante, lo que hizo que el dedo meñique de su pie izquierdo impactara contra la esquina de la cama.

—¡Au! —se quejó y comenzó a dar saltitos agarrándose el dedo dolorido con la mano.

Cuando el dolor remitió, Amy se puso las zapatillas que usaba para andar por casa y caminó hacia la ducha. El pelo le olía al humo y sudor de la discoteca. Una vez limpia, se enrolló una toalla a la cabeza y se puso una

camiseta ancha y larga y unas bragas para ir por casa.

Esa mañana se había levantado con antojo de chocolate, así que se hizo uno calentito y sacó de la despensa un par de sobados para mojarlos en él.

Mientras el chocolate se calentaba fue al salón para encender la televisión. Se quedó pasmada viendo la famosa serie de la comunidad de vecinos donde no se soportaban ni a ellos mismos.

El microondas pitó y Amy salió de su ensoñación. Cogió el chocolate, los sobados y regresó al salón para desayunar, pero antes se quitó la toalla del pelo para meterla en la lavadora y que su pelo se secara.

Una gota de chocolate comenzó a deslizarse por su barbilla y saltó del sofá para coger uno de los pañuelos que siempre tenía en una de las repisas de la estantería. Oyó cómo su móvil vibraba sobre la mesa y clavó su mirada en él. La luz blanca intermitente le indicaba que había recibido un WhatsApp.

Deslizó un dedo por la pantalla para desbloquear el móvil y bajó la pestaña que había en la parte superior para ver quién era. Una pequeña sonrisa iluminó su rostro al ver que era Álex. Pulsó el chat y se abrió la conversación.

Le había enviado una foto. Salían él y su perro con la lengua fuera. La expresión en el rostro de Álex era divertida. Vio que estaba escribiendo un mensaje así

que decidió esperar antes de contestarle.

Álex:

Buenos días, Angelillo. ¿Qué tal la noche de Año Nuevo? No veas cómo te necesité a mi lado para quitarme de encima a las petardas. Lennon y yo vamos a empezar el año con una buena carrerita, ¿te apuntas?

Amy sonrió al ver que había pensado en ella y cogiendo la taza de chocolate se la acercó a la boca y se hizo un *selfie* para mandárselo.

Amy:

Prefiero quedarme disfrutando de mi chocolate. Me quité a más de un baboso de encima anoche yo solita. Tienes que aprender.

Álex se quedó unos minutos mirando la foto que le había mandado. Sus carnosos labios se elevaban en una pequeña sonrisa. Tenía el pelo mojado y algo despeinado y la cara lavada. Estaba guapísima.

Álex:

No sabía que salieras anoche. ¿Por qué no me llamaste? Te hubiera felicitado el año en persona y te habría invitado a una copa.

Álex puso el emoticono de una carita triste que hizo que Amy soltara una pequeña carcajada antes de apartarse un mechón detrás de la oreja.

Amy:

Tengo por costumbre pasar el Año Nuevo sola hasta que encuentro a alguien para pasar la noche.

Un gruñido escapó de la garganta de Álex sabiendo a

qué se refería. Rápidamente escribió:

Álex:

¿Y qué tal la noche con ese alguien?

Amy notó su pregunta seca. En ella no estaba el característico buen humor de Álex. Pensó en torturarlo, pero finalmente descartó esa idea.

Amy:

No pasé la noche con nadie. Ninguno me gustaba.

Álex respiró aliviado y se quedó mirando la pantalla sin saber cómo seguir la conversación, pero Amy le volvió a escribir.

Amy:

¿Sigue en pie lo de invitarme a esa copa? Te recuerdo que aún me debes una cita.

¿Acaso lo habías olvidado?

Álex sonrió de oreja a oreja al leer lo que le había escrito. Para nada se había olvidado de esa cita que tenían pendiente, pero temía agobiarla si insistía demasiado y que, finalmente, la cancelara.

A Amy el corazón estaba a punto de salirse del pecho, pero al ver que los dos tics azules aparecían y él no le respondía, no se le ocurrió otra excusa que decirle para seguir hablando con él.

Álex:

No se me había olvidado. ¿Esta noche?

Amy:

Estoy muerta de ayer, Álex. No aguantaré mucho. ¿Te parece bien mañana?

Álex:
Perfecto. Te recogeré por tu casa a las ocho.
Amy:
¿A las ocho? ¿No es muy pronto?
Álex:
Tendremos que andar un buen rato, así que es la hora perfecta.
Amy:
Está bien. Hasta mañana. Disfruta de la carrera ;)
Álex:
¡A tu salud!

Amy desconectó y terminó de desayunar. Tenía que terminar de recoger la mesa del salón tras la cena de ayer. Su madre, desde hacía dos años, iba a casa de su hija donde celebraban las Navidades y el Año Nuevo. Amy no pisaba su casa desde la muerte de su padre.

Las cenas habían sido silenciosas, poco animadas y frías. Pero ese año había sido diferente. Madre e hija las había disfrutado, habían reído y celebraron el Año Nuevo brindando por José. Estuviera donde estuviese, Isabel y Amy sabían que estaría feliz por verlas celebrar juntas sus fiestas favoritas.

Isabel, tras tomar las uvas, decidió llamar a escondidas a Álex para felicitarle el Año Nuevo, y entre lágrimas de felicidad y emoción le dio las gracias por haberle devuelto a su hija, aunque a Amy todavía le quedaba mucho que recorrer. Él, emocionado por lo que le decía, le dio las gracias a ella por darle una oportunidad en su negocio y por hacerle encontrarse con Amy.

Isabel ayudó a su hija con los cubiertos mientras

recogían, pero no terminaron de limpiar la mesa. Amy iba a salir y a Isabel no le gustaba meterse muy tarde en la cama. Tras convencerla de que ella lo recogería todo al día siguiente, Isabel se despidió.

Amy miró hacia la mesa y suspiró al ver parte de ella sin recoger, así que, con mucha pereza, se levantó para empezar a dejar todo impoluto. Primero, puso la taza ya vacía del chocolate en el fregadero, abrió el grifo para dejarla en remojo y, cogiendo una bayeta húmeda, hizo una bola con el mantel y comenzó a limpiar la mesa.

Se recogió el pelo en un moño mal hecho en lo más alto de su cabeza y sacó los productos de limpieza para dejar su piso como los chorros del oro, pero antes de subirse a la banqueta, su madre la llamó.

—Hola, cariño, ¿llegaste bien a casa? —le preguntó Isabel preocupada.

—Mamá, tengo veinticuatro años. En cuatro meses cumplo los veinticinco, ¿no crees que ya se cuidar de mí misma?

—Mira que a veces eres insoportable —se quejó Isabel—. Eres mi niña, Amy. Y cuando tengas cuarenta castañas, seguirás siéndolo.

Amy sonrió levemente.

—Llegué bien, mamá.

—¿A qué hora llegaste?

—A las seis y media

Amy se sujetó el móvil con la oreja y el hombro y comenzó a apartar las fotos que tenía para pasar el paño por el mueble del salón.

—Solo son las once de la mañana. Apenas has dormido.

—No empieces, mami.

Isabel se quedó callada y Amy oyó un sollozo que se escapaba de la garganta de su madre.

—¿Mamá, estás bien? —se preocupó.

—Sí, sí, es solo que... no me llamabas mami desde que tenías veintidós años... desde que ocurrió todo y... me hace feliz, solo eso.

—Mamá, por Dios, eso es una tontería —intentó animarla su hija.

—Lo sé, lo sé, pero solo me llamabas mami cuando estabas muy contenta y feliz y por eso lloro, cariño. Porque noto que cada día estás más contenta y eso, a mí, me hace muy feliz.

Amy se quedó callada. Era cierto que su vida había mejorado desde la llegada de Álex, pero se sentía insegura. Notaba que todas sus emociones estaban a flor de piel y que, tarde o temprano, habría consecuencias por ello. Volvería a sufrir por involucrarse emocionalmente con alguien cuando eso, meses antes, para ella era impensable.

—Si sigues llorando no te cuento una cosa —le dijo Amy

—¿Qué cosa?!

Isabel parecía haberse recuperado de su estado nostálgico en cero coma, asustando a Amy con ese grito impaciente.

—Mañana he quedado con Álex y...

—¡¡Ahh!!

Amy se apartó el teléfono de la oreja cuando su madre emitió un chillido molesto pero entusiasmado. Le recordó a una adolescente de quince años cuando su mejor amiga le decía que se había dado el lote con el chico guapo y popular del instituto.

—¡Mamááá! —le recriminó Amy.

—Cielo, ¡no veas que alegría me das!

—Solo vamos a hablar y a cenar como amigos —recalcó esa última palabra.

—Sí, sí, lo que tú digas, cariño. Amy, he tenido tu edad y citas con amigos que no eran solo amigos.

Amy bufó y miró al techo desesperada. Su madre era más cabezota que ella.

—Pero Álex y yo no somos más que amigos. Va a ser una cena de compañeros de trabajo —quiso quitarle importancia.

—Si yo te creo, cariño. Otra cosa es que mi imaginación sepa lo que va a ocurrir.

—¿Sabes? Tengo mucho que limpiar y un ceporro de ropa que planchar. Ya te llamaré.

—No lo harás —afirmó su madre—. En un par de días te llamo yo y me cuentas todo.

—Adiós.

Amy colgó y arrojó el teléfono sobre el sofá. Se puso la música y comenzó a limpiar. Como siempre hacía, apartó los muebles y cuando acabó, se calzó sus puntas y ensayó durante una hora. Desde el día que volvió a bailar en el salón de su piso, tenía por costumbre hacerlo siempre al acabar de limpiar. Le relajaba. Cerraba los ojos y se concentraba en la música y en los movimientos que realizaba.

Imaginaba que estaba sobre el escenario. El habitáculo se encontraba completamente a oscuras. Solo había un foco blanco que la alumbraba a ella y un único asistente la contemplaba. Su padre, desde el centro de las butacas, sonreía y admiraba cómo su muñequita se movía ahí arriba. La música acababa y se ponía en pie orgulloso para aplaudirla.

—Cada día tus bailes son más bellos, muñequita. — Se colocó junto a ella y le acarició la mejilla—. Jamás me cansaré de verte bailar.

—No te vayas... —le susurró Amy—. Quédate conmigo.

—Muñequita, siempre estaré contigo.

José colocó su palma en su corazón y le sonrió con ternura antes de que comenzara a desaparecer.

Amy abrió los ojos y se vio reflejada en la televisión. Tragó saliva y se puso en pie alzando la barbilla, antes de inclinarse a modo saludo. Desde donde estuviera, bailaba para su padre.

Capítulo 13

Álex caminaba con las manos en los bolsillos en dirección a la casa de Amy. Estaba emocionado y contento por la noche que tenía por delante. Solo rezaba para que a Amy no le diera uno de sus histéricos ataques de mal humor. Lo intentaría evitar por todos los medios.

Iba silbando y le regalaba una sonrisa a todos los transeúntes que se encontraba por el camino. Hacía bastante frío esa noche y el cielo estaba cubierto por unas nubes espesas. Confiaba en que no les lloviera.

Tras quince minutos de caminata, Álex por fin pulsaba el botón del telefonillo correspondiente al piso de Amy. No tardó en cogerlo y contestó con un apresurado «enseguida bajo».

Pero su «enseguida» se convirtió en veinte minutos esperándola con el frío de la calle dándole en la cara, aunque la espera mereció la pena.

Álex se quedó con la boca abierta al verla. Iba preciosa. Llevaba un vestido de terciopelo negro por encima de las rodillas, de manga larga, y un cinturón

de anillas plateadas adornaba su cintura, ciñéndose a su cuerpo y marcando sus curvas. Sus piernas estaban cubiertas por unas medias de color carne y unas botas negras hasta por debajo de las rodillas, con una especie de pulsera del mismo color del cinturón rodeando sus tobillos. Tenían un poco de tacón, pero era bajito y gordo. No se cansaría con ellos.

Se había maquillado lo justo. Ojos negros que intensificaban su mirada y labios rosas que le hacían tener un aspecto más dulce. El pelo lo llevaba recogido en una coleta baja y a un lado, haciendo que sus rizos chocolate cayeran en una especie de cascada sobre su hombro derecho hasta la altura de su pecho.

Amy llevaba toda la tarde mirando su armario pensando en qué ponerse. No quería vestirse con algo con lo que pareciera desesperada, pero tampoco quería ir informal. Le apetecía estar guapa.

Se probó todos los modelitos que tenía en el armario y los combinó de mil maneras, pero nada le convencía. Finalmente se decantó por el sencillo vestidito negro que le encantaba y lo adornó con un cinturón a juego con la cadena de las botas. Se maquilló lo justo y necesario y bajó para reunirse con Álex. Estaba nerviosa. Jamás había tenido una cita, aunque fuera entre amigos, y, por primera vez en mucho tiempo, estaba insegura. No sabía cómo actuar.

Se mordió el labio inferior cuando vio cómo él la recorría con la mirada. Eso era buena señal. Significaba que había acertado con su ropa, aunque Álex también estaba impresionante. Llevaba unos pantalones marrones algo holgados, una camisa básica blanca y la cazadora de cuero del mismo color que los pantalones. Unas deportivas blancas y el pelo con su típico tupé, aunque algo despeinado.

Amy abrió el portal y Álex le cogió de la mano para darle una vuelta y mirarla bien.

—Estás impresionante, Angelillo.

Ella le mostró una tímida sonrisa y desvió la mirada hacia el suelo un tanto vergonzosa. A Álex le encantó verla así.

—Bueno y, ¿adónde me llevas? —le preguntó alzando las cejas.

—Quizá no sea muy original —Comenzaron a caminar—. Pero he pensado en ir a la Laurel.

—No, no es original —le confirmó sonriendo—. Pero, a pesar del agobio de gente que hay, me encanta ir. Aunque hace años que no piso esas estrechas calles abarrotadas de personas.

—¿En serio? —le preguntó sorprendido.

—En serio. De pequeña mi padre me solía llevar bastante —comentó nostálgica—. Aunque yo siempre la he llamado la senda de los elefantes.

—No oigo a mucha gente llamarla así, la verdad. ¿Sabes por qué se llama Calle del Laurel?

Amy negó con la cabeza y le miró animándole a que le contara ese por qué.

—Verás, antiguamente, las mujeres que ejercían la prostitución vivían en esa calle, y para que los clientes supieran cuál era la que estaba disponible, colgaban en los balcones una rama de laurel. En épocas de crisis se veía toda la calle repleta de balconadas con laurel, lo que dio origen a su nombre.

—Vaya... ¿y sabes por qué se llama la senda de los elefantes? —le preguntó, a pesar de que ella sabía el por qué.

—Porque cuando pisas la Laurel, corres la posibilidad de salir trompa y a cuatro patas.

Ambos soltaron una suave carcajada y comenzaron a cruzar la Gran Vía. Estaban cerca de su destino en el Casco Antiguo de Logroño.

—¿Crees que corremos ese riesgo?

—Tal vez.

Se adentraron en el agobio que proporcionaban esas calles. Álex cogió de la mano a Amy para que no se separara de él y comenzaron a hacerse paso entre la gente para conseguir llegar al Bar Ángel. Al sentir ese leve contacto, Amy sintió un escalofrío. Sus manos encajaban a la perfección, y si era sincera consigo

misma no quería que se la soltara. Pero no les quedó más remedio cuando entraron en el local. Pidieron dos cañas y un pincho de champiñones con una gamba pelada en la parte superior. Era uno de los famosos pinchos de Logroño.

Álex sonrió al ver cómo Amy saboreaba la salsa que lo acompañaba.

—¡No me mires así! —le dijo tapándose la boca mientras masticaba el pan—. Tengo debilidad por esta salsa y hacía años que no la probaba.

—No digo nada. —Alzó las manos en señal de paz—. ¿Quieres otro?

Amy negó y se terminó su caña, pero Álex podía ver en su cara como quería volver a degustar esa salsa, así que mientras pagaba le dijo a una de las camareras que si podía darle un trozo de pan untado en la salsa. Esta asintió y le entregó a Álex lo que le había pedido.

—Aquí tienes. —Se lo dio a Amy.

Esta se quedó asombrada al verlo y le sonrió negando con la cabeza.

—Eres un cabezota —dijo antes de comérselo—. Gracias.

Álex sonrió de lado y salieron para seguir degustando los diferentes pinchos. Fueron al Bar Jubera, donde degustaron unas deliciosas patatas bravas, aunque Álex se lo pasó bomba viendo a Amy toser y pedir una caña

tras otra para quitarse el picor.

—Te vas a emborrachar.

—Cumplamos con la tradición. Le haré saber a la gente porque se llama la senda de los elefantes — bromeó.

Siguieron con su ruta comiendo los más famosos pinchos. Sepia con alioli, una *zapatilla*³ de Villa Rica, un *zorropito*⁴ en La Gota del Vino y, por supuesto, los famosos rotos.

Amy no podía más. Estaba llena, pero Álex insistía en ir a un último sitio. Habían estado dos horas pateando las famosas calles de Logroño, pero el tiempo se les había pasado volando.

Giraron una esquina y entraron en el famoso bar del Tío Agus. En él, preparaban unos bocadillos de pincho moruno, aunque sin brocheta. Pero el toque perfecto de ese pincho era su salsa secreta con el que aliñaban la carne. Una delicia para el paladar.

Degustaron el pincho intentando averiguar que llevaba la salsa. ¡Estaba deliciosa!

—Por más que los coma, no consigo averiguar qué lleva. Me sabe a muchas cosas y a ninguna a la vez — se quejó Álex.

—Perejil tiene que llevar fijo —dijo Amy viendo el color verde de la famosa salsa— Pero no descubro más.

Al terminar los pinchos, entraron en una discoteca cercana llamada Stress. La música alta les dio la bienvenida junto con la oscuridad del local. Fueron a la barra y pidieron dos cubatas, aunque se sucedieron uno tras otro.

Amy, algo ebria, sacó a Álex, que no estaba mucho más sobrio que ella, a bailar la música que sonaba por los altavoces.

—¿Un babero? —le dijo Amy divertida al ver cómo la miraba.

Álex solo pudo asentir. Aquella preciosa mujer sabía moverse con un par de copas de más en el cuerpo. Se movía con delicadeza, pero a la vez con una sensualidad que jamás había visto. Simplemente era perfecta y observarla un lujo. No podía dejar de mirarla mientras se movía al ritmo de la música, y no solo se fijaba en su cuerpo, también su gesto: Amy estaba feliz. Sonreía ampliamente y cerraba los ojos para sentir la melodía que salía por los altavoces mientras las luces la alumbraban.

Ella se giró al sentirse observada por él, algo que le encantaba. La hacía sentir viva y deseada, como antes ningún hombre había conseguido. Se acercó a él, miró sus preciosos ojos antes de atrapar sus manos para que rodeara su cintura, y ella se abrazó a su cuello. El alcohol era un gran aliado para hacer en aquel

momento esa pequeña locura, pero a pesar de estar bebida, era muy consciente de lo que hacía. Lo que más deseaba en ese instante era sentirse arropada entre los brazos de Álex y notar cómo sus cuerpos encajaban a la perfección.

Empezaron a balancearse de forma suave, a pesar de que la canción que sonaba iba a un ritmo mucho más rápido, aunque a ellos parecía no importarles.

Ambos estaban concentrados en el otro. En mirarse, en sentirse, en tocarse y en disfrutar de esos escasos minutos en los que sus cuerpos estarían tan sumamente cerca.

Álex abrazó más su cintura para pegar más sus cuerpos y contuvo sus ganas de inclinarse y comenzar a depositar suaves besos en su cuello para después ir subiendo hasta atrapar esos deseables labios entre los suyos.

«Me vuelves completamente loco, mi Angelillo», pensó Álex mirándola con intensidad.

Amy cerró los ojos, deleitándose con su cercanía en los últimos segundos que quedaban para que la canción terminara. Su corazón latía con fuerza al tener a ese hombre tan cerca. Eso la asustó, así que se separó rápidamente de él para recuperar la cordura que había desaparecido. Todo se estaba complicando.

Álex lo notó, pero no dijo nada. Se limitó a sonreírla

para relajarla y ambos fueron de nuevo hacia la barra para pedir otra copa. La necesitaban

Una hora después, salieron para ir a otro sitio.

—Tengo calor —dijo Amy quitándose el abrigo en pleno enero.

Al sacar los brazos de él, se desequilibró por el alcohol que llevaba encima. Por suerte, Álex la cogió del brazo antes de que besara el suelo y ambos comenzaron a reír.

—Estás borracha —dijo él con voz ebria.

—Será porque tú vas mejor.

—Anda vamos, que tengo una sorpresa.

—Me dan miedo tus sorpresas. —Se dejó llevar por él.

—Pero si no has visto ninguna —se quejó.

—Por eso.

Como pudieron llegaron a la plaza del Ayuntamiento, ahora adornado por un gran Belén que visitaban cientos de personas durante las vacaciones de Navidad.

Álex cogió la mano de Amy y se paró ante la valla que había para acceder al interior.

—Hay que saltar.

—¿Qué? ¡¿Estás loco?! No pienso colarme —sentenció Amy.

—Gallina.

—Idiota.

Ante esa respuesta, Álex la cogió en brazos. Amy gritó al sentirse en volandas y comenzó a patallar como una niña pequeña para que él la soltara. Y lo hizo. Aunque dentro del Belén.

Tras asegurarse de que Amy estaba dentro, él saltó también. No se dejó intimidar por su fulminante mirada y la cogió de nuevo de la mano para llevarla a donde quería: al portal donde se encontraban las figuras de la Virgen María, José y el niño Jesús.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Amy.

Álex le pidió que guardara silencio y sacó de detrás de una de las figuras una bolsa de plástico en cuyo interior había una túnica blanca brillante y un aro hecho con espumillón plateado. La había escondido allí aquella tarde y dio gracias a que no la hubieran robado.

—Tienes un reto que cumplir. —Se lo entregó.

—¡Ni borracha! —se quejó riendo.

—En realidad, lo harás borracha.

—Eres un liante —suspiró comenzando a ponerse la túnica por encima de la ropa. Le quedaba enorme. Álex se encargó de ponerle la corona que simulaba la aureola en la cabeza—. ¿Cómo estoy? —preguntó divertida por la borrachera que llevaba, poniendo una graciosa pose.

—Igual que un angelito. —Sonrió Álex sacando el móvil.

Amy puso los ojos en blanco y como pudo se colocó al lado del pesebre. Juntó las manos como los niños de la comunión y alzó las pupilas hacia el cielo. Estuvo quieta hasta que el flash del móvil la deslumbró y pudo moverse.

Anduvo hasta Álex para ver la foto y rio al verse.

—¿Y tu disfraz? —le preguntó Amy.

—El reto era para ti, no para mí.

—¡Si hombre, tramposo!

Ella se quitó la túnica y se acercó a él para comenzar a desnudarle. Se desprendió de su chaqueta y su camiseta y emitió un pequeño suspiro al contemplar su perfecto torso al descubierto.

—Amy, esto es un lugar público —dijo al ver cómo le bajaba los pantalones de un tirón.

—Malpensado. ¡Túmbate! —le ordenó.

Álex, creyendo que le iba a llevar al séptimo cielo, le hizo caso, pero se quedó de piedra al ver cómo ella comenzaba a anudar la túnica alrededor de la cadera a modo de pañal.

—¿Qué haces?

—Cambiarle el pañal al niño bonito —dijo divertida levantándose de golpe. Perdió el equilibrio y veía doble, pero pudo recomponerse—. Ponte en medio del portal y chúpate el dedo gordo.

Él hizo lo que le pedía y Amy sacó la foto en el

momento que unos gritos les hicieron mirar en la misma dirección. Un par de policías de la patrulla nocturna iban hacia ellos dispuestos a detenerles o, como mínimo, a ponerles una buena multa.

Álex, tras coger su ropa, salió corriendo junto con Amy y se alejaron del Belén volviendo a saltar la valla. Él la guio hasta esconderse en una zona del ayuntamiento que se encontraba bastante oculta. Hizo que apoyara la espalda en la pared y se acercó a ella para taponarle la boca al ver que iba a soltar una gran carcajada.

Al tocar sus labios, un cosquilleo recorrió el cuerpo de Álex. Sintió su suavidad en la palma de su mano y poco a poco fue apartándola para observarlos. Amy tenía la boca entreabierta y respiraba de forma agitada, aunque no sabía si era por la carrera o porque él también la afectaba tanto como ella a él.

Amy quería lanzarse a sus brazos y devorarle la boca. Quería que la cogiera y la hiciera suya. Esa imagen pasó por su cabeza y sintió cómo su sexo se humedecía. Lo deseaba como jamás había deseado a nadie. Además no era de ayuda percatarse de cómo él la miraba y sentir el calor que su cuerpo semidesnudo desprendía a pesar de estar a cero grados.

«Me muero por besarte. ¿Por qué no lo haces, Álex? ¡Bésame!», pidió su cabeza, pero enseguida disipó

aquello. ¡No! No podía besarle ni iba a permitir que la besara. No quería tener nada que ver con nadie. No quería sentir. No quería sufrir. No quería querer a Álex.

Cuando vio cómo los policías se iban, Álex suspiró aliviado, pero no se separó de ella. Ambos tenían las respiraciones entrecortadas y sus alientos chocaban. Con delicadeza, Álex le apartó un mechón detrás de la oreja y le acarició el pómulo antes de pasar el pulgar por sus carnosos labios. Se moría por besarla.

Al ver sus intenciones, Amy se asustó. Colocó una mano en su pecho desnudo y le apartó.

—Álex... creo que... creo que deberías vestirte. Vas a coger una pulmonía.

Este asintió y se separó de ella para comenzar a vestirse. Guardó la túnica en la bolsa y volvieron a reanudar la marcha. Al ver cómo Amy se volvía distante y mostraba inseguridad, decidió llevarla a Concept, una de las discotecas más grandes de Logroño.

—¡Con todos los lugares que hay y tengo que verte en esta el careto, Sainz! —le saludó Marco, uno de sus colegas.

—Es lo que tiene que te haya puesto un localizador en el culo —se burló Álex y atrajo a Amy hacia él—. Te presento a una amiga, Amy. Amy, este es Marco, un amigo.

—¿El angelito endemoniado que tiene un culo de infarto, pero un carácter de mil demonios? —preguntó.

Marco y el resto del grupo aún recordaba el nombre por el que se había referido a una de sus jefas.

Al oír lo que había dicho, Amy alzó las cejas. El efecto del alcohol se le estaba pasando. Álex, al ver su gesto, intentó restarle importancia.

—Ni caso a este tío.

«¡Cabrón!», pensó fulminando a Marco con la mirada.

—Estamos en uno de los reservados a punto de jugar a «Yo nunca» ¿Os animáis?

—Quizá otro...

—Está bien —contestó Amy por los dos.

Al oír su respuesta, Álex le pidió un segundo a Marco y se apartó con Amy.

—¿Estás segura? Si no quieres, no pasa nada.

—Segurísima.

Con su habitual gesto de superioridad, caminó delante de él para seguir a Marco hasta una de las zonas VIP. Cuando Álex la alcanzó, ambos entraron y este le presentó al resto de sus colegas. Héctor, Axier e Iker.

Amy vio que los cinco amiguitos tenían algo en común: todos tenían un cuerpo de infarto. A parte de ella, había dos chicas más. Una rubia y otra pelirroja. Ambas llevaban un vestido, al cual más corto y Amy

supo que eran las conquistas de dos de los amigos de Álex, pero no supo de cuáles.

El camarero responsable de ese reservado, repartió ocho vasos de chupitos y dejó una botella de vodka en el centro de la pequeña mesa redonda. Rellenaron todos los vasos y Marco comenzó el famoso juego que consistía en decir una frase que empezara diciendo «yo nunca» y una acción. Quien haya hecho la acción mencionada, debía beber de un trago el chupito.

—Yo nunca he participado en una orgía.

—¡Empezamos fuerte! —gritó Héctor cogiendo su vaso.

Amy se fijó como, además de él, las dos chicas bebían el licor de un trago. Ahora era el turno de Álex.

—Yo nunca me he olvidado de haber follado con alguien una noche.

Esa vez, todos bebieron sus chupitos.

Pregunta por pregunta, todos bebían, reían y se rellenaban una y otra vez los vasos de chupito.

—Me toca —dijo Amy totalmente ebria—. Yo nunca he sentido un fuerte deseo de perderme en los labios de alguien. —Clavó su mirada plateada en Álex y se bebió de golpe su chupito.

A pesar de estar igual o peor que Amy, Álex la había entendido perfectamente. Cuando decidieron poner fin al juego, ambos se despidieron y salieron de la

discoteca. Eran las siete de la mañana y no veían el momento de meterse cada uno en su cama. Caminaron por la ciudad a trompicones hasta que Álex se detuvo.

—¿Era cierto eso? —le preguntó a Amy arrinconándola en la pared.

—¿El qué?

—Lo que has dicho en el juego. Que te mueres por besarme.

Amy tragó saliva y le apartó.

—¿Quién te dice que me refería a ti? —Continuó andando, pero él volvió a aprisionarla.

—Tu mirada.

—Fan...fanpa...¡fanfarrón! —consiguió decir.

—Angelillo...no tienes ni idea de lo que provocas en mí —le susurró pasando su boca por su cuello, pero sin besarla.

La cogió de la cintura y la atrajo hacia él para que notara el bulto de su entrepierna. Aquello hizo que Amy emitiera un suave jadeo y su cuerpo se calentara en segundos. Deseaba a Álex, y, a pesar de estar borracha, era consciente de que aquello no iba a estar bien, aunque era incapaz de alejarse de él en esos momentos. Le encantaba sentir lo excitado que estaba por ella.

Un trueno resonó en toda la ciudad y en unos segundos comenzó a llover como si no hubiera

mañana. Álex se vio obligado a apartarse y como acto reflejo, ambos se cubrieron con los brazos para no mojarse.

—No puedo más —dijo Amy agotada y borracha como una cuba sentándose en el suelo—. Buenas noches.

Al ver Álex cómo se tumbaba y cerraba los ojos la cogió de las manos y tiró de ella.

—Ni hablar. Te cogería en brazos, pero yo también estoy borracho... y ahora calado —dijo escupiendo agua.

Amy rio divertida y se puso en pie.

—¡Vamos a bailar!

Ella comenzó a dar vueltas bajo la lluvia y a gritar mientras reía a carcajada limpia y decía cosas sin sentido, hasta que perdió el equilibrio y volvió a caer en el suelo sin dejar de reír. Borrachos y calados, siguieron su camino hasta llegar a casa de Amy. Le costó meter las llaves en las cerraduras, tanto del portal como de su piso, pero finalmente lo logró. Álex se autoinvitó a su casa. No estaba en condiciones para andar hasta la suya. Por suerte, Amy no dijo nada ni protestó.

Estaban completamente calados y la ropa se les pegaba al cuerpo. Amy se quitó la goma del pelo y comenzó a desnudarse sin importarle que Álex la viera

hasta que se quedó en ropa interior. Caminó hasta su habitación y él la siguió.

—Amy, ¿no tendrás por casualidad ropa para prestarme?

Tropezándose con todo lo que se interponía en su camino, Amy abrió uno de los cajones y le tiró las primeras bragas que cogió.

—Mis camisetas y pantalones te estarán pequeños. Póntelas como si fueran calzones.

Álex agarró los laterales de las bragas transparentes rosas con tonos marrones y silbó al ver lo diminutas que eran.

—Me gustan.

Como pudo, se quitó la ropa y se colocó las bragas de Amy. Le quedaban bastante prietas, pero le dio igual. Ambos cayeron sobre la cama e, inmediatamente, se quedaron dormidos.

3 - Zapatilla: tapa de pan tostado untado con tomate y ajo y por encima, jamón serrano.

4 - Zorropito: bollo caliente con una suave salsa de ali-oli a la que se le añade jamón york y lomo o beicon

Capítulo 14

Un fuerte dolor de cabeza despertó a Amy de su profundo sueño. Emitió un leve gemido y se colocó bocabajo en la cama presionando su frente contra la almohada. No sabía cómo había llegado a su casa y estaba algo desorientada. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y su piel se puso de gallina. Se incorporó un poco y se miró por encima del hombro. Solo estaba vestida con la ropa interior.

«Ay, Dios... ¿qué pasó anoche?», pensó y se cubrió con la sábana para seguir durmiendo, pero notó cómo una mano se posaba sobre ella, más en concreto, en su teta. Abrió los ojos como platos y giró el rostro para ver quién era el propietario.

Dormido y vestido solo con... ¿esas eran sus bragas?, se encontraba Álex. Amy se quedó unos minutos quieta y observándole intentando recordar qué sucedió la noche anterior. Pero no podía concentrarse. ¡Álex llevaba puestas sus bragas!

Con dos dedos, cogió la mano muerta de Álex y se la

apartó antes de despertarle con un manotazo en el brazo.

Ante el golpe, él se sobresaltó y dio un salto sobre la cama. Al igual que había hecho Amy, se tapó la cara con la almohada y emitió un gemido de dolor. La cabeza le iba a explotar.

—¡Despierta! —le gritó Amy, quien enseguida se arrepintió llevándose una mano a la frente.

—Buenos días a ti también, Angelillo. ¿Qué haces en mi cama? —preguntó desorientado.

—¿Cómo que qué hago en tu cama? Pregúntate mejor qué haces tú en mi cama y sobre todo, ¿¿por qué demonios llevas mis bragas?!

Álex se sorprendió al oír lo que decía y salió de la cama para mirarse. Llevaba unas diminutas bragas rosas de lo más incómodas. Le estaban pequeñas. La parte de atrás se le metía por el culo y la de adelante corría el riesgo de explotar para dejar al aire sus partes nobles.

—¿Pero qué hicimos anoche? Lo último que recuerdo es lo del Belén, luego a la policía y por último estar en el reservado con mis colegas.

—¡Putos chupitos! —maldijo Amy, saliendo también de la cama para cubrirse con lo primero que pilló. La camisa blanca de Álex.

Cuando Amy se puso en pie vestida solo con un

sujetador negro a juego con el tanga, Álex no pudo evitar fijarse en sus nalgas al aire. Al ver semejante maravilla, pudo confirmar que Amy tenía el culo más perfecto que jamás había visto. Lo que daría por tocarlo. O besarlo. O regalarle un suave mordisquito. Pero esas fantásticas vistas no duraron mucho, aunque sonrió al ver que se ponía su ropa. Estaba jodidamente sexi.

—¿Crees que...tú y yo...nos hemos...? —preguntó Amy uniendo el dedo índice de cada mano dando golpecitos y echando una mirada a la cama.

—¿Sinceramente? No recuerdo nada. —Volvió a mirarse—. ¿Por qué me pondría tus bragas? ¿Dónde está mi ropa?

—¡Y yo que sé! —suspiró antes de llevarse una mano a la boca.

Al verla, las neuronas espejo de Álex se activaron y a él también le invadieron las náuseas todo su ser. Amy atravesó el cuarto corriendo y empujó a Álex al baño de su habitación antes de ir ella al otro. Ambos acabaron echando hasta la primera papilla.

Cuando se encontraron algo mejor, volvieron a reunirse en el mismo lugar y se dejaron caer sobre el cómodo colchón. Pero no podían quedarse todo el día ahí. Al levantarse, Amy vio cómo algo sobresalía de debajo del somier. Sacó de debajo de él la ropa de

Álex. Estaba algo mojada. Frunció el ceño y se asomó a la ventana. Había estado lloviendo. Vio su vestido en la otra punta y al cogerlo, se dio cuenta de que también estaba húmedo.

—Anoche debió pillarnos la tormenta y simplemente nos quitamos la ropa. Te dejaría mis bragas para que te pusieras algo, supongo. No tengo ropa de hombre aquí.

Fue a la cocina con Álex tras de sí y metió el vestido, las medias y el abrigo en la lavadora.

—¿Café o manzanilla? —le preguntó volviéndose hacia él.

—Café. Y dos litros de agua.

Amy sonrió levemente. Y cogió de la despensa una botella de agua de medio litro para él y otra para ella. Ambos la bebieron de un trago.

—Tengo que preparar el café, pero mientras. —Le miró de arriba abajo— Ve a ponerte tu ropa y devuélveme mis bragas.

Amy se desprendió de su camisa y se la tendió para que se la pusiera. Se sonrojó al quedar en ropa interior ante él, por lo que rápidamente cogió una camiseta sucia del cesto con la que de vez en cuando dormía y se la puso. Más tarde pondría la lavadora.

Él asintió y fue a cambiarse, aunque en vez de devolverle a Amy sus bragas, decidió guardárselas en el bolsillo. Sería un recordatorio para la próxima vez

que salieran juntos, porque tenía claro que iba a haber una próxima vez.

Regresó de nuevo a la cocina ya vestido y se quedó mirando fijamente a Amy. Servía en dos tazas los cafés y se percató de que al lado de estas, había dos pastillas blancas. Sonrió de lado. Amy pensaba en todo. Siguió observándola. La camiseta que se había puesto le quedaba más corta que la suya y dejaba al descubierto el inicio de sus nalgas.

—¿En qué piensas? —le preguntó entregándole una de las tazas al ver lo callado que estaba.

«En las ganas que tengo de cogerte, sentarte en la encimera, abrirte de piernas, besarte, desnudarte y follarte hasta que te olvides de cómo te llamas», dijo para sí mismo mientras observaba cómo ella daba un sorbo al café para tragar la pastilla.

—En anoche. A pesar de este resacón, lo pasamos bien. ¿No crees?

—No lo niego. —Dio un pequeño salto y se sentó en la mesa que tenía en la cocina—. Hacía mucho que no me desmadraba tanto como anoche.

Él sonrió y se colocó a su lado mientras bebía de su café.

—¿Crees que hicimos mucho el ridículo? —le preguntó—. ¿Recuerdas si hice o dije algo de lo que arrepentirme?

Amy se mordió el labio inferior mirándole. Álex la conocía y ese gesto, junto con su forma de mirarle, le hizo saber que ella recordaba más de lo que le quería hacer saber, pero él no sabía a lo que se estaría refiriendo. Probablemente eso quería Amy: confirmar que él no recordara eso que dijo o hizo.

—No, lo último que recuerdo es jugar al «Yo nunca».

Amy tragó saliva y asintió. Ella sí lo recordaba. El alcohol le había hecho hablar más de la cuenta. Confesó no solo ante Álex, sino ante siete personas, que se moría por besarle. ¿Qué le ocurría? Jamás había experimentado ese deseo tan fuerte hacia alguien. Sabía que no debía haberse implicado con Álex, que debería haber guardado las distancias. Todo se había complicado. Pero aún no era demasiado tarde. Tan solo debería seguir como estaban y esconder los sentimientos que empezaban a aflorar en ella. Álex solo era un capricho. El deseo que sentía no tardaría en abandonarla. Solo necesitaba que pasaran los días. Pero le resultaba tan difícil alejarle de ella.

—Voy a darme una ducha —anunció Amy dejando la taza en el fregadero—. No tardo, por si tú también quieres darte una. Mientras, puedes ver la tele o...lo que quieras. Estás en tu casa.

—¿No me dejas ducharme contigo? —la vaciló—. Venga, hombre. Hemos dado un gran paso. He

amanecido con tus bragas puestas.

Ella sonrió y negó con la cabeza para pasar por su lado.

—Sigue soñando —terció divertida.

Álex la observó marcharse antes de lavar las tazas que habían usado. A paso lento, caminó por la casa explorándola mientras oía el agua de la ducha correr. Su mente comenzó a imaginarse la figura desnuda de Amy mientras se duchaba y como las gotas de agua recorrían su cuerpo. En ese momento mataría por ser una de esas gotas. Decidió abandonar esos pensamientos y abrió una puerta formada por una especie de ventanas y labrada en madera de haya, al igual que el parqué del suelo.

Un acogedor salón le dio la bienvenida. Tenía una mesa acorde con la puerta del salón y otra más pequeña hecha solo de cristal. Las paredes blancas hacían juego con el sofá y los muebles en negro le daban un contraste muy bello. Le recordó al salón de su casa, solo que ese era más pequeño. Se acercó a la estantería donde reposaba una tele de plasma y comenzó a contemplar las fotos. Cogió una de ellas que le había llamado especialmente la atención. En ella, un hombre con los mismos ojos que Amy, sostenía a una niña de unos siete años, vestida con un tutú blanco, bocabajo mientras ambos reían.

—Es mi foto favorita —dijo Amy apoyada en el marco del salón, vestida con un albornoz negro y el pelo húmedo—. Fue el día que hice mi primer examen de baile. No lo superé y estuve horas llorando. — Comenzó a caminar hacia él—. Mi padre, me decía que no podía soportar verme llorar, así que me cogió y comenzó a hacerme cosquillas. —Sonrió con nostalgia cogiendo la foto—. Nunca olvidaré lo que me dijo.

Álex la miró, queriendo saber lo que su padre le dijo ese día. Al ver cómo la miraba, Amy prosiguió:

—En la vida las cosas pasan por algo. Tanto lo bueno como lo malo. Nosotros tenemos el poder de dejar marchar nuestros sueños o agarrarlos con fuerza para volar junto a ellos. Un no solo es el principio del futuro que cada uno ansiamos conseguir.

Le dio la espalda y comenzó a aflojarse el nudo del albornoz para dejar a la vista su hombro desnudo donde reposaba el tatuaje del ave fénix renaciendo de sus cenizas. Álex pasó las yemas de sus dedos por los trazos del dibujo y oyó como un suspiro ahogado salía de los labios de Amy al estremecerse con sus caricias.

—Me lo hice cuando murió mi padre, pero —rio irónica—, qué hipócrita. —Volvió a cubrirse—. Sigo siendo solo cenizas.

—En eso estás equivocada, Amy. —Le colocó una mano en el hombro para voltearla y hacer que le mirara

— Sin darte cuenta, estás comenzando a renacer y... a ser tú misma.

Verla tan frágil y con las lágrimas asomando por sus claros ojos hizo que Álex se enterneciera. Le acarició el pómulo con los nudillos y el corazón le dio un vuelco cuando vio cómo ella cerraba los ojos para disfrutar de su caricia. Comenzó a bajar su cabeza hasta que sus frentes se tocaron. La tenía tan cerca... No sabía qué le pasaba con ella, pero le gustaban las nuevas sensaciones que experimentaba. La deseaba, de eso no tenía ninguna duda. Pero su deseo era diferente al que había sentido con otras mujeres.

Amy posó sus manos en sus fuertes brazos y se los acarició en dirección ascendente para posar las palmas en sus hombros y ceñirse más a su cuerpo. Cerró los ojos y abrió la boca esperando ese beso. Le daba igual si lo que iba a hacer estaba bien o mal, pero era lo que deseaba, aunque aquel contacto no llegó.

—Buenos medio días, cielo —se oyó la voz de una mujer en el *hall*.

Ambos se separaron como si quemaran y Amy dejó la foto en su sitio en el momento que su madre entraba en el salón.

«Maldito sea el día en el que te di copia de las llaves, mamá», pensó Amy para sí misma. ¡Dios, habían estado tan cerca!

—¿Álex?! ¡Qué sorpresa! —Dejó su abrigo en el perchero y se acercó a él para abrazarle. Sonrió pícaro al ver que su hija iba solo vestida con el albornoz y el chico tenía el pelo algo revuelto—. ¿He interrumpido algo?

—¡No! —exclamaron a la vez.

—¿Algo que contarme por fin? —preguntó esperanzada.

—Nada, mamá. ¿Qué querías?

—Nada, cielo. Pensaba llamarte para ver qué tal te había ido tu cita con Álex —dijo sin importarle que él estuviera presente—. Pero te conozco y sé que no me habrías contado nada de lo que realmente quería saber, así que he pensado en presentarme aquí para confirmar mis sospechas. Ya sabes lo que dicen: una imagen vale más que mil palabras y, ¡aquí me tienes!

—Isabel —intervino Álex—. No ha pasado nada. Llegamos tarde y con alguna copa de más y nos dormimos en cuanto tocamos la cama.

—Pero habéis dormido los dos aquí, ¿no?

—Mamá, hemos dormido juntos. Dor—mi—do —recalcó.

—¿Tú te crees que nací ayer, jovencita?

Su madre era más cabezota que ella, pero no tenía ni ganas ni fuerzas para discutir. Lo mejor sería no contarle el incidente con sus bragas y dejaría el tema.

—Voy a vestirme. Mamá, piensa lo que quieras. ¡Eres imposible!

Cuando vio cómo su hija desaparecía, agarró a Álex del brazo y le hizo sentarse en el sofá junto a ella.

—Amy siempre ha sido algo reservada. No me dejarás con la incógnita, ¿verdad?

Él soltó una suave carcajada.

—Isabel, te juro por mi madre, mi sobrina y mi hermana que no ha pasado nada. Llegamos algo contentillos y nos hemos despertado con una resaca monumental. Y ambos estábamos vestidos.

«Aunque yo solo con unas bragas de tu hija», pensó, pero calló.

—El tiempo me dará la razón y me encargaré de recordárselo a Amy el resto de mi vida.

Isabel se levantó del sofá y cogió el móvil de su hija. Pulsó la imagen donde se encontraba la galería y soltó una gran carcajada al ver la primera foto que le salía. Era la foto que le hizo a Álex anoche en el Belén.

—Por lo que veo, lo pasasteis de cine —le mostró la imagen.

—Isabel, ¡no es lo que parece!

Amy apareció de nuevo y al ver lo que su madre tenía en las manos, corrió hacia ella para quitárselo.

—¡Mamá eso es privado!

—Hija, ¿ves cómo no me cuentas nada?

—Por algo he dicho que es privado —suspiró y se guardó el bolsillo en el pantalón del vaquero.

A pesar de que a Álex le gustaría estar más tiempo con esas dos mujeres, se levantó para irse.

—Ha sido un placer verte, Isabel. En breve volveremos a la rutina. —Le sonrió antes de mirar a Amy—. Me lo pasé muy bien anoche, Angelillo. Espero que no te defraudara.

Isabel, que conocía a su hija, se excusó diciendo que iba al baño para dejarles a solas.

—No lo hiciste. Lo pasé muy bien, Álex —contestó cuando su madre se fue. Al ver que él se iba, le preguntó—: ¿Dónde vas?

—A casa. Tengo que sacar a Lennon a pasear o se vengará de mí volviendo a mearse en la alfombra.

Ella asintió y se mordió el labio inferior antes de colocar su mano derecha en el codo contrario.

—¿Te importa que te acompañe? Me vendrá bien el aire fresco para este dolor de cabeza.

—No me importa. —Le mostró su sonrisa ladeada—. Pero abrígate.

Esta asintió y fue a su habitación para sacar del armario un abrigo blanco de terciopelo, pero en el camino su madre la interceptó. Al ver sus intenciones, Amy siseó varias veces y se llevó el dedo a los labios para que callara. Finalmente, Isabel se rindió y salió

por el pasillo para despedirse de Álex, quien esperaba a que Amy se pusiera el abrigo.

Isabel abandonó la casa de su hija y cinco minutos después lo hicieron ellos dos. Dieron un paseo hasta la casa de Álex. Hablaban de cualquier cosa y, cuando subieron a su piso para coger a Lennon, este pasó olímpicamente de su dueño y saltó hacia Amy para que lo acariciara.

Ella se sobresaltó y casi se cae de espaldas cuando el perro se abalanzó encima de ella. Estaba más grande que la última vez que lo vio, pero esa vez sí le acarició la peluda cabeza.

—No sé qué hacer ya con este chucho —bufó Álex, agarrándolo del collar para apartarlo de Amy y ponerle la correa.

—Es un cachorro. ¿O acaso te ha molestado que a ti no te hiciera caso? —bromeó y volvieron a bajar por las escaleras para salir y que Lennon correteara un rato.

Cuando llegaron al parque, el cachorro comenzó a tirar de la correa y Álex lo retuvo con fuerza. Su perro era un impaciente

Amy cogió un palo que encontró por la hierba y se lo lanzó para que lo cogiera. Entre Álex y ella se lo intentaron arrebatarse, pero era prácticamente imposible. Cuando se lanzaban a por él, Lennon los esquivaba y ellos acababan tirados en el césped.

La risa de Amy era música para los oídos de Álex. Era increíble que aquella chica fuera la misma que conoció dos meses atrás. No pudo evitar sonreír feliz al ver la alegría en su rostro y por estar así con ella.

—A la de tres, vamos a por él —dijo Álex colocándose en posición y sin dejar de mirar a su perro—. Hay que arrinconarlo. No es tan listo.

Amy solo asintió y, cuando Álex contó hasta tres, ambos se abalanzaron sobre Lennon quien los esquivó sin ninguna dificultad. Volvieron a quedarse tumbados en la hierba y Álex la ayudó a levantarse. Con aquel pequeño impulso, sus rostros quedaron muy cerca, pero enseguida ella dio un paso hacia atrás aunque no soltó sus manos. Le encantaba sentir cómo encajaban a la perfección

Minutos después, el móvil de Álex comenzó a sonar. Lo sacó del bolsillo del vaquero y al ver que era su hermana, descolgó.

—¿Se puedes saber dónde demonios estás?! —bramó Raquel cabreada.

—¡Buenos días, hermanita! Qué alegría oír tu voz y qué agradable notar como un agudo grito me revienta los tímpanos. Mi resaca monumental también te lo agradece —le contestó irónico mientras Amy le miraba y soltaba una suave carcajada.

—No tengo tiempo para sarcasmos. ¿Dónde estás?

—En el parque con Amy y Lennon.

—¡No te muevas de ahí! —le ordenó.

Raquel colgó dejándole con la palabra en la boca y él se quedó unos segundos mirando la pantalla negra de su móvil. Cada día entendía menos a su hermana. A decir verdad, a las mujeres en general. Se encogió de hombros y volvió a guardar el teléfono.

—Era mi hermana, Raquel —le explicó a Amy—. No sé si te acuerdas de ella. Vino un día al bar con mi sobrina María.

—Sí, las recuerdo —dijo Amy y desvió la mirada hacia Lennon.

Álex se metió las manos en los bolsillos y se colocó junto a ella. Iba a hablar cuando notó que alguien le pegaba una colleja.

—A ver, hermanito. ¿No quedamos en que hoy te quedarías con tu sobrina mientras hago unos recados?

Álex abrió los ojos como platos cuando vio aparecer a su hermana y se llevó una mano a la nuca, al lugar donde la larga zarpa de su hermana había impactado.

—¿Cuándo? —preguntó sorprendido. No recordaba nada de eso.

—¡Si te llamé ayer!

—¿A mí?

Amy los miraba divertida discutir. Se notaba la complicidad que había entre ellos. Ella era hija única,

por lo que nunca supo lo que era tener un hermano o hermana con el que compartir su vida. Le habría encantado.

—O... ¡espera! Cuando te fui a llamar, me llamó mamá y estuvimos dos horas al teléfono. ¡Jo...lines! —dijo al darse cuenta que su hija estaba escuchando todo—. ¡Después se me pasó! Bueno da igual.

—No, hermanita. ¡No da igual! Me he llevado un golpe a lo tonto.

—¡Bah! Que blandengue eres. —Se agachó para quedar a la altura de su hija—. Cielo, ahora y te vas a quedar un rato con el tito. Pórtate bien.

—¡Y con Amy! —dijo la niña contenta.

Raquel alzó la vista y vio a la joven observándolas.

—¡Ahí va! Lo siento, no te había visto. —Se acercó a ella para plantarle dos besos—. ¡Cuánto tiempo! ¿Qué tal estás? Hace mucho que no te veo. ¿Sales con mi hermano? ¡Este tío no me cuenta nada! Caray, me...

—¡Raquel! —le llamó Álex la atención. Era una charlatana y demasiado indiscreta—. Amy y yo solo somos amigos. No seas cotilla y vete a hacer esos recados.

Raquel le sacó la lengua a modo de burla y se despidió de ellos. María se lanzó a abrazar la cintura de Amy.

—¿Podemos jugar otra vez a los camareros? —le

preguntó la pequeña y ella le sonrió.

—Hoy no podemos. No tengo aquí los juguetes de camarero.

Ella puso un puchero y miró a su tío.

—¡Tito! ¿Le enseñamos a Amy a jugar a la Wii? Yo me pongo en equipo con ella y tú con Lennon. ¡Chicas contra chicos!

Al ver a la pequeña tan entusiasmada, Álex y Amy se miraron y se encogieron de hombros sonriendo. ¿Por qué no? Ataron a Lennon y subieron al piso de Álex para jugar al Wii Sports.

Antes de iniciar las diferentes competiciones, María insistió en crear un personaje basado en Amy. Ante la insistencia de la pequeña, Álex no tuvo más remedio que hacerlo. Durante el proceso, puso a su jefa calva, con una gran verruga en la nariz, con barba, bigote, lo más fea que pudo. Su sobrina no dejaba de regañarle.

—¡Titooo, Amy no es así, es más guapa! ¡Hazlo bien!
—se enfadó.

Tanto Álex como Amy se tronchaban por dentro. El seleccionó la opción donde se encontraban las caras y le puso la más fea que había.

—¿Así?

—¡¡No!! —se quejó la niña cruzándose de brazos—. O la haces bien o no juegas —le amenazó.

—¡Pero si la Wii es mía!

—¡Me da igual!

—Tienes el mismo carácter de tu madre. —Sonrió Álex y por fin puso a Amy lo más parecido a como ella era.

Amy disfrutaba de la compañía de los dos y era imposible no reír con esa niña. Los tres se ataron la correa de los mandos a la muñeca y comenzaron a jugar al tenis, a los bolos o al golf, entre otros juegos. María saltaba emocionada porque Amy y ella iban ganando y estaban dando una gran paliza a Álex.

—No vale. Sois unas tramposas. Estamos en desigualdad de condiciones. ¡Sois dos contra uno!

Amy, que tenía en brazos a María, le sacó la lengua mientras ellas celebraban sus victorias.

—Tito, es que eres muy malo.

Continuaron con el juego y por primera vez en mucho tiempo, Amy, se sintió feliz.

Capítulo 15

Raquel odiaba hacer las compras para el día de Reyes. No sabía cómo lo hacía, pero siempre acababa peleándose con alguna madre por el último juguete que quedaba y que su hija quería. Ese año había tocado con un Nenuco que respiraba y lloraba de verdad.

Tras salir del centro comercial, debía parar en una tienda de juguetes situada cerca de la calle Chile, donde tenía encargado el carrito de juguete para el bebé de plástico que le había comprado.

Al no encontrar aparcamiento, dejó el coche en doble fila frente a la puerta de la juguetería. No tardaría mucho. Pero ese día todo parecía estar en su contra. La fila para pagar era más larga que las del Corte Inglés en rebajas. Suspiró y fue a buscar a alguna de las encargadas. Tras darle su nombre, le sacó una enorme caja de cartón en cuyo interior se encontraba la dichosa sillita de paseo.

Como una niña buena, se colocó en la fila para pagar. La cola avanzaba muy lenta y, para más inri, la abuela que tenía delante le empezó a contar las batallitas de su

nieto a la dependienta.

«Santa Paciencia, ven a mí», suplicó mirando al techo e impulsando hacia arriba la caja para sujetarla mejor.

Por fin, tras media hora aguardando en la cola, salió con la caja envuelta en un gracioso papel azul oscuro con estrellas plateadas. Sonrió al salir por la puerta, pero la sonrisa se le borró pronto cuando vio a un policía redactando algo en una libreta pequeña al lado de su coche.

—¡Oiga! —gritó y corrió hasta llegar a su lado.

—Buenos días, señorita —le saludó el agente tocándose la gorra.

—¡Qué solo he parado un momento!

—Cómo todos...

Cabreada por el día que llevaba, dejó el regalo en el suelo y comenzó a darle bolsazos al policía, a quien se le cayó la libreta y el boli. Raquel, aprovechó ese momento para coger el bolígrafo y metérselo entre los pechos.

—¡Señorita! ¿Quiere que la mande al calabozo por agresión a la autoridad?

Por fin, Raquel pudo ver el aspecto del policía. ¡Estaba como un queso! Tendría unos treinta años. Era alto y fuerte. El cabello lo llevaba corto y moreno y poseía unos sexis ojos oscuros. La barba incipiente le hacía más atractivo. Le recordó a Hugo Silva, su actor

favorito. Cada vez que lo veía debía ponerse unos tirantes de titanio para que las bragas se le mantuvieran en su sitio.

«Aquí tengo mi polvo por el día de Reyes», pensó pícaro y le sonrió.

—¡No puede multarme! Miles de conductores hacen lo que yo y se van de rositas.

—Y si les pillo, también les multo. Señorita, devuélvame el boli o no tendré más remedio que llevarla a comisaría.

Raquel comenzó a jugar con un mechón de su rubio cabello y sacó pecho antes de desabrocharse uno de los botones de la camisa para dejar más al descubierto la punta azul del bolígrafo.

—¿Por qué no lo coge usted?

El policía le miró asombrado.

—¡Señorita!

—Usted elige, o coge usted mismo el bolígrafo o me esposa como a una chica mala.

El policía lanzó una mirada furtiva a los pechos de la mujer que se le estaba insinuando. Era muy atractiva. Tenía unos rasgos preciosos y unos ojos deslumbrantes. Curvas donde tenía que tenerlas y no le cabía la menor duda de que tenía un buen par de tetas.

—No me gustaría tener que meterla en el calabozo.

—Pues me voy —dijo dándose la vuelta para meter el

regalo en el maletero y subirse al coche.

El agente se quedó embobado mirando como movía exageradamente las caderas y el trasero mientras se iba.

—Señorita. —La alcanzó y le tendió la multa—. Debe abonar la multa en un plazo de veinte días. Si lo hace dentro de ese plazo tendrá un 50% de descuento.

Raquel cogió la multa y la rompió.

—Prefiero pasar más tiempo con usted. Lléveme a comisaría.

El agente emitió un largo y frustrado suspiro antes de sacar las esposas.

—Señorita, queda detenida por desacato a la autoridad —dijo poniéndoselas—. De su coche, se encargará la grúa de apartarlo. En comisaría podrá hacer una llamada.

—A sus órdenes, agente. Verás que bien lo pasamos juntos un par de horitas.

El policía la hizo subirse en el coche patrulla para meterla entre rejas. Solo esperaba no tener que ponerle un bozal. Aunque quizá a la mujer le gustaría. Prácticamente le había suplicado que la esposara, y por el retrovisor podía ver cómo le desnudaba por la mirada. El resto de su jornada se presentaba interesante.



María se había quedado completamente dormida. Álex, al ver la hora que era y que su hermana no aparecía, decidió hacer la comida para él y las dos chicas que tenía en su casa. Amy, al principio, rechazó la invitación, pero la convenció diciéndole que ya había echado macarrones para los tres y sería una pena tirarlos. Le puso morritos, al igual que hacía su sobrina, y finalmente acabó aceptando.

Mientras ella le ayudaba a lavar los platos, María se quedó de nuevo profundamente dormida en el sofá del salón con Lennon a sus pies.

—Está agotada —comentó Amy sonriendo y mirando a la pequeña.

—Normal. No para quieta.

Al tener solo un sofá, Álex se sentó en su alfombra de totora blanca y se quedó hipnotizado viendo a su sobrina dormir. Tenía la boca abierta y su menudo cuerpo encogido. Amy se sentó a su lado y le retiró a María un mechón de pelo que caía por su ojo izquierdo.

—Tu hermana tiene mucha suerte. —Sonrió—. Es una niña preciosa y llena de vitalidad.

—Es guapa porque ha salido a mí —bromeó Álex, soltando una leve carcajada—. Mi hermana lo pasó muy mal durante su embarazo y los primeros meses

después del parto.

—¿Qué pasó? —preguntó Amy, aunque tal vez estaba siendo un tanto indiscreta.

—El padre de María era...

Se detuvo cuando el móvil comenzó a sonar y lo cogió de encima de la mesa. Era un número desconocido. Frunció el ceño y deslizó por la pantalla el emoticono verde.

—¿Sí?

—Hola, hermanito.

—¿Raquel? ¿Desde dónde me llamas?

Ella calló un momento. Necesitaba tomarse su tiempo para contestar a esa pregunta, aunque era mejor decirla sin rodeos.

—En el calabozo.

—No me vaciles, Raquel. En serio, ¿dónde estás? —quiso saber Álex poniéndose en pie.

—¡Álex, estoy en el calabozo! Me ha detenido un policía, pero ¡qué policía!

—Estás de coña, ¿verdad?

—¡Qué no! Dejé el coche en doble fila y me enfrenté a la autoridad, así que me han traído a comisaría.

—¡Por Dios, Raquel! ¡¿Pero cómo se te ocurre?!

—Oye, guapo, ¿me quejo yo de tu forma de ligar? No, pues tú no te quejes de la mía.

—¿En qué comisaría estás?

—En la que hay cerca de tu casa.

—Enseguida llego.

Amy, aún sentada en la alfombra, le observaba moverse nervioso mientras se ponía la cazadora. Supuso que había llegado la hora de irse, así que ella se colocó en pie y esperó a que colgara para despedirse.

—Era mi hermana —le explicó Álex un tanto mosqueado—. La han detenido y tengo que ir a por ella. Espero que María no se parezca nada a su madre de mayor.

Amy sonrió levemente y se puso a su lado.

—¿Pero está bien?

—Se ha dejado detener para ligar con un policía.

Amy ahogó una carcajada y se mordió el labio inferior.

—Necesito que me hagas un enorme favor, Amy. Necesito que te quedes aquí. María no puede quedarse sola.

Un cosquilleo de nerviosismo recorrió el cuerpo de Amy de pies a cabeza. ¡La niña! No sé había dado cuenta de que si se iba, la dejaría sola.

—Claro.

—¡No sabes cuánto te lo agradezco! —Se acercó a ella para cogerle del rostro y darle un fugaz beso en la frente—. Te lo compensaré, te lo prometo.

Amy, sorprendida por ese beso, no pudo hablar. Solo

asentir con la cabeza mientras Álex desaparecía por la puerta. Se quedó unos minutos ahí parada observando por donde, el hombre que últimamente no se iba de su cabeza, había salido.

Tras echar un largo suspiro, se dio la vuelta y se sentó en el pequeño espacio del sofá que dejaba Lennon libre. El perro, al ver que se sentaba, cambió de posición para apoyar su cabeza en el regazo de ella. Amy comenzó a acariciarle.

—Está claro que tu dueño tiene las cosas muy claras. Lo que me dijo ese día era verdad. No se rinde conmigo, pero no entiendo el porqué. Aunque, si te soy sincera, cada día me gusta más recordar esas palabras, pero tú no se lo digas. Será nuestro secreto. —Le sonrió Amy, y en respuesta el perro le lamió la mano.

Con Lennon aún en su regazo, se recostó en el sofá y cerró los ojos para intentar asimilar y entender todo lo que le estaba ocurriendo. Álex la tenía completamente... «¿Absorta? ¿Hechizada?». Ni sabía describir cómo se sentía.

Abrió los ojos cuando notó como algo se movía a su lado. La sobrina de Álex se había despertado y se frotaba sus ojillos con una mano mientras bostezaba. Amy bajó del sofá a Lennon para poder sentarse al lado de María.

—Hola, bella durmiente —la saludó Amy retirándole

el pelo de la cara.

—¿Y mi tito? —le preguntó la niña sentándose.

—Se ha ido a hacer un recado —le mintió. No podía decirle a la pequeña que su madre estaba detenida en comisaría.

—Tengo hambre.

Amy al oírla se mordió el labio inferior.

—Pues no sé qué tendrá tu tito de merendar.

La niña se puso en pie de un salto y cogió la mano de Amy para empezar a tirar de ella.

—Yo sé dónde mi tito guarda cosas ricas.

Se dejó guiar por la pequeña a la cocina. Al llegar, María le señaló uno de los armarios más altos. Amy abrió el que le indicaba y sacó de él una bolsa con dos gofres y sirope de chocolate. La niña aplaudió y cogió una banqueta para estar a la altura de la encimera. Le fue enseñando a Amy como se preparaban.

Tras calentarlos y echar el sirope por encima, María se bajó de la banqueta y sacó del congelador una tarrina de helado de vainilla. Cogió una cuchara sopera para coger un poco, pero estaba demasiado duro para ella.

Amy la ayudó y añadieron a sus gofres una bola de helado de vainilla con más chocolate por encima. Se hicieron dos Cola Caos antes de sentarse en la mesa para merendar juntas.

—Ese era el armario secreto de mi tito y mío. Mi mamá le dice siempre que no me dé de merendar cosas ricas, pero no le hace caso y me da chocolate y chuches cuando vengo. —Rio divertida—. Ahora tú también tienes que guardar el secreto.

—Te prometo que guardaré el secreto.

María extendió su dedo meñique y Amy, al entender lo que la niña quería, hizo lo mismo y entrelazaron sus dedos cerrando la promesa.

—¿Sabes una cosa? Me gustaría que fueras la novia de mi tito.

Amy se atragantó con el Cola Cao y empezó a toser.

—María, tu tito y yo solo somos amigos.

—Los chicos y las chicas no pueden ser amigos. Tienen que ser novios.

Amy soltó una leve carcajada.

—¿Tú no tienes amigos?

—No. Yo tengo tres novios —le enseñó tres dedos de su mano derecha.

—¿Lo sabe tu tito?

—A él le digo que son amigos.

Amy soltó una gran carcajada. ¡Esa niña era tremenda!

Cuando acabaron de merendar, encendieron de nuevo la Wii. Amy se dejaba ganar y la niña, emocionada, gritaba y saltaba en el sofá. Lennon, al verla, la ladraba

y movía la cola. También quería atenciones.

Divertidas pasaron el resto de la tarde juntas y Amy se emocionó cuando la pequeña enredó sus bracitos en su cuello y le dio un gran beso.

Capítulo 16

Como un huracán. Así entro Álex en la comisaría donde supuestamente tenían retenida a su hermana. Había tenido que salir corriendo de casa dejando en ella a Amy y a su sobrina. Esperaba que no le importara quedarse un tiempo con ella.

Al entrar en la comisaría se acercó a una chica con el uniforme para preguntarle dónde estaban los calabozos. Esta le preguntó que a quién buscaba. Le dio el nombre de su hermana y la joven le acompañó escaleras abajo a una sala gris en la que había dos celdas de barrotes negros. Unos archivadores y una mesa de oficina eran los únicos muebles de aquella fría sala.

En una de las celdas vio a su hermana sonreírle coqueta al policía que había, agarrada a los barrotes y con un postura de lo más insinuante. Su hermana era de lo peor. Cada día lo tenía más claro.

Raquel, al ver cómo su hermano se acercaba por el pasillo, sacó una mano por entre los barrotes y le saludó con ella.

—Hola, hermanito.

—¡Tú y yo ya hablaremos! —le espetó y se dirigió hacia el policía—. ¿Qué ha sucedido?

—Su hermana ha desobedecido a la autoridad —le explicó el policía—. Y cuando le he entregado la multa la ha roto. Además también la he detenido por escándalo público —dijo el agente divertido mirando a su presa—. Se ha empezado a desabotonar los botones de la camisa y a montar un numerito.

—Sólo quería divertirme un poco —se defendió Raquel—. Quiero un poco de diversión en mi aburrida y monótona vida.

—Hermanita, eres muchas cosas menos aburrida.

Raquel sonrió angelicalmente y se encogió de hombros. El agente se llevó a Álex a una sala donde le explicó que no habría cargos contra ella y solo debería abonar la multa que le había impuesto para que pudiera volver a casa.

Sacó la cartera del bolsillo para ver si tenía dinero y comprobó que en cuyo interior había dos billetes de cincuenta euros. La multa ascendía a los doscientos euros, pero si lo ingresaba ya, le harían un descuento del cincuenta por ciento. Tras poner en orden el papeleo, regresaron a la celda y el policía liberó a Raquel. Le dio todas sus pertenencias y antes de que se marcharan le tendió una tarjeta.

—Este es mi teléfono, señorita. La próxima vez que quiera divertirse, llámeme. Le aseguré que pasará la mejor noche de su vida.

Encantada, Raquel cogió lo que le tendía y sacó el boli que aún seguía en su escote para apuntarle en la mano su número de teléfono junto a su nombre.

—Llámeme. Sé donde trabaja; si no lo hace, vendré a por usted.

Álex, que era testigo mudo de la escena, puso los ojos en blanco. Estaban a punto de irse, cuando Raquel se detuvo y se dio media vuelta.

—Por cierto, no me ha dicho su nombre —le dijo al policía.

Este sonrió divertido y le tendió una mano.

—Santiago —se presentó—. Un placer el conocerla, señorita.

—El placer es mío. —Se ajustó el bolso al hombro—. Y espero que en nuestra cita me tutee.

—Siempre y cuando lo haga usted también.

—Haré algo más que tutearle. —Le desnudó con la mirada.

Raquel rio al oír cómo su hermano soltaba un sonoro suspiro y se despidió del policía para salir de allí. Álex le explicó de camino hacia una de las entidades de crédito colaboradoras del ayuntamiento más cercana, que María estaba en su casa con Amy.

Durante el camino, Raquel comenzó a parlotear y a hacerle preguntas a su hermano sobre qué le parecía el policía. Divertida, le dijo que con lo grande y fuerte que era, esperaba que todo su cuerpo fuera así. Al entender lo que quería decir su hermana, Álex se tapó los oídos y comenzó a decir continuamente «lalalala». No quería saber nada de eso. Raquel le intentó quitar las manos de las orejas para que la siguiera escuchando, pero su hermano era demasiado fuerte.

Llegaron al banco que buscaban y tras esperar en la cola, Álex abonó la multa impuesta a su hermana.

—Me debes cien pavos, hermanita.

—No seas rancio, ¡a la próxima invito yo! —se mofó riendo y abrazándose al brazo de su hermano

Pero esa sonrisa le desapareció pronto. Frente a ella, un hombre con el pelo castaño cenizo y unos ojos verdes que jamás olvidaría la miraba fijamente. Su rostro se mostraba tenso y se notaba que apretaba la mandíbula para contenerse. Apartó la mirada de ella antes de volverla a mirar.

Álex dirigió su azulada mirada oscura al lugar que su hermana divisaba. No se podía creer lo que veía. El ex de Raquel. El padre de María al que hacía años que no veían había vuelto a la ciudad. ¿Para qué? Si sus motivos englobaban a su hermana o a su sobrina tomaría cartas en el asunto. No permitiría que ese

desgraciado volviera a tocar a su hermana, y mucho menos que viera a la niña.

—Hola, Raquel.

—Alfonso —dijo su nombre con un tono seco y distante.

—¿Y mi hijo o hija? ¡Lo que sea! ¿Sobrevivió?

Al oír el tono tan despectivo con el que se dirigía a la niña, Álex colocó a su hermana tras de sí y se enfrentó a él.

—No te acerques a ella. Ni quiero que respires su mismo aire. ¿Entendido? —le amenazó Álex.

—Tengo derecho a conocerlo. También es hijo mío.

—¡No! —gritó Raquel—. Ella es solo hija mía. Y si le tocas un pelo, ¡te mato! ¡¿Me oyes?! ¡¡Te mato!!

—Así que es una niña. Gracias por confirmarme que fallé en el intento —dijo Alfonso—. Puedo denunciarte por quitarme el derecho a conocerla.

—Y tú puedes acabar en la puta cárcel por lo que hiciste. —Le empujó Álex—. ¡Lárgate y no te acerques a mi familia! Porque te aseguro que, como lo hagas, acabaré contigo, maldito hijo de puta.

Alfonso sonrió irónico y se despidió de ellos. Si era sincero consigo mismo, no quería volver a verlos.

Raquel cerró los ojos y respiró profundamente. Tras seis años se seguía preguntando cómo podía haberse enamorado de un hombre así. Álex la abrazó y le besó

la coronilla mientras intentaba calmarla. No permitiría que volviera a hacerle daño.

Pidieron un taxi para que los llevara al depósito donde la grúa municipal dejaba los coches que retiraban. Su hermana estaba muy nerviosa tras ese fatídico encuentro, por lo que fue Álex quien se encargó de conducir hasta su casa donde la pequeña María y Amy estaban.

Aparcó frente a su portal y se quedaron unos minutos en el coche inundado por el silencio. Raquel tenía la mano en el pecho. Su corazón estaba a punto de salirse por la boca y su cuerpo estaba cubierto por un sudor frío.

Álex puso la mano sobre la de ella y le transmitió su apoyo. Cuando los hermanos se miraron a los ojos, Raquel sonrió. Sabía lo que él le estaba diciendo con la mirada: no permitiría que nada les pasara ni a ella ni a su hija.

Bajaron del coche y subieron al piso de Álex. Como siempre, el primero en recibirlos fue Lennon, seguido por María que se lanzó a los brazos de su madre.

Raquel la cogió y la abrazó fuerte contra su pecho mientras le besaba la cabecita como si temiera perderla.

A Amy no le pasó desapercibido el gesto de la hermana de Álex mientras mimaba a su hija. ¿Qué le ocurría? Pero sus pensamientos enseguida se disiparon

cuando él le pasó un brazo por los hombros para acercarla a él y susurrarle al oído.

—Gracias.

—¿Eh? —preguntó ella sin entender.

—Por pasar el día conmigo y con María.

Las comisuras de los labios de Amy se curvaron formando una ligera sonrisa.

Cuando Raquel dejó en el suelo a María se acercó a Amy para darle las gracias por quedarse con ella. Ella asintió con la cabeza a modo de respuesta y se despidieron de ellas. Debían volver a casa.

Cuando Álex se quedó a solas con Amy miró el reloj. Eran las ocho de la tarde. Ese día había sido largo e intenso. La observó. Tenía las manos metidas en los bolsillos traseros de sus vaqueros y miraba por la ventana como unos copos de nieve comenzaran a caer. Verlos en Logroño era raro, y cuando caían no solía cuajar. Aunque había habido años con grandes nevadas por las cuales no se podía salir de casa.

—Creo que debería irme ya —dijo Amy rompiendo el silencio y caminando para coger su abrigo y ponérselo.

—Si no te importa, te acompaño. A Lennon le toca su último paseo del día.

Ella asintió y ambos salieron para dar un paseo hasta casa de Amy, pero esta vez, los dos se mantuvieron en silencio. Y cuando Álex quería comenzar una

conversación no se le ocurría otra cosa que hablar del tiempo.

Lennon era el único que estaba disfrutando. Atrapaba algunos copos de nieve con la lengua y los miraba como si fueran un gran manjar.

—¿Crees que cuajará? —preguntó Amy viendo la nieve caer.

—No creo. Son copos finos.

—Bueno, quizá mañana cuando te despiertes y mires por la ventana te llevas una grata sorpresa. —Le sonrió.

—Si lo hace, cuando me despierte lo único que verá serán muñecos de nieve. Por mi zona hay muchos niños y enseguida comenzarán a hacerlos.

—Yo nunca he hecho uno.

Álex se paró en seco y la miró. Ella, al ver cómo la observaba, se encogió de hombros.

—No me lo creo.

—¡Es verdad! —se defendió Amy soltando una leve carcajada—. A mí me gustaba más tirarme en trineo.

—Es divertido hacer un muñeco de nieve.

—Permíteme que lo dude. Es hacer bolas grandes y poner unas encima de otras. ¿Qué tiene de divertido?

—Amy, aún tienes mucho que aprender. —
Reanudaron el camino.

Cuando llegaron hasta su portal, Amy rebuscó en su

bolso las llaves. Como era normal, estaban en el fondo. Menos mal que su bolso no era el de Mary Poppins o no las encontraría nunca.

—Me ha encantado pasar este fin de semana contigo —le confesó Álex dando un paso hacia ella. ¡Cómo deseaba besarla!

—No ha estado mal. —Le sonrió y esperó para ver qué hacía él.

«¿Qué esperas que haga, Amy? ¿Qué te coja en brazos y te de un beso de película? ¡Baja de las nubes!», se regañó antes de bajar la mirada. No podía creerse que tuviera esos pensamientos. Hasta hacía unos días no quería saber nada de Álex y ahora...ahora no podía dejar de pensar en él. En su sonrisa ladeada, en sus ojos pícaros... si alguna vez le preguntaban quién era para ella el hombre perfecto, respondería que Álex Sainz sin dudar.

Álex dio otro paso hacia ella y levantó la mano para acariciarle el rostro, pero las palabras de su hermana le vinieron a la mente «Rétala» «Haz que desee besarte». Bajó de nuevo la mano y retrocedió los dos pasos que había dado, sin darse cuenta de que Lennon estaba tras de sí y acabó pisándole una de sus patas. El perro chilló y comenzó a lloriquear.

—¡Joder, mierda! —maldijo Álex agachándose para acariciarle la cabeza a Lennon—. Perdona. —Le dijo

sonriendo y Lennon correspondió chupándole la mano.

—En compensación deberás doblarle la ración de comida —bromeó Amy.

—¡Lo que le faltaba! Estoy esperando a que cumpla los siete meses para castrarlo. Una vez que le quite los huevos no será tan hiperactivo.

Amy abrió los ojos como platos.

—¿Qué dices? ¡Pobrecillo! ¿Te gustaría que a ti te quitaran tus pelotitas? —Elevó las cejas, gesto que a Álex le encantaba.

—¿Pelotitas? Como se nota que no me las has visto. ¡No tengo pelotitas!

—Álex, ¿en serio me estás hablando de lo que tienes entre las piernas? ¿Quieres que haga lo mismo?

—Prefiero verlo. Soy más de acción.

Amy se acercó a él y se puso de puntillas para susurrarle al oído.

—Estoy segura de que en unos meses lo verás. Lo que tengo en medio de las piernas lo llevo completamente rasurado, suave y normalmente caliente.

Álex tragó saliva con dificultad y se giró para mirarla. Su mirada era divertida y vio cómo sacaba la lengua para lamer su labio inferior antes de mordérselo. ¿Había oído bien? ¿En serio había dicho lo que había dicho? Amy llevó su fría mano a la mejilla de él para colocarle la palma sobre ella.

—En las rodillas también me paso la cera y cuando aprieta el calor el pantalón corto hace que las enseñe.
—Le pellizcó la mejilla como a un niño pillo antes de abrir la puerta para meterse en si portal—. Buenas noches.

Álex aún estaba absorto tras esa última parte de la conversación. Amy sabía cómo usar todo su vocabulario. Cuando la vio desaparecer, se dio la vuelta y regresó a su casa. Esa mujer no dejaría de sorprenderle.

Capítulo 17

—Ya va, ya va —suspiró Amy caminando hacia la cocina.

Solo eran las diez de la mañana y el telefonillo no dejaba de sonar. Pensaba asesinar al culpable de interrumpir su profundo y placentero sueño.

En un principio pensó en no contestar y quedarse en la cama, puesto que creía que era el cartero. Ya abriría otro vecino del inmueble. Pero era insistente y estaba empeñado en que fuera ella quien lo atendiera. Con su habitual mal humor mañanero, se levantó de la cama y por la cámara del interfono vio los ojos pícaros y la sonrisa ladeada del deseo convertido en hombre.

—¿Sabes lo que es dormir? —le recriminó cuando cogió el teléfono.

—Yo sí, pero mi perro no. Asómate a la ventana, Angelillo.

—¿Para qué? ¿Te vas a transformar en Romeo por un minuto para declararme tu amor eterno y subir hasta mi balcón? —bromeó sonriendo y apoyando el brazo izquierdo en la pared.

—Más te gustaría a ti. Asómate —le ordenó.

Tras asentir, Amy colgó y caminó hasta el balcón que había en el salón. Descorrió las cortinas y abrió los ojos impresionada por lo que veía. La ciudad entera estaba cubierta por un espeso manto blanco y seguía nevando como si no hubiera mañana. A pesar del frío, abrió la puerta y salió al exterior. Como una niña pequeña, extendió su brazo derecho con la palma de la mano hacia arriba para que unos copos se posaran sobre ella. Volvió a entrar para ir a hablar con Álex.

—¿Has venido hasta mi casa para decirme que está nevando? —le preguntó sorprendida—. ¿Sabes que existen los WhatsApps?

—¿Has desayunado?

Amy frunció el ceño extrañada porque cambiara de tema.

—Me has sacado de la cama, Álex. No he desayunado aún.

—¡Perfecto! Ábreme, que traigo algo que seguro que te gusta.

—Quizá por despertarme te tenga que dejar ahí hasta que te quedes como un cubito de hielo.

Como pudo, Álex cogió a Lennon en sus brazos para que su cara quedara frente a la cámara del interfono.

—Mira que carita. ¿Vas a permitir que este pobre perrito pase frío?

—Es un Husky. Están acostumbrados a ello.

—El mío no.

Las comisuras de los labios de Amy se elevaron y pulsó el botón con el dibujo de una llave. Un pitido continuo indicó que la puerta estaba abierta y Álex y Lennon entraron.

Cuando llegaron al rellano de la puerta de Amy, Álex sujetó con fuerza la correa de su perro. Estaba ansioso por saludar a Amy. Ella les esperaba apoyada en el marco de la puerta con un sugerente pijama compuesto por un pantalón corto y una camiseta de tirantes. Pero sus brazos estaban cubiertos por una chaqueta de punto en color crema. Acarició la peluda cabeza de Lennon y se apartó para dejarlos pasar.

—Que conste que he abierto por Lennon, no por ti — bromeó cerrando la puerta—. ¿Qué me has traído? — preguntó ansiosa poniéndose a su lado.

—No sé si te lo mereces —dijo Álex.

Dejó una bolsa sobre la encimera de la cocina antes de desprenderse del abrigo y el gorro que llevaba. Cuando se lo quitó, Amy se fijó en cómo su pelo quedaba despeinado y le pasó la mano por él para adecentárselo un poco. Álex se quedó sorprendido por ello y la dejó hacer, pero no dijo nada. No sabía cómo podría reaccionar.

— He traído chocolate caliente. —Sacó una especie

de cantimplora llena de esa deliciosa bebida—. También churros con mucho azúcar y bizcochitos para mojar en el chocolate.

—Todo muy sano, ¡sí, señor! —ironizó divertida Amy quitando el tapón de la botella donde estaba el chocolate y metiendo un dedo para probarlo—. Mmm... —Lo saboreó—. ¡Está buenísimo!

—No seas guarra y coge una taza.

Amy asintió sonriendo, y dando un pequeño saltito cogió dos tazas de color naranja. Sirvió en ellas el chocolate y le tendió una de ellas a Álex. Cogió un bizcochito y lo mojó antes de metérselo en la boca degustando su delicioso sabor.

—Desayuna. Que tienes que coger fuerzas.

—¿Para qué? —preguntó, extrañada y con la boca llena.

—Vamos a hacer un muñeco de nieve —dijo Álex.

Ella le miró sorprendida por lo que acababa de decir mientras veía cómo abría la nevera y sacaba dos zanahorias antes de ir a la bolsa donde dejaba las botellas de plástico vacías para coger algunos tapones.

—Es broma —dijo Amy.

—No, no lo es. —Movié las zanahorias entre sus manos—. Abrígate que hace bastante frío. Lo vamos a pasar muy bien.

—¡Por Dios, Álex! ¡Que ya no tenemos ocho años! —

Rio terminándose el chocolate y comenzando a comer uno de los churros.

—No sabía que para disfrutar de la nieve hay una edad. —Le dio un mordisco a su churro y ella le miró ofendida apartándoselo, lo que hizo que Álex emitiera una leve carcajada.

—¡Es mío! Cógete otro.

Quince minutos después, tras devorar todo el desayuno, Álex, Amy y Lennon bajaron para pasar un día juntos en la nieve. A pesar de estar tapada hasta el cuello, Amy iba preciosa. Tenía las mejillas sonrojadas y el gorro blanco que llevaba le hacía un aspecto más dulce e inocente. A pesar del frío, ella no renunciaba a llevar su chaqueta de cuero. En los meses que la conocía había comprobado que le agobiaba llevar demasiada ropa. Lo único que cubría su cuello era un fular de adornos florales y las manos las tenía cubiertas por unos guantes azules.

Álex cogió el plástico que había comprado en la ferretería y que usarían a modo de trineo. Normalmente ese plástico era usado para tapar la ropa tendida cuando llovía, pero ese día decidió darle un uso más divertido.

En una bolsa aparte, Álex tenía guardado un gorro y una bufanda viejos, dos zanahorias y los tapones de las botellas de plástico. Llegaron al césped cubierto por la nieve y el chico aprovechó para soltarle la correa a su

perro. Le explicó a Amy cómo comenzar a hacer las bolas más grandes y mientras Álex se encargaba de la base del muñeco, ella comenzó a hacer una bola más pequeña para la parte central del cuerpo.

Lennon iba de uno a otro ladrando para que le hicieran caso. Álex, cansado de que su perro no dejara de ladrar, hizo una bola y se la tiró como si fuera una pelota para que fuera a por ella. Al caer de nuevo en la fría nieve, la improvisada pelota se deshizo, pero el cachorro comenzó a olisquear para ver si la encontraba.

—Así estará un rato entretenido. —Sonrió Álex, empujando su gran bola.

Cuando ambas estuvieron listas, Álex ayudó a Amy a colocar una sobre otra y comenzaron a igualar los lados para que la forma del muñeco fuera lo más redondeada posible. Mientras él hacía la bola que pertenecería a la cabeza, Amy aprovechó que tenía el culo en pompa para coger un poco de nieve y tirársela directa al centro de su trasero. Álex la miró mal por encima del hombro y Amy no pudo evitar soltar una carcajada.

—Ya verás después. ¡Esto no va a quedar así!

Una vez colocadas las tres bolas, comenzaron a poner los tapones de las botellas de plástico, de forma que simularan ser los botones del traje del muñeco, los ojos y la boca. Álex sacó la bufanda y el gorro viejo de la bolsa y se los colocó. Con unos palos, le pusieron los

brazos y el joven le clavó una de las zanahorias a modo de nariz. La segunda que había cogido la colocó en una parte que simulaba el punto más importante de la anatomía de los hombres.

—¡Quítale eso! —se quejó Amy riéndose.

—¿Por qué? Nuestro muñeco tiene que ser diferente. Así que he decidido ponerle una buena... zanahoria.

—¡Lo van a ver los niños!

—Pues seguro que se ríen hasta más que nosotros dos —le dijo carcajeándose.

Amy se acercó al muñeco y le quitó la zanahoria que Álex le había puesto en la parte baja. Al ver la mueca del disgusto de él, le pidió un momento enseñándole el dedo índice y comenzó a coger nieve para realizarle al muñeco dos bultos a modo de pechos. Cogió un poco de nieve manchada con barro y con ella, le dibujó los pezones.

—Ahora es una muñeca —sentenció Amy sacudiéndose las manos para retirar la nieve pegada en los guantes.

—¡Quítaselas! —imitó Álex su tono de voz llevándose las manos a sus mejillas fingiendo horror al ver las tetas de la muñeca antes de reír.

Amy le sonrió y se quedó contemplando el primer muñeco que hacía en sus veinticuatro años de vida.

—No ha quedado mal.

—Pero podría estar mejor —dijo Álex acercándose a la muñeca y volviendo a colocar la zanahoria donde él quería que estuviera.

—¡Álex! —le recriminó Amy.

—¿Qué? Un muñeco transexual. Más original imposible. —Se acercó a ella sacando el móvil del bolsillo de sus vaqueros—. Vamos. Saquémonos una foto con nuestro amigo de nieve... o amiga, ¡lo que sea!

Divertidos, ambos se pusieron a un lado del muñeco y se hicieron un *selfie*, pero la pantalla no permitía sacar los cuerpos enteros. Lo máximo que salía era la mano de Álex cubriendo el pecho de la muñeca mientras miraba a la cámara con un gesto divertido y con la lengua fuera. Amy, salía sonriendo y con el ceño fruncido mientras intentaba aguantar la risa.

Una pareja que paseaba cerca de ellos, se detuvo para ver el muñeco que habían hecho. Álex vio cómo la pareja se reía y se acercó a ellos para pedirles que les sacaran una foto de cuerpo entero. Cuando el hombre alzó el móvil, Amy y Álex posaron junto con el muñeco, pero la foto salió mal, pues Lennon había decidido en ese momento saltar sobre su dueño. Agarrándolo del collar, hizo que se sentara a sus pies y el hombre les sacó una foto a los tres juntos.

—Gracias —dijo Álex cogiendo su móvil para mirar

la foto.

Amy se acercó a él y se puso de puntillas para poder ver mejor la imagen. Habían salido muy bien y un cosquilleo le recorrió el cuerpo entero al fijar su mirada en la sonrisa de él. Siempre había pensado que la tenía preciosa, aunque jamás lo diría en voz alta. Sus neuronas se derretían cuando la veía y a veces se quedaba completamente en blanco e hipnotizada mirando esa dentadura perfecta.

Abandonaron a su preciado muñeco de nieve y subieron por una rampa hasta llegar a lo más alto de una colina por donde la gente paseaba, los enamorados se tumbaban abrazados en la hierba y los perros jugaban. Con la llegada de la nieve, mucha gente había ido ahí a tirarse con el trineo. Los más pequeños reían y algunos gritaban y lloraban mientras se tiraban, pero al llegar al final, se bajaban del trineo ansiosos de tirarse otra vez.

Álex sacó el plástico y lo colocó extendido sobre la nieve. Se lo señaló a Amy para que se sentase y ella negó con la cabeza. Álex, al ver cómo daba un paso hacia atrás, levantó las cejas y acercándose a ella, le rodeó la cintura con un brazo y la elevó.

Amy gritó y se retorció entre sus fuertes brazos para que la soltara, pero no lo consiguió. Se sentó en el plástico con ella en su regazo y se impulsó para tirarse.

El plástico resbaló por la fría nieve y Álex reía al escuchar a Amy gritar y abrazarse fuerte a su cuello. Cuando se detuvieron, él la miró. Seguía aferrándose fuerte a él y tenía los ojos cerrados y apretados.

—Amy —le susurró al oído—. Ya puedes abrir los ojos.

Al oírle y darse cuenta de que lo estaba ahogando, se apartó como si quemara. Intentó levantarse, pero Álex no la dejó. Amy se mordió el labio inferior y él clavó la mirada en su carnosa boca. ¡Le volvía loco! Elevó la mano y le retiró un mechón de cabello que se pegaba en sus labios, acariciándolos por el camino. Amy se los lamió y bajó la mirada antes de conseguir levantarse.

Su deseo de que la besase cada vez era mayor, pero no podía ser. No podía ir más allá con Álex. No creía en la eternidad ni en la típica frase de los cuentos donde viven felices y comen perdices. Sabía que todo en la vida tenía un fin y, si se enamoraba de él, el suyo sería demasiado doloroso. No lo podría superar jamás.

Un chasquido de dedos frente a sus ojos la hizo volver a la realidad.

—¿Estás bien?

—Eh... sí. Perdona. Bueno, ya has conseguido que me tire contigo en tu especie de trineo y he hecho mi primer muñeco de nieve, ¿alguna sorpresa más?

—Aún no he olvidado que me has dado un bolazo en

el culo. —La miró con su sonrisa ladeada y sus ojos pícaros.

Al ver sus intenciones, Amy comenzó andar hacia atrás antes de echar a correr mientras gritaba.

—¡Corre todo lo que quieras, que sabes que te cogeré porque yo no me rindo contigo!

Amy giró la cabeza unos segundos para mirarle y gritó divertida al ver que casi la había alcanzado.

Lennon corría tras ellos ladrando, y cuando Álex la alcanzó, la inmovilizó contra su cuerpo y perdió el equilibrio cayendo sobre la nieve de culo con ella encima. Amy reía e intentaba zafarse, pero él la tenía agarrada con fuerza. Como pudo, cogió un puñado de nieve y la posó sobre su nuca haciendo que ella curvara la espalda por puro instinto al notar el frío que desprendía.

—¡Álex! Si no me sueltas, te tendré un mes limpiando los retretes del bar —le amenazó.

—Pero si eso ya lo hago. —Le sonrió.

—Nos turnamos para limpiarlo y si vuelves a hacer eso te encargarás de ellos un mes entero, y sabes que a veces la gente suele atascarlo y hay que meter la mano y el brazo hasta el fondo.

Álex sacó la lengua en una mueca de asco y Amy se carcajeó al verle. Finalmente él la soltó y se pusieron en pie antes de sacudirse los restos de la nieve.

Sin hacer caso a su cabeza, solo a su instinto y a su deseo, Amy se puso de puntillas para alcanzar la mejilla de Álex donde depositó un suave beso. Al apartarse, él la miró y comprobó que sus mejillas se teñían de un color rojizo y no precisamente por el frío.

—Gracias —le dijo—. Por venir a buscarme y ayudarme a hacer mi primer muñeco de nieve.

—No tienes que dárme las. Me gusta pasar tiempo contigo.

Amy bajó la mirada y sonrió mordiéndose el labio inferior antes de mirarle.

—Y a mí contigo, por extraño que parezca —suspiró—. No sé qué me has hecho Álex.

—Yo sí. Enseñarte a vivir.

Capítulo 18

Las vacaciones de Navidad acabaron y con ellas, el London volvió a abrir. El día de Reyes, Amy se sorprendió al encontrar en la puerta de su casa una pequeña bolsita plateada, en cuyo interior había un colgante de plata con la silueta de un ángel. Sabía perfectamente quién era el responsable de ese regalo. Sonrió y desdobló la nota que la acompañaba.

*A pesar de ser un angelito endemoniado,
estos últimos días has ganado puntos con tu sonrisa.
¡Feliz día de Reyes, Angelillo!*

Se puso el colgante y acarició la silueta antes de hacerse una foto mostrándolo orgullosa y mandársela a Álex para que viera que le había gustado.

Cuando él recibió el WhatsApp, su sobrina se encontraba en casa saltando y gritando emocionada con su regalo: la muñeca bailarina y el tutú rosa con purpurina que había tardado cero coma en sacar de la caja y ponérselo junto con la corona de plástico.

El primer día de vuelta al trabajo, ambos estaban

muertos de sueño, pero no les quedaba otra que seguir. Tras preparar todo, comenzaron a llegar los primeros estudiantes en busca de su ración de cafeína diaria. Al estar el local prácticamente vacío, Álex y Amy aprovecharon para tomarse ellos uno también.

En su descanso, salieron para fumarse un cigarrillo y Álex cogió entre sus dedos el colgante que llevaba.

—Bonito collar. ¿De alguien especial? —Le sonrió.

—Sí. De un guapito bastante pesado y que a veces me saca de mis casillas.

—Creo que es un tipo con suerte.

—¿Por qué? —le preguntó Amy expulsando el humo.

—Porque puede disfrutar de verte sonreír.

Amy puso los ojos en blanco y le mostró su blanca dentadura.

—¿Esto te funciona?

—A veces.

Amy le sonrió y al ver que Álex terminaba el cigarrillo y lo tiraba, dio un paso para apagarlo con el pie. Álex la miró extrañado. Siempre hacía eso y no entendía el porqué.

—¿Por qué siempre apagas mi cigarrillo? —le preguntó.

—Apago todos los cigarrillos que veo por el suelo encendidos. Es una manía —suspiró tirando el suyo y pisándolo.

—Sigo sin entender por qué.

—Cuando era pequeña, mi padre y yo fuimos al Rasillo a buscar setas. Yo tenía unos seis o siete años y de repente vi humo negro y se lo dije. Nos acercamos y una pequeña llama salía de unas hojas secas. Me asusté al ver el fuego y mi padre lo pisó hasta apagarlo. Menos mal que era poco —suspiró—. Me explicó que algún idiota había tirado el cigarrillo sin apagar y que si no lo llegamos a ver, el bosque se habría incendiado. Desde entonces, cada vez que veo uno lo apago.

Álex asintió y ambos entraron de nuevo en el London para seguir trabajando. La hora de la comida fue un caos total. La gran mayoría de los universitarios, tras comer, irían a la biblioteca para ponerse al día con trabajos y comenzarían a estudiar para los exámenes que tenían dentro de dos semanas, así que no les merecía la pena ir a sus casas para luego volver. Pedían un bocadillo en el London y así se ahorraban tiempo. Amy y Álex no pararon. Mientras uno atendía la barra, la otra se encargaba del servicio de la terraza.

Cuando todo volvió a la normalidad, ya eran las tres de la tarde y no les merecía la pena ir a casa para comer. Ambos decidieron ocupar una de las mesas más alejadas y degustar uno de los deliciosos bocadillos que hacía Isabel.

Mientras los preparaba, Álex aprovechó para llamar a

su hermana. Debía ir a su casa para sacar a Lennon a pasear. Como se imaginaba, ella comenzó a quejarse.

—¿Pero tú te piensas que voy a bajar ahora a Logroño solo para estar veinte minutos paseando a tu maldito chucho?! —le gritó al teléfono.

—Hermanita, cuando decidí quedarme con Lennon fue con la condición de que si lo necesitaba, tú me ayudarías con él.

—Maldita mi lengua por hablar sin pensar —se quejó Raquel.

—Seguro que María viene encantada —la vaciló.

—¿Qué más da que un día no salga a pasear a mediodía? No se va a morir.

—No, lo mato yo por hacer sus cosas en mi alfombra.

Álex comenzó a desesperarse con su hermana. Si iba ahora a casa a pasear a Lennon, se quedaría sin comer. Podría picotear algo durante la jornada de la tarde, pero odiaba comer así. Él también necesitaba un par de horitas de descanso.

Amy lo miraba disimuladamente con su móvil en la mano. Había escuchado lo que él decía y pudo deducir lo que le ocurría. Iba a proponerle que se fuera a casa y que comiera tranquilo. Que no se preocupara por la hora, ella se podría encargar sola durante una hora de los clientes, pero cuando fue a hablar oyó como él le daba las gracias a su hermana y le decía que le debía

una.

Álex colgó tras conseguir que su hermana fuera para pasear a su perro y se sentó en la mesa que compartía con Amy.

—¿Todo bien? —le preguntó dando un sorbo a su Coca Cola.

—Un consejo. No tengas perro.

Ella soltó una carcajada y apoyó los antebrazos cruzados sobre la mesa.

—Se te nota a la legua que adoras a Lennon.

—Un poco —Le sonrió.

Amy elevó las cejas y se recostó en la silla en el momento que Isabel les servía la comida.

—Que aproveche, chicos

Ambos la sonrieron y comenzaron a devorar sus bocadillos de tortilla con pimienta verde. A diferencia del de Álex, Amy no dejaba de echarle mayonesa al suyo.

—Te vas a empachar.

—¡Cállate! Estoy muerta de hambre. Además, sabes que los fines de semana lo quemo —le miró pícaro.

—Espero que no sea como me imagino. —La miró serio y ella rio.

—¿Celoso?

Él suspiró y le dio un trago a su cerveza.

—Puede.

Amy arqueó las cejas y se mordió el labio inferior.

«Dios, esto está empezando a complicarse. ¿De verdad está celoso? ¿O me está tomando el pelo? Ay madre, esto no puede ser bueno», pensó Amy dejando su comida en el plato. Cogió la silla y se colocó a su lado quedando muy cerca de él.

—Me conoces, Álex. Soy el angelito endemoniado — se mofó—. Nunca he tenido una relación, nadie es capaz de quererme ni yo de querer. —Ante eso que había dicho, él la miró. ¿De verdad era incapaz de querer?—. Solo he tenido rollos de una noche y ya ni me acuerdo de cuándo fue la última vez que... —Miró un segundo en dirección a la cocina. No quería que su madre la escuchara—, que eché un polvo. Así que no te preocupes, que yo quemó la grasa corriendo contigo. —Le sonrió.

Él le mostró su sonrisa ladeada e intentó quitarle importancia al asunto. No quería que ella viera que le tenía comiendo de la palma de su mano.

—No pienses mal, Amy. Lo de que estaba celoso era una broma. Para reírnos, ya sabes —mintió.

Lo que le había dicho le había dejado descolocado. Detrás de esas palabras ella dejaba claro que sentía algo por él, pero que no iba a arriesgarse a que le rompiera el corazón. Solo serían amigos.

—Ah —dijo un tanto desilusionada y volviendo a su

sitio. Se sentía como una completa estúpida por haberle dicho eso.

Amy se puso en pie con el bocadillo a medio comer y sin mirarle fue a la cocina. Se le había quitado el apetito.

«Estúpida, estúpida y estúpida», se regañó tirando los restos del bocadillo y lavando el plato y el vaso. Tiró el trapo de mala gana sobre la encimera de la cocina en el momento que su madre aparecía con varios paquetes de servilletas. Se había sentido rechazada por él tras soltarle aquel monólogo. Le había costado mucho elegir las palabras adecuadas para decirle que no quería a nadie más en su vida. Que con él se sentía completa y que ya no deseaba más rollos de una noche. Eso había quedado en el pasado. Y ahora él le dice que en realidad no está celoso y que solo lo ha dicho de broma. Era una completa estúpida por creer que él había visto en ella algo diferente a los demás.

—¿Qué te ocurre, cielo?

—Nada, mamá, solo estoy cansada.

—Jovencita, te he parido. A mí no me engañas.

Amy suspiró y bajo la mirada.

—Todo se está complicando con Álex.

—¿A qué te refieres?

—De empleado, pasó a ser amigo, de amigo a mejor amigo y ahora...

—¿Te has enamorado de él? —le sonrió Isabel.

—¿Qué? ¡No! Es solo que... estoy muy a gusto con él. Me siento posesiva con respecto a él, porque me hace sentir... bien. Sé que algún día nuestros caminos se separaran y también sé que lo voy a pasar sumamente mal, mamá. Todo se ha complicado. No quería involucrarme sentimentalmente con él. —Se pasó la mano por el pelo enredándolo entre sus dedos —. ¡Ni con él ni con nadie!

Isabel suspiró y, dejando las servilletas sobre una mesita de madera, se acercó a su hija y la abrazó.

—Cariño, da igual lo que quieras. El corazón va por libre. Nadie elige a quién querer, de quién enamorarse ni la persona que ocupa las veinticuatro horas tus pensamientos y tus sueños.

—Esto no puede seguir así —dijo decidida y dispuesta a tomar cartas en el asunto—. No pienso volver a sufrir por perder a alguien más.

Isabel que la conocía mejor que nadie, deshizo el abrazo y la miró. Ese gesto serio y decidido de su hija no podía traer nada bueno. Borró la sonrisa que se le había formado y puso un semblante autoritario. Amy iba a hacer una tontería para apartar a Álex antes de que fuera demasiado tarde y con ello solo iba a conseguir que los dos lo pasaran mal.

—No hagas ninguna tontería, Amy. Te puedes

arrepentir después —la advirtió.

Ella ignoró lo que su madre le decía y salió de la cocina. Debía quitarse a Álex de la cabeza. De momento necesitaba relajarse, por lo que salió a la calle para fumarse un cigarrillo. La terraza estaba vacía, salvo por un joven rubio que ocupaba una de las mesas. Este se estaba tomando un café tranquilo mientras fumaba y leía el periódico. La joven se colocó el pitillo en la boca y sacó el mechero para encenderlo, pero este no prendía. Lo sacudió para que el gas se mezclara, sin éxito.

—¿Necesitas fuego? —le preguntó el joven rubio, tendiéndole su mechero.

—Sí —Amy se acercó a él y lo cogió para encenderse el cigarrillo—. Gracias —dijo devolviéndoselo.

—¿Día duro?

—Ni te lo imaginas.

El joven le señaló la silla que tenía libre a su lado para que se sentara. Amy no se lo pensó dos veces. Iba por buen camino para olvidar al chico que ocupaba su cabeza. Miró al joven con más detenimiento. Era bastante atractivo, pero no le hacía sentir ni un cuarto de lo que Álex con una sonrisa. Siendo sincera consigo misma, no le ponía absolutamente nada.

—Por cierto, me llamo Mario.

—Amy.

—No es un nombre habitual aquí, pero me gusta. Eso me dice que eres única.

Ella le sonrió seductora y le dio una calada. No sabía por qué demonios le estaba intentando seducir. Solo pensar en acostarse con él le producía arcadas, pero su cordura la había encerrado bajo llave. No quería sentir aquello que sentía por Álex.

—Créeme, toda yo soy única. Aunque no en el buen sentido.

—¿Me dejarás conocerte y juzgar por mí mismo ese sentido? —le preguntó Mario.

Esa preciosa joven le había cautivado. Sus ojos plateados expresivos y sus facciones perfectas le hacían un rostro muy atractivo. Se pasaría horas solo mirándola. Aunque no era eso lo que quería. Quería mirarla sí, pero en otro sentido, al igual que tocarla y hacerla suya.

—No. Nunca lo hago —pensó en Álex y, sacudiendo la cabeza, se recostó hacia adelante mostrando el canalillo de sus pechos. Sonrió al ver que la mirada de Mario iba directa ahí—. Pero sí puedo dejarte pasar una noche conmigo. Si aceptas, claro.

—Nunca digo que no a una chica. ¿Esta noche?

—Dame tu dirección —le pidió Amy.

—¿Ni una cena antes? —le preguntó sorprendido.

—Yo no tengo citas. Yo solo busco sexo. ¿Lo tomas o

lo dejas?

El rubio sonrió y escribió en una servilleta su dirección. Él tampoco buscaba nada serio, solo quería acostarse con ella, pero no era tan capullo como para lanzarse a la piscina sin antes ofrecerle algo más. Que esa chica supiera lo que quería lo único que hacía era que ansiara la llegada de la noche para tenerla en su cama. Aquello prometía ser el mejor sexo de su vida.

—Te espero a las diez esta noche, nena.

—A las once. No puedo antes.

—Bueno, espero que la espera merezca la pena.

—Lo haré. —Dio una última calada antes de expulsar el humo lentamente—. Te lo puedo asegurar.

Mario se levantó y dejó en la mesa un billete de diez antes de irse. La propina había sido demasiado generosa y Amy sabía el porqué. Si era sincera consigo misma, no le apetecía nada acostarse con él, pero quizá esa fuera la única forma de que la atracción que sentía hacia Álex desapareciera. Muchos dirían que era una egoísta o una buscona, incluso los más atrevidos la llamarían zorra, pero debía volver a tomar el control de su vida.

—¿De verdad vas a quedar con ese capullo? —oyó la voz de Álex a su espalda.

Ella se dio la vuelta y comprobó que estaba muy enfadado. Apretaba los puños con fuerza, pues sus

nudillos estaban blancos como la nieve y tenía todo el cuerpo tenso. Sus labios formaban una línea recta y Amy estaba convencida de que estaría apretando los dientes.

—No lo conoces para llamarlo así —le espetó Amy.

—¿Y tú sí?

—Esta noche lo haré —le contestó decidida, recostándose en la silla, cruzando una pierna y dando una nueva calada.

Álex la miró furioso. Los celos le consumían y no entendía su cambio de actitud. Hacía unos minutos le había dicho que llevaba meses sin hacerlo con nadie y ahora tenía un polvo asegurado esa noche. ¡Y con un tío que acababa de conocer! Estaba claro que no había cambiado en absoluto y él se sentía como el estúpido juguete que había estado ahí para hacerla feliz. Pero los juguetes solo sirven para un rato y después acaban en la basura.

—Que lo pases bien.

Dicho eso, Álex entró de nuevo en el local, furioso. Creía que las cosas entre ellos estaban bien, que él era el único como lo era ella para él. Pero estaba equivocado Odiaba el sentimiento de posesión que tenía hacia ella. Odiaba su deseo de besarla, tocarla, desnudarla y hacerla suya. Odiaba sentir lo que sentía por ella. Si Amy había decidido pasar de su extraña

relación, o lo que fuese que había entre los dos, él no iba a ser menos. A partir de ese momento no quería saber nada de ella, y en cuanto encontrara un trabajo mejor, se largaría de London para no tener que verla más. Aquello le dolía demasiado y de lo único que tenía ganas era de golpear cosas hasta destrozarse la mano.

El resto de la jornada ambos se ignoraron. No se dirigieron ni una sola mirada y lo único que quería Álex era que acabara el turno, irse a su casa y meterse en la cama para evitar pensar en lo que Amy iba a hacer aquella noche. No podía soportar imaginársela con otro, pero tampoco podía obligarla a no hacer lo que deseaba.

Limpiaron el London en silencio. Ese día ni siquiera Álex encendió la radio como hacía cada noche. Se despidió de ella con un seco hasta mañana y Amy notó que algo moría en ella con esa fría despedida. Echó el aire retenido y cerró el London tras activar la alarma.

Con paso ligero, se dirigió a su coche y sacó la servilleta que Mario le había dado ese mediodía después de comer. Vivía en el centro de la ciudad, frente a la plaza del Espolón, donde se encontraba la famosa estatua del General Espartero a lomos de su caballo, al cual se le asignaba el refrán «tener más huevos que el caballo del Espartero». Aparcó en un

aparcamiento de pago y cuando llegó al portal del chico colocó la yema del dedo índice sobre el botón de su piso, pero no presionó. ¿De verdad estaba haciendo lo correcto? ¿De verdad era eso lo que quería?

La imagen de Álex acudió a su mente. Puede que antes a ella le gustara el sexo con desconocidos, y prácticamente se iba con el primero que pasara cuando necesitaba desahogarse, pero ya no. Todo lo que Álex le había enseñado en los meses que llevaban trabajando juntos había hecho que cambiara. Había pasado de ser una mujer fría, distante y cerrada a una que sentía nuevas emociones: ese cosquilleo cuando Álex sonreía, como su corazón se aceleraba cuando él la miraba en el London mientras trabajaban, y esos roces casuales que hacían que su cuerpo reaccionara a ese pequeño contacto estremeciéndose.

Si se acostaba con Mario lo perdería. Y eso era lo último que quería. Deseaba tenerlo en su vida, aunque fuera únicamente como amigo. No. No iba a traicionarlo.

Se dio media vuelta y, sin ni siquiera avisar, dejó a Mario plantado para regresar a su casa. Sola.

Fue al aparcamiento subterráneo para montarse en su coche y arrancó dispuesta a largarse de allí. No pensaba sacar a Álex de su vida y estaba más que dispuesta a luchar por él y conseguir que la perdonara.

Capítulo 19

Esa semana fue la peor semana que habían pasado Amy y Álex. Parecía que se habían intercambiado los papeles. Ahora era Amy la que intentaba acercarse mientras que él pasaba de ella, y eso le dolía.

Álex seguía cabreado. Pensar que hacía solo unas noches Amy estuvo en los brazos de otro hombre le ponía enfermo. Sentía náuseas cada vez que pensaba en ello y llevaba esos días de muy mal humor. Para más colmo, esa semana la hora de la comida era un caos total. Todos los estudiantes iban a comer al London antes de irse a la biblioteca, por lo que no podía marcharse a su casa a comer, sino que lo hacía en un bar cerca de donde trabajaba. No quería estar cerca de Amy. Al ver la situación de esas semanas en el local, habló con su hermana para que se ocupara de Lennon esos días. A regañadientes por tener que bajar cada día a Logroño para pasearle, Raquel aceptó.

A las tres y media de la tarde por fin volvía la calma al London, y tras recoger sus cosas del almacén, Álex

caminó dispuesto a irse de allí, pero antes de que saliera, la voz de Amy le interceptó.

—Álex, espera. Debemos hablar. ¿Cuánto tiempo vas a estar así conmigo?

En su voz, Amy no disimulaba cuanto le afectaba aquella situación entre los dos y sus ojos grisáceos suplicaban que la escuchara.

—Tengo prisa.

—Álex, por favor... yo no... —intentó explicarse, pero como siempre, antes de poder seguir, Álex la interrumpía.

—¿No tienes otra cita a la que acudir? Porque la mía me está esperando —mintió. No había quedado con nadie en realidad.

Un nudo se formó en el estómago de Amy al oír lo que decía y bajó la mirada, apretando los puños, pensando en la mujer con la que se reuniría ahora. ¿Sería guapa? ¿La besaría? ¿O quizá ya habría tenido más citas con ella? Sus uñas se clavaron en sus palmas dejando varias pequeñas marcas rojizas y asintió con la cabeza. No soportaba pensar que regalaba sus caricias y besos a otras. Ella no podía exigirle nada, no estaban juntos. Pero eso no quería decir que sintiera celos. Incluso cuando respondía al coqueteo continuo de las clientas se ponía enferma. Lo único que quería hacer en esos momentos era agarrarlas de los pelos y echarlas

del London. Pero sabía que no podía hacerlo. Debía aguantar y callar.

—Está bien. Disfruta de la cita.

—Lo haré.

Pero antes de que saliera por la puerta, el móvil comenzó a sonarle. Decidió responder dentro del local, pues fuera estaba cayendo una buena tormenta. Era su hermana.

—Dime Raquel.

Amy lo miraba seria mientras hablaba.

—Raquel no te entiendo. ¿Qué ha pasado? —Su hermana no podía parar de sollozar y hablar al mismo tiempo mientras oía a su sobrina chillar y llorar—. Raquel tranquilízate, ¿qué ha pasado? —Como pudo, entendió lo que su hermana le decía y al escuchar las palabras Lennon y accidente en la misma frase, notó cómo palidecía.

Amy se dio cuenta de cómo el rostro de Álex se tornaba de un color blanco y cómo las manos comenzaban a temblarle. Se acercó a él preocupada cuando colgó.

—¿Estás bien?

Él solo pudo negar con la cabeza y tragar saliva. Tenía los ojos vidriosos y temblaba de pies a cabeza. Una parte de él estaba muriendo junto con Lennon. Se tapó la boca con la mano y anduvo como pudo hasta

una de las sillas para dejarse caer sobre ella. Comenzó a sollozar sin importar que la gente le mirara, en ese momento lo único que le importaba era su perro.

Amy se asustó al verle así. Y sin importar que pudiera rechazarle, se puso de cuclillas frente a él y le cogió del rostro para que la mirara. Verle llorar le asustó y expulsó un pequeño gemido mientras le limpiaba algunas lágrimas con los pulgares. Amy no podía hablar. Le daba miedo preguntar qué ocurría, pero Álex pareció entender su mirada. A pesar de ese miedo, ella quería saber qué sucedía.

—Han atropellado a mi perro...

Un nerviosismo se instaló en el vientre de Amy y abrió los ojos como platos asustada. No podía ser. Lennon no podía estar muerto.

—¿Dónde está? —tartamudeó.

No quería preguntar si estaba bien por si la respuesta era aquella que no quería escuchar.

—En el hospital veterinario que hay en la rotonda del reloj de sol. Tengo que ir... no puedo dejarle solo.

Amy asintió y se levantó antes de tenderle la mano para que él la imitara. Sintió un cosquilleo cuando Álex aceptó su mano y entrelazaron sus dedos.

—Tómame el día libre, yo me ocuparé de todo. ¡Ve!

—Gracias...

Ella le mostró una ligera sonrisa y vio cómo salía

corriendo de allí. Isabel se colocó tras ella y le señaló a Álex con la barbilla.

—¿Adónde va?

—Han atropellado a su perro —suspiró sin dejar de mirar el lugar por donde se había marchado—. Le he dado el resto del día libre.

—¡Eso es horrible! —Se llevó la mano a la boca—. Has hecho bien en dejarle el resto del día para él, cielo.



Cuando Álex llegó al veterinario, entró como una bala y vio a su hermana y a su sobrina en la sala de espera algo llorosas. Se acercó a ellas y se colocó de rodillas para quedar a su altura.

—¿Qué ha ocurrido? —les preguntó Álex preocupado y aún con ojos vidriosos.

Raquel se secó las lágrimas y abrazó a María más fuerte contra su cuerpo.

—Habíamos traído una pelota de casa para que María y él jugaran —comenzó a relatar Raquel—. Así que al bajar al parque le soltamos y María comenzó a tirar la pelota, y en una de esas tiradas se escapó a la carretera. Lennon corrió detrás y nosotras fuimos tras él, pero no nos dio tiempo. Un coche intentó frenar aunque no pudo hacerlo a tiempo y le atropelló. Empezó a sangrar

de la pata trasera y a gritar y a llorar. —Las lágrimas volvían a aparecer por su rostro y Álex se sentó a su lado para abrazarla—. La mujer que le ha atropellado nos ha traído aquí y se ha quedado conmigo hasta que se ha tenido que ir.

—¿Cómo está Lennon? ¿Dónde está? —preguntó Álex.

—No lo sé, no me han dicho nada. Le están haciendo pruebas.

Álex asintió y respiró profundamente intentando relajarse, pero estaba muy nervioso. Le temblaba el cuerpo entero y comenzó a imaginarse lo peor. Lennon se había convertido en una parte muy importante de su vida. Recordó a ese pequeño cachorrillo el primer día cuando casi le destrozó la casa, lo alegre que era y como le gustaba saludar a la gente. Sonrió al recordar lo que le dijo un día: que si algún día un ladrón entraba en casa en vez de espantarle le daría la bienvenida. Estaba tan lleno de energía que ahora no podía irse.

Las horas pasaban lentas y el móvil no dejaba de sonarle. Era Amy. Llevaba varias horas intentando hablar con él. Le había mandado varios WhastApps y le había llamado un par de veces, pero no tenía fuerzas para hablar. Además, aún seguía enfadado con ella por lo que hizo días atrás cuando se fue con ese tío.

María se había quedado dormida en los brazos de su

hermana. Ya eran las siete de la tarde y no se habían movido de allí ni habían tenido noticias.

—Raquel, será mejor que vayas a casa. María está agotada y tiene que cenar aún. Yo te llamo en cuanto sepa algo —le dijo Álex.

—No quiero dejarte solo.

—Hermanita. —Le sonrió como pudo—. Ya has hecho todo lo que has podido. Además aún tienes que conducir hasta Murillo y no quiero que se te haga tarde y con esta lluvia. Por favor... —le suplicó.

Raquel, tras unos minutos pensándolo, decidió hacerle caso a su hermano e irse con la condición de que le mantuviera informada.

Una hora después el veterinario por fin salía. Un hombre alto, joven y rubio que se sentó al lado de Álex.

—Lennon está bien. Ahora está sedado para que no sienta dolor. Tiene la pata trasera derecha fracturada y necesitará una operación para repararla. Es una cirugía sin ningún tipo de riesgo —le explicó—. Cojeará durante unos días, pero dentro de poco podrá volver a correr y saltar. —Le sonrió—. Necesito su autorización para operarle.

—Claro. Haga todo lo que pueda —le pidió aliviado al saber que su perro se recuperaría. Había pasado muchísimo miedo.

—Nos pondremos a ello. Váyase a casa si quiere, está en buenas manos.

—No pienso irme hasta que le vea —dijo mirándole serio.

—La operación nos llevará unas horas, pero como quiera. Le avisaré de cualquier cosa.

—Gracias.

La clínica se quedó vacía a excepción de los veterinarios de guardia que paseaban de un lado a otro. Cansado de estar sentado, Álex se puso en pie y comenzó a mirar por la ventana. Llovía con fuerza y las calles comenzaban a inundarse. Además, por el móvil había visto que varios camiones de bomberos habían respondido a varias llamadas de emergencia.

—Álex —oyó a su espalda.

Sorprendido, se dio la vuelta y se encontró con Amy. Estaba empapada y el maquillaje le corría por las mejillas a causa de la lluvia. Miró el reloj. Solo eran las diez de la noche y no salían del London hasta las diez y media como mínimo. Se percató de cómo temblaba a causa del frío y lo primero que pensó fue en abrazarla para que entrara en calor, pero no debía hacerlo.

—¿Qué haces aquí?

—No me respondías ni a los mensajes ni a las llamadas y quería ver cómo estaba Lennon. He cerrado el bar antes para venir.

—Estás calada —le dijo serio.

—Sí, bueno. Es que por aquí se aparca muy mal y lo he hecho frente al parque que hay aquí al lado, pero no llevo paraguas encima y el camino hasta aquí... pues eso... ¿cómo está?

Álex suspiró y volvió a sentarse en una de las incómodas sillas de plástico pegadas a la pared.

—Tiene una pata rota y ahora le están operando. El veterinario dice que se pondrá bien.

Ella respiró aliviada. No muy segura, se sentó a su lado y alzó la mano para acariciarle la nuca. Él ni siquiera la miró. Sabía que no era el mejor momento, pero debía aclararle lo ocurrido aquella noche con Mario. Bueno, más bien sin Mario. No soportaba que cada día se alejara más. Iba a hablar cuando él se adelantó.

—Cuando mi hermana me ha dicho que le habían atropellado... he imaginado lo peor. Y me he dado cuenta de que adoro a ese pequeño animal peludo de cuatro patas. —Sonrió triste y los ojos comenzaron a humedecerse—. No sé qué haría sin él. Le quiero.

Álex comenzó a llorar y Amy le atrajo hacia ella para abrazarle. El chico hundió su rostro en su cuello y ella notó cómo sus lágrimas se deslizaban por su piel. Le acarició el pelo mientras se desahogaba y él la abrazó más fuerte. Necesitaba ese cariño. Pasaron unos

minutos así hasta que ella habló.

—Álex, tengo que decirte algo...

Él se apartó y la miró con los ojos rojos e hinchados.

—El otro día... cuando quedé con ese chico...

—No tienes que darme explicaciones, Amy. Tú y yo solo somos amigos. Y es tu vida, puedes hacer lo que quieras.

Sus palabras eran sinceras. A pesar del daño que le haría cuando saliera con otros tíos, no quería perderla como amiga. No podía tenerla lejos de él. La necesitaba. Amy se había convertido en una persona con la que se podía desahogar y hablar de cualquier cosa. Con la que divertirse saliendo a tomar algo algún fin de semana y un hombro en el que llorar. Nunca había tenido a alguien como ella en su vida, con la que tuviera aquella gran confianza y ahora que la había encontrado, no podía dejarla marchar.

—No hice nada con él, Álex. No pude. —Vio cómo abría los ojos sorprendido y giraba el rostro para mirarla—. Al salir del trabajo fui a su casa, pero ni siquiera llamé al timbre. Me quedé parada en el portal...pensando —suspiró entrecortadamente—. Y no subí. Le dejé plantado y me fui.

—¿Por qué? —Sabía que estaba siendo indiscreto, pero necesitaba saberlo.

—No lo sé... —mintió.

—Si no vas a ser capaz de ser sincera conmigo, será mejor que te vayas. Lo que menos necesito ahora es que me sigas haciendo más daño.

Se levantó y le dio la espalda para seguir mirando por la ventana. En esos momentos lo último que necesitaba es que le hiciera sentir peor de lo que ya estaba. Esa última frase le sentó a Amy con un puñal en el corazón. Ella no quería verle sufrir y mucho menos ser la causante de su dolor. Se levantó de la silla dispuesta a desnudar su corazón.

—¡Está bien! —Se colocó a su lado—. No pude hacerlo porque no dejaba de pensar en ti.

Despacio, él giró el rostro para mirarla. En sus ojos había sinceridad y miedo. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Qué tipo de relación había entre ellos dos? Dándose media vuelta, se apoyó contra la ventana y cruzó los brazos mirándola.

—¿Qué quieres de mí, Amy?

Ella abrió la boca para contestar, pero la cerró sin saber qué decirle. Le quería lejos de ella, pero a la vez deseaba que nunca se fuera de su lado. Quería que le sonriera solo a ella, que solo tuviera ojos para ella, pero a la vez aquello le asustaba. Aunque era tarde, Álex había conseguido llegar hasta lo más profundo de ella. Había derretido su corazón de hielo y destruido las barreras que había levantado contra el mundo. En

definitiva, le había hecho volver a sentir y a vivir.

—Toda esta situación... me asusta Álex —le confesó con ojos llorosos.

—A mí también.

Él suspiró y la atrajo hacia él para abrazarla. Ambos necesitaban ese cariño. Amy se aferró a su fuerte cuerpo calándole su ropa, pero a Álex pareció no importarle. Apoyó la mejilla en su pecho y se relajó escuchando el latido de su corazón. A pesar del miedo inicial por confesarle que no se iba de su mente, se había desprendido de un gran peso.

Estuvieron varios minutos así y Amy se relajó entre sus brazos hasta que el veterinario salió y tuvieron que romper el contacto. Les explicó que la operación había sido un éxito y que Lennon estaba despertándose de la anestesia. Debería quedarse allí un par de días para controlar su evolución y le informó al dueño que esos primeros días no le extrañase verle cojear o no apoyar la pata dañada.

Álex y Amy pasaron a la sala donde estaba el cachorro. Lennon se encontraba en una jaula con una especie de colchón donde estaba tumbado. Tenía la pata trasera vendada y una vía intravenosa en la delantera por donde le inyectaban el calmante. Al verlos, Lennon movió la cola emitiendo un leve sonido de dolor. Aún estaba medio dormido, pero reconoció a

su dueño cuando se acercó.

—Hola, pequeño —le saludó Álex acariciándole la peluda cabeza antes de agacharse para besarle sobre el hocico—. Debes dejar de ser tan ansioso. Así me evitas estos disgustos. —Sonrió y Lennon como respuesta le chupó la mano.

Amy los observaba desde la distancia. No le gustaba ver al perro así cuando era energía pura y sabía lo que Álex le adoraba. Cuando se apartó, la miró y le hizo una seña para que se acercara. Ella lo hizo a paso lento y le acarició con delicadeza debajo de la barbilla. Lennon se incorporó un poco y con la pata le pidió que siguiera acariciándole.

—Será mejor que regresen a casa para descansar —les dijo a su espalda la voz del veterinario—. Mañana podrán venir a verle y el domingo posiblemente podrá irse a casa.

Álex asintió y se agachó para volver a besar la cabecita de su perro prometiéndole que volvería al día siguiente. Al ver cómo se iba, Lennon lloriqueó y a su dueño le dio un retortijón el corazón al escucharle.

Cuando salieron de la clínica la tormenta aún no había amainado. Ambos se quedaron unos minutos en la puerta a cubierto sin saber qué decirse. Amy al verle tan decaído por Lennon, levantó la mano para acariciarle la mejilla y conseguir que la mirara.

—Se pondrá bien, Álex.

—Lo sé. Pero no me gusta verle así.

Aún estaba distante con ella, pero al menos la hablaba y eso le daba esperanza de recuperar la relación que tenían.

—Mañana es sábado y no trabajamos. Descansa y podrás pasar el día con él. Yo... te llamaré para ver cómo está, o... te mando un mensaje. Lo que prefieras.

—Se mordió el labio inferior nerviosa.

Él solo asintió con la cabeza y volvió a clavar la mirada en la calle. Al ver que no iba a decir nada más, ella suspiró y, metiendo las manos en los bolsillos de la chaqueta, comenzó a caminar bajo el gran aguacero para ir a buscar su coche.

—¡Amy! —la llamó Álex y ella se dio la vuelta notando el corazón latirle a mil por hora.

—¿Sí?

—Puedes venir mañana a ver a Lennon si quieres. Estaré aquí desde las once de la mañana.

—Vale. Hasta mañana, Álex.

—Hasta mañana... Angelillo.

Ella le sonrió al ver que volvía a llamarla como solo él lo hacía. No se movió ni continuó su camino. Se quedó mirándole caminar bajo el aguacero. Supuso que iría hacia su coche. A Amy se le partió el corazón. No podía verle así. Quería correr hacia él y abrazarle.

Mimarle y decirle que todo saldría bien. Pero su cabeza no dejaba de gritarle que era una mala idea y que podría empeorar las cosas.

De repente, vio que Álex se detenía. Como si hubiera sentido su mirada fija en él. Giró el cuerpo y ambos se miraron durante unos largos segundos desde la distancia. Amy tragó saliva y se abrazó a sí misma. Comenzaba a tener frío, pero sus pies se negaban a dar un paso.

Soltó un largo suspiro cuando vio cómo Álex se acercaba a ella a paso ligero. Amy sintió como el corazón bombeaba con fuerza en su pecho y ella también comenzó a caminar hacia él. Se abrazaron bajo la lluvia y Amy le apretó contra su cuerpo y le acarició su húmedo cabello. Cerró los ojos y aspiró su olor tan masculino y característico en él. Le encantaba sentirse así con alguien. Con Álex.

Álex soltó un suspiro contra la piel de su cuello y se dejó mimar por ella. Jamás se había sentido tan completo con nadie y jamás pensó que se sentiría así. En cuanto la gente se enteraba de que era un expresidiario, miraban hacia otro lado sin darle ninguna oportunidad. Pero ella no. Aunque al principio le quería lejos, poco a poco se habían desnudado emocionalmente ante el otro. Confiaban en el otro y él sentía que podía contarle cualquier cosa.

—Duerme conmigo —le susurró.

Poco a poco deshicieron el abrazo, pero no se separaron. Amy le miró a los ojos. Ver el dolor en ellos volvió a encogerle el corazón. Sabía qué le estaba pidiendo Álex: que no le dejara solo. Y no pensaba hacerlo.

—Como amigos —le aclaró—. Yo...no quiero estar solo.

—No lo vas a estar. Me quedaré contigo, Álex.

—Gracias.

Ella le sonrió y entrelazó sus dedos con los de él para comenzar a caminar hacia su coche. No quería que condujera en su estado. Al día siguiente ya recogería su vehículo cuando fueran a la clínica. Álex no dijo nada y se dejó guiar por ella. A pesar de estar calados hasta los huesos, corrieron para evitar mojarse sin soltar sus manos. Aunque no tuvieron más remedio que hacerlo cuando llegaron.

Tardaron pocos minutos en llegar al piso de Álex dejando un rastro de agua por las escaleras mientras subían.

Amy se percató de cómo él se detenía en la puerta y echaba una mirada triste a su hogar. Sabía lo que le pasaba: Lennon no iba a darle la bienvenida como cada vez que llegaba. Le agarró con delicadeza del brazo para animarle a entrar y ambos cruzaron el umbral.

—Voy a dejarte algo para que te pongas.

—Vale.

Poco después, Álex le entregó un pantalón de chándal y una camiseta blanca. Ambas prendas le iban a estar enormes, pero era mejor eso que nada. La guio por el pasillo y abrió una puerta blanca que daba a una habitación pequeña con una cama individual. Amy no dio la luz, la que entraba por la ventana le era suficiente, por lo que no se percató de cómo era aquel cuarto.

Ambos se desearon buenas noches y, tras cambiarse, Amy se metió en la cama, pero su cabeza no la dejaba dormir. Estaba preocupada por Álex. Le oyó sollozar y Amy no dudó. Se levantó de la cama y fue a su habitación. Tenía los ojos rojos e hinchados y estaba sentado en la cama con la luz de la mesilla encendida. Ambos se miraron y ella se acercó. Se sentó a su lado y le limpió las lágrimas. A pesar de que Lennon estaba bien, a Álex le dolía no tenerle junto a él cuando el perro más le necesitaba.

Hizo que se tumbara y, tras apagar la luz, se echó a su lado. Le dio un suave beso en la mejilla para intentar relajarle y le acarició la otra con el pulgar. Pensó en dormir sobre su pecho. Era lo que más deseaba, pero quizá no fuera el momento adecuado. Le deseó de nuevo buenas noches y se dejó caer en el colchón

guardando las distancias.

No hubo caricias ni abrazos ni besos durante la noche, pero solo con sentirla a su lado, la tranquilidad invadió el cuerpo de Alex antes de quedarse dormido.

Capítulo 20

Álex no había dejado de tener pesadillas con su perro durante la noche. Soñaba que lo perdía, que durante aquella noche se había complicado su estado y finalmente le dejaba. Pero tras despertarse alterado, ver a Amy a su lado profundamente dormida hizo que se volviera relajar.

Cuando el día llegó se levantó de la cama al ver que no iba a dormir más. Solo eran las nueve de la mañana, por lo que decidió darse una ducha antes de ir al veterinario a ver a Lennon. Dejó a Amy descansar. Durante la noche se había destapado y su cabello le cubría el rostro por completo mientras emitía graciosos sonidos por su boca entre abierta. Sonrió al verla. Le echaría una foto si no supiera que lo mataría. Cogió el edredón para cubrirla y le acarició la mejilla antes de entrar en el baño.

Tras secarse y vestirse, decidió llamar a su hermana. Estuvieron una hora hablando. Raquel se quedó más tranquila al enterarse de que Lennon estaba bien y quedaron en ir a verle en dos horas. Aprovecharían el

sábado para pasar el día juntos.

Comenzó a preparar el café y se giró al notar una presencia tras él. Amy se había despertado y ya se había vestido con su ropa del día anterior.

—¿Cómo estás? —le preguntó acercándose a él.

—Mejor. Gracias por lo de anoche.

—No me las tienes que dar. —Le sonrió levemente aceptando la taza que le ofrecía—. ¿Puedo acompañarte a la clínica?

—No tienes que preguntarlo. —Le regaló un suave toque con el dedo en la punta de la nariz—. Además, mi coche está allí y tienes que hacerme de taxista —bromeó.

Amy soltó una pequeña carcajada y sintió alivio al verle más relajado. Le gustaba notar que las cosas entre ellos volvían a ser como siempre.

Dos horas después, Amy y Álex entraban en la clínica. El veterinario les comentó que Lennon había pasado una buena noche y lo más probable era que se pudiera ir esa misma tarde a casa. Eso a Álex le hizo muy feliz, y cuando se encontró con su perro no paró de darle mimos.

Lennon estaba más animado. Ya se ponía en pie, aunque no apoyaba la pata trasera, y no dejó de lamer la cara de su dueño a pesar de que Álex intentaba apartarlo. El veterinario, que estaba junto a ellos, les

aconsejó sacarle de la jaula para que paseara un poco por la clínica. Le sentaría bien y así estiraría las patas.

—¡Lennon! —Oyeron una voz infantil en la puerta.

Álex y Amy alzaron la vista del cachorro y vieron a María correr hacia el perro para abrazarlo. Le dio varios besos en la cabeza peluda hasta que Raquel la apartó.

—No seas cochina, María. Que luego te tengo que desinfectar la boca.

—Hermanita, creo que mi perro es más limpio que tú —se mofó ganándose una colleja de su hermana—. Joder, que mano más larga.

Amy soltó una pequeña carcajada y se acercó a Raquel para saludarla con un par de besos antes de agacharse para saludar a María, quien se lanzó a su cuello para abrazarla haciendo que perdiera el equilibrio y casi cayera hacia atrás.

—¡Amy! —dijo María emocionada—. ¿Sabes una cosa?

Ella negó con la cabeza.

—¡Solo quedan cincuenta y ocho días para mi cumplee! Y quiero que vengas a celebrarlo conmigo, mi mamá, mi yaya y Lennon... ah y mi tito, que se me olvidaba. —Soltó una pequeña risita.

—Te acabas de quedar sin regalo, pequeñaja —le dijo Álex.

—Halaaaaaaa, titooo, jo ¡yo quiero mi regalo!

—Aún queda más de un mes, pero ella ya está impaciente —explicó Raquel con una sonrisa. Adoraba a su pequeña—. El sábado lo celebra con los amiguitos del cole y al día siguiente con la familia. Tal y como ha dicho María, estás invitada.

Amy se mordió el labio inferior. Solía sentirse incómoda en lugares donde ella era la desconocida. Vale que a Álex, su hermana y su sobrina les conocía, pero aun así, ella sería la que más destacaría.

—¡Sí, Amy, tienes que venir! Por fi, por fiii —le pidió poniendo un puchero.

—Está bien. —Le sonrió rindiéndose. No podía negarle nada a esa niña.

Tal y como les había dicho el veterinario, esa misma tarde le darían el alta a Lennon con una serie de instrucciones que el cachorro debería cumplir durante los próximos días.

A la hora de comer, Álex decidió invitar a su sobrina y a su hermana a las hamburguesas que a ambas les volvían locas. Las devoraban en cuestión de minutos y no dejaban ni las migajas del pan. Intentó convencer a Amy de que les acompañara, pero esta rechazó la invitación y se despidió de él hasta el lunes. Necesitaba tiempo para ella.

María entró en el bar donde degustaría su

hamburguesa sin dejar de saltar y sonreír, metiéndoles prisa a su tío y a su madre. Cuando les sirvieron la comida, a Álex le extrañó que su hermana ni la tocara. Le miraba y le sonreía con una tierna sonrisa.

—¿Qué? —preguntó Álex frunciendo el ceño.

—Tendrías que ver la cara de idiota que se te pone cuando tu jefa está cerca.

Álex cogió su servilleta y se la tiró a su hermana a la cara.

—No digas tonterías, hermanita.

—Solo digo la verdad —cogió su hamburguesa y le dio un gran mordisco, manchándose las comisuras de los labios con la mayonesa.

—Tito, quiero que Amy sea tu novia. Es muy guapa y me cae muy bien.

—¡Comed y callad! —les dijo Álex divertido dando un gran mordisco.

—Tito, mamá tiene novio, ¿por qué Amy no puede ser tu novia?

Al oír lo que su sobrina había dicho, dejó de masticar y miró a su hermana que empezó a dar continuos bocados a su hamburguesa para evitar que la sometiera al tercer grado.

—Sé lo que estás intentando hacer hermanita y sabes que hablarás. ¿Con quién estás saliendo?

—Con un chico.

Él alzó las cejas y apoyó los codos sobre la mesa.

—Hermanita...

Raquel miró a su hija, y al verla distraída con su comida se inclinó sobre la mesa para susurrarle a su hermano.

—No es mi novio, es mi polvo del día de Reyes que pedí. Bueno, polvos. ¡Madre mía, hermanito! No sabía que era multiorgásmica.

—¡Raquel! No es eso lo que te he preguntado. —Se tapó los oídos intentando borrar esa imagen de su hermana de la cabeza.

—¿Te acuerdas cuando me rescataste de los calabozos?

—Cómo olvidarlo...

—Pues el poli cañón.

—¿Al que le enseñaste el canalillo? —preguntó Álex limpiándose con una servilleta.

—¡El mismo! Cuando me puso la multa recogió mis datos, entre ellos los de mi casa, y un día se presentó allí. ¡Imagínate mi cara! Me dijo que ahora él también sabía dónde vivía si no le llamaba y esa semana me invitó a cenar. María se quedó con mamá, así que lo metí en mi cama. —Álex la señaló con un dedo para que se saltara los detalles. Raquel puso los ojos en blanco y continuó—: Bueno, ya sabes cómo es mamá. ¡Una cotilla! Así que vino a dejar a María prontito para

darle el visto bueno a mi rollito. Se lo dio, que conste. Por supuesto, tu sobrina también lo conoció y desde entonces dice que es mi novio.

—¿Y qué pasará cuando te canses de él, hermanita?

—No lo sé, pero eso ahora mismo no me preocupa. Solo quiero disfrutar de lo que la vida me pone por delante, que demasiadas puñaladas me ha dado ya.

Álex suspiró y le cogió la mano a su hermana transmitiéndole apoyo. Solo quería que su familia fuera feliz.

—Está bien, hermanita. Pero ve con cuidado.

—Vaaale. ¿Me haces un favor?

—Me dan miedo tus favores. Dispara.

—¿Te quedas el sábado que viene con tu sobrina para poder echar otro polvo? —le puso morritos.

Álex soltó una leve carcajada y negó con la cabeza sonriendo.



Por fin a la tarde, Lennon salía del veterinario para regresar a su casa. A pesar de que estaba cansado, el perro se mostraba alegre por volver junto con su dueño. Al llegar, Álex le colocó la cama del cachorro en el salón, pero Lennon tenía otros planes. Como pudo, logró subirse al sofá junto con su dueño para apoyar la

cabeza sobre su regazo pidiendo cariño.

—Por esta vez te dejo —le dijo Álex rascándole detrás de las orejas.

Agotado por la mala noche que había pasado, se quedó dormido en el sofá con su perro sobre él.

Capítulo 21

—A ver, Álex, ¿qué cojo, el set de maquillaje o el de peluquería? —suspiró Amy al teléfono.

—¿Y a mí que me cuentas? No entiendo de esas cosas.

—¡Es tu sobrina! La conocerás mejor que yo.

Amy se encontraba en uno de los centros comerciales más grandes de la ciudad. Ya había llegado el mes de abril, y ese domingo María celebraría su cumpleaños en la casita donde vivía en Murillo de Río Leza. Semanas atrás, la pequeña la había invitado a su cumpleaños y no le había quedado más remedio que aceptar. No quería desilusionarla.

Esa semana, a la hora de la comida, cada día había ido a distintos lugares, pero no encontraba el regalo perfecto para María. Cuando se decidía, a los pocos segundos descartaba la idea. Por eso aquel día había decidido llamar a Álex. Necesitaba que la aconsejara.

En esas semanas su relación con él había mejorado desde su pequeña discusión, pero seguían siendo solo amigos, aunque de vez en cuando sus manos provocaban roces casuales que hacían que el pulso se les acelerara y se estremecieran con el contacto del otro.

Amy tenía miedo de arriesgarse y a Álex le asustaba cómo ella iba a reaccionar si por fin hacía lo que llevaba meses deseando. Aunque estaba seguro de que no aguantaría mucho más. La deseaba. Correría el riesgo de que le apartara para siempre de su lado.

—A mi sobrina le gusta todo lo que les encanta a las niñas de su edad. Cosas rosas, muñecas, Nenucos, y todo eso.

—Pero eso es muy soso. Quiero regalarle algo que le haga ilusión. —Cogió

de nuevo el paquete de plástico que contenía un gran estuche de maquillaje.

—Amy, tu sola presencia le hará ilusión.

Amy sonrió y se mordió el labio inferior. Solo él conseguía hacerla sonreír con las cosas más sencillas.

—Venga, Álex. Ayúdame. ¿Qué es lo que más le gusta a tu sobrina?

—Maquillarse y peinarse.

—¡Álex!

Al oír cómo le reprochaba que prácticamente repitiera lo que ella decía en función de las distintas opciones de los regalos, no pudo evitar soltar una carcajada que exasperó más a la joven.

—Es la verdad. Aunque cada vez que la veo lleva el tutú que le regalé por Reyes y no para de bailar por la casa. ¿Sabes que me ha hecho aprenderme la coreografía suya de «El lago de los cisnes»?

Amy soltó una enorme carcajada y Álex disfrutó del sonido de su risa. No había nada que le gustara más que escucharla reír. Era increíble que esa chica fuera la misma que conoció en octubre cuando empezó a trabajar en el London.

—¿No me la vas a enseñar a mí?

—Ni borracho.

—Eso dije yo cuando me dijiste que tenía que colarme en el Belén del ayuntamiento, y lo hice.

—Uno de los mejores días de mi vida.

—Te dejo, ya tengo el regalo perfecto —se despidió y colgó sin darle tiempo a que él también lo hiciera.

Dejó el paquete que tenía en la mano del set de maquillaje y guardando el móvil en el bolso, salió del centro comercial para ir a la calle Labradores donde se encontraba la pequeña tienda en la cual compraba todo el vestuario de cuando ella bailaba.

Tras enseñarle la chica que atendía varios modelos de zapatillas de ballet para niñas pequeñas, se decantó por unas rosas de tela con gomas para que quedasen bien ajustadas al pie. Sabía que eran las mejores para evitar posibles lesiones. Las envolvió en un divertido papel con dibujos de bailarinas y pagó sintiéndose feliz por haber encontrado el regalo perfecto.

Regresó al trabajo donde ya estaba Álex sirviendo los primeros cafés de la tarde. Al verla, le tendió el que ya tenía preparado para ella.

—¿Ya has encontrado el regalo? —le preguntó apoyando los antebrazos en la barra para inclinarse hacia ella.

—¡Sí! —Le sonrió quitándose la cazadora.

—¿No me vas a decir qué es?

—No, ya lo verás.

Se encaminó al almacén para dejar las cosas antes de sentarse en uno de los taburetes y comenzar a degustar el café que le había hecho Álex. Pero antes de darle un sorbo, vio que había dibujado en él un corazón con la leche. Sonrió y se sonrojó.

—¡Vaya! Impresionante —le dijo—. ¿Dónde has aprendido a hacerlo?

—YouTube está lleno de grandes tutoriales. —Se apoyó en la barra para acercarse más a ella—. Eres la primera a la que se lo hago.

—¡Qué honor! —Soltó una pequeña risa—. Gracias. Me encanta.

Álex le guiñó un ojo y se reincorporó para seguir con sus tareas tras la barra, pero continuando hablando con Amy.

—¿Me vas a dejar intrigado con el regalo?

—Sí.

—Si no me lo dices, el domingo no paso a buscarte para ir a casa de mi hermana.

Ella sonrió maliciosa y bebió un sorbo de su café sin dejar de mirarle.

—Si no me llevas, le darás un disgusto a tu sobrina.

—*Touché.*

Tras dar el último trago a su caliente bebida, Amy se puso en pie y se colocó tras la barra para comenzar a trabajar.

Álex se quedó un rato observándola. Cada día le quedaba menos autocontrol y no se fiaba de sí mismo y de sus instintos más primitivos. Con paso decidido, se acercó a ella colocándose a su espalda mientras fregaba la taza que acababa de utilizar.

Amy se quedó quieta y tragó saliva al notar el aliento de Álex chocar en su nuca. Cerró los ojos apretándolos y se mordió el labio inferior nerviosa.

«No me lo pongas más difícil, Álex», pensó, pero su cuerpo no hizo caso a su cabeza y se giró quedando frente a él. Sus cuerpos estaban muy cerca y él apoyó tímidamente las manos sobre su cintura. Ella dio un paso hacia él y dejó reposar sus brazos sobre los de él. Bajó la mirada para impregnarse de confianza y volvió a alzarla para clavar su mirada en el azul oscuro de sus ojos.

—Álex... —susurró su nombre—. No lo compliquemos...

—No haré nada que no quieras que haga, Amy...

—No puede salir bien...

—Pídemelo... por favor... —le suplicó Álex ignorando sus palabras y juntando su frente con la de ella.

Aún sin separarse, ella negó con la cabeza y apoyó las manos en su pecho para apartarle. Le asustaba mirarle. Sabía que en su rostro había dolor y decepción. Y así fue. Sus ojos mostraban esos sentimientos. Amy suspiró y salió a la calle. Necesitaba fumarse un cigarrillo y olvidarse de lo sucedido, pero era imposible olvidar que los labios de Álex habían estado a tan solo unos milímetros de los suyos. No sabía cuánto más iba a aguantar.



Llegó el domingo y ninguno de los dos mencionó lo ocurrido aquella tarde en el London. Era como si no hubiera pasado, aunque en su cabeza ambos tenían muy presente esa escena.

Álex pasó a buscar a Amy a su casa. Ella se había vestido con unos ceñidos vaqueros claros, una camiseta básica y la chaqueta de cuero iba a juego con sus botines marrones. Su esbelto cuello estaba cubierto por un fular de adornos florales y sus rizos caían como una cascada por su espalda. Ese día no había ni una sola nube en el claro cielo y los rayos de sol hacían que la temperatura fuera agradable.

Le saludó con una sonrisa cuando se sentó en el asiento del copiloto y se giró a los asientos traseros para saludar a Lennon acariciándole la cabeza.

Los escasos veinte minutos que duró el viaje lo pasaron hablando de la cumpleaños. Álex le comentó que a las ocho de la mañana le había llamado a casa para ver si se acordaba del día que era.

Cuando llegaron a Murillo, Álex se desvió por un camino algo rocoso para acceder al hogar de su hermana. Amy se quedó maravillada por la casa que se mostraba ante sus ojos. Era pequeña, pero tenía un amplio jardín donde se encontraba una piscina desmontable cubierta por un plástico gris para evitar que el agua se ensuciara hasta la llegada del verano que en un par de meses vendría. Había muchísimos juguetes expandidos por la pequeña parcela y en una de las esquinas, una parrilla para los días de asado.

Lennon se movía de un lado a otro impaciente por salir del coche y corretear por ese pequeño paraíso. Cuando todos bajaron y Álex abrió la reja por la que se accedía a la casa, María apareció por unas escaleras exteriores y se lanzó a los brazos de su tío. Este sonriendo, la cogió entre sus brazos y la besuqueó la mejilla.

—¡Felicidades, pequeña! —le agarró del lóbulo de la oreja y comenzó a tirar de él—. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, uno de propina y otro de regalo.

María rio y le dio un fuerte beso en la mejilla a su tío antes de lanzarse a los brazos de Amy.

—¡Feliz cumpleaños, pequeña bailarina! —Le sonrió mirando el tutú rosa que llevaba a juego con la corona—. Tengo un regalito para ti que creo que te va a gustar mucho, ¡muchísimo!

—¿Qué es, qué es?! —le preguntó la pequeña entusiasmada.

Amy la dejó en el suelo y sacó del enorme bolso que llevaba una caja pequeña envuelta por el papel con bailarinas dibujadas. María cogió el regalo y se arrodilló en el suelo para poder abrirlo mejor. Cuando levantó la tapa y vio las zapatillas de bailarina, la pequeña dio un gran grito, y con ellas en la mano bajo por las escaleras que daban al jardín para enseñárselas a su madre.

—Has triunfado —le dijo Álex comenzando a bajar por las escaleras.

—Sabía que le gustaría. —Sonrió.

Cuando ambos llegaron al jardín, Raquel se acercó a ellos corriendo para huir de Lennon, que no había dejado de perseguirla desde que el perro había puesto sus patas en la casa. Pero a Álex lo que le sorprendió fue ver a un hombre jugar con su sobrina. Achinó los ojos para poder observarle mejor a través del sol y le reconoció: era el policía que había detenido a su hermana en navidades.

—Vaya hermanita, ¿ha dejado de ser un rollo? —Le señaló al hombre con la cabeza.

—Puede. —Le sonrió feliz dándole un beso en la mejilla—. Me asusta ponerle nombre a lo nuestro. Pero me hace sentir bien, Álex.

—Me gusta verte así, Raquel. —Abrazó a su hermana y Amy miró el precioso paisaje del pueblo que ofrecía aquella casa para darles algo de intimidad.

—¡Amy! —la llamó Raquel— Me alegro de que hayas venido. —La abrazó—. No sabes la ilusión que le ha hecho a María tu regalo. ¡Venid, que os presento a mi chico! Mi chico... —suspiró—. ¡Qué bien suena!

Raquel dio un pequeño saltito y cuando llegó junto con su hija y el hombre que la hacía sentir como una adolescente enamorada, se colgó de su cuello y le dio un rápido beso en los labios.

—Cariño, este es mi hermano Álex, ya le conoces, y ella es Amy, su nov... su amiga. Álex, Amy, este es Santiago.

Amy notó un cosquilleo que aparecía en su vientre cuando la hermana de Álex estuvo a punto de pronunciar la palabra novia. Pero esos pensamientos desaparecieron cuando Santiago se acercó a ella para darle dos besos.

—Llamadme Tiago, mis colegas me llaman así. —Sonrió abrazando a Raquel por la cintura.

—¡Tito, tito! ¿A que es guapo el novio de mami? Y me ha dicho que me va a enseñar a montar en bici como los mayores —comentó la niña emocionada. Estaba deseando aprender a andar en bici sin los ruedines—. Amy, no sé ponerme estas zapatillas. —Las alzó—. ¿Me ayudas?

—Claro, siéntate en una silla —le pidió.

María enseguida obedeció y Amy se agachó frente a ella para colocarle las zapatillas y ajustarlas a sus pies. Una sensación nostálgica le recorrió el cuerpo y suspiró observando los pequeños pies de la sobrina de Álex. Parecía que fue ayer cuando era ella la que comenzaba a dar sus primeros pasos con unas zapatillas muy parecidas a las que le había regalado a María.

—¡Ya está! —dijo Amy poniéndose en pie y tendiéndola la mano a María para ayudarla a saltar de la silla.

La pequeña corrió hasta el verde césped y comenzó a realizar los primeros pasos de baile con sus nuevas zapatillas de bailarina.

—¿Te apetece una? —dijo la voz de Álex a su espalda tendiéndole una cerveza.

—Sí. Gracias. —La cogió y la abrió para darle un buen trago.

El sol pegaba fuerte a las doce del mediodía y ambos decidieron desprenderse de las cazadoras que llevaban, quedando en manga corta.

—¡Aquí llegó la alegría de la huerta! —gritó una mujer desde lo alto de las escaleras antes de comenzar a bajarlas—. ¿Dónde está mi maravillosa nieta?

—¡Aquí yaya! —Corrió María hacia ella para que la cogiera.

—¡Te como enterita, mi pequeña! —Besó Patricia a su nieta en la frente.

Cuando la dejó en el suelo, María corrió de nuevo hacia la hierba para seguir bailando y Patricia se acercó a su hijo para dejarle el carmín por toda la cara.

—¡Mamá! —se quejó Álex limpiándose y provocando una tímida sonrisa en Amy.

—Sé educado, jovencito, y preséntame a esta joven. ¿Es quién creo qué es?

Álex sabía que su madre y Raquel estaban horas hablando de él y de su vida cuando estaban juntas. De tal palo, tal astilla. No sabía quién era más cotilla de las dos. Por supuesto, su hermana le ponía al día con respecto a Amy.

—Mamá, esta es Amy. Amy, esta es Patricia, mi madre.

—Encantada, señora —respondió la joven dándole dos besos.

—¡Nada de señora, jovencita! —Rio Patricia—. Jamás me consideraré una señora ni una vieja. ¡Para eso vivo la vida y lo haré hasta mi último aliento! Tenía muchas ganas de conocerte. Mi hijo está que no cabe en la silla contigo.

—¡¡Mamá!! —le espetó Álex.

—Pero qué humor te gastas hoy. Voy a saludar al novio de tu hermana, que es un encanto. —Comenzó a andar hacia él—. ¡Santiago, hermoso, ven aquí que te como la cara!

Pasaron la mañana todos juntos en un ambiente familiar y agradable. Amy ayudó a Raquel a poner la mesa mientras esta le contaba que desde que empezó a salir con Santiago su vida había cambiado para bien. Tenía una perenne sonrisa todo el rato y el joven policía adoraba a María. No podía pedir más.

Amy estuvo a punto de preguntarle por el padre de María, pero decidió callar. No quería parecer cotilla y quizá a la hermana de Álex no le gustaba hablar de ello. Recordó el día que se quedaron en Navidades cuidando de María. Álex comentó que su hermana no lo había pasado bien durante el embarazo. Por ello prefirió callar. Ella no era nadie para inmiscuirse en la vida de los demás.

Cuando todos estuvieron sentados, Raquel sacó del horno el pollo asado con patatas a la panadera que había preparado. Patricia cortó el trozo de su nieta, que degustó con ansia deseosa de que su madre sacara la tarta para soplar las velas y pedir un deseo.

Esta no tardó en llegar. Sobre la tarta de chocolate, Raquel colocó seis velas de colores y las encendió. Todos juntos le cantaron el cumpleaños feliz y entre sonrisas y aplausos la pequeña María sopló para apagar las velas.

Los más mayores se quedaron un rato más charlando en la mesa mientras la cumpleañera seguía con su particular coreografía.

—¿Salimos un rato fuera?

Amy asintió con la cabeza y ambos se encaminaron a la parte del jardín más apartada donde se encontraba un balancín de rayas blancas y azules con un toldo que les proporcionaba la sombra que querían. Álex sacó un cigarrillo de su pitillera y le ofreció otro a Amy que aceptó. Ambos prendieron el suyo y comenzaron un suave balanceo mientras miraban a María bailar.

—¿Puedo preguntarte por el padre de María? —preguntó Amy rompiendo el incómodo silencio.

Álex suspiró y bajo la mirada antes de mirarla. Había hablado con su hermana. Le había contado que Santiago ya sabía de lo que le ocurrió cuando se quedó embarazada de María. Le había comentado que le costó muchísimo hablar de ello y que se había derrumbado mientras se lo relataba y que preferiría que él le contara a Amy su pasado. Si esa chica era importante para su hermano, quería que lo supiera.

—Para mí ese desgraciado jamás será su padre.

—Lo siento, no pretendía...

—Tranquila, Amy. Te lo contaré, es solo que odio a ese imbécil.

Ambos se acomodaron y Amy apoyó la rodilla derecha sobre el balancín para poder girarse hacia él con más comodidad.

—Alfonso, el padre de María, siempre me cayó mal. Había algo en él que no me gustaba. A mi hermana la tenía muy controlada. No la dejaba salir sin él a la calle, y cuando lo hacía, acababan discutiendo. Intenté hablar con mi hermana sobre ese gilipollas, pero ella le defendía diciendo que solo era un poco celoso.

»Poco después de estar con él, mi hermana se quedó embarazada. Ninguno de los dos contaba con ello, pero Raquel quería tener a ese bebé. —Miró a su sobrina y sonrió. Era tan risueña y cariñosa que ninguno de la familia se imaginaba la vida sin ella—. Pero Alfonso no, y la obligó a abortar. Mi hermana estaba ya harta de ceder a sus caprichos, así que le plantó cara. —Alzó la mano para retirarle a Amy un mechón de pelo tras la oreja—. Él no aceptó que quisiera tenerlo y se marchó dando un portazo. Regresó a la madrugada, borracho, y creo que fue su estado de embriaguez lo que hizo que fallara su intento de asesinar a mi hermana y a mi sobrina. —Amy abrió los ojos como platos y notó cómo su pulso se aceleraba. Instintivamente miró a María. Si ese día hubiera sido diferente, puede que la pequeña no estuviera ahora mismo celebrando su cumpleaños—. Quería apuñalarla en el vientre, pero falló. Lo hizo en un costado. Raquel, con las pocas fuerzas que tenía, le golpeó la cabeza con la lámpara de la mesilla hasta dejarle inconsciente. No le costó mucho. Por suerte, el alcohol ayudó a ello. Me llamó a mí y fui al piso donde vivía lo más rápido posible. Afortunadamente todo salió bien. Pero mi hermana decidió mudarse fuera de Logroño y no poner una denuncia. No quería encontrarse con él. Cuando salió del hospital encontramos esta casita. Necesitaba muchas reformas y el terreno estaba lleno de piedras. Parecía un desierto, pero con paciencia conseguimos convertirla en un hogar.

—Tu familia es muy fuerte —dijo Amy observando cómo Raquel corría tras

su hija con Lennon alrededor de ella—. Es admirable ver que siguen con su vida como si no hubiera pasado nada —suspiró—. Álex, cuando miro a tu familia veo futuro. Me has enseñado que las cosas pueden volverse tan negras como el carbón, pero tarde o temprano el sol acaba por salir y siempre tendrás gente a tu alrededor que no permitirá que te quedes sola...

—Y es cierto. Quiero que sepas que a mí me tienes, ¿de acuerdo?

Ambos se miraron a los ojos y ella asintió sin decir nada. Se sentía un tanto incómoda con esa intimidad entre ellos, pero a la vez le encantaba notar su corazón latir desbocado cuando lo tenía tan cerca.

—¡Tito, tito, vamos a jugar! —les interrumpió la voz de María—. Mamá me ha comprado un pintalabios rosa nuevo. ¡Y sabe a fresa!

—¿Me vas a maquillar, enana?

—¡¡Sííí!!

—¿Por qué no maquillas a Amy que es una chica?

—Porque contigo es más divertido. Como eres un chico, quedas gracioso y feo.

Amy se tapó la boca para contener una enorme carcajada que sonaría en todo el pueblo. ¡Esa niña era tremenda!

—Pero que cosas más bonitas me dices, enana... anda vamos —dijo levantándose del balancín y tirando el cigarrillo, aunque antes de irse, miró a su compañera de balancín y lo pisó para apagarlo, ganándose una sonrisa de ella.

Amy se quedó recostada y no dejó de mirar a María en el proceso de la transformación de Álex. Le había puesto colorete y ahora seguía por la sombra de ojos. Amy sonreía con ternura viéndoles. Álex era un buenazo y se notaba lo que quería a su sobrina.

Lennon se acercó a ella y saltó al balancín para tumbarse apoyando la cabeza en su regazo. Le encantaba hacerlo. Comenzó a acariciarle hasta que el cachorro se quedó dormido.

—¡Amy, Amy! —la llamó María riendo—. ¡Corre, ven! Mira que guapo he dejado a mi tito.

Con cuidado, la joven se levantó dejando a Lennon dormido en el balancín y se acercó a ellos para ver a Álex completamente maquillado y comenzó a reír. Los labios le recordaban a los de un payaso.

—¡Pero qué bien le has dejado! —Le sonrió—. ¿Quieres que le hagamos una coleta?

—¡¡Sííí!! —gritó María.

Amy se ganó una mirada furiosa de Álex, pero a ella le dio igual. Se quitó la goma de pelo que siempre llevaba en la muñeca y le hizo un kiki en mitad de la cabeza, antes de que le sacara una foto.

—¡Ya la estás borrando! —bramó Álex.

—No, no, no. Será un buen recuerdo. —Le sonrió—. María, ponte con tu tito y os hago una foto a los dos.

Álex puso los ojos en blanco, pero posó para la foto poniendo morritos al igual que su sobrina.

A las ocho de la tarde el sol ya había desaparecido y María no dejaba de bostezar. Había sido un día intenso. Mientras Álex terminaba de guardar las sillas en la despensa que tenía su hermana, Amy le esperaba fumándose el último cigarrillo del día. La joven clavó la vista en Raquel y Santiago, que en ese momento se besaban con ternura. En el rostro de la hermana de Álex se notaba la felicidad que le daba el hombre que tenía delante y, en cierto modo, sintió envidia. ¿Podría ella también tener eso? Negó con la cabeza, ella jamás se arriesgaría, pero en ese momento vio a Álex aparecer ante ella y se preguntó si en verdad le merecía la pena no hacerlo.

—¿Nos vamos? En doce horas ya tenemos que estar currando.

—Sí, vamos.

Comenzaron a subir por la escalera con Lennon por delante de ellos para regresar al coche, pero Amy detuvo a Álex en uno de los escalones. Le miró y posó la palma de la mano en su mejilla para acariciarle los labios con el pulgar.

—Aún tenías algo de carmín. —Le sonrió, pero no apartó la mano. Siguió acariciando sus cálidos y suaves labios.

Álex cerró los ojos y respiró profundamente disfrutando de esa caricia. Se lo estaba poniendo muy difícil para no aprisionarla contra la pared y devorar su boca.

—Amy... no sigas.

Despacio, abrió los ojos para mirarla. Estaban muy cerca. La respiración de Amy comenzó a agitarse. Subió la mano que tenía en su mejilla por su rostro acariciando con su dedo índice su frente bajando por su recta nariz antes de volver a acariciar sus labios. Ya estaba harta de resistirse. Iba a arriesgarse. Por una vez desde hacía mucho tiempo iba a hacer lo que deseaba. Dio un paso hacia él, presionando sus pechos contra su duro torso, y colocó la mano en su nuca para atraerlo hacia ella.

—Álex —susurró su nombre mirándole a los ojos—. Te lo pido...

—Joder, Amy... —pronunció su nombre con voz ronca y le rodeó la cintura con sus fuertes brazos—. Dilo... quiero que estés segura.

—Bésame...

No la hizo esperar. Álex la empujó contra la pared arrinconándola y atrapó sus carnosos labios para saborearlos como llevaba meses deseando. En un principio ella se tensó y gimió con ese contacto. Álex tanteó sus labios con la lengua y le dio un suave mordisco en el inferior para hacer que abriera la boca. Ansiaba entrar en ella. Amy lo hizo para darle mejor acceso y cuando sus lenguas se tocaron una explosión de emociones estalló en su interior. Ambos recorrieron con su lengua la cavidad del otro, reteniendo su sabor.

Amy le besó con pasión disfrutando de ese contacto y su cuerpo se calentó al oírle jadear sobre su boca. Miles de mariposas volaban por su estómago y emitió un pequeño gemido cuando él le mordió de nuevo el labio inferior tirando levemente de él.

Se miraron un segundo a los ojos sintiendo sus respiraciones entrecortadas. Álex se fijó en sus labios. Estaban hinchados por el intenso contacto, pero volvió a atraparlos. Ciñó su cuerpo al de ella y con una mano le acarició el rostro mientras volvía a perderse en su boca. Encajaban a la perfección. Dio un paso más y se atrevió a meter sus manos bajo su camiseta para acariciar su suave piel. Sonrió al notar cómo se estremecía con sus caricias. Deseaba seguir acariciándola hasta hacerla suspirar, pero no era ni el momento ni el lugar.

Ella hizo otro tanto, embriagada por aquel momento de lujuria, e introdujo sus pequeñas manos bajo la tela de la cinturilla de su vaquero para atraerle más hacia ella. Jamás se había sentido tan completa y feliz con un simple beso. Ahora que había tenido esos labios sobre los suyos sabía que estaba perdida, además de asustada, pero no le importaba con tal de que Álex jamás se separara de su lado.

Continuaron con su exploración hasta que notaron cómo algo les golpeaba en las piernas. Separándose miraron hacia abajo y sonrieron al ver a Lennon.

—No sabes cuánto deseaba hacer esto —le susurró acariciando con el pulgar sus hinchados labios—. Si no me lo hubieras pedido me habría vuelto loco de tanto desearte.

—Me da miedo el futuro, Álex... lo que pueda pasarnos —le confesó.

—¿Te arrepientes? —preguntó un tanto asustado.

—No, es solo que... creo que no soportaría perderte... y si lo hago, sé que jamás levantaré cabeza. Yo también deseaba esto, pero mi miedo me frenaba.

—No puedo asegurarte eso, Amy, pero sí que haré lo posible para que no ocurra.

Ella asintió y él le mostró su sonrisa ladeada y reanudaron su camino por las escaleras para llegar hasta el coche.

—No pienses en lo que pueda pasar. Piensa en el ahora, en el presente —le cogió el rostro con las manos haciendo que su espalda se apoyara en su coche—. Yo estoy aquí contigo y tú conmigo. Ahora mismo no necesito nada más. Solo disfrutar de ti y seguir haciéndote feliz.

—Eso lo consigues fácilmente. —Le sonrió y le atrajo hacia ella para volver a besarle—. Voy a arriesgarme contigo, Álex. —Le acarició el pecho con las manos—. Quiero hacerlo, aunque haya ocasiones en las que me vuelva insoportable. Solo te pido que me prometas una cosa.

—Lo que sea.

—Pase lo que pase, prométeme que no te rendirás conmigo.

Álex le sonrió y dijo antes de volver a besarla.

—Te lo prometo, Amy. Yo no me rindo contigo.

Recurriendo a toda su fuerza de voluntad, consiguieron separarse y se metieron en el coche. Esa vez, Álex condujo con más tranquilidad. Quería estar junto a ella el máximo tiempo posible. Detuvo el coche en doble fila frente a su portal y cogiéndola de la mano la atrajo hacia él. Enredó su mano en sus perfectos rizos y la beso despacio pero profundamente.

—¿No me dejas subir?

—No corras tanto.

Ella se quitó el cinturón y divertida se inclinó más hacia él para darle un ligero mordisco en la comisura del labio. Ese simple gesto excitó a Álex hasta límites insospechados, y cogiéndola de la cintura logró sentarla sobre su regazo antes de echar el asiento hacia atrás para tener más espacio.

—¿Qué haces? —le preguntó divertida.

—No sé. —Comenzó a besarle el cuello—. No quiero dejarte marchar.

—En unas horas nos vamos a ver.

—Para trabajar. No para hacer lo que quiero.

Álex metió sus cálidas manos bajo la camiseta que llevaba y le acarició la espalda trazando círculos y haciendo que Amy se estremeciera. Le rozó el cierre del sujetador antes de acariciar la tela para posar sus manos sobre sus pechos. Comenzó a masajearlos con delicadeza sin dejar de besar su cuello consiguiendo que ella gimiera y él se pusiera como una piedra. Ella colocó una mano sobre su boca y la apartó de su piel haciendo que él emitiera un

gruñido de disgusto que la hizo sonreír. Si seguían, acabarían deteniéndoles por escándalo público.

—A mi madre ni una palabra todavía. No sabes lo que deseaba que pasara esto entre nosotros, y en cuanto se entere va a estar una semana entera diciendo «te lo dije». ¿De acuerdo?

—¿No voy a poder robarte un beso cuando me apetezca? —le preguntó con un tono triste, pero divertido.

—Ya te los robo yo. —Se inclinó para depositar en sus labios un suave beso —. Es hora de que me vaya —comentó sin ganas de separarse—. Mañana madrugamos.

Él asintió y sacó las manos de bajo su camiseta.

—¿Sabes una cosa? —Ella le hizo un gesto con la cabeza para saber a qué se refería—. Antes odiaba las ocho de la mañana. Ahora no veo el momento de que llegue para volver a verte.

Capítulo 22

Álex se sentía completamente feliz. Esa noche apenas había dormido cuatro horas pensando en ella, pero se sentía descansado. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, se había levantado de la cama a las siete de la mañana deseoso de llegar al trabajo. Tras pasear a Lennon, se montó en su coche y condujo hasta la zona donde se encontraba la Universidad para ir al London. En el camino, no dejó pensar en lo que había sucedido hacía apenas unas horas. Se lo había pedido. Amy por fin le había pedido que la besara. Solo esperaba que la noche que habían pasado separados su cabeza no se hubiera inundado de pensamientos contradictorios como solía pasar. Deseaba que tras esos besos, no hubiera regresado la antigua Amy.

Tras aparcar cerca del bar, Álex entró y se dirigió a la cocina. Isabel aún no había llegado, pero el London estaba abierto, por lo que supuso que Amy se encontraba en el almacén. Y no falló. Entró en él con la máxima cautela posible. No quería que todavía se diera cuenta de su presencia. En ese momento, Amy se encontraba colgando la cazadora en uno de los percheros junto con el bolso.

—Buenos días, Angelillo —la saludó.

Amy se sobresaltó al oírle y se giró para contestarle, pero él no le dejó. Se acercó como un lobo hambriento, deseoso de devorar a su presa. Antes de que pudiera hablar, su boca ya estaba unida a la suya. Álex la besó con pasión, demostrando en ese beso lo que la había echado de menos esas pocas horas. Ansioso, colocó las manos en su trasero y la elevó haciendo que ella enredara sus piernas entorno a su cintura.

Amy se separó unos milímetros de su boca para recuperar un poco de oxígeno y sonrió sobre sus labios.

—Ahora sí son buenos. —Rio.

Él también sonrió y la dejó en el suelo, pero no la soltó. Se quedó abrazando su cintura a la vez que ella pasaba sus manos alrededor de su cuello.

—¿Sabes? De camino aquí estaba preocupado por si pensabas que lo de ayer fue un error. Me asustaba que regresara la antigua Amy y me apartaras de tu

lado. —Alzó la mano para acariciarle con el pulgar en labio inferior.

—Vaya... que poca confianza en mí. Así no empezamos bien. —Le sonrió —. Todo está bien, Álex. La antigua Amy ya no existe. —Le acarició la mejilla con ternura—. Enhorabuena, has acabado con ella.

Álex se inclinó para volver a besarla, pero ella le apartó cuando oyó unos pasos acercarse a ellos.

—Buenos días, chicos —les saludó Isabel.

—Buenos días —contestaron a la vez.

—¿Pasa algo? —les preguntó al verles tan quietos y rígidos como un palo.

—Nada, mamá. Ya sabes, lunes... madrugar... no es precisamente lo mejor que hay.

—Pues tomaros una buena dosis de cafeína y a trabajar.

Isabel dio una palmada para animarles y salió del almacén para ponerse el delantal y comenzar a cocinar.

Amy miró a Álex y alzó el dedo índice para advertirle.

—Ya hablaré yo con ella. Ni una palabra.

—¿No querrás ocultar lo nuestro? —Alzó las cejas.

—No, es solo que, cuando se entere, se pondrá muy pesada con los dos. Necesito un tiempo para asimilar lo que llegará.

—Está bien.

Ella asintió y comenzó a andar para salir del almacén, con Álex tras de sí, notando su ardiente mirada sobre ella. Por ello, antes de hacerlo se giró y se colgó de su cuello para robarle un beso.

—Intenta no acercarte mucho a las tías, que cada vez que vienen están deseando que les sirvas las consumiciones solo vestido con una pajarita.

Él soltó una leve carcajada y rozó su nariz con la de ella.

—Y tú intenta no provocar. No tienes ni idea de cómo los tíos babean viendo tu precioso culo.

Al oírle, alzó las cejas y negó con la cabeza sonriendo.

—¡Yo no provoco!

—Nena, a mí tu trasero me provoca desde el día que te conocí. ¡Es perfecto!

Ella le dio un suave manotazo en el brazo y se separó de él.

—No me entretengas. Que en una hora esto comenzará a llenarse.

Pasaron el día lanzándose miradas furtivas y rozando sus cuerpos cuando pasaban cerca el uno del otro. De vez en cuando, Amy le miraba y se ponía de puntillas para acercar mejor la consumición al cliente y así, crear una mejor imagen de su trasero. No podía evitar sonreír cuando escuchaba a Álex

suspirar.

Él no dejaba de observarla. Estaba jugando a un juego muy peligroso. Sabía que le estaba provocando, sobre todo con ese movimiento exagerado de su trasero. ¡Amy sabía moverse! Pero no era él el único que disfrutaba de ese movimiento, a pesar de ser el único destinatario. Todos los estudiantes la miraban con deseo, y si algo tenía Álex claro era que nadie tocaba lo que consideraba suyo. Sabía que sonaba muy primitivo, pero era sincero.

En una de esas provocaciones, él pasó por su lado y le regaló un ligero azote haciendo que Amy diera un pequeño salto. Desde que Isabel se había ido, se había vuelto más descarada.

—¡Oye! —se quejó divertida.

Álex alzó las cejas al ver cómo ella fingía estar enfadada, cruzándose de brazos, y se agachó para susurrarle al oído.

—Si sigues provocándome, te cogeré, te llevaré a mi casa, más en concreto a mi cama, y te haré todo lo que mi cabeza pueda imaginar.

Amy se mordió el labio inferior. Ella también había fantaseado con explorar su cuerpo y estaba segura de que con él llegaría al séptimo, octavo y noveno cielo.

—Eres un impaciente, cielo —dijo cerca de su boca—. ¿Solo piensas en eso?

—Sonrío.

—Entre otras cosas.

—Álex, si me acostara contigo nada más empezar, no haría nada diferente a lo que hacía antes. Te recuerdo que nunca he tenido una relación y contigo me voy a arriesgar. Lo que quiero decir, es que quiero hacer las cosas bien.

—Se puso de puntillas para robarle un beso y le mordió el labio inferior tirando de él—. ¿De acuerdo?

—Me lo pones difícil, nena. Llevo deseándote demasiado tiempo. —Se separó unos centímetros de ella—. Esta noche quiero hacer algo contigo.

—¿Esta noche? —Alzó las cejas—. Álex, acabamos agotados cuando salimos a las diez y media de aquí. ¿No puedes esperar al fin de semana?

—Ya tengo algo preparado para el fin de semana y esta noche vamos a hacer algo —Le dio un golpecillo en la barbilla con el dedo índice—. No te robaré mucho tiempo.

—¿Qué tienes preparado para el fin de semana?

—Es una sorpresa. Eso sí, ve con ropa deportiva, que vamos a correr.

—No me gustan tus sorpresas...

—Mentirosilla...

—Te recuerdo que una de ellas fue colarnos en el Belén y disfrazarnos de angelito y niño Jesús. Suerte que la policía no nos alcanzó. Nuestra primera noche juntos y en el calabozo... al menos hubiera sido original.

Él soltó una leve carcajada y comenzó a sacar las tazas, cucharillas y platos del lavavajillas.

—Creo que fue más original levantarme al día siguiente con tus bragas...

Amy le sonrió y comenzó a ayudarlo a recoger la vajilla.

—Hablando de esas bragas... ¿me las tienes que devolver!

—Ni hablar. Son un recuerdo de una gran noche.

—No las tendrás enmarcadas y colgadas, ¿verdad?

—No. Duermo abrazado a ellas —se mofó, ganándose un manotazo de ella—. Las tengo guardadas, pero no te las voy a devolver. —Se inclinó hacia ella para susurrar cerca de su rostro—. Son mías.

Amy puso los ojos en blanco y siguió trabajando, deseando que llegara la noche para ver qué le tenía Álex preparado.

—Entonces deberé robarte los gayumbos cuando vaya a tu casa. —Paso por su lado y le devolvió el azote.

Se marchó divertida a atender a la terraza. Como imaginaba, Álex tenía el trasero duro como una piedra, y lo mejor de todo era que le pertenecía a ella y no permitiría que ninguna otra se adueñara de él.

Por primera vez, se sentía posesiva con alguien y experimentaba los celos. Se sentía feliz, libre y con ganas de gritar, de sonreír, de bailar, de cantar. Aunque el miedo seguía residiendo en ella por si un día su historia llegaba a su fin. No soportaría perderle. Álex la complementaba. Además, le encantaba oírle decir que no se rendía con ella.

Recogió los restos que habían dejado unas estudiantes y al limpiar la mesa con el trapo húmedo, vio cómo una especie de tarjeta se caía al suelo. Amy se agachó para cogerla y frunció el ceño al darle la vuelta y leer lo que en ella ponía. El nombre de una de las chicas que habían estado sentadas junto con su número de teléfono y unos labios rosas plantados en una de las esquinas.

Suspiró. Sabía perfectamente a quien iba dirigida esa tarjeta. Giró el cuello para ver por encima del hombro a Álex, que en ese momento preparaba dos cafés. Soltó la tarjeta sobre la bandeja de metal y entró de nuevo en el London para meter los vasos y los pequeños platos en el lavavajillas.

—¿Y esa cara? —le preguntó Álex.

Ella no contestó. Se limitó a entregarle el trozo de papel que la tenía de ese mal humor. Él lo cogió y emitió una leve carcajada al entender el gesto de

Amy. ¡Estaba celosa! Y eso le encantaba.

—¡A mí no me hace ni puta gracia! —le espetó más cabreada y se colocó en la otra punta de la barra.

—No te enfades —le pidió Álex acercándose a ella, pero sin perder la sonrisa—. Mírame —le exigió, pero ella no le hizo caso y siguió dándole la espalda. Al ver que no iba a darse la vuelta. Álex posó una mano sobre su hombro y la hizo girar para que lo mirara. Atrapó la tarjeta entre los dedos índice y pulgar de cada mano y la rompió por la mitad antes de tirarla a la papelera.

—Escúchame, cariño —le cogió el rostro con las manos—. Estoy contigo y con nadie más. Eres mi chica —recalcó el pronombre, posesivo—. Y aunque las clientas me hagan un desfile desnudas, o me ofrezcan que me lo monte con todas, ni siquiera las miraré, porque la única mujer que me gusta eres tú. Mi angelito endemoniado. La chica que me vuelve loco desde que me llamó gilipollas en la circunvalación y que me ha costado mucho tiempo y mucha paciencia que confíe en mí y me dé una oportunidad para que forme parte de su vida. Y pase lo que pase, que te quede claro, nena: yo no me rindo contigo. Al oír esas últimas palabras, un cosquilleo le recorrió el vientre y juntó su frente con la de él antes de levantar las manos para posarlas sobre las suyas, acariciándoselas y memorizando cada parte de ellas.

—Álex —susurró su nombre—, quiero que sepas que ahora mismo eres lo mejor de mi vida. No quiero que salgas nunca de ella...

Él sonrió al ver cómo Amy desnudaba su corazón ante él. Lentamente, le acarició la mejilla con el pulgar y se inclinó para rozar su nariz con la de ella antes de depositar un pequeño y tierno beso en la punta. Algo que a Amy no le gustó.

—¿Después de todas estas palabras ñoñas que nos hemos dicho solo me vas a dar un ligero besito en la nariz? —preguntó ella alzando las cejas y separándose un poco de él.

—¿Quieres un morreo de película? —le preguntó Álex divertido.

—Pero así ya no vale. La magia ya se ha ido y los besos son improvisados, que no se sepan cuando te los van a dar. ¡No planificándolo!

—¿No quieres mi beso de cine?

—No, ya no.

Como pudo, puesto que Álex la tenía bien sujeta, se escapó de sus brazos y fue a atender a los nuevos clientes que se habían sentado en la terraza, pero antes de salir de la barra, notó que alguien la agarraba del brazo y dándole la vuelta le plantaba un beso en los labios apasionado y profundo.

—Tal y como lo querías. Improvisado y sin saber que te lo iba a dar.

—No tienes remedio... —Le sonrió—. Anda, ¡ponte a trabajar y deja de distraerte!

—Lo intento jefa, pero mi chica es demasiado irresistible como para no quedarme embobado mirándola.

Amy puso los ojos en blanco y, cogiendo la pequeña libretita que tenía, salió a atender.

Las últimas horas de la tarde pasaron a un ritmo demasiado lento, pero a las diez en punto pudieron colgar el cartel de cerrado y bajar los estores de las ventanas. Como cada día, ambos sacaron del almacén los productos de limpieza. Mientras Amy cambiaba el agua de la fregona, Álex sacó su Ipod y lo conectó a unos altavoces. Ella le miró extrañada. ¿Qué hacía? Normalmente ponía la radio y comenzaban a limpiar. Quizá ese día había decidido poner su propia música. Sin darle más importancia, echó el producto correspondiente en el agua que había cogido para fregar y dejando el cubo a un lado, empezó a barrer en silencio hasta que las primeras notas de *No me doy por vencido*⁵ comenzaron a sonar por los altavoces.

Amy sonrió recordando el día que le escuchó cantar. Desde aquella noche no le había vuelto a oír hacerlo y se moría por escuchar de nuevo su voz.

Álex se colocó a su lado y le quitó la escoba para dejarla a un lado apoyada sobre la pared. Cuando vio cómo ella iba a protestar, levantó la mano y posó sus dedos sobre sus carnosos y perfectos labios.

—No digas nada. Solo déjate llevar.

Poco a poco retiró la mano de su boca y la acercó a él para rodearle la cintura con un brazo. Al ver sus intenciones, ella reposó su palma sobre su hombro izquierdo mientras que con la otra cogía la mano que él le ofrecía. Comenzaron a moverse al ritmo de la canción con un balanceo lento y constante mientras se miraban a los ojos y expresaban con ellos todo lo que sentían el uno por el otro.

Despacio, Álex se inclinó para posar sus labios sobre su oído y comenzó a cantarle en él el estribillo de la canción.

*No, yo no me doy por vencido,
yo quiero un mundo contigo,
juro que vale la pena esperar,
y esperar y esperar un suspiro.
Una señal del destino.*

*No me canso no me rindo
no me doy por vencido.*

Notó cómo ella sonreía y poco a poco comenzó a descender sus labios por su mejilla antes de depositar un suave beso en la comisura de sus labios. Amy entreabrió la boca y giró un poco el rostro para alcanzar la suya. Disfrutó de aquel contacto como si fuera el último, sintiendo como el pulso se le aceleraba y su corazón latía desbocado. Acarició cada músculo de sus brazos por encima de la camisa que llevaba hasta que consiguió abrazarse a su cuello.

Aquel beso comenzó a hacerse más intenso y, sin poder aguantar más, Álex la arrastró hasta que su cuerpo chocó contra la barra. Amy gimió y le mordió el labio inferior ejerciendo con los dientes una ligera presión que le volvió loco. Excitado, le dio la vuelta e hizo que apoyara las manos en la barra.

Álex le lamió la nuca antes de depositar un suave mordisco en ella que hizo que Amy se calentara. Gimió y por puro instinto separó las piernas notando su sexo palpar deseoso de tener en su interior algo que le pertenecía.

—¿Notas lo mucho que te deseo? —susurró en su oído, presionando su erección contra su trasero—. ¿Notas cómo me afectas?

—Sí —consiguió decir.

Amy jamás había estado tan excitada y eso que apenas la había tocado. Sentir su miembro duro contra una de sus nalgas le había hecho perder el juicio y lo único que deseaba en aquel momento era que la desnudara. Estaba más que preparada para recibirle.

—Álex —gimió—. Yo... necesito más.

Él le dio la vuelta y, como si se tratara de una pluma, la cogió en brazos y la depositó sobre la barra. Se colocó entre sus piernas y sus manos comenzaron a jugar con la cinturilla de sus vaqueros acariciando la piel que dejaba expuesta, notando cómo Amy se estremecía con su contacto. Subió las manos por la piel de su vientre hasta posarlas en la base de sus pechos cubiertos por el sujetador. Apartó aquella molesta tela bajando las copas y acarició con los pulgares sus pezones antes de pellizcarlos. Los estimuló notándolos completamente duros y erectos.

—¡Oh Dios! —gimió cerrando los ojos y mordiéndose el labio inferior.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Amy e hizo otro tanto con él cuando Álex abandonó sus pechos. Comenzó a desabrocharle los botones de la camisa y cuando por fin logró quitar el último, se la deslizó por los hombros hasta que cayó al suelo. Excitada, se separó unos milímetros de él para observarle. Tenía un torso perfecto y se moría de ganas por recorrerlo con la

lengua hasta aprendérselo de memoria. Inconscientemente, se mordió el labio inferior hasta que Álex se lo acarició al ver que comenzaba a dejar en él unas pequeñas marcas con sus dientes.

Ansioso por probar cada centímetro de su cuerpo, Álex la acarició el contorno de su cintura hasta sacar la mano de debajo de su camiseta y la hundió en su frondoso cabello para enredarlo sobre ella. Tiró ligeramente hacia atrás para así exponer su cuello y posar su cálida boca sobre él mientras acercaba su pelvis a la de ella, acomodándola para que notara su deseo.

Un gemido escapó de la garganta de Amy al notarlo duro y excitado cerca de su sexo. Sintió que todo su cuerpo se calentaba con sus caricias y posó sus talones sobre las nalgas de él para atraerlo más hacia ella y comenzar a frotarse sobre su erección por encima de la ropa. Jamás había sentido un placer tan intenso, pero aquello no le bastaba, por lo que comenzó a jugar con la hebilla de su cinturón para desprenderse de toda la tela que se interponía entre ellos.

Poco a poco comenzó a recostarse sobre la barra hasta que oyeron como algo impactaba contra el suelo. Ese estruendo les valió para regresar a la realidad. Se separaron y Álex caminó para colocarse tras la barra y recoger el servilletero de metal que habían tirado en su

arranque de pasión.

«¿Qué estaba haciendo?» La situación se le había escapado por completo. No negaba que deseaba a Amy y no veía el día en que por fin la haría suya, pero aquel no era ni el momento ni el lugar.

Amy, al ver cómo él se quedaba parado mirando el servilletero, se recompuso la ropa y de un salto bajó de la barra un tanto desilusionada. Aunque, ¿de verdad quería que su primera vez fuera un polvo rápido en el lugar donde trabajaban? Tenía claro que no. Y aunque le sonara muy cursi, quería que su primera vez juntos fuera especial.

Despacio se agachó para coger la camisa de Álex y tras sacudirla un poco se la tendió.

—¿Esto era lo que me tenías preparado? —le dijo intentando no sonar seria, pero no lo logró.

—¿Qué? ¡No! Para nada. —Comenzó a abotonarse los botones de la camisa—. Solo quería bailar contigo, pero... se me ha ido de las manos.

—Se te ha ido, no. Se nos ha ido —le sonrió.

Él asintió y cogió la escoba con la que antes Amy estaba barriendo el suelo. Necesitaba distraerse y no pensar en la erección que ahora mismo luchaba por escapar del aprisionamiento de los pantalones.

Amy se abanicó con las manos y echó un largo suspiro antes de dirigirse a los baños para limpiarlos.

Cuando entró en el de mujeres, abrió el grifo y se echó agua fría por la cara y la nuca. Estaba claro que esa noche iba a tener sueños muy calentitos y, por supuesto, tenía claro quién iba a ser el protagonista de ellos.

[5](#) - *No me doy por vencido*, AT&T Team USA Soundtrack, Luis Fonsi.

Capítulo 23

—¡Ni de coña! Eres lo peor, Álex. ¡¡Tendrías que haberme consultado antes!!

—No seas aguafiestas. ¡Te va a encantar!

—Oh sí, me encanta llegar perdida a casa y estar horas en la ducha hasta quitarme del pelo la mierda que van a echar.

Álex soltó una carcajada al ver su gesto de enfado y cómo inclinaba la cadera a un lado apoyando la mayor parte del peso en su pierna derecha mientras colocaba las manos en jarras. Hacía semanas que Álex les había inscrito en el Holi Run que se organizaba ese fin de semana en la ciudad de Logroño. Una carrera de cinco kilómetros llenos de música, polvos de colores, diversión y deporte. No hacía falta correr ni había tiempo. Los participantes recorrían los kilómetros fijados corriendo, andando o bailando mientras se hacían cientos de fotos con sus móviles.

Amy, tal y como le había indicado Álex, se vistió con la ropa que solía llevar para correr. Ella creía que le iba a enseñar algún paisaje o lugar que desconocía cerca de su ruta habitual hacia La Grajera. ¡Jamás habría imaginado que en realidad iban a llenarse el cuerpo de polvos de colores! No le hacía ninguna gracia estar después duchándose para quedar limpia. Además, también tendría que lavar la ropa y limpiar el suelo de casa allá donde pisara.

Divertido por la expresión que ella mostraba, Álex le tendió unas gafas de sol. Las necesitaría para que los polvos no les entraran en los ojos. Ella se las puso y clavó la vista en el DJ que se encargaba de poner la música. Tras la señal, los polvos de colores comenzaron a volar y Amy se tapó el pelo con las manos, pero era inútil. Álex la cogió como si fuera un saco de patatas y comenzó a correr mientras ella gritaba que la soltara. Cuando recorrió varios metros, la dejó en el suelo muerto de risa y cogiendo un puñado de los polvos se los echó por el pelo ganándose un ligero puñetazo en el brazo por su parte.

—¡Te vas a enterar! —amenazó Amy, cogiendo uno de los botes que entregaban lleno de polvo morado.

Álex, al verla, comenzó a correr para huir de ella. Era más rápido y sus

zancadas eran más grandes que las de Amy, por lo que aminoró la marcha para ponerle más fácil que le alcanzara. Cuando ella lo hizo, se subió a caballito sobre él y comenzó a vaciar el bote en su pelo, Al notar los polvos llenarle la cara, Álex se sacudió la cabeza para quitarse parte de los polvos, pero Amy se empeñaba en vaciar el bote entero sobre él.

—¡Para ya!

Como pudo se la quitó de encima y la abrazó por detrás, inmovilizándola contra su pecho. Le quitó el bote y comenzó a echárselo por debajo de la ropa haciendo que ella se retorciera.

—¡Álex que me pringas! —se quejó.

—¿Y qué has hecho tú conmigo?

—Solo ha sido un poquito. —Sonrió inocentemente.

—Claaaro.

Cuando dejaron de ponerse perdidos, Álex sacó el móvil del bolsillo y puso la cámara interna para hacerse un *selfie*.

—Enséñame tu preciosa sonrisa.

Extendió el brazo para lograr una mejor imagen de ellos dos y con la mano que tenía libre, abrazó la cintura de su chica mientras juntaban sus mejillas y sonreían a la cámara. Después, hizo otra en la que él le besaba en la mejilla y ella cerraba los ojos sonriendo y disfrutando de ese casto beso. Una vez la foto echa, fue al WhatsApp y se la mandó a Amy para que la tuviera y a su hermana.

Álex:

Hermanita, lo que te estás perdiendo.

Raquel:

¿Lo qué me estoy perdiendo? ¡Lo qué no me has contado! ¡Estás saliendo con tu jefa!

Álex:

¿Algún problema, hermanita?

Raquel:

No, ¡ya era hora! Mañana me paso por tu casa y me cuentas.

Álex:

Si te digo que no vengas... vendrás igual, ¿verdad?

Raquel:

¡Bingo! Pásalo bien, hermanito. Te quiero.

Álex volvió a guardarse el móvil y miró a Amy, que en ese momento daba un gran trago a una botella de agua. Cuando acabó se la tendió a Álex que acabó lo que quedaba.

—¿Con quién hablabas? —le preguntó curiosa.

—Con mi hermana. Le he mandado una foto de todo esto, para darle un poquito de envidia. —Sonrió.

—Mira que eres malo. —Comenzaron a caminar reanudando la carrera.

Entre más polvos de colores, risas, fotos y diversión llegaron a la meta. Álex la cogió por la cintura y la atrajo hacia él para besarla sin importar que sus labios estuvieran cubiertos de esos polvos multicolores. La alzó del suelo y dio vueltas con ella sin separar sus labios de los de ella.

—No sabes cómo me gusta verte sonreír. Parece mentira que hace unos meses no lo hicieras y estuvieras tan cerrada en tu caparazón. Dios, soportar todas y cada una de tus pullitas y mal humor han merecido la pena si ahora mismo puedo tenerte así.

Amy puso los ojos en blanco mientras notaba cómo él la dejaba en el suelo.

—¿Vas a estar recordándomelo toda la vida?

—Probablemente. Nena, es que aún no me creo el gran cambio que has dado.

—Y todo gracias a ti. Eres más cabezota que yo.

—No soy cabezota. Solo que no me doy por vencido cuando algo me interesa.

—¿Por qué lo hiciste, Álex? —preguntó acariciándole la nuca.

—Porque nadie debería vivir una vida triste, oscura y en la más absoluta soledad.

—¿Sabes? Hay momentos en la vida en los que una persona se queda mirando a la nada, se refugia en la oscuridad o en el silencio pensando qué hacer o preguntándose si un día se levantará y todo volverá a ser lo de siempre. Lo peor de esos pensamientos es que suelen convertirse en falsas esperanzas que no hacen más que dañar el corazón esperando algo que jamás llegará, porque todo tiene un fin. Me encerré porque me dolía saber que mi padre no iba a regresar. No iba a volver a llamarme «muñequita» o a darme un beso de buenas noches. Él me hacía feliz, y cuando se fue todo se volvió triste, oscuro y elegí la soledad para no volver a sufrir.

—Escucha. Cuando te conocí y te veía tan triste y como intentabas ocultar lo que sentías, me dije que tenía que hacerte sonreír. Hacerte sentir. Todo el mundo tiene derecho a ser feliz, a que le quieran, a que le apoyen en los momentos malos y a sonreír con lo bueno que la vida nos da. —Le acarició la mejilla con ternura—. Todos tenemos el derecho de disfrutar y tú no lo hacías. Estaba convencido de que tarde o temprano te arrepentirías y cuando abrieras los ojos ya sería tarde. Solo quería acelerar el proceso y que no te

perdieras nada de todo lo que te he enseñado y enseñaré. Porque quiero vivir muchos momentos contigo, Amy.

Ella le mostró una leve sonrisa y presionó sus labios con los suyos.

—Y yo contigo, Álex. He perdido dos años de mi vida donde no he llorado, no he reído, no he amado... no he sentido. Ahora quiero recuperar todo lo que me perdí, pero contigo a mi lado. Tú me haces feliz.

—¡Esa es mi chica! —la apremió.

Tras esa profunda conversación que hizo que a Amy se le formara un nudo en el estómago al pensar en todo lo que estaba por llegar, caminaron de vuelta a casa. Durante el camino, ella volvió a quejarse de las pintas que llevaba y que tendría que volver a limpiar su piso porque iba a dejar un rastro de polvos de colorines allá donde caminara. Para que dejara de protestar, Álex le ofreció su casa, su ducha y su lavadora. Ella aceptó y cuando Álex abrió la puerta del piso, Lennon se lanzó hacia Amy.

—¡Madre mía, cómo pesa ya! —dijo quitándoselo de encima antes de acariciarle.

—Es lo que tienen los cachorros. ¡Qué crecen!

Álex dejó las llaves sobre el recibidor y fue a cruzar el pasillo cuando Amy le detuvo.

—¡Vas a poner la casa perdida! —le advirtió.

—Lo sé, pero la ducha está al otro lado. Tendremos que ir hasta allí, ¿no?

—Sí, pero podemos evitar dejarte el suelo como un caminito de esos que salen dibujados en los cuentos.

Dejando a Álex con la boca abierta, Amy comenzó a desnudarse. Se quitó las deportivas, la sudadera y las mallas y se quedó ante él con un sujetador negro de encaje a juego con el tanga. Hizo un ovillo con su ropa y se la tendió a Álex que la miraba completamente hipnotizado con los ojos clavados en sus nalgas desnudas.

—Mételo en la lavadora, en un programa corto. ¿La ducha?

—Sí... sí... sí...

—¿Sí... sí... sí...? ¡Álex! —Dio una palmada cerca de su rostro—. ¿Que dónde está la ducha?

—¡Ah sí! Primera derecha a la puerta, digo primera puerta a la derecha.

Amy no pudo evitar soltar una leve carcajada al verle tan desconcertado mientras observaba su cuerpo medio desnudo y comenzó a caminar hacia el baño contoneando las caderas, sabiendo que él aún la contemplaba. Decidió torturarle un poco más, así que se detuvo en mitad del pasillo y se quitó el

sujetador de espaldas a él antes de tirárselo.

—El sujetador también se me ha manchado un poco. —Le miró por encima del hombro y sonrió al verle aún parado en la entrada—. ¿Álex?

—¿Eh? Esto, sí dime.

—¿Puedes dejarme ropa tuya para después de la ducha? No puedo ir después desnuda por tu casa.

Un gruñido se escapó de la garganta de Álex y asintió con la cabeza mientras él se dirigía a la cocina para echar la ropa sucia a la lavadora. Si seguía mirándola y ella provocándole, terminarían juntos en la ducha y no precisamente para frotarse la espalda el uno al otro.

Mientras oía el agua correr, él también se desnudó, quedando únicamente vestido con el *bóxer*, y pulsó el botón de la lavadora que realizaría un programa corto. Entró en su habitación con Lennon detrás de él y, tras darse una ducha rápida en el baño de su cuarto, se puso una camiseta básica blanca y unos pantalones grises de algodón con los que se sentía cómodo. Del cajón sacó una camiseta negra y se la llevó a Amy. Llamó a la puerta y, cuando ella le dio permiso para entrar, abrió. Un suspiro se escapó de su boca al ver el contorno de su cuerpo desnudo a través de la mampara. Amy tenía un cuerpo de escándalo. Curvas donde había que tenerlas y sabía que su piel era sedosa. Vio cómo se aclaraba el pelo y lo dejó caer sobre su espalda desnuda. Sus pechos se vislumbraban tersos y sus rosados pezones invitaban a ser mordidos. Lo que deseaba en aquel momento era meterse en la ducha y hacerle el amor hasta que ambos acabaran exhaustos.

—¿Te gusta lo que ves? —le preguntó Amy seductora.

Ella se había percatado de cómo se había quedado parado y callado en la puerta al entrar. Sabía que la estaba mirando y aquello le encantaba. La ponía a cien. A pesar de que había sido ella la que propuso ir despacio, se conocía y no aguantaría mucho. Deseaba a Álex.

—Demasiado —respondió antes de recordar por qué estaba allí—. Te he traído una de mis camisetas. Te estará algo grande, así que te quedará como un vestido corto. Mis pantalones te estarán enormes.

—Con la camiseta es suficiente. Gracias.

Él se la dejó colgada junto con las toallas y salió para dejarla intimidad y comenzar a preparar la comida. Sin preguntarle, empezó a preparar un plato para los dos. Peló y cortó las patatas para cocinarlas a la panadera. Haría lubina al horno alineada con ajos fritos, perejil y vinagre.

Mientras metía en el horno las patatas para que se fueran haciendo, oyó que

Amy salía del baño. No tardó en reunirse con él en la cocina. Se había puesto su camiseta que le llegaba hasta la mitad de sus muslos y se secaba, con la toalla que había utilizado, las puntas de su cabello para quitarse la humedad.

—¿Dónde te dejó la toalla?

—Échala en la cesta de mimbre que hay al lado de la lavadora.

Ella obedeció y caminó hacia él para abrazarle por la espalda, apoyando su barbilla en su hombro.

—Qué bien huele. ¿Qué estás haciendo?

—Lubina al horno. Espero que te guste, porque te quedas a comer.

—¿Cuándo he dicho yo eso?

—Lo he decidido yo por los dos. —Se giró para robarle un beso—. Sin protestar.

—Está bien. —Le sonrió.

Comieron el delicioso plato que Álex había preparado contándose cualquier cosa mientras Lennon los miraba sentado como un perrito bueno para ver si alguno de los dos le daba algo.

—Pobrecillo. ¿Le has echado de comer? —le preguntó Amy a Álex antes de comer la última patata que le quedaba en el plato.

—Sí. Ahí tiene su comida. —Le señaló el cazo—. Pero no come hasta que ve que recojo y no le voy a dar nada.

Tal y como le había contado Álex, Lennon comenzó a comer el pienso cuando ambos comenzaron a recoger. Mientras él lavaba los platos, ella los secaba y los volvía a colocar en su sitio. Cuando fue a dejar los vasos en el estante más alto, Amy tuvo que ponerse de puntillas para alcanzarlo, lo que hizo que la camiseta que llevaba se le subiera mostrando sus nalgas perfectas que dejaban a la vista el tanga negro.

—Vas a desgastarme de tanto mirarme, cariño. —Le miró pícaro.

—La culpa es tuya que no dejas de provocarme. Estás jugando con fuego. Y te vas a quemar.

—Quiero quemarme. —Se acercó a él y comenzó a mordisquearle los labios, pero cuando él fue a devorar su boca, Amy se apartó—. Pero aún no. Déjame torturarte un poco más.

—Te juro que esto me lo vas a pagar.

—Pero hasta entonces, ¿te echas la siesta conmigo? ¿O me llevo a Lennon para que me haga compañía en la cama?

—Primera regla de mi casa: el perro no se sube ni a mi cama ni a mi sofá.

Amy soltó una carcajada y clavó la vista en Lennon que estaba echado en el

preciado sofá blanco de Álex.

—Pues creo que no te hace mucho caso. —Le señaló al perro.

—¡Lennon! ¡¡Baja!! —le ordenó acercándose a él, pero la mano de Amy se lo impidió.

—Déjale y ven conmigo a la cama.

—Esa frase la quiero volver a escuchar, pero no para dormir precisamente.

—Impaciente... —Comenzó a arrastrarle hasta la habitación.

Cuando llegaron, Amy empujó a Álex para que cayera en la cama y ella gateó por su cuerpo hasta colocarse encima para besarlo. Le devoró la boca y atrapando el filo de su camiseta se la quitó para dejar a la vista aquel perfecto torso. Sonrió maliciosa y descendió su boca por su cuello dejando en él húmedos besos.

—Te deseo mucho, Álex.

Al notar cómo comenzaba a excitarse, Amy se movió contra él para que su miembro rozara su clítoris. Al solo llevar la ropa interior, Álex pudo apreciar lo húmeda que estaba. Ella continuó torturándole con su boca mientras se desprendía también de sus pantalones.

Álex giró para colocarla bajo su cuerpo.

—Estoy en el límite, Amy. —Metió la mano bajo la camiseta y comenzó a jugar con la gomilla de su tanga.

Ella le miró seductora y sacó la lengua para lamerle los labios antes de separar las piernas. Posó su mano sobre la de él e hizo que la posara abierta sobre su sexo. Deseaba que la tocara.

Álex gruñó al notar cómo la humedad traspasaba la tela y sentir sus ingles mojadas. Apartó a un lado la tela del tanga y comenzó a acariciar sus pliegues haciendo que cerrara los ojos. Los separó y buscó ese pequeño, pero sensible botón que se encontraba entre sus piernas. No tardó en encontrarlo. Hinchado y duro, deseoso de sus atenciones. Lo rozó con las yemas de los dedos consiguiendo que Amy diera un respingo y alzara las caderas.

La torturó tanteando la piel que se encontraba alrededor de su clítoris. Calentándola. Tentándola y llevándola al límite antes de comenzar a acariciarlo en círculos.

—¡Dios, Álex, no pares! —pidió en el borde del orgasmo.

Amy jamás había rozado tan pronto el orgasmo con unas simples caricias y se mordió el labio inferior para retenerlo durante unos segundos más. No quería que dejara de tocarla. Gritó cuando le pellizcó su sensible botón y agarró las sábanas con fuerza al notar cómo dos dedos se introducían en su interior.

—Cariño, me estás matando —susurró Álex, atrapando sus labios para besarla con fervor mientras le hacía el amor con la mano.

Las paredes de su vagina se ceñían a sus dedos y Álex pudo sentir su orgasmo a punto de producirse.

—Córrete, nena... déjame sentir cómo te gusta —le ordenó con voz ronca haciendo que ella se dejara ir con aquella intensa y maravillosa sensación.

Álex redujo el ritmo de sus dedos antes de sacarlos. Vio que Amy se lamía los labios y respiraba con dificultad tras lo que acababa de suceder. Aquella imagen era lo más hermoso que jamás había visto. La besó con ternura antes de tumbarse para atraerla hacia él y que reposara su cabeza sobre su cuerpo.

—Descansa, cariño. —Le besó la frente.

Amy solo pudo asentir con la cabeza. Álex la había dejado tan exhausta que estaba cansada hasta para hablar.

Él comenzó a acariciarle la espalda hasta que ambos se dejaron llevar por los brazos de Morfeo.

Capítulo 24

—¡Son novios, son novios, son novios! Mamááá, el tito y Amy son novios. ¡Están juntos en la cama!

—¡¿Quééé?! María sal de ahí —le ordenó su madre.

Unos gritos y el movimiento violento de la cama hicieron que Álex y Amy se despertaran. María saltaba sobre ella feliz de encontrarles abrazados bajo las sábanas. Para una niña eso significaba que estaban juntos, tal y como ella quería.

Álex se levantó y expulsó un largo suspiro cogiendo a su sobrina con un brazo. Su hermana era de lo peor. En momentos como ese se arrepentía de haberle hecho una copia de las llaves de su casa.

—Lo siento, nena —dijo mirando a Amy desperezarse.

—No te preocupes. —Se puso en pie peinándose un poco sus rizos con las manos y estirando la camiseta que llevaba para que no se le viera nada.

—¡Sois novioos! —siguió gritando María, alzando los brazos.

Amy no pudo evitar sonreír al ver a la pequeña en brazos de su tío mientras él ponía los ojos en blanco y se dirigía al salón, donde estaba su hermana subida en una silla para que Lennon no la chupara. No le gustaba nada.

—Lennon —le llamó su dueño para que se acercara.

Cuando el perro obedeció, dejó a su sobrina en el suelo y comenzó a acariciarle. Raquel bajó de la silla y se acercó a su hermano en el momento que Amy aparecía también. Esta se agachó para darle un beso en la mejilla a María y saludó con una sonrisa a la hermana de Álex.

—¡Perdón! No quería interrumpir nada. Pero es que este pendejo —le dio una colleja a su hermano—, no me había dicho nada, así que tenía que venir a hablar seriamente con él.

—No mientas, hermanita. Has venido a cotillear.

—También.

—No te preocupes —dijo Amy interviniendo—. Solo estábamos echándonos una siesta.

Raquel miró a María y preguntó:

—¿La misma clase de siesta que me echo yo con Santiago?

—Hermanita, una siesta. Estábamos durmiendo. Fin —recalcó. Ni en broma le iba a contar a su hermana que había provocado en Amy el mejor orgasmo de su vida.

Raquel miró la ropa que llevaba Amy y después a su hermano. Obviamente no se creía que esos dos hubieran estado a solas en la habitación y solo se hubieran abrazado mientras dormían. Ambos iban en ropa interior, aunque Amy llevaba una camiseta de su hermano.

—¿Dormir? ¿Desnudos?

—¡Raquel! —le espetó su hermano—. ¿No nos ves vestidos?

—Y si lo dices por lo que yo llevo, es porque en la carrera nos hemos puestos perdidos y necesitaba ropa mientras la mía se seca —comentó Amy, divertida viendo la cara de Álex.

—¿Te importa que te robe a mi hermano un segundo? Juro que enseguida te lo devuelvo y me voy para que sigáis... durmiendo.

Él puso los ojos en blanco y se llevó a su hermana a la cocina mientras Amy se quedaba en el salón jugando con María y Lennon.

—¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Dónde? ¡Quiero saberlo todo! —le interrogó Raquel entusiasmada.

—El día del cumpleaños de María, en tu casa antes de irnos, y ya sabrás cómo se dan los besos.

—¿Os enrollasteis en mi casa y no me di cuenta? —preguntó Raquel abriendo la boca.

—Era ya de noche cuando nos fuimos, en las escaleras subiendo hacia el coche. Tú estarías recogiendo. Y sinceramente, hermanita, si lo hubieras visto te habrías cargado el momento.

Ella le dio una nueva colleja antes de lanzarse a los brazos de su hermano. Se alegraba mucho por él. Ya era hora de que por fin él fuera feliz con lo que quería. Llevaba toda su vida dedicándose a los demás y él apenas disfrutaba de lo que le apetecía. Se jugó la vida con las carreras para que no acabaran en la calle. Raquel, en los primeros meses de su embarazo, se trasladó a vivir con su madre cuando Alfonso casi la mata. Las deudas les consumían y recibieron un aviso de desahucio. Álex no podía permitir que su familia se quedara en la calle, así que se metió en ese peligroso mundo para evitarlo, lo que le costó su estancia en la cárcel.

—Eres el mejor, hermanito. Ahora procura no fastidiarla con ella.

—Ten por seguro, Raquel, que con lo que me ha costado que diera este paso, voy a encargarme de enamorarla cada día.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Estás enamorado de ella?

Álex se quedó mirando a la pared, donde sabía que al otro lado se encontraba su chica. Su hermana le había pronunciado una pregunta difícil de contestar, pero siempre era sincero consigo mismo.

—Sí, hermanita. Estoy loco por ella.

Raquel sonrió y se puso de puntillas para darle un fuerte beso en la mejilla antes de retirarle con los dedos el carmín que le había dejado.

—Y estoy segura de que ella lo está por ti, creo que si no fuera así, no habría dado ese gran paso contigo.

—Espero que tengas razón.

Tal y como había prometido Raquel, enseguida se fueron dejando solos de nuevo a los tortolitos. Álex le pidió perdón a Amy de todas las formas posibles por la intromisión de su hermana y su sobrina. Ella le decía que no pasaba nada, que tarde o temprano aquello habría sucedido, pero él no callaba intentando disculpar a su hermana. Cansada de toda las palabras que no dejaban de salir de su boca, se acercó a él para callarle con un tierno beso.

—¡Calla ya! —le dijo divertida, cerca de su cara con la mano apoyada en su mejilla.

—Si vas a callarme así, te aseguro que seguiré hablando.

Ella negó con la cabeza, divertida, y se separó de él para sentarse en el sofá, esperando que él hiciera lo mismo. Cuando lo hizo, Amy se colocó a horcajadas sobre él y comenzó a besarle, sujetándole el rostro con las manos. Jugó con su boca y con su lengua consiguiendo que él emitiera un gruñido de satisfacción.

Álex la abrazó por la cintura atrayéndola más hacia él mientras se concentraba en el dulce sabor de su boca. Daría cualquier cosa por detener el tiempo y quedarse así con ella el resto de su vida.

Amy se apartó unos centímetros de su rostro y rozó su nariz con la de él.

—¿No querías que siguiera callándote?

—Ajá... —dijo él comenzando a besarle el cuello.

—Álex... te aseguro que no hay nada que me apetezca más que estar contigo, pero tengo que poner mi casa en orden, que entre semana sabes que es imposible limpiar.

—¿No puedes dejarla así otra semana? —le preguntó mirándola.

—¡No seas guarro! —Le sonrió—. Tengo que poner la lavadora, tender, planchar, limpiar el polvo, los baños, cristales... ¿quieres que siga?

—Solo oírte ya me da pereza ponerme a mí con la limpieza. Que con un perro quito pelos hasta de la taza del váter.

Ella miró a Lennon, que estaba tumbado en su cama al lado del sofá, y se levantó con agilidad del regazo de Álex.

—Nos vemos todos los días. Así no creamos ansias por que llegue la hora en que volvamos a encontrarnos.

—Nena, estás aquí conmigo y te aseguro que tengo muchas ansias de ti.

—Hagamos una cosa. La semana que viene es la última antes de las vacaciones de Semana Santa, así que cerraremos el bar. Esos diez días no nos veremos y el primer lunes de vuelta al trabajo ya verás cómo se han multiplicado nuestras ansias.

—¿Estás de broma?

—No.

—¿Pretendes que estemos nuestros días libres, que podemos hacer todas las cosas que no podemos cuando curramos, sin vernos?

—¡Lo has pillado!

—No pienso hacerlo —dijo serio.

Deseaba pasar esos días libres con ella.

—Bueno, pues... ¿cinco días sin vernos?

—¿Por qué quieres hacerlo?

Álex se levantó y se acercó a ella quedando a apenas unos pocos centímetros de distancia. No sabía por qué quería no verle.

—Porque me gustaría ver qué se siente cuando llevas días sin ver a tu pareja y cuentas las horas para volver a verle. Lanzarte a sus brazos y abrazarle con tanta fuerza que no le quieras dejar escapar nunca más. Sé que suena raro, pero quiero vivir eso, Álex.

Él asintió. Amy quería vivir todo lo que se había perdido esos años que estuvo encerrada en sí misma.

—Cinco días, ni uno más.

Ella saltó a sus brazos al tiempo que Álex la cogía al vuelo, y Amy comenzó a besuquearle por toda la cara hasta darle un largo beso en los labios.

—Gracias —le dijo feliz. Sabía que le iba a costar mucho no verle cuando iba a ser lo que más deseara, pero tal y como le había dicho, quería sentir todo lo que no experimentó desde que tenía veintidós años—. Eres el mejor.

Él la dejó en el suelo y se quedó mirándola mientras iba a la cocina. Ya era tarde y, a pesar de que la ropa aún estuviera algo mojada, Amy debería regresar a casa. Álex la siguió y se apoyó en el quicio de la puerta.

—¿Nos podemos ver mañana?

—¡No! —Le sonrió—. Espera hasta el lunes.

—Eres cruel.

Ella se encogió de hombros y tras recoger su ropa, pasó por su lado para ir a cambiarse. Entró en la habitación de Álex pero dejó la puerta abierta esperando que él entrara o simplemente la mirara. No sabía cuánto más iba a aguantar sin hacer lo que ambos deseaban.

Pero él no entró. Un tanto desilusionada, Amy comenzó a vestirse dándole la espalda a la puerta. Dobló la camiseta que le había prestado Álex, pero en vez de dejarla sobre la cama, la metió en una pequeña mochila que llevaba siempre cuando salía a correr donde guardaba las llaves de casa y el móvil. Con sigilo, cerró la puerta de la habitación y comenzó a buscar por los cajones. ¿Dónde habría guardado las bragas que le robó? Buscó por todos lados, pero no las encontró, aunque sí vio su ropa interior dobladita en uno de los cajones de la mesilla de noche. Cogió unos que tenía de Batman, que le recordaron a los calzoncillos de un niño de cinco años, y se los guardó junto con la camiseta.

Cuando salió, Álex la esperaba sentado en el sofá jugando con Lennon y una pelota. El perro saltaba intentando cogerla, pero su dueño se la apartaba. Amy vio la pelota de tenis con la que había jugado junto con María y Lennon cuando Álex hablaba con su hermana, y la cogió para lanzársela con cuidado de no romper nada.

Él se dio la vuelta y, al ver a Amy ya vestida con su ropa, se levantó para acompañarla a la puerta.

—¿Estás segura de que no quieres que nos veamos mañana? —preguntó abrazándola por la cintura.

—Segura, pero eso no quiere decir que no estaré todo el rato pensando en ti.

—Eso me gusta. Y te aseguro que yo me pasaré estas dos noches soñando contigo y con el momento de volver a hacer esto.

Antes de que le contestara, Álex se inclinó para besarla con pasión, enredando su lengua con la de ella y recorriendo cada rincón de su boca.

—¿Ahora quién provoca a quién? —le dijo divertida—. Nos vemos el lunes.

—Hasta el lunes.

Amy consiguió liberarse de su agarre y comenzó a bajar por las escaleras. El

ascensor de Álex aún estaba estropeado. Decidió ir a casa corriendo, así que sacó el móvil junto con los auriculares y trotó hasta llegar a su portal. Se volvió a dar una ducha rápida y se vistió con un *culotte* negro y la camiseta que le había robado a Álex. Sacó también los calzoncillos de Batman y se hizo una foto para mandársela al propietario.

Amy:

Ojo por ojo, cielo. Si quieres recuperar tus preciados gayumbos, ¡devuélveme mis bragas!

Álex:

¡Esos son mis favoritos! Por cierto, la camiseta te la puedes quedar. Te queda mucho mejor que a mi ;)

Amy:

Pensaba hacerlo. Y ya sabes, mis bragas por tus gayumbos.

Álex:

Ven a verme mañana y te las devuelvo.

Amy:

Buen intento. Tienes de plazo hasta después de Semana Santa, sino haré trapos con él jijiji.

Álex:

¡No te atreverás!

Amy:

Ponme a prueba.

Álex:

Angelito endemoniado... De acuerdo.

Amy:

El día que me las devuelvas... me aseguraré de que lo hagas.

Álex:

¿Qué vas a hacer?

Amy:

Lo sabrás a su debido tiempo.

Sonrió maliciosa y bloqueó el móvil antes de dejarlo sobre la mesa. Dedicaría el resto de la tarde a limpiar y el domingo bailarían durante todo el día, como hacía antaño, en una habitación que se había habilitado para ello.

Desde el día que volvió a subirse en las puntas, el cuarto que usaba a modo de trastero lo dejó impoluto y colocó en la pared un gran espejo. Era su espacio. El lugar donde se sentía bien y volvía a ser aquella joven ilusionada que amaba la danza y luchaba cada día por conseguir una beca que nunca le llegó.

Capítulo 25

—¡Amy Jiménez y Álex Sainz, venid aquí los dos! ¡¡Ya!!

Ambos se sobresaltaron al oír la voz de Isabel y se miraron incrédulos. Ella nunca levantaba la voz, y los pocos estudiantes que había en el London clavaron su mirada en la cocina, por donde en ese momento asomaba la cabeza Isabel.

—¿No me habéis oído?

—Mamá, pregunta mejor quién no te ha oído.

Amy suspiró y, dejando el trapo con el que estaba limpiando la barra sobre ella, entró en la cocina junto con Álex mientras echaba la vista atrás para ver qué habían hecho. Que ella supiera, todo estaba como siempre.

Isabel les esperaba con los brazos cruzados y apoyada en la encimera mientras alternaba su mirada entre Álex y su hija.

—¿No tenéis nada que contarme?

Al ver cómo su hija fruncía el ceño sin entender a qué se refería, cogió el periódico local y se lo tendió. Amy lo asió y desdoblándolo abrió la boca sorprendida. En la portada salían ella y Álex besándose cuando llegaron a la meta del Holi Run que se celebró ese fin de semana. Aunque sonrió al leer el titular que había bajo la foto: «Pareja dándose un beso multicolor en la primera carrera del famoso Holi Run».

Un rubor ascendió por su cuerpo hasta posarse en sus mejillas. Estaban tan absortos el uno con el otro que ni se habían dado cuenta de que les sacaban una foto para el periódico.

—¡Se ha enterado toda La Rioja antes que yo!

—Mamá, te juro que te lo iba a decir.

—¿Que me lo ibas a decir? ¿Cuándo? ¿El día que entraras aquí con un bombo? —le señaló el vientre.

—¡¡Mamááá!! —Miró a Álex que en ese momento se reía en silencio tapándose la boca.

—Es que no lo entiendo, hija. ¡Si sabías que me iba a hacer ilusión verte feliz con alguien!

—Precisamente, por eso no te lo dije. Porque ahora te vas a poner muy pesada, nos vas a estar observando a ver qué hacemos o dejamos de hacer. Y eso, mamá, es muy incómodo.

Isabel abrió la boca para responder, pero inmediatamente la cerró. Su hija tenía razón, aunque no lo diría en voz alta. Pero se alegraba tanto por ella. Por fin había aparecido esa persona que la había hecho resurgir de las cenizas. Y no podía estar más feliz al ver que esa persona era Álex. Un joven al que admiraba por todo lo que hizo por su familia, Cuando un abogado le contó su historia, antes de darle la oportunidad que le había dado al ofrecerle un puesto de trabajo, los ojos se le humedecieron. Él lo había arriesgado todo por la felicidad de su familia y, cuando entró en el London, lo arriesgó todo para hacer volver sonreír a su hija. Y lo consiguió. Álex le había devuelto a su pequeña. Emocionada corrió hacia ellos y los abrazó con fuerza.

—¡No sabéis que feliz me hacéis! —Se separó y miró a Álex—. Cuídamela, ¿eh? Y ten paciencia, aunque ya sabes cómo es cuando se pone de mal humor.

—Mamá, sigo aquí —dijo Amy alzando las cejas y negando con la cabeza.

—Y tú. —Señaló a su hija—. No quiero que vuelva la Amy que me ha tenido preocupada estos últimos dos años. No quiero que vuelvas a encerrarte. Me tienes a mí y ahora a Álex para hacerte resurgir de las cenizas. —Le acarició el tatuaje por encima de la camiseta—. ¡Prométemelo! —le exigió Isabel con los ojos húmedos.

—Te lo prometo, mamá. —La abrazó comenzando a notar las lágrimas deslizarse por sus mejillas.

Álex decidió abandonar la cocina para dejar a madre e hija a solas y de paso, atender a los clientes que llegaban, pero se quedó de piedra al ver a su madre golpeando la barra con las uñas.

Cuando Patricia vio a su hijo aparecer, deslizó el periódico por la barra con la imagen de este besando a la chica que conoció el día del cumpleaños de su nieta.

—¿Te parece bonito que me tenga que enterar por los medios de que por fin mi hijo sale con la mujer que le tiene con cara de idiota todo el día, como si fueras uno de esos famosos que se lían todos con todos?

—Hola, mamá, yo también me alegro de verte —dijo Álex divertido, inclinándose sobre la barra para darle un beso en la mejilla—. Y que conste, que tú a mí nunca me cuentas con quien sales.

—Porque yo no salgo con nadie, jovencito. Yo solo busco sexo.

Álex se tapó los oídos y negó con la cabeza poniendo una mueca de desagrado. No le gustaba nada oír a su madre hablar de esa manera tan liberal sobre lo que hacía. No le molestaba en que aprovechaba su tiempo libre, pero no le gustaba nada que se lo contara. ¡Por Dios, era su madre!

—Oye guapo, que porque tenga cincuenta y dos años, haya pasado por un matrimonio y haya parido dos veces, eso no me convierte en una monja de clausura. Sigo siendo una mujer a la que le encanta tener el cuerpo de un hombre sobre ella.

—¡Mamá, vale ya!

—A saber qué habrás hecho tú ya con tu jefa. Probablemente donde estoy apoyada ya habréis tenido algún que otro arranque.

Álex sonrió. En parte, su madre había dado en el clavo. Sobre la barra habían tenido su primer arranque de pasión, pero no llegaron a más de unos besos y caricias.

—Para tu información, mamá, aún no hemos hecho nada.

—Eso es lo mismo que si yo ahora te digo que ayer quedé con un hombretón y solo nos cogimos de la mano.

—Igualita que Raquel, mamá. ¿Por qué no puedo estar con una chica sin hacer nada?

—Porque hoy en día todo el mundo piensa en sexo. A todas horas. Mira tu hermana. Primera cita con Santiago y acabaron en la cama.

Álex negó con la cabeza. ¿De verdad su madre estaba hablando de sexo como si fuera una jovencita de veinte años? Le encantaba verla así de feliz tras todo lo que pasó, pero él no necesitaba cierta información.

—¿Querías algo más, mamá? —le preguntó deseando cambiar de tema.

—No, solo decirte que me parece muy mal que a tu propia madre no le hayas dicho que tenías novia, a lo que añado que eres tonto por no haberle dado ya la alegría a tu pajarito. Hijo, ¡que vida solo hay una! Y anda, ya que he venido hasta aquí, ponme un café.

Álex obedeció y puso los ojos en blanco. A veces era agotador hablar con su madre. Notó que alguien se ponía a su lado y giró la cabeza para ver a Amy echar un largo suspiro. Madre e hija habían llorado y se habían sincerado diciendo todo aquello que habían guardado esos años.

—¿Estás bien?

Ella asintió y se llevó una mano a la frente para masajearse.

—Mi madre ha comenzado a organizarse el calendario para reunirnos todos y cenar. Y cuando digo todos es tu familia, mi madre y yo. Está ilusionadísima.

No descartaría que la semana que viene me trajera un catálogo de vestidos de novia.

—¡No corras tanto! —Le sonrió colocando el sobre de azúcar en el platillo junto con la taza de café—. Si te sirve de consuelo, mi madre se ha enterado también por el periódico, ha venido y me ha dado una charla sobre el sexo.

—¿Tu madre está aquí?

Álex asintió y la señaló con la cabeza antes de ir a dejarle el café a su progenitora. Desde la distancia, Amy les vio discutir. No sabía de qué estarían hablando, aunque cuando Álex la miró con ojos de disculpa, supo que era ella su tema de conversación. Con un gesto, él pidió que se acercara. Lo hizo un tanto nerviosa. ¿Y si no le gustaba a la madre de Álex? Cuando la había conocido apenas cruzaron cuatro palabras, pero le pareció una mujer muy simpática.

—¡Hola, Amy! —la saludó Patricia, dándole como pudo dos besos—. ¡No sabes cómo me alegro de que mi niño por fin salga con una mujer de los pies a la cabeza! Su ex, Tamara, era una golfa pija que no miraba más allá de su propia nariz. La muy asquerosa hizo que mi hijo estuviera más tiempo en la cárcel por ese estúpido «intento de violación». —Hizo las comillas con los dedos.

—Mamá, eso ya es tema zanjado y quién sabe. Puede que sin esos dos años de más en prisión, ahora mismo no estaría aquí y Amy no estaría a mi lado. Sabes que las cosas pasan por algo. —Miró a su chica que en ese momento se sonrojaba.

—Siento cortaros chicos, pero me pica la curiosidad. Amy, ¿la mujer morena que está en la cocina es tu madre?

Ella asintió y Patricia sonrió.

—¿Cómo se llama?

—Isabel —contestaron Amy y Álex a la vez.

—Perfecto. ¡Isabel, preciosa! Sal un momento.

Al oír esa voz desconocida, Isabel frunció el ceño y salió de la cocina tras apagar el fuego que tenía encendido.

—¡Hola! —la saludó efusiva Patricia—. Madre mía, tu hija y tú os parecéis un montón.

—Perdón, ¿nos conocemos?

—Ahora lo haremos, consuegra. Soy Patricia, la madre de Álex.

Isabel sonrió de oreja a oreja al conocer a esa mujer. Sabía su historia y verla tan alegre y feliz le hacía saber que todo lo que hizo su hijo en el pasado valió

la pena.

—¡Encantada! —Salió de la barra para saludarla—. Yo Isabel, la madre de Amy.

—¡Te como un ojo!

—¿Qué ha dicho que me come? —Miró a Álex.

—No la hagas caso. Mi madre habla así, pero tranquila. Es inofensiva.

—No quería molestar, pero es que me he enterado de la relación de mi hijo por el periódico.

—¡Igual que yo! Menudo par no decirles nada a sus propias madres.

Isabel y Patricia entablaron una conversación y Amy y Álex aprovecharon que había pocos clientes para salir a fumar. Ambos lo necesitaban tras las distintas charlas con sus respectivas madres.

—¿Huimos del país? ¡Lo que sea por no soportar a mi madre estos primeros días! —La miró por encima del hombro—. ¡Míralas! Nos están espiondo.

Álex se dio la vuelta con el cigarrillo en la boca y comprobó cómo Isabel y su madre hablaban con los ojos fijos en ellos dos.

—Déjalas. Ya se cansarán.

—Se me han quitado hasta las ganas de fumar —dijo tirando el cigarrillo y lo pisó para apagarlo.

Álex expulsó el humo y la cogió de la mano para apartarse del campo de visión de las dos cotillas que no les quitaban la vista de encima. La apoyó contra la pared y, tirando su pitillo, le cogió del rostro para besarla. No lo había hecho desde que se fue de su casa el sábado anterior. Había cumplido su palabra y el domingo no se habían visto, pero se pasaron dos horas al teléfono.

—Pisa el cigarro —dijo cuándo sus bocas se separaron.

Él soltó una carcajada y la obedeció antes de abrazarla por la cintura.

—Quiero negociar.

—¿El qué?

—Eso de que vamos a estar cinco días sin vernos. Que sean solo dos.

—No, cariño.

—Nena, ayer estuve sin verte y por primera vez en mi vida deseé que fuera lunes.

Ella sonrió y negó con la cabeza. El trato estaba cerrado.

—Seguro que aguantas los cinco días.

—Sufiré.

—Piensa en la recompensa. Y el día que nos veamos, será el día en que me

devuelvas mis bragas.

—Intentaré convencerte para que me las regales.

—Ya te dije que me aseguraré de que me las devuelvas. —Sonrió maliciosa.

—Miedo me das.

Ella puso su cara más inocente y se separó de sus brazos cuando vio por el reflejo de la puerta como su madre y Patricia se dirigían sigilosamente hacia la calle.

—Prometo que tras estos días no volveré a pedirte a no ser que necesite mi espacio por el motivo que sea. Y tú, prométeme que cuando lo necesite y te lo pida, me dejarás mi espacio. —Le señaló con un dedo.

—Amy, quiero estar contigo en las buenas y en malas —suspiró.

—No te voy a mantener al margen de nada de lo que me ocurra —le aseguró —. Te lo contaré todo, pero antes necesitaré calmarme e impedir que pagues tú los platos rotos.

—Está bien. Te lo prometo.

Cuando Amy se dio la vuelta y vio a las cotillas asomadas, esperó a que desaparecieran de nuevo y se acercó a él para alcanzar sus labios en un suave y tierno beso. Alzó los brazos para rodearle el cuello y comenzó a acariciarle la nuca con el pulgar mientras le miraba a los ojos.

—Aunque te pida ese espacio para mí, también te necesitaré a ti. No voy a alejarme, ¿vale?

Él asintió y juntó su frente con la de ella mientras le acariciaba la mejilla. Iba a decir algo, pero un carraspeó hizo que se separaran y en cierto modo lo agradeció, pues las dos palabras que iban a salir de su boca eran demasiado importantes y, aunque las sentía, no quería precipitarse.

Desde la puerta, Isabel les miraba con una tierna sonrisa y con una mano les indicó que volvieran al trabajo.

Capítulo 26

—¡Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, te deseo mi niña, cumpleaños feliz! Álex se quedó mudo al oír a Isabel a través del teléfono cantarle el cumpleaños feliz. Que él supiera, no se haría un año más viejo hasta el catorce de julio.

—¿Isabel?

—¿Álex? —preguntó sorprendida—. ¿Qué haces con el móvil de mi hija? Si nada más empezar, ya la empiezas a controlar... ¡mal vamos, muchacho!

El soltó una leve carcajada y se pellizó el puente de la nariz.

—Isabel me has llamado a mí, no a Amy.

—¿Qué dices?!

La mujer apartó unos segundos el móvil de su oído para comprobar en la pantalla que efectivamente había llamado a Álex.

—Ay, hijo perdona. Pero es que en la agenda os tengo a los dos juntos y se me ha escapado el dedo.

—¿Es el cumpleaños de Amy? —le preguntó recordando cómo le había cantado el cumpleaños feliz.

—Sí, ¿no lo sabías?

—Isabel, ¿cuándo tu hija me ha contado alguna vez algo? ¡Si se lo tengo que sonsacar todo! —dijo divertido.

Ella asintió y suspiró. Su hija aún callaba ciertas cosas importantes.

Álex llevaba tres días sin verla por el trato que hicieron y la echaba muchísimo de menos. A riesgo de que se enfadara con él, decidió romper su acuerdo y presentarse en un par de horas en su casa. Era su cumpleaños y estaba más que dispuesto a pasarlo junto a ella.

—Desde que su padre murió se niega a celebrar los cumpleaños —le explicó Isabel—. Ya sabes cómo se volvió tras ese fatídico día. No le gusta celebrar nada, pero yo siempre la llamo para felicitarla cantando, aunque a ella no le guste.

Ambos rieron y Álex se dirigió a su habitación para sacar ropa de su armario.

Tenía que ir a casa de su chica.

—Pero está cambiando, Isabel. Así que eso de no celebrarlo se acabó.

—Tienes razón. Me comentó el otro día que había vuelto a bailar —dijo emocionada—. Sé que a ella le hacía mucha ilusión subirse al escenario del Ayuntamiento y estuvimos recordando el otro día esos buenos tiempos, pero no le queda otra que conformarse con hacerlo en casa. Aunque sé que ella lo disfruta.

En ese momento, una idea se cruzó por la cabeza de Álex y sonrió. Isabel le acababa de dar la idea del regalo perfecto, aunque conociéndola, podría reaccionar de cualquier forma.

—Isabel, me ha encantado hablar contigo, pero debo hacer una llamada urgente.

—Perfecto, yo llamaré a mi hija. ¡Esta vez no fallo! —bromeó—. Nos vemos en unos días.

Cuando ambos colgaron, Álex se vistió y terminó de recoger los platos sucios de la comida. Ató a Lennon para ir a dar su paseo y por el camino aprovechó para llamar a Héctor.

—¡Cuánto tiempo sin hablar, capullo! —le contestó Héctor cuando descolgó.

—Tú también podrías llamar —le recriminó Álex divertido.

—¿Qué te cuentas, Sainz?

—Necesito un favor y tú eres el único que puede conseguirlo.

—Soy todo oídos.



—¡Mierda! —maldijo Amy desesperada.

Hacía ya unos días que habían comenzado las vacaciones de Semana Santa y, con ellos, el acuerdo con Álex. Lo echaba de menos y deseaba verlo, pero debía aguantar los dos días que le quedaban. Para evitar pensar, procuraba mantenerse ocupada, por lo que se dedicó a limpiar, cocinar, leer y bailar en su pequeña salita. Había creado una nueva coreografía con la canción *Crazy in love*⁶, pero no la versión que todo el mundo conocía, sino la que se realizó para la famosa película de la que la gente no dejaba de hablar.

A pesar de tenerla completada, había un paso que se le resistía. Llevaba más de veinte repeticiones y siempre fallaba en la misma parte. Estaba comenzando a cabrearse. Se retiró los mechones de la cara que se le habían escapado del moño mal hecho que llevaba y se pegaban en sus mejillas, antes

de caminar despacio por la habitación intentando calmarse. Se agachó para coger la botella de agua que tenía junto al espejo y dio un buen trago. Llevaba dos horas bailando y estaba agotada, pero no pensaba parar hasta que el dichoso paso le saliera.

Se acercó a su portátil que reposaba sobre una pequeña mesa y con el ratón, puso la canción desde el principio. Aprovechó los primeros acordes exentos de coreografía para colocarse, pero antes de realizar el primer movimiento el timbre de su puerta sonó. Miró al techo preguntándose quién demonios sería y detuvo la canción. Salió de la sala sin importar la pinta que llevaba y sin mirar por la mirilla, abrió.

Puso los ojos como platos al ver al dueño de su corazón frente a ella con su sonrisa ladeada y su mirada pícara. A diferencia de ella, estaba impresionante, pero... ¿cuándo no lo estaba? Llevaba unos vaqueros desgastados, una camiseta básica y una chaqueta de lana gris clara. Además, sujetaba con una mano una pequeña caja blanca, pero Amy no pareció repararse en ella.

—¡Álex! —le regañó—. Quedamos en cinco días y han pasado tres.

—¿Tres? ¿Solo? No puede ser —dijo entrando en su casa—. Por lo menos ha pasado un mes.

—Eres un exagerado. —Sonrió cerrando la puerta.

—¿Estabas bailando?

Amy vestía con una camiseta ancha marrón que dejaba a la vista el tatuaje de su espalda, unas medias negras sujetas por un *culotte* del mismo color y las puntas blancas. No llevaba ni pizca de maquillaje y el pelo recogido en un moño sobre la cabeza con algunos mechones libres por su rostro. La vio preciosa.

—Sí. Llevo dos horas encerrada con un maldito paso que no me sale.

—Bueno, descansa un momento que tengo una cosa para ti.

Amy alzó las cejas y le miró. Como pudo, él sacó algo del bolsillo trasero de su pantalón y abrió el paquete que traía. Dentro de él, había un *cupcake* con glaseado verde y virutas de colorines. Álex colocó sobre él la vela roja que había sacado del vaquero y la encendió mientras le cantaba el cumpleaños feliz.

Amy, muerta de risa, sopló la vela y se alzó para abrazarle dándole las gracias.

—Espero que esos cinco días no fueran porque entre ellos estaba tu cumpleaños.

—Te juro que no. —Se separó—. ¿Quién te lo ha dicho?

—Tu madre. Y también que odiabas celebrarlos, pero esa era a la antigua Amy. Ahora quiero que mi chica los celebre.

Amy le miró completamente embobada y le dio un beso en los labios, demostrando en ese beso todo lo que él le hacía sentir.

—Eres increíble, Álex.

Él le sonrió y la abrazó por la cintura para alzarla y dar vueltas con ella por el *hall* de su piso.

—Tengo un regalo para ti, pero para que te lo dé, debes vestirme y venir conmigo.

—¿Ahora?

—Sí.

—¡Tengo que ducharme! No puedo ir apestando a sudor.

Álex se acercó a ella y hundió la nariz en su cuello antes de besárselo, impregnándose del sabor salado que su piel desprendía. Tuvo que recurrir a todo su autocontrol para no arrancarle la ropa y llevarla a la cama.

—Por mí, vas perfecta.

—Claro —ironizó.

Ella le apartó con suavidad notando su pulso acelerado tras ese beso. Con cuidado de no caerse, se quitó las puntas y atando los lazos de ambas uniéndolas, las colgó en el perchero de la entrada antes de dirigirse al baño para comenzar a prepararse.

Álex aprovechó que iba a ducharse, para coger las puntas y bajar al coche para guardarlas en una bolsa de plástico que siempre llevaba. Dejó la puerta, tanto del portal como del piso, medio abiertas para así poder volver a entrar.

Amy intentó ser rápida. No le gustaba hacer esperar a nadie. Cuando se secó el pelo y se maquilló, se vistió con una camiseta de manga corta de finas rayas negras y blancas, metida por dentro de una falda de tul blanca. Cubrió sus piernas con unas medias de color carne y se puso unas manoletinias rosas. Cogió su chaqueta vaquera y se remangó las mangas hasta los codos. Álex la esperaba sentado en el sofá y se quedó de piedra al verla. Su chica era perfecta.

—Como siempre, estás preciosa. —Le cogió de la mano para darle una vuelta y verla desde todos los ángulos.

—¿Adónde me llevas?

—Si te lo digo, arruino el regalo. —Le sonrió.

Ambos bajaron para subirse en el coche de Álex, pero antes de hacerlo, él se

colocó en su espalda para vendarle los ojos. No quería que sospechara nada. Al notar cómo todo se volvía oscuro, Amy se tensó durante unos segundos, pero sonrió al notar que Álex le retiraba el pelo para darle un suave beso en la nuca y relajarla.

—Confía en mí, mi amor.

Ella asintió, notando un millón de mariposas en su estómago al oír ese apelativo cariñoso. Nunca le habían gustado, pero con Álex todo era distinto. La ayudó a montarse en el asiento del copiloto y condujo por las calles de Logroño hasta aparcar cerca del Ayuntamiento.

La guio por la zona de atrás hasta entrar en el enorme edificio y la cogió en brazos pasando una mano bajo sus rodillas y otra por su espalda para subir las escaleras. Al dejar de notar el suelo bajo sus pies, Amy emitió un pequeño grito que enseguida Álex silenció con su boca.

Con cuidado, ambos entraron en una enorme y oscura sala. Álex la colocó en el centro de un largo pasillo y le quitó la venda.

—Feliz cumpleaños, cariño.

Amy se quedó completamente petrificada. Estaba en el mismo lugar que la había visto actuar desde que tenía tres años. La única iluminación eran los focos que recorrían el solitario escenario y el único color que había era el de las blancas butacas de cuero vacías donde su padre se sentaba para verla entre cientos de espectadores. Se giró hacia Álex que en ese momento sacaba de una bolsa de plástico sus puntas.

—Tu regalo es volver a pisar ese escenario. Quiero que bailes para quien quieras. Para tu padre, para ti, para la música, para quien tú quieras.

—¿De verdad? ¿Esto es real? —preguntó emocionada.

—¡Claro! Héctor, uno de mis colegas, trabaja aquí y me ha hecho este gran favor. En esa mesa. —La señaló a su izquierda—. Hay un portátil. Los altavoces están conectados. Puedes elegir las canciones que quieras. Esto es tuyo por una hora. Si lo deseas puedo irme, dejarte sola disfrutando hasta que acabes.

—Has dicho que puedo bailar para quien quiera, ¿no?

—Sí —confirmó.

—Pues quiero hacerlo para ti —susurró mirándole a los ojos.

Amy se colocó las puntas ante su atenta mirada y se dirigió al ordenador para poner la canción que llevaba horas ensayando en su casa. Respiró profundamente y fue caminando por el largo pasillo hasta colocarse en el centro del escenario. Comenzó a moverse al ritmo de los compases de la

música mientras Álex la observaba. Sus movimientos eran precisos y delicados. El volumen de la falda que llevaba impedía que se le viera más de lo que debería y conseguía con ella un bonito efecto.

Amy recorría subida en sus puntas todo el escenario. Un nerviosismo le recorrió cuando comenzó a acercarse la parte en la que siempre fallaba. Miró a Álex para impregnarse de seguridad y dando dos pequeños saltos, se elevó alzando los brazos e hizo el *grand jeté* ⁷ mientras echaba la cabeza hacia atrás para conseguir una bonita figura del paso que por fin había conseguido realizar. Sonrió y continuó con su baile hasta acabar arrastrándose por el suelo y finalizar la coreografía tumbada de lado.

Tomó aire para recuperar el aliento y se levantó para volver a contemplar desde ahí arriba toda la sala. Cerró los ojos imaginándose la llena, y en el centro de esta, el hombre más importante de su vida aplaudiendo y acercándose a ella para subirse al escenario y darle un beso en la mejilla.

—Bravo, mi muñequita. Cada vez lo haces mejor. Estoy orgulloso de ti.

—No sabes cuánto te necesito, papá...

—Jamás te abandonaré, y ahora tienes a alguien que sé que te hace sonreír.

Amy sonrió pensando en Álex.

—Te quiero, papá.

—Y yo a ti, muñequita.

Poco a poco la imagen de José fue desapareciendo y Amy abrió los ojos despacio. Al final del pasillo, Álex la sonreía. Se quitó las puntas y, dejándolas sobre el escenario, bajó por las escaleras centrales para correr hacia él. Cuando le alcanzó, saltó rodeándole la cintura con las piernas y hundió su rostro en su cuello.

—Gracias.

—No hay de qué. —Le besó la mejilla y la dejó en el suelo—. Has estado fantástica. Brillas ahí arriba. No he visto nada más bello en mi vida. —Le acarició el rostro secándole con el pulgar una solitaria lágrima que recorría su mejilla.

Cuando abandonaron el Ayuntamiento, ya había anochecido y una fuerte lluvia había comenzado a caer.

—Será mejor que esperemos a que amaine la tormenta antes de salir — propuso Amy, pero Álex comenzó a recordar algo y sonrió.

—¿Te cuento una cosa? —Ella le miró—. El otro día, mi hermana me dejó de nuevo de canguro de mi sobrina y nos pusimos a ver *High School Musical 3*. ¡Le encanta esa película y me la tengo que tragar muchísimas veces! —Ella

soltó una leve carcajada—. Hay una parte en la que los protagonistas bailan en la azotea y al final de la canción se pone a llover. A María le encanta esa parte y me dijo que yo tenía que hacerla contigo cuando lloviera. Me hizo prometérselo, así que...

Sacó de su bolsillo el móvil y dos auriculares inalámbricos que se conectaban mediante el *bluetooth* y le tendió uno a ella.

—¿Qué? ¡Estás loco! Lluve un montón.

—Vamos. —Le colocó el auricular—. Tengo que cumplir una promesa.

La cogió de la mano y la arrastró fuera sin importarle sus quejas. Cuando el agua comenzó a calarles, Amy gritó sin dejar de reír e intentó cubrirse bajando la cabeza. Sonriendo, Álex le dio al Play y *Can I have this dance*⁸ comenzó a sonar por los auriculares que llevaban. Volvió a guardarse el móvil en el vaquero y tendiéndole la mano, ambos comenzaron a bailar bajo la lluvia. Álex intentaba imitar los pasos de la película, pero a él no se le daba tan bien como a los actores, por lo que se dejó llevar por la música.

Amy, que había visto la película hacía años, hizo que él rodeara su cintura con los brazos y ambos comenzaron a dar vueltas mientras ella echaba la espalda y la cabeza hacia atrás y extendía los brazos disfrutando de ese pequeño baile, de la lluvia y, por supuesto, de él.

—Estás completamente loco —le susurró cuando la canción acabó y se alzó para besar sus húmedos labios.

—Loco por ti, nena.

Volvieron a besarse sin importar que la lluvia siguiera calando sus cuerpos, hasta que consiguieron separarse y, entrelazando sus manos, corrieron hasta el coche. Álex paró en doble fila frente al portal de Amy y ella se quedó pensativa. Todavía no quería despedirse de él. Le pidió pasar un poco más de tiempo con él en su casa.

—Pero tienes que cambiarte de ropa o cogerás un buen resfriado.

—Vuelve a prestarme una camiseta tuya. —Le sonrió.

—¿Te gustó mi ropa? —Alzó las cejas.

—Mucho.

—A mí me encanta como te queda. Está bien —claudicó y reanudó la marcha.

Como siempre, fue Lennon el primero en saltar sobre ellos para recibirles. Álex fue a encender la luz, pero por más que pulsaba el interruptor, no se encendía. Tampoco funcionaba la de la cocina ni la de ninguna de las habitaciones. La tormenta sería la culpable de aquello. Alumbró con el móvil

para ver por donde pisaban y comenzó a encender las velas que tenía. Dejó la gran mayoría de ellas en su habitación haciendo que alumbraran lo suficiente para que ambos se vieran y comenzó a rebuscar en su cajón una camiseta para dejarle a Amy.

Ella contempló el cuarto alumbrado por las velas. La hacían más bonita y la colcha roja con almohadas negras daba un toque romántico. Solo faltaban los pétalos de rosas. Amy sonrió al pensarlo y suspiró. Se acercó a Álex, que ya había cogido una de sus camisetas, y se la quitó de las manos arrojándola al suelo.

Las manos de Amy comenzaron a recorrer el pecho de Álex cubierto por la húmeda camiseta y despacio deslizó su chaqueta de lana por sus hombros. Cayó al suelo en menos de un segundo por el peso que le proporcionaba el agua. Siguió subiendo acariciando su cuello hasta posar una mano en su nuca y atraerlo hacia ella. Le devoró la boca con pasión y comenzó a jugar con su lengua. Se sintió poderosa cuando Álex gimió entre sus labios.

Con un suave empujón, hizo que se sentara en la cama y ella misma comenzó a quitarse la ropa, pero cuando fue a desprenderse de la camiseta, él la detuvo.

—Quiero hacerlo yo —susurró y la colocó a horcajadas sobre él.

Comenzó a besarla con intensidad mientras le acariciaba la espalda por debajo de la camiseta antes de quitársela por la cabeza, quedando ante él con un sujetador rojo. Ella hizo otro tanto con la de él y se levantó de su regazo para desprenderse de la falda y las medias quedando en ropa interior.

Ansioso, Álex la cogió por la cintura y la tumbó en la cama mientras volvía a atrapar de nuevo su boca, haciendo los besos más apasionados y urgentes. Amy separó las piernas para que él se colocara entre ellas y gimió al notar su dureza a través de los pantalones. Como pudo, consiguió alcanzar con sus manos el botón del vaquero y se lo comenzó a quitar ayudándose de sus pies. Solo la ropa interior se interponía entre sus cuerpos.

Álex bajó su boca por sus pechos y le dio un suave mordisco en el canalillo antes de recorrer con la lengua la piel que dejaba al descubierto la tela del sujetador. Llevó las manos a su espalda y, con maestría, desabrochó el cierre para deslizar los tirantes por sus brazos. Se quedó maravillado al contemplar sus tersos y perfectos pechos. Comenzó a masajear con delicadeza uno de ellos y atrapó con su cálida boca el otro pezón que besó, lamió y succionó arrancando a Amy un jadeo cuando notó cómo sus dientes y su lengua la torturaban. Ella arqueó la espalda y cerró los ojos, sintiendo más sus caricias

y notando el calor y la humedad que emanaba su centro.

Él continuó explorando cada centímetro de su cuerpo y le besó el vientre antes de lamer la cinturilla del tanga que llevaba. Enredó una de sus manos a una de las tiras laterales y se incorporó para besarla al mismo tiempo que rasgaba su ropa interior.

—¡¡Álex!! —se quejó—. ¡Me has roto las bragas!

Él la miró y alzó las cejas.

—Eran una molestia —se defendió.

—Tus gayumbos también lo son y no los voy a romper.

—Deja de quejarte y déjame disfrutarte —le pidió acariciando con una mano su sexo notando lo mojada que estaba.

Al notar su mano ahí, recordó lo que hicieron aquel día y Amy consiguió colocarlo bajo su cuerpo.

—Hoy me toca a mí hacerte disfrutar. —Sonrió.

Bajó por su cuerpo y le separó ligeramente las piernas para colocarse entre ellas. Atrapó la gomilla de su *bóxer* con los dientes y la separó de su piel antes de soltarla. Aquel impresionante bulto pedía ser liberado, por lo que atrapando su ropa interior se la deslizó por las piernas para desprenderse de ella. Álex tenía un cuerpo magnífico y aquella zona que la llamaba pidiendo sus atenciones no iba a ser menos.

—Prohibido correrte —le ordenó.

—Esa orden significa que me vas a torturar, ¿verdad? —preguntó Álex con la respiración irregular.

—Un poquito.

Amy sonrió maliciosa y sacó la lengua para lamer la punta de su miembro, consiguiendo que Álex maldijera. Tras saborear su punta, la atrapó con sus labios succionándola levemente antes de deslizar su boca por aquella largura.

—¡Joder, Amy! —bramó Álex con voz ronca y comenzando a respirar con dificultad.

Ella sonrió y le miró. Tenía los ojos cerrados y unas gotas de sudor caían por su frente. Sacó su erección de la boca y comenzó a darle suaves y lentas lametadas con la punta de la lengua por su largura antes de rozarla con los dientes.

Deseoso de más, él alzó las caderas y ella introdujo en su boca de nuevo por completo su erección, regalando al hombre que la había enseñado a vivir oleadas de placer. Amy se excitó más al oírle gemir y cómo de su garganta escapaban sonidos guturales mientras Álex hundía sus manos en su frondoso

cabello para guiar sus movimientos.

—Dios, nena, ¡no pares! —le suplicó— Estoy a punto. Joder, cariño, déjame correrme.

Ante esa suplica, Amy pensó en ceder, pero no. Quería que lo hiciera dentro de ella. Le succionó la punta cuando notó que estaba a punto y se relamió los labios reteniendo su sabor antes de separarse de él para colocarse a su lado tumbada bocabajo y con el culo en pompa. Seductora, separó las piernas. Quería probar esa postura con él.

Álex sonrió de lado al verla y alargó la mano a su mesilla para sacar un preservativo, pero antes de rasgarlo, Amy se lo quitó y lo tiró a su espalda.

—No quiero cosas de por medio, Álex. Quiero sentirte —pidió besándole jadeante—. Estoy limpia y tomo la píldora.

—Definitivamente, quieres matarme. —Le regaló un suave mordisco en el cuello que hizo que ella gimiera—. Yo también estoy limpio —le susurró al oído antes de darle la vuelta para que se tumbara bocabajo.

Amy estaba ansiosa por sentirle en su interior. Su sexo comenzaba a dolerle, pero sabía que aquella molestia valdría la pena. Álex colocó una mano en su cadera para alzarla y ella separó las piernas. Tocó su caliente y húmedo núcleo y metió dos dedos en su interior que hizo que Amy gimiera alto.

—Ya estás preparada para mí.

Siguió moviendo sus dedos en su interior dilatándola antes de sustituirlo por su miembro erecto. Amy notó cómo entraba hasta al fondo y apretó fuerte la almohada mientras jadeaba en cada embestida. Ella también comenzó a moverse para que tocara cada centímetro de su interior y cerró los ojos disfrutando de aquel hombre. Jamás había tenido un sexo tan bueno con un punto de salvaje como aquel.

—Joder cariño, qué bueno.

Álex posó la mano en su plano vientre y notó cómo le ardía. Estar en su interior era el puto paraíso. Su estrechez acogía a su miembro por completo haciéndole sentir un inmenso placer. Hizo que se colocara recta para pegar su pecho a su espalda y con ambas manos comenzó a masajear sus pechos con delicadeza. Rozó con los pulgares sus enhiestos pezones antes de descender una de sus manos para acariciar su clítoris cuando el orgasmo se acercaba.

—Eso es nena, déjame sentir cómo te gusta.

Le besó el cuello y Amy se tensó cuando el clímax invadió todo su ser. Gritó su nombre al sentir cómo él hundía el rostro en su cuello ahogando en él gemidos de placer, y Álex gruñó cuando el orgasmo le alcanzó dejándose ir

en su interior.

Agotados y sudorosos, ambos se detuvieron. Con la respiración entrecortada, Amy se dejó caer en el colchón y Álex se colocó a su lado. Le apartó un mechón de su cabello del rostro y posó una mano en su mejilla para que le mirara.

—¿Todo bien?

—Genial. —Sonrió y rodó para colocarse sobre su cuerpo y besarle—. ¿Cuándo repetimos?

Álex soltó una carcajada y comenzó a acariciar su espalda desnuda.

—Dame tiempo a que me recupere.

Divertida y ansiosa de volver a tenerle en su interior comenzó a besarle el cuello.

—Espero que no sueles tardar mucho.

De un rápido movimiento la colocó de nuevo bajó su cuerpo y le inmovilizó las muñecas por encima de su cabeza.

—Me muero de hambre, pero la luz sigue sin volver, así que, voy a comerte a ti.

—¡Qué rápido te recuperas! —Rio—. ¿Seguro que quieres comerme? Si lo haces, después no querrás que me separe de ti. —Alzó la cabeza para alcanzar sus labios.

Él se quedó pensativo, pero soltándola comenzó a acariciarle desde su barbilla bajando por el centro de sus senos hasta dibujar círculos imaginarios alrededor de su ombligo.

—Creo que estaré encantado de correr el riesgo.

Exhaustos tras un nuevo asalto a la luz de las velas, ambos se separaron y Amy cayó sobre la cama con el pulso acelerado y una sonrisa tonta tras esa sesión de sexo.

Al verla, Álex se colocó sobre ella con cuidado de no aplastarla y rozó su nariz con la suya antes de besarla con una dulzura que hizo que a la joven le temblaran hasta las pestañas y el cosquilleo de su estómago se hiciera más intenso.

—Tenías razón. No quiero que te separes de mí

—¡Qué casualidad! —Le sonrió retirándole un mechón rebelde de la cara—. Me pasa lo mismo contigo.

A pesar de que ninguno quería salir de bajo las sábanas, cuando la luz regresó apagaron las velas y Amy se vistió con la camiseta que Álex le había dejado. Ya era tarde, por lo que pidieron la cena a través de una famosa aplicación y

veinte minutos después ambos devoraban sus hamburguesas acompañas de patatas fritas y de aros de cebolla y, de postre, degustaron un delicioso helado de chocolate.

Esa noche, Amy se quedó a dormir tras las súplicas de Álex y su soborno a base de besos, caricias y nuevos orgasmos.

Al día siguiente, él fue el primero en despertarse cuando los primeros rayos de sol comenzaron a colarse por la ventana. Con los ojos algo hinchados de dormir, giró el rostro y sonrió al ver a Amy desnuda. La sábana solo le cubría hasta la cintura dejando a la vista la piel de su espalda. Los rizos chocolate se extendían a lo largo de la almohada y Álex los apartó con cuidado de no despertarla para darle un suave beso en la nuca antes de depositar otro sobre el tatuaje de su omóplato izquierdo. Le encantaba ver que ese dibujo en su piel por fin tenía un significado.

Amy poco a poco se fue desperezando y hundió el rostro en la almohada antes de estirar su cuerpo y atrapar la sábana entre sus dedos para cubrirse por completo con ella, lo que hizo que Álex sonriera.

—Despierta ya, dormilona. —La abrazó Álex e intentó destaparla, pero ella no le dejó.

—Estoy despierta, pero odio mi cara por las mañanas.

—Seguro que estás preciosa, como siempre.

—No te lo crees ni tú. Además no me puedo levantar —gimió—. Me duelen partes del cuerpo que ni sabía que existían.

Él soltó una leve carcajada recordando el intenso día anterior plagado de emociones, sonrisas, besos y, por supuesto, de horas y horas de sexo.

—Dicen que las agujetas se quitan repitiendo el ejercicio.

Divertido, Álex se metió también bajo las sábanas y notó que su entrepierna también se despertaba al ver el cuerpo desnudo de su chica.

Al sentir cómo Álex comenzaba a acariciarla con la clara intención de continuar con lo de la noche anterior, Amy saltó de la cama con la sábana rodeando su cuerpo y se metió en el baño.

—No, no, no. No pienso permitir que me veas con esta horrible pinta mañanera.

—¡Venga ya! —se quejó, desnudo sobre la cama.

—¡Estoy horrible!

Álex puso los ojos en blanco y sin hacer ruido, entró en el baño en el momento que ella intentaba peinarse el pelo con los dedos.

—Yo te veo jodidamente sexi.

—¡Álex! —le regañó cruzándose de brazos.

Él no se dejó intimidar por su tono de voz y se acercó a ella para quitarle la sábana y cogerla entre sus fuertes brazos para meterla en la ducha. El agua fría empapó la espalda de Amy haciendo que la curvara y chillara con ese contacto, pero comenzó a relajarse cuando empezó a salir caliente.

—Piernas abiertas, nena. Voy a demostrarte lo horrible que estás.

Divertidos, hicieron el amor bajo el agua hasta que, arrugados como una pasa, decidieron poner fin a su arranque de pasión para ir a desayunar.

Regresaron a la habitación para vestirse, pero Amy guardó sus medias y sus bragas rotas en el bolso. Solo la falda de tul blanca que llevaba cubría su mayor intimidad.

—Por cierto, ¿dónde están las bragas que me robaste?

—¿No quedamos que me las regalabas?

—Te dije que me encargaría de que me las devolvieras, así que, allá tú. Si no lo haces, saldré a la calle sin bragas, y con esta falda no descartaría que el viento enseñara lo que escondo.

Eso a Álex no le hizo gracia. Ella era suya por completo y mataría a cualquiera que la mirara con deseo.

—No te atreverás.

—Ayer me rompiste las bragas, ¿crees que llevo algo bajo la falda? —le preguntó maliciosa.

Él gruñó y sacó de un cajón con doble fondo la ropa interior que le robó la noche de su primera cita.

—Gracias. —Le dio un rápido beso en los labios y las guardó en el bolso.

—¿Pero no te las ibas a poner?

—Llevan desde enero en ese cajón. ¿Quieres que se me irrite la pepitilla?

Álex abrió los ojos como platos y negó con la cabeza. Amy sabía cómo salirse con la suya, pero aquello no quedaría así. Cuando bajaron, la cogió de la mano para llevarla a un rincón del portal oculto donde se encontraban los contadores. La aprisionó contra la pared de la habitación y subió su falda hasta colar una mano bajo toda aquella tela.

—Pues si vas a ir así, voy a aprovecharte.

Posó su grande mano en su sexo y con la rodilla hizo que separara más las piernas. Se lo acarició consiguiendo que en segundos volviera a estar mojada.

—Álex —gimió.

—Chss —siseó—. No hables, nena, o nos pillarán.

Separó sus pliegues y comenzó a jugar con aquel sensible botón que le volvía

loco. Amy apretó la mandíbula para ahogar jadeos de placer y miró por encima de su hombro por si alguien venía. Si les pillaban, se moriría de vergüenza. Se ciñó más a él cuando introdujo un par de dedos y se movió sobre su mano hasta que se corrió.

—Eres insaciable —consiguió decir Amy.

—Contigo, siempre. —Sacó la mano de bajo su falda—. Lo siento, cariño. Pero no puedo acompañarte a casa. —Presionó su erección contra ella—. Me espera una ducha bien fría.

Ella sonrió y se despidió de él con un beso. Le temblaban las piernas tras aquel nuevo orgasmo y estaba segura de que sus mejillas estarían sonrojadas, pero le dio igual. Ella era feliz.

[6](#) - *Crazy in love*, Sofía Karlberg. Versión de la película Cincuenta sombras de Grey.

[7](#) - Salto con una pierna extendida adelante y la otra atrás.

[8](#) - *Can I have this dance*, Zac Efron y Vanessa Hudgens, High School Musical 3.

Capítulo 27

El timbre de la puerta de Álex no dejaba de sonar. Quienquiera que estuviera al otro lado de ella tenía bastante interés en que le abriera.

Era domingo por la mañana de mediados de mayo. Esa semana los estudiantes llenaban el London junto con sus apuntes y portátiles. Llegaba la recta final del curso y con ello, exámenes y trabajos que debían entregar en apenas unos días.

Su relación con Amy iba viento en popa. La suerte de trabajar en el mismo lugar, hacía que pudieran verse todos los días. Todo el trabajo que tenían a diario no les impedía robarse algún que otro beso y darse arrumacos sin importar quién les mirara.

Los viernes acababan agotados y lo que ambos deseaban era desplomarse sobre una cama y es lo que hacían, aunque no cada uno en la suya, sino que se iban turnando para ir a la casa del otro, donde la pasión les invadía y tras sus asaltos se quedaban profundamente dormidos.

Ese fin de semana, Amy se encontraba en casa de Álex. El timbre los había despertado y, perezosos, miraron el reloj. Solo eran las diez de la mañana y necesitaban descansar tras la energía gastada durante toda la semana. Al ver la insistencia del llamante, finalmente Álex se levantó tras darle un beso en la mejilla a Amy que volvía a cerrar los ojos para intentar dormirse.

Corrió la llave y abrió la puerta sin importarle su pelo despeinado y su cuerpo desnudo a excepción del *bóxer* blanco que llevaba. Suspiró al ver a su hermana al otro lado. ¿Qué querría ahora? Aunque se sorprendió al no ver a María con ella. Se fijó en el rostro de Raquel. Tenía los ojos rojos e hinchados y restos de las lágrimas que habría derramado por sus mejillas.

Preocupado, la cogió de la mano e hizo que entrara en casa, donde su hermana se derrumbó y le abrazó mientras lloraba sobre el hombro de su hermano.

—Raquel, por Dios, ¿qué ocurre? ¿Le ha pasado algo a María?

—No, no —tartamudeó mientras se separaba de él y se secaba las lágrimas

con la palma de la mano—. Es que... no sé cómo ha pasado... bueno sí lo sé, no soy idiota, pero creía que por una vez no iba a pasar nada y... y... ¡pum! Va y da en la diana y ahora... ahora... ¡no sé qué hacer! —Volvió a sollozar abrazando a su hermano quien la miraba sin entender nada.

—A ver, hermanita. O hablas claro o no sabré qué demonios te pasa. ¿Dónde está María?

—Se la quedó mamá este fin de semana mientras yo me iba con Santiago a una casita rural y Dios, qué desastre de fin de semana. Hemos tenido que volver antes de lo previsto.

—¿Te ha hecho algo? —le preguntó comenzando a cabrearse. Santiago le había parecido un buen hombre, pero le partiría la cara si le había tocado un solo pelo a su hermana.

—¡¡No!! —gritó Raquel separándose—. ¿Cómo puedes pensar eso? Santiago es un cielo conmigo y con María.

Álex se sentó en el sofá y esperó a que su hermana se pusiera a su lado. Estuvieron varios minutos sin hablar, hasta que su hermana sacó algo del bolso y se lo dio. Parecía una especie de termómetro blanco y rosa. En la pantalla se podían distinguir dos rayitas rosas.

—¿Qué significa esto? —le preguntó mostrándoselo.

—Que María ya no será la pequeña de la familia. —Rio Raquel sin pizca de humor.

—Hermanita, ¿estás preñada? —le preguntó ganándose una colleja.

—¡Preñadas están las vacas, yo estoy embarazada!

—Vale, vale, joder. —Se rascó la nuca.

—Me he pasado el fin de semana vomitando y el pobre Santiago no se ha separado de mí en ningún momento. Comencé a hacer cuentas y en cuanto hemos llegado he ido a una farmacia de guardia y este es el resultado.

Álex suspiró y arrojó el predictor a la mesa de cristal de su salón.

—¿Lo sabe?

—Aún no. No sé qué hacer, Álex. Solo llevamos juntos cuatro meses. Y la última vez que me pasó esto, casi me matan y...

Se tapó el rostro recordando ese horrible momento. Al verla, Álex la abrazó y le acarició el cabello. Estaba más que convencido de que Santiago nada tenía que ver con Alfonso, el ex de su hermana.

—Raquel no pienses en eso, porque sabes que esta vez es diferente. Tienes que decírselo.

—No puedo. Lo más probable es que esconda el rabo entre las piernas y se

desentienda.

Álex suspiró. Desde lo ocurrido con Alfonso, su hermana siempre creía que los hombres, ante un imprevisto como aquel, se desentenderían para seguir viviendo la vida loca.

—Hermanita, si me ocurriera a mí, ¿crees que haría eso? ¡Y también soy un tío!

—No, pero porque si renegaras de tu propio hijo te arrancaría los pelos de las pelotas uno a uno.

—¡Vaya, gracias! —se mofó divertido—. Organiza una cena para los dos el sábado que viene. Yo me quedo con María y se lo cuentas en un ambiente relajado.

—Está bien. La haré en mi casa, pero que esté María. Así evitaré que me monte un pollo, porque te juro, Álex, que no lo soportaría.

Raquel vio cómo su hermano se levantaba para ir a la cocina y poner en marcha la cafetera, y le siguió cuando él le hizo un gesto con la cabeza para que lo hiciera. Ella se apoyó sobre la encimera mientras se acariciaba instintivamente su vientre.

—No lo haré. Pero debes ser sincera, hermanita.

—Lo sé. Esta semana iré al médico y dependiendo de cómo se lo tome Santiago, tomaré una decisión.

Una nueva lágrima resbaló por el rostro de su hermana. Era una mujer alegre que siempre estaba de buen humor y regalando sonrisas. A Álex le mataba verla así. Le ofreció una taza de café, pero esta la rechazó y arrugó la nariz en una mueca desagradable. El olor le producía náuseas y tenía el estómago completamente cerrado. Al ver el gesto de su hermana, él le apartó la humeante taza.

—Todo saldrá bien, hermanita. Y no tienes que tomar una decisión que no quieras. Sabes que mamá y yo te ayudaremos con todo.

—Mamá aún no lo sabe. Solo tú. Prométeme que me guardarás el secreto hasta que hable con Santiago.

Álex asintió y le tendió un pañuelo de papel a su hermana para que se limpiara los restos del maquillaje que corría por su cara. Tras unos minutos donde Raquel se quedó más tranquila, los hermanos se despidieron. Él se ofreció a llevarla a su casa. Le preocupaba que condujera en su estado, pero ella rechazó su ofrecimiento argumentándole que estaba bien y que le mandaría un mensaje cuando llegara.

Álex volvió a la cocina preocupado y fue preparando el desayuno. Quería

llevárselo a Amy a la cama, pero no le dio tiempo. Sus delgados brazos le rodearon la cintura por la espalda y notó cómo depositaba un beso sobre su omóplato. Estaba tan absorto que no la había oído entrar.

—Buenos días.

—Buenos días, Angelillo. —Giró el rostro para darle un beso en los labios—. Iba a llevarte el desayuno a la cama, pero me has chafado la idea —le dijo divertido.

Sin ningún disimulo, él la desnudó con la mirada. Había cogido la costumbre de ponerse sus camisetas que le ocultaban la ropa interior. Aunque Álex no tenía queja alguna. Le encanta verla así.

Al oírle, ella alzó las cejas y salió de la cocina para meterse de nuevo en la cama con Lennon tumbado a su lado.

—¡Te espero! —le gritó desde el dormitorio.

Álex sonrió y colocó en una bandeja, el café, zumo de naranja, algo de fruta y unas tostadas con mermelada de melocotón. Fue a la habitación y frunció el ceño al ver a su perro en su cama mientras Amy le proporcionaba atenciones.

—Amy, ¿qué te he dicho sobre Lennon y mi cama?

—Se sube él y me mira con esa carita que no puedo bajarle. ¡Déjale!

—Luego vas a limpiar tú los pelos.

Al ver que su dueño iba a sentarse donde él estaba, Lennon bajó de la cama y volvió a subir al oler el delicioso aroma que desprendía la comida. Esta vez, Álex lo cogió del collar y le sacó de la habitación para que les dejara desayunar tranquilos.

Amy cogió una tostada y le dio un gran mordisco antes de darle un sorbo al zumo.

—¿Estás bien? —le preguntó ella al verle ausente mientras le acariciaba la nuca.

—Sí, ¿por qué lo dices? —La miró forzando una sonrisa.

—He oído lo que tu hermana y tú habéis hablado. Te juro que no quería espiar ni nada de eso, pero los Sainz veo que tenéis la costumbre de hablar muy alto. —Le sonrió.

Él asintió consciente de que tenía razón y volvió a clavar su mirada en las sábanas.

—No suelo ver a mi hermana en esa tesitura y me mata, la verdad.

Amy siguió acariciándole la nuca subiendo sus dedos por su pelo enredándolo en él. Sabía que eso siempre le relajaba. Con cuidado, soltó la tostada sobre la bandeja antes de dejarla en el suelo para poder acercarse más

a él sin derramar nada.

—Álex, quiero que, pase lo que pase, también contéis conmigo para lo que necesitéis, ¿vale? Os debo mucho a todos.

Él sonrió de lado y le retiró un mechón tras la oreja.

—No nos debes nada. Que ahora estés así es una gran recompensa para todos. Créeme.

—En la vida podré agradecerérselo lo suficiente.

—Simplemente no resucites a la antigua Amy. —La atrajo hacia él para besarla sentándola sobre su regazo.

Tras desayunar entre más confidencias, besos y caricias, se levantaron de la cama y entre los dos fregaron los cubiertos que habían utilizado, con Lennon a sus pies esperando que a él le dieran algo.

—Cielo, ¿sabes que hoy abren todas las tiendas del centro comercial?

—Sí, ¿y?

—Pues que ahora mismo me vas a acompañar a comprar bragas. Desde el día de mi cumpleaños mi cajón de la ropa interior ha bajado considerablemente.

Él soltó una carcajada. Casi siempre que hacían el amor, Álex le rompía la ropa interior a pesar de las amenazas de Amy. Le encantaba ver la cara que ponía cuando lo hacía.

—Odio ir de compras.

—¡Qué pena! Pero eres el responsable, así que... ¡no te queda otra! —Le sonrió de forma inocente.

—Está bien, pero necesito mi camiseta. —Se la señaló—. Casualmente, quería ponerme esa que llevas hoy.

Amy, consciente de lo que en realidad quería, le miró seductora y lentamente comenzó a quitársela quedando desnuda ante él a excepción del tanga rosa que llevaba. Al ver cómo Álex la miraba embobado, se la tiró a la cara divertida y le dio la espalda para caminar hasta el dormitorio.

Álex, disfrutando del espectáculo que le ofrecía, se acercó a paso ligero hasta ella y le dio la vuelta para apoyarla en la pared. Colocó sus dos fuertes brazos a sendos lados de su cabeza y se inclinó para devorar su boca antes de alzarla en el aire. Amy enredó sus piernas entorno a su cintura y él aprovechó para romperle la ropa interior. Al notar que la tela se rasgaba, ella golpeó sus nalgas con los talones.

—¡¡Álex!! —Le miró enfadada.

¡Siempre le hacía lo mismo! Y parecía darle igual la corta conversación que acababa de mantener

—Vas a comprarte ahora más, ¿qué más te da?

Ella no pudo evitar sonreír y puso los ojos en blanco.

—Está bien, pero la mitad de lo que me cueste, lo pagarás tú —le advirtió antes de volver a juntar su boca con la de él.

Una hora después se encontraban paseando de la mano por los pasillos del amplio centro comercial. A pesar de solo querer comprar ropa interior, Amy arrastró a Álex por diversas tiendas donde estuvo mirando ropa para el verano que estaba a punto de llegar. Como podía, él aguantaba que Amy decidiera qué ropa comprar. Ella le torturaba exhibiéndose en los probadores y enseñando más de lo que debería mientras él le daba su opinión. Si seguía así, el día de compras se acabaría pronto, pues la cogería y la llevaría de vuelta a su cama. ¡Esa chica se había convertido en su obsesión! Con varias bolsas en la mano, por fin realizarían la última parada en la famosa tienda de ropa interior que anunciaban en la televisión.

Amy le tendió las bolsas a Álex y comenzó a coger varios conjuntos para probárselos de todos los colores, pero sobre todo, con adornos de encaje. A ella le encantaban de ese estilo. Los veía sexis y femeninos y, por cómo Álex los observaba con gesto pícaro, supo que a él también.

Se les había hecho tarde y a esas horas solo estaban ellos y la dependienta en la tienda. Álex se sentó en una especie de sillón redondo sin respaldo que había frente a los probadores y esperó a que Amy se decidiera.

—Álex estoy en duda. Dime que te parece este.

Amy descorrió las cortinas y se mostró ante él sin ningún tipo de pudor con un sujetador marrón oscuro y manchas negras a modo estampado de leopardo a conjunto con el tanga. Despacio, dio una vuelta de 360 grados para que la mirara desde todos los ángulos y sonrió cuando le oyó resoplar.

—Nena, estás jugando con fuego —le advirtió deseoso de meterse en ese probador y arrancarle ese conjunto.

Amy tenía un cuerpo de escándalo trabajado con sus años en la danza. Curvas donde había que tenerlas, pechos más bien normalitos pero preciosos, y unas piernas largas y torneadas. Era como una diosa. Y lo más importante, era suya.

—¿Entonces no te gusta? —le preguntó coqueta.

—Me gusta, pero estarías mejor sin él.

Amy puso los ojos en blanco y volvió a correr la cortina para probarse otro conjunto. A cada cual que se probaba, se lo mostraba a Álex para que le diera su opinión y tuvo que aguantarse la risa al ver cómo él sudaba y se cruzaba

de piernas para ocultar el bulto de su entrepierna.

—Respira. Que este es el último.

«Al fin», pensó Álex dando gracias al cielo. Deseaba largarse de allí para secuestrarla y atarla a la cama. Le haría pagar toda esa tortura.

Cuando Amy salió del probador, su chico se quedó con la boca abierta. Llevaba un conjunto negro con transparencias que no dejaba nada a la imaginación. Los pezones se le marcaban a través de la tela y la braga que llevaba dejaba a la vista la piel de su perfecto trasero. Tenía adornos rosas en los bordes y dos tiras que salían de la cinturilla de la parte de abajo a modo de ligueros.

—¿Qué te parece?

Álex no pudo hablar. Se había olvidado de cómo se hacía.

—¿Tu silencio significa que no? —Jugó con un mechón de su cabello.

—Quítate eso si no quieres que te lo rompa.

Ella alzó las cejas y no tuvo tiempo de reaccionar cuando Álex se levantó y se metió en el probador con ella antes de cerrar las cortinas. La agarró de las nalgas y la alzó para apoyarla sobre el espejo que había mientras su lengua se enredaba con la de ella. Amy gimió sobre su boca y comenzó a desabrocharle el botón del vaquero.

«¿Pero qué estoy haciendo?», se preguntó la joven, siendo consciente de donde estaban.

—Álex, no podemos... aquí no —jadeó mientras él bajaba la copa del sujetador y comenzaba a jugar con su pezón con la boca.

—¿Nunca lo has hecho en un lugar público? —dijo mientras rodeaba su rosado pezón con la lengua endureciéndolo con el contacto mientras le pellizcaba el otro con dos dedos.

—Sí, pero...

Amy no terminó la frase cuando él rompió las bragas que llevaba. Ella iba a protestar sorprendida, pero no pudo decir nada. Álex buscó el punto más sensible de su cuerpo y comenzó a acariciarlo en círculos con dos dedos notando lo húmeda que estaba.

—¡Oh Dios! —gimió ella escondiendo el rostro en su cuello para no gritar. La dependienta estaba a apenas unos metros de ellos.

—Nena, me encanta oírte gemir, pero creo que a la dependienta no le hará mucha gracia. —Le regaló un mordisco en su pezón—. Y pienso follarte hasta que me supliques que pare.

—Pues ponte a ello, porque jamás te lo pediré —dijo Amy antes de romperle

el botón de los vaqueros sorprendiéndole.

Como pudo, consiguió bajarle los pantalones y los calzoncillos con ayuda de sus pies y cogió su erección para guiarla a su interior. Le necesitaba ya.

Álex se hundió en ella de una profunda estocada y atrapó su boca con la suya para evitar que un sonoro grito saliera de su garganta. Le agarró de las nalgas y la empotró contra el espejo para que sus embestidas fueran profundas y certeras.

—Date prisa —le pidió Amy vigilando que la dependienta no abriera la cortina y moviendo las caderas sobre él.

—Mírame a mí, cariño.

Ella obedeció y fijó su mirada en el azul oscuro de sus ojos. Su cuerpo se estremecía con su contacto y notaba que las piernas le temblaban. Si Álex no la tendría cogida, se habría desplomado en el suelo.

Olas de placer les sacudían y no dejaron de mirarse cuando el clímax les invadió y se dejaron llevar por esa maravillosa sensación.

Sudorosos chocaron sus frentes mientras sus respiraciones entrecortadas volvían a la normalidad.

—Creo que... —comenzó a decir Álex aún sin soltarla—, deberíamos comprar todos los conjuntos.

Amy rio y asintió antes de robarle un beso. No se cansaría nunca de hacerlo y si de algo se arrepentía, era de haber atrasado algo que iba a suceder irremediablemente. Los sentimientos de ambos estaban a flor de piel, aunque aún no sentía la confianza necesaria para expresarlo con palabras. Solo esperaba que Álex viera lo importante que era para ella a través de cada gesto, de cada beso y de cada caricia que le propiciaba.

Una vez repuestos, fueron a la caja para pagar lo que había elegido y la dependienta les miró con cara de pocos amigos al ver que uno de los conjuntos estaba roto. No era ni idiota ni sorda, y sabía perfectamente lo que habían hecho en su tienda, pero decidió dejarles y callar.

Amy salió de allí roja como un tomate. La cara de la dependienta era como un libro abierto. Cogieron comida para llevar y regresaron a casa de Álex.

—¿Sabes qué? —Ella le miró mientras se desprendía de la cazadora y la dejaba en el perchero—. Si todas las compras van a ser así, por mí podemos ir todas las semanas.

—Lo que ha pasado en la tienda, ¡no volverá a ocurrir! —le advirtió—. ¿Has visto la cara que tenía la dependienta?

—¡Para enmarcarla! —le siguió el juego—. ¿Te arrepientes?

Ella negó y se acercó a él para abrazarse a su cuello.

—Para nada, ¿y sabes por qué?

—Sorpréndeme.

—Porque quiero vivir mil momentos contigo.

Capítulo 28

Raquel tenía los nervios a flor de piel. Con ayuda de María, comenzó a poner la mesa para la cena en la que le iba a contar a Santiago que iba a ser padre. Estaba aterrada y su mente no podía evitar imaginarse lo peor. No soportaría perderlo. Todavía no se lo había dicho, pero lo amaba más que a su vida. Estaba convencida de que él era el hombre que llevaba años esperando. La hacía feliz, a ella y a su hija, era encantador, divertido, guapo y, en la cama, toda una máquina.

Con cuidado, sacó del horno el pollo que había preparado y quitó de la sartén el pisto para acompañarlo. A María, al contrario que muchos niños, le encantaba la verdura y, sin que su madre la viera, cogió un trozo de patata con los dedos para metérselo a la boca.

—¡María! Te he dicho mil veces que así no se come. Además, hay que esperar a que llegue Santiago —la regañó su madre dejando la comida en el centro de la mesa.

—Jo mami, es que tengo hambre —se quejó la pequeña cruzándose de brazos.

—Cielo, no creo que Santiago tarde en llegar.

Tras decir esto, el timbre de la puerta sonó y María corrió hacia ella para abrirla y lanzarse a los brazos del novio de su madre que la cogió para besuquearle la mejilla.

—Princesa, ¿qué te he dicho sobre abrir la puerta sin preguntar? —le dijo Santiago sin perder su espectacular sonrisa.

Aún con María en sus brazos, Santiago entró en la casa y cerró la puerta con el talón.

—Pero si sabía que eras tú —le rodeó el cuello con sus pequeños bracitos—. ¿Por qué no has venido en toda la semana? —le preguntó con los labios fruncidos.

—Tenía mucho trabajo, pequeña y sabes que mami ha estado malita, así que la he dejado descansar, pero este fin de semana vamos a pasarlo los tres

juntos, ¿vale?

—¡¡Sííí!! —gritó emocionada—. ¿Podemos ir en bici a La Grajera? Así me sigues enseñando andar sin las ruedas pequeñas.

—¡Por supuesto!

La dejó en el suelo y se dirigió al salón donde Raquel le esperaba con una sonrisa, aunque la notaba rara. No se había movido desde que él había aparecido. La contempló y le devolvió la sonrisa. Estaba preciosa con aquel juvenil vestido marrón y una fina chaqueta de color crema a juego con los botines de flecos que llevaba. Esos días separado de ella habían sido una terrible tortura. La había echado mucho de menos y, al recibir su llamada para cenar los tres en su casa, supo que había llegado la hora de tomar la decisión más importante de su vida.

—Hola, cariño —la saludó acercándose a ella para darle un suave beso en los labios—. ¿Cómo te encuentras? —se preocupó acariciándole la mejilla con ternura.

—Mejor, pero, ¿por qué no nos sentamos a cenar? Si no María nos dejará sin comer —señaló a su hija que volvía a robar otro trozo de patata.

Los tres se sentaron en la mesa y Santiago se encargó de colocarle la servilleta en el cuello a María para que no se manchara y le cortó el pollo en pequeños trocitos. Al ver esa escena tan familiar, a Raquel se le humedecieron los ojos. Jamás había vivido algo tan simple como aquello, y ver a su hija y a Santiago en esa tesitura le hizo sentirse querida y que, por fin, el sueño de vivir en su hogar con su hija y un buen hombre que la amaba se hacía realidad.

Sin poder controlar más las lágrimas, emitió un pequeño sollozo que hizo que su hija y Santiago la miraran.

—Cariño, ¿qué te ocurre? —le preguntó él preocupado.

—Mami, ¿por qué lloras?

«Ay Dios, las hormonas», pensó Raquel antes de sonreírles a ambos para que se tranquilizaran y notando cómo sus miedos desaparecían ante la noticia que le tenía que dar a Santiago.

—Siempre había deseado formar mi propia familia. Y tras lo que me ocurrió hace años, pensé que jamás viviría un momento tan familiar como este.

—Somos una familia, mi amor —le dijo Santiago cogiéndole de la mano—. Sé que no hace mucho que estamos juntos, pero quiero ser el hombre perfecto para ti y un padre para María, si ambas me lo permitís, claro. —Le sonrió nervioso.

La pequeña al oírle, abrió la boca y los ojos como platos.

—¿Quieres ser mi papi? —le preguntó emocionada.

—Me encantaría, princesa. Pero solo si tú quieres que lo sea.

Feliz, la pequeña saltó de la silla y se colocó en el regazo de Santiago para abrazarle con todas sus fuerzas.

—¡Sí, sí, sí! Eres mi papi, porque me quieres y me enseñas muchas cosas como los papás de mis amigas del colegio, pero sus papás no son tan guapos como el mío. —Le dio un beso en la mejilla.

Raquel les miró sin dejar de llorar por la emoción. Desde que María tenía tres años, siempre había querido tener un padre como el resto de los niños. Raquel, en ocasiones, la miraba entristecida porque quizá aquello no ocurriría nunca. Y ahora, ahí estaba el hombre de su vida deseando convertirse en el padre de su hija.

Él se puso en pie y le tendió la mano a Raquel para que ella también lo hiciera. Rodeó con su fuerte brazo los hombros de la mujer de la que estaba completamente enamorado y los tres se fundieron en un abrazo lleno de amor y futuro.

—Santiago... —susurró Raquel mirándole—. Tengo que decirte algo...

Al ver la expresión de su rostro, el policía dejó a María en el suelo para que volviera a sentarse en su silla, antes de que Raquel le cogiera de la mano y le llevara a la cocina. Lo mejor era contárselo a solas.

—Verás... ya sabes lo que me ocurrió con Alfonso y... bueno... desde entonces vivo con miedo al futuro y...

—Chss —le siseó cogiéndole del rostro. Meses atrás, ella le había contado lo ocurrido con ese desgraciado y le juró que nadie la volvería a tocar—. Escúchame. Te quiero. Y quiero a María. Sois lo que he buscado en mis treinta y tres años de vida y no pienso perderos por nada del mundo. No tengas miedo, mi amor, porque mi único deseo es hacerte feliz y que me ames al menos la mitad de lo que yo te amo a ti.

Despacio se puso de rodillas y sacó de su bolsillo una caja de terciopelo oscuro que guardaba un precioso anillo formado por un único diamante tallado en forma de corazón.

—Dios mío... —susurró Raquel llevándose una mano al pecho para frenar los intensos latidos de su corazón.

—Raquel, ¿quieres casarte conmigo?

Ella quería gritar que sí, que era lo que más deseaba en el mundo, pero no podía aceptar hasta que ella le contara la verdad.

—Santiago yo...

—Es demasiado pronto, ¿verdad? —Un tanto avergonzado, volvió a ponerse de pie y se rascó la nuca—. Lo siento, quizá, debería irme.

—¡No! —gritó Raquel reteniéndole—. Yo también te amo, más que a nada, pero aún no puedo aceptar. Primero debes saber algo.

—Dime. —Trago saliva un tanto nervioso.

—Estoy embarazada... —se sinceró sin rodeos.

Durante unos segundos, el silencio inundó la cocina. El pulso de Raquel estaba disparado y el color había desaparecido del rostro de Santiago.

—¿Qué? —consiguió decir.

—El pasado fin de semana, en la casita rural, los vómitos, el malestar, eran debido a eso. Aún no lo sabía, pero lo sospeché cuando estábamos de vuelta porque me puse a hacer cuentas —le explicó sentándose en una silla. Le temblaban tanto las piernas que temía caerse—. Cuando me dejaste en casa, fui a una farmacia y compré un test. Dio positivo. No te dije nada porque antes quería asegurarme y el médico me lo confirmó. Estoy de cinco semanas.

—¿Voy a ser padre?

Raquel solo pudo asentir y bajar la mirada, pero antes de que pudiera volver a alzarla, Santiago ya la levantaba para abrazarla y besarla con todo el amor que sentía por ella.

—Acabas de hacerme el hombre más feliz del mundo, cariño.

—¿De verdad?

—¡Por supuesto!

—Dios, ¡cómo te quiero! —le besó ella intensamente en los labios.

—Entonces, ¿ya puedes casarte conmigo?

Raquel sonrió y asintió con la cabeza antes de que Santiago colocara el anillo en el dedo anular.

—¡Vayamos mañana al ayuntamiento y hagámoslo! —le pidió él, enamorado.

—¿Qué? ¡Ni hablar! —Sonrió Raquel—. Quiero una boda decente pero sencilla. Con las personas más cercanas, con un vestido de princesa y con mi niña llevando los anillos.

Santiago sonrió y agachó la cabeza para darle un suave beso.

—Está bien, pero en verano ya quiero que seas mi mujer.

—Creo que en dos meses podemos preparar exactamente lo que deseo.



Mientras Raquel y Santiago celebraban su próxima unión, en el piso de Álex, Amy y él se besaban con pasión en el sofá. Habían comenzado a ver una película los dos abrazados y compartiendo las palomitas, pero era imposible que estuvieran juntos más de cinco minutos sin tocarse o besarse. La película seguía su curso, pero ninguno de los dos le prestaba atención. Amy se colocó a horcajadas sobre su regazo y comenzó a besarle el cuello mientras acariciaba cada centímetro de sus abdominales.

—Joder, nena. No te haces una idea de cómo me pones.

Álex hizo otro tanto y metió las manos por el pantalón corto de algodón gris que llevaba y comenzó a masajear sus nalgas. ¡Le volvían loco!

—Tienes un problema con mi culo. Estás obsesionado.

—No tengo ningún problema. Toco lo que es mío.

Ella se separó unos centímetros para mirarle y alzó las cejas.

—¿Cómo que tuyo? —le preguntó divertida.

—Mío —recalcó—, como lo son estas dos también —dijo inclinándose para morder sus pezones por encima de la camiseta básica de tirantes blanca que llevaba.

—Entonces... ¿esto es mío no? —Rodeó su entrepierna con su mano sin ningún tipo de pudor.

—Todo yo soy tuyo, nena.

Excitado la atrajo más hacia él para que notara su deseo y gruñó cuando ella comenzó a frotarse sobre él.

—La ropa fuera, ¡ya! —ordenó.

Divertida, Amy se deshizo de la camiseta quedando desnuda ante él de cintura para arriba y Álex atacó sus pechos con ansia. Ella notaba cómo sus bajos se humedecían a cada segundo que pasaba.

—Álex, o te desnudas o hago con tu ropa lo que tú haces con mis bragas.

Él sonrió y comenzó a hacer lo que le pedía cuando el interfono sonó. Maldijo en voz alta y miró a Amy con ojos de disculpa. Ella le sonrió indicándole que no pasaba nada y se separó de él antes de recuperar su camiseta.

Al escuchar a su hermana al otro lado del telefonillo, Álex abrió preocupado. Sabía que esa noche había quedado para cenar con Santiago para contarle lo de su embarazo. Temía que no hubiera salido bien.

Raquel consiguió llegar al cuarto piso casi sin poder respirar con su hija de la

mano. Álex le fue a preguntar qué ocurría, pero calló al ver cómo su hermana alzaba una mano para que esperara mientras recuperaba el aliento.

Antes de hablar, se agachó para besar a María en la mejilla y le entregó la mochila de *Hello Kitty* rosa que siempre llevaba cuando se quedaba a dormir en casa de su tío.

—Dile al tito que te dé de cenar. Mañana por la tarde vengo a buscarte cariño.

—¿Qué?! —bramó Álex—. Hermanita, ni de coña. Amy está esperándome en el salón para acabar lo que has interrumpido.

—¿Está Amy? ¡¡Bieeen!! —gritó feliz María entrando al piso de su tío.

—Hermanito, todo genial con Santiago, el lunes te cuento. Al final no hemos cenado por lo que dale algo a tu sobrina antes de que se duerma. Vendré mañana a las seis a por ella. ¡Adiós!

Álex la cogió de la muñeca para detenerla. Ni en sueños iba a quedarse con ese dolor en la entrepierna.

—¿Qué no, hermana! Esta noche no, que está Amy.

—¿Y qué? Ambas se adoran.

—Porque quiero follar y estábamos a punto de hacerlo, ¿te vale la respuesta?

—Oye guapo, que yo también tengo derecho a echar un polvo y con la niña estoy limitada, así que hoy te quedas tú sin mojar el cirulo.

—¿Esta me la pagas! —le amenazó.

—Que sí, que sí...

Raquel desapareció escaleras abajo y Álex cerró de un portazo. Cuando regresó al salón, María se encontraba en el regazo de Amy mientras le contaba cómo había avanzado con el baile que estaba haciendo con las zapatillas que le regaló por su cumpleaños.

Amy alzó la cabeza hacia su chico y le guiñó un ojo al verle tan tenso por la visita inesperada de su hermana.

—¿Os apetece una pizza?

—¿Con mucho queso, tito? —le preguntó María.

—Como la quieras, enana. Tengo masa para que nosotros le pongamos los ingredientes que queramos. ¿Me ayudáis?

Ambas se levantaron de un salto del sofá y siguieron a Álex a la cocina. Amy cogió una banqueta y la colocó cerca de la encimera para que María llegara.

Con una cuchara, expandieron el tomate por la masa redonda y la pequeña cogió un poco con el dedo para mancharle la mejilla a Amy. Ella la miró con la boca abierta y se hizo la enfadada colocando los brazos en jarras mientras

María se reía.

—¿Le has manchado la cara a mi novia, pequeñaja? —preguntó Álex haciendo que un cosquilleo recorriera el cuerpo de Amy al llamarla por ese nombre.

—Pero solo un poquito.

—¿Un poquito así? —dijo manchándole la punta de la nariz con el tomate.

María se limpió con la mano el tomate mientras su tío y Amy reían. A esta última se le ocurrió una idea y se manchó los labios con el tomate a modo de pintalabios antes de hacer lo mismo con Álex. Al ver que la miraba sorprendido, ella le señaló las mejillas de María y cuando en silencio, contaron hasta tres, ambos le plantaron un beso en los mofletes.

—¡Qué cochinos! —les dijo la niña—. Me habéis manchado la cara entera.

Sin dejar de sonreír, Amy la limpió y entre los tres comenzaron a echarle los ingredientes a la pizza. Una vez metida en el horno, regresaron al salón donde su sobrina le obligó a poner de nuevo la película de *High School Musical 3*. Álex puso los ojos en blanco y miró a Amy. Ella le sonrió recordando lo que le contó el día de su cumpleaños sobre su sobrina, aquella película y ellos dos.

—Amy, Amy, ¿sabes qué?

—Dime.

—En esta película sale una canción muy bonita y le dije a mi tito que cuando lloviera la tenía que bailar contigo.

—¿Te cuento yo otra cosa? —se giró para mirarla mejor. La pequeña estaba en el centro del sofá en medio de los dos—. Tu tito cumplió la promesa que te hizo y ya la hemos bailado bajo la lluvia.

A la pequeña se le iluminaron los ojos al escuchar lo que le decía y comenzó a saltar sobre el sofá hasta que oyeron cómo algo se rompía. Los tres giraron la cabeza hacia la cocina, lugar de donde se había producido el estruendo y se levantaron. Sentado y moviendo la cola, Lennon les miraba como si no hubiera roto un plato en su vida, aunque frente a sus patas, se encontraba los restos del plato que contenía el beicon restante.

Lo habían dejado sobre la encimera para recoger todo después, pero el perro decidió intentar comerse lo que habían dejado a su alcance.

—No te voy a decir nada, porque sé que lo que te diga te entra por una oreja y te sale por la otra —suspiró Álex sacando de un armario la escoba y el recogedor—. María, vete con Amy a la habitación para ir poniéndote el pijama.

De la mano, fueron a la habitación de Álex y Amy ayudó a la pequeña a cambiarse de ropa. Cuando ya estuvo lista, corrió al salón para seguir viendo la película mientras ella le doblaba la ropita y la guardaba en la mochila.

—Lo siento. No contaba con cuidar hoy de mi sobrina —se disculpó Álex apoyándose en el quicio de la puerta.

Desde la llegada de su sobrina no había podido hablar a solas con ella.

—No te preocupes, cariño. —Se acercó a él para abrazarle por la cintura y mirarle a los ojos—. Sabes que tu sobrina me tiene robado el corazón. —Le sonrió.

Él frunció el ceño y la pegó más a su cuerpo.

—¿Y yo no te lo tengo robado? Aunque sea un poquito —le preguntó deseoso de que se abriera a él.

—Ambos me lo tenéis robado, solo que de distinta manera.

Ella se puso de puntillas para besarle y se abrazó a su cuello para profundizar más el beso.

—Mi vida gira entorno a ti, Álex. Eres mi vida, mi felicidad y mi todo y no quiero imaginarme pasar un día sin ti.

Él sonrió feliz al escucharla y la abrazó hundiendo su rostro en su cuello para depositar en él un suave beso.

—Yo tampoco. Prométeme que nunca desaparecerás de mi vida.

—Te lo prometo. ¿Me prometes que tú no lo harás de la mía?

Él sonrió y dijo antes de besarla:

—Te lo prometo, amor.

El timbre del horno comenzó a sonar y Álex corrió por el pasillo para apagarlo y sacar la pizza. La devoraron entre los tres y, al acabarla, María se quedó recostada sobre Amy viendo la película hasta que finalmente se quedó dormida.

Con cuidado de no despertarla, la cogió en brazos y la llevó hasta la habitación que le indicó Álex. Era el mismo cuarto en el que estuvo el día que atropellaron a Lennon, pero era la primera vez que se fijaba en él con detenimiento. Era más pequeño que el cuarto de Álex. Tenía una cama individual pegada a la pared y un armario al lado de la ventana. Al igual que el resto de la casa, era de color blanco, pero la pared tenía dos finas rayas rosas que le daban un toque más moderno a juego con las almohadas repartidas por toda la cama. Amy sabía que esa habitación estaba pensada para María.

Como pudo, retiró las sábanas y la dejó con cuidado antes de tapparla. No

pudo evitar sentarse para observarla recordando cómo su padre hacía lo mismo con ella. Despacio, le acarició los bucles rubios y se inclinó para darle un suave beso antes de salir de la habitación cerrando la puerta.

Caminó por el pasillo y se fijó en que Álex no estaba en el salón, aunque sonrió al ver a Lennon dormido en su cama. Casi nunca la usaba, prefería la cama de su dueño o el sofá. Poco a poco Álex comenzaba a conseguir que durmiera en el lugar que le correspondía.

Oyó cómo su chico trasteaba en la cocina y entró para verle meter los últimos platos en el lavavajillas antes de cerrarlo y pulsar el botón para que comenzara su función.

—Ahora mismo mi hermana irá por su tercer orgasmo y yo aún espero el primero de la noche —suspiró acercándose a ella.

—Bueno, piensa que ella con la niña no puede disfrutar como nosotros. —Le sonrió antes de bostezar. Estaba agotada.

—Lo sé, pero estaría bien avisar. Nos ha interrumpido en el mejor momento.

—Anda, deja de quejarte y vamos a la cama.

Él asintió al ver cómo se le cerraban los ojos y cuando los dos se metieron bajo las sábanas, Álex pasó una mano por su cintura para pegarla a él dibujando círculos imaginarios sobre su vientre.

—¿Te has dado cuenta de que prácticamente vivimos juntos?

Ella abrió los ojos al escucharle y notó un escalofrío que recorría su cuerpo. No pudo evitar tensarse.

—Bueno, entre semana cada uno se va a su casa. Y algunos sábados no quedamos. Esto es algo que hacemos a veces.

—¿Te aterra la idea de lo que hacemos?

—No —contestó segura dándose la vuelta para mirarle—. Pero aún me asusta esta situación.

—¿Por qué? No tiene por qué asustarte, cariño. —Le acarició la mejilla y ella suspiró bajando la mirada.

—Lo sé. Pero todo lo que estoy viviendo contigo es tan perfecto que me da miedo que un día me despierte y tú no estés.

Álex enredó su mano en sus rizos chocolate y la atrajo hacia él para besarla con una dulzura que ni él mismo sabía que tenía.

—No pienses en eso. —La abrazó notando cómo ella apoyaba su cabeza sobre su pecho—. Solo piensa en nosotros y en lo que aún nos queda por vivir.

Amy sonrió y depositó un suave beso sobre su pectoral antes de abrazarse

más a él. Estaba a punto de quedarse dormida, cuando oyó que la puerta se abría. Sorprendida, levantó la cabeza y vio a María con el pelo revuelto y frotándose un ojo.

—Tito, he tenido una pesadilla. ¿Puedo dormir con vosotros?

Él suspiró y encendió la lamparita que tenía sobre la mesilla para indicarle con un gesto con la cabeza que subiera a la cama.

—Solo por esta noche, enana.

María se colocó en medio de los dos y Álex volvió a disculparse con Amy a través de la mirada. Su sobrina no tardó en dormirse junto con Amy y él se dejó llevar por Morfeo con la última imagen de dos de las personas más importantes de su vida.

Capítulo 29

El estruendo de algo impactar contra el suelo despertó a Álex y a Amy de su placentero sueño. Ambos estaban tumbados en sendas esquinas de la cama, puesto que María había dormido entre ellos. No se habían dado cuenta de cuándo la pequeña se había levantado, pero Álex estaba demasiado cansado para haberlo escuchado. Su sobrina le había quitado su parte de las mantas y él había pasado bastante frío durante toda la noche. Además, las patadas de su sobrina lo despertaban cada dos por tres.

—¡Lennon deja de correr que te tengo que poner las gafas! Jo, el tito se va a enfadar con nosotros cuando vea lo que has hecho.

Al oír los gritos de la pequeña, Amy y Álex se miraron antes de levantarse y correr al salón donde se quedaron estupefactos al ver la imagen que tenían ante ellos.

María, al verles aparecer, en un principio se asustó, pero luego juntó las manos y torció la cabeza hacia un lado para poner su cara más angelical. Estaba disfrazada de caperucita roja y Lennon del lobo feroz vestido de abuelita.

Álex se había quedado mudo. Su sobrina le había puesto a su perro una vieja tela morada a la que le había hecho unos agujeros para meter las patas y la cola. En la cabeza llevaba un gorro de ducha medio caído y sujetado por unas horquillas al igual que las gafas de juguete. El pobre animal no dejaba de sacudirse para intentar quitarse todo lo que llevaba encima.

Amy se fijó en lo que sobresalía tras el sofá y se acercó para recoger la lámpara de pie que habían tirado. Por suerte, estaba intacta.

—¿Qué haces, enana? —le preguntó su tío.

—Estábamos jugando a ser actor y «actora» e íbamos a hacer la obra de teatro de caperucita roja, pero Lennon no quiere.

—Punto uno: se dice actriz. Y punto dos: María, los perros no son para eso —le regañó su tío con voz dura—. No es un juguete, es un animal y si algo no le gusta tienes que dejarle.

A María se le comenzaron a humedecer los ojos y la mandíbula empezó a

temblarle. No le gustaba que su tío se enfadara con ella. Al verla, Amy caminó hacia la pequeña y la cogió en brazos, donde María escondió su carita en su cuello y comenzó a llorar.

—Ey, no llores, pequeña bailarina —la consoló Amy acariciándole el pelo—. Tu tito solo tenía envidia de Lennon porque él quería haberse disfrazado de abuelita. —Le sonrió frunciendo el ceño al ver cómo a María entre lágrimas se le escapaba una pequeña risita—. ¿Me ayudas a hacer el desayuno antes de bajar a jugar con Lennon al parque? Podemos preparar esas tortitas con nata y chocolate tan ricas que esconde tu tito en el armario, ¿quieres?

La pequeña asintió y volvió a abrazarse al cuello de Amy mientras esta miraba a Álex y le guiñaba un ojo antes de entrar en la cocina.

Mientras ellas preparaban el desayuno, Álex se acercó a su perro para quitarle todo lo que tenía encima. Ese día no estaba de humor. Apenas había dormido y se encontraba especialmente mal. Le dolía la cabeza y no tenía fuerzas para nada. Bebió a duras penas el café que le preparó Amy y observó en silencio cómo ella y su sobrina desayunaban sin dejar de reír.

Cuando acabaron, María, por orden de Amy, se fue a vestir para salir a pasear al parque con Lennon mientras ella fregaba los cubiertos. A la joven no le había pasado desapercibida el humor de Álex esa mañana. No había hablado desde la pequeña regañina a su sobrina y tampoco le había mostrado una de sus sonrisas con las que a ella le temblaban las piernas. Además, no se había movido de la silla. Tenía apoyado el codo sobre la mesa y la frente la posaba en la palma de la mano. Algo le ocurría.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó tras secarse las manos con un trapo antes de sentarse en su regazo para rodearle el cuello con las manos y masajearle la nuca con los dedos.

—He cogido frío esta noche y me encuentro bastante mal. Pero se pasará. No te preocupes, Angelillo.

Ella se agachó y depositó sus labios sobre los de él en un suave beso, aunque abrió los ojos como platos al notarle tan caliente y no precisamente en el buen sentido.

—¡Estás ardiendo!

—No te preocupes. —Le sonrió sin fuerzas—. Un ibuprofeno y como nuevo.

—¡De eso nada! Ahora mismo te metes en la cama a descansar. Yo me ocupo de tu sobrina.

Él fue a rechistar, pero al ver cómo su chica levantaba las cejas, calló y obedeció. Además lo necesitaba.

Antes de que Amy se fuera con María y Lennon al parque, le llevó a Álex una pastilla para el dolor y un vaso de agua, no sin antes decirle que si la necesitaba que la llamara.

En el parque, María le preguntó a Amy que por qué no había bajado su tío con ellas. Con ternura, ella le explicó que estaba malito, al igual que la abuela de caperucita y se había quedado en la cama.

Cuando regresaron a casa, la pequeña se llevó un dedo a los labios para indicar que había que guardar silencio y no molestar. Era lo que su madre siempre le decía cuando alguien estaba enfermo.

Raquel, apareció antes de lo previsto con Santiago de la mano. Al verles, María se lanzó a sus brazos y les contó que Álex estaba en la cama malito como la abuela de caperucita.

Preocupada, su madre miró a Amy, quien la tranquilizó con una sonrisa, quitándole importancia al asunto reduciéndolo en que habría cogido algo de gripe. Le entregó la mochila de *Hello Kitty* y los tres desaparecieron por las escaleras.

Al quedarse sola, Amy comenzó a recoger todos los juguetes que María tenía allí y guardó en una especie de baúl de mimbre los disfraces que había sacado esa mañana la pequeña.

La niña la dejaba agotada, así que entró en la habitación de Álex para tumbarse un rato a su lado. Estaba dormido y contempló embobada cómo su pecho desnudo subía y bajaba al ritmo pausado de su respiración. Tenía la boca medio abierta y la cabeza vuelta hacia ella. Con cuidado de no despertarle, le acarició las cejas con un dedo, bajando por su recta nariz antes de posar el pulgar en su labio inferior. Era tan guapo que era imposible no quedarse atontada mirándole.

Con sigilo se incorporó y se acercó más a él para besarle en la mejilla mientras le acariciaba la otra, notando el tacto de su barba incipiente. Seguía con algo de fiebre y no había comido nada desde el desayuno.

—Despierta, dormilón —le susurró al oído—. Cariño, tienes que comer algo.

—No tengo hambre —dijo somnoliento, pasando uno de sus fuertes brazos por su cintura para atraerla hacia él y aspirar su delicioso aroma—. Quédate un poco conmigo.

Ella sonrió y alzó el rostro para depositar un suave beso en su garganta.

—Deja que te traiga algo de comer y prometo quedarme un poco más.

Ya era tarde y debía volver a casa para preparar todo lo necesario para el día siguiente. Volvía a ser lunes. Desde hacía un par de semanas ella contaba los

lunes que le quedaban para trabajar antes de las vacaciones de verano. Solo le quedaban tres. El London cerraba tras que los estudiantes acabaran sus dos intensas semanas de exámenes y ya no volvían a abrir hasta septiembre, con la llegada del nuevo curso. Estaba deseando colgar el cartel de cerrado y poder darle a Álex por fin la sorpresa que llevaba meses preparándole.

—Y yo te prometo comer si me dejas disfrutar de ti.

Sin saber de dónde había sacado las fuerzas, Álex se colocó sobre Amy y comenzó a besarla con pasión mientras sus manos acunaban sus pechos por encima de la camiseta que llevaba. Ella intentó que parara, pero sus besos eran su perdición y la poca cordura que le quedaba desapareció cuando él la desnudó de cintura para arriba y comenzó a torturar sus pechos con la boca. Amy se arqueó pidiendo más mientras enredaba las manos en su pelo para guiarle. ¡La volvía loca!

Álex bajó su boca por su plano vientre y comenzó a dibujar húmedos círculos con la punta de la lengua alrededor de su ombligo mientras la oía gemir. ¡Era deliciosa! Con delicadeza le bajó la falda acariciando sus largas y perfectas piernas por el camino. Al notar sus manos en la cinturilla de sus bragas, Amy se apartó de golpe.

—¡¡No!! —le advirtió—. Ni se te ocurra rompérmelas.

—No pensaba quitártelas tampoco. —Le sonrió.

—¿Cómo?! —le preguntó incrédula.

Álex la cogió de los tobillos y tiró de ella hasta sentarla en su regazo.

—¿Recuerdas cómo me provocabas y luego no me dejabas comerte enterita al principio de nuestra relación? Te dije que me lo pagarías. —Sonrió malicioso.

Amy abrió los ojos como platos y se cruzó de brazos elevando sus pechos desnudos y haciendo que la erección de Álex aumentara por segundos.

—¿Me vas a dejar así?

—Sí.

Mosqueada, Amy se levantó de un salto y se puso la ropa de nuevo de espaldas a él. La entrepierna comenzaba a escocerle tras el calentón que Álex le había dejado, pero no quería enfadarse con él. Si algo había aprendido en esos meses había sido a disfrutar cada momento como si fuera el último.

—Voy a traerte un sándwich.

Salió de la habitación y minutos después, Álex terminaba el último trozo antes de que Amy le tendiera una nueva pastilla y le besara la frente para medir su temperatura. Al ver cómo él le sonreía con ternura, frunció el ceño

sin entender.

—¿Qué ocurre?

—Recordaba aquel día en el almacén. Cuando mi ex me tiró una silla a la cabeza y tú me curaste. Me diste un beso en la frente y te pusiste roja al instante y me contaste la historia de que tus padres lo hacían cuando caías enferma o te hacías alguna herida.

—Hoy estás muy melancólico. Primero el recuerdo de cómo te provocaba y ahora esto, ¿algo más?

—Nena, contigo tengo muchos momentos para recordar y con mucha variedad. Como el día que casi te atropellan y te salvé la vida. ¡Poco agradecida! —bromeó.

—Esa no era yo —confesó apoyando la espalda en el cabezal—. Solo la coraza en la que creía que estaba protegida. Pero es imposible estarlo de tus encantos, de tu sonrisa, de tus besos —susurró agachándose para besarle con ternura y comenzando a jugar con su lengua.

Amy se apartó poniendo fin al beso. Sabía lo que ocurriría si seguía.

—Debería irme ya. Quiero preparar las cosas para mañana.

—Quédate... —le pidió Álex juntando su frente con la de ella—. Te necesito a mi lado... no te vayas.

Cientos de mariposas comenzaron a revolotear en el estómago de Amy. ¡Cómo le gustaba cuando le decía esas cosas!

—Me vas a ver en apenas doce horas... o no. Mañana no vengas y cuando salga a mediodía me paso por aquí. Mejor quédate descansando.

—¡Ni hablar!

—Soy tu jefa y te lo ordeno.

—Sabes que haré lo que quiera. Como siempre.

Ella le fulminó con la mirada.

—No me obligues a atarte a la cama.

—Mmm... mi mayor fantasía hecha realidad.

Amy puso los ojos en blanco y negó con la cabeza.

—Álex, no quiero que vengas si te encuentras mal. ¿No entiendes que me preocupo por ti? Y si vienes estaré más pendiente de si estás bien que de los clientes.

Al escuchar lo que decía, a Álex se le ablandó el corazón. Esa chica le enamoraba más a cada día que pasaba.

—Está bien. Hagamos un trato. Si me encuentro bien voy, y si estoy echo una mierda, no. ¿Te parece?

—Y si te encuentras bien, vienes y empeoras, te vas. ¿Ha quedado claro?
—Cristalino —dijo antes de sellar el trato con un beso.

Capítulo 30

Amy estaba muerta de sueño. Odiaba los lunes y madrugar no estaba entre sus principales aficiones. Con desgana, dejó el bolso y su chaqueta en el perchero del almacén y sacó su móvil para mandarle un mensaje a Álex preguntándole qué tal se encontraba. Al ver que su última conexión fue el día anterior, supuso que seguía enfermo y estaría durmiendo. A mediodía se pasaría por su casa.

De su bolso, sacó una botella de agua y un blíster para tomarse la diminuta pastilla que le tocaba sin darse cuenta que unos ojos azules la miraban.

—¿Qué es eso, Amy? —preguntó Álex con el ceño fruncido al ver que se metía algo a la boca.

Amy se asustó al no haberle oído entrar y se atragantó con el agua. Empezó a toser y se puso una mano en el pecho para calmar la horrible sensación de no notar el aire entrar en sus pulmones. Cuando por fin logró respirar, se limpió el agua que se le había derramado por la barbilla con el dorso de la mano y se giró.

—¡Joder, qué susto! —suspiró—. No te preocupes. Es solo la píldora, no quiero tener ningún susto. —Le guiñó un ojo y él carraspeó—. ¿Cómo te encuentras?

Amy se acercó a él y posó una mano en su frente antes de poner las dos sobre sus mejillas para comprobar si tenía fiebre. Por suerte, ese síntoma parecía haber desaparecido, pero seguía teniendo mala cara.

—Estoy mejor y estaré como nuevo cuando la pastilla me haga efecto.

—¿Por qué no te vas a casa y descansas mejor? Yo me ocupo de todo.

—¿Ya quieres volver a echarme? —Le sonrió abrazándola por la cintura.

Ella puso los ojos en blanco y negó con la cabeza.

—Solo quiero que estés bien, Álex.

—Contigo lo estoy —dijo antes de inclinarse para besarla.

Durante el resto del día Amy estaba bastante distraída. No dejaba de observar a Álex. Le inquietaba verle allí sabiendo que el día anterior lo había pasado en la cama. Por suerte, los clientes tenían paciencia, puesto que más de una

vez se había olvidado de entregarles las consumiciones o les tenía que volver a preguntar qué habían pedido.

A Álex eso no le pasó desapercibido y en su breve descanso para fumarse el cigarrillo, le prometió que se encontraba bien y que si no lo hacía, se lo diría antes de marcharse a casa. Amy no quedó muy convencida, pero se obligó a hacerle caso por el bien de los dos.

—¡Álex! —le llamó Isabel saliendo de la cocina—. Coge diez euros de la caja y ve a la panadería de la esquina a por unas cuantas barras de pan. ¡No damos abasto!

Este asintió y metió el código de la caja para coger lo que su jefa le había ordenado.

—¡Espera! —le detuvo Amy cuando su madre regresó a su puesto—. Ya voy yo, mejor.

—Amy, ¿ya estamos otra vez? Me encuentro bien.

—No lo digo por eso, sino por otra cosa. Dame el dinero. —Fue a quitárselo, pero Álex lo impidió.

—¿Qué cosa? —interrogó.

—Cosas mías. ¡No me enfades! — le advirtió

—Sabes que me pones burro cuando te enfadas y la reconciliación más, así que, me arriesgaré.

Amy suspiró y se cruzó de brazos. Ni en sueños iba a decirle el motivo por el que no quería que fuera él a la panadería.

—Álex, vamos a hacerlo por las buenas o te aseguro que saldrás mal.

—Ahora nos vemos, Angelillo. —Le mostró su sonrisa ladeada antes de salir de la barra para hacer lo que le habían ordenado.

—¡Está bien! —Se rindió Amy—. Te lo digo si me prometes que no te reirás ni me tomarás por una novia celosa y posesiva.

Álex alzó las cejas y se acercó a ella apoyando los antebrazos en la barra para quedar a su altura. Amy era alta, pero su más de metro ochenta la convertía en una enana.

—No quiero que vayas porque la zo... la chica de la panadería lleva desde que empezaste a trabajar aquí interesada en ti —suspiró—. Cada vez que iba yo a por pan ahí me preguntaba por ti, si estabas soltero, si era verdad que todo lo tenías igual de grande. —Álex no pudo reprimir una carcajada que intentó disimular con una tos nada creíble—. En fin, que está esperando el momento para lanzarse a tu cuello y no me da la gana que esa... guarra intente ligar con mi novio. Ya está, ya lo he dicho.

Amy le dio la espalda para que no viera sus mejillas totalmente ruborizadas, pero una mano se lo impidió alzándola como si se tratara de una pluma para sentarla sobre la barra y robarle un abrasador beso.

—Joder, nena. Si me pones burro cuando te enfadas, cuando te pones celosa y posesiva corro riesgo de que me explote el cirulo, como lo llama mi hermana. —Sonrió—. Voy a ir yo y le voy a dejar claro a esa chica que la única que me pone, la única mujer que me vuelve loco y que dejo lanzarse a mi cuello eres tú, ¿de acuerdo?

—Haz lo que quieras, pero si no vuelves en diez minutos que no te extrañe que aparezca y le arranque los pelos de la cabeza uno a uno por tontear con quien no debe.

—¡Qué agresiva! —Sonrió.

—Solo cuando intentan apartarme de lo que me importa —le susurró con sus labios pegados a los de él—. No tardes.

Álex asintió y le dio un suave azote en el trasero antes de salir del London para ir a comprar las barras de pan. Amy saltó de la barra y comenzó a recoger las mesas vacías. A mediodía el bar estaba bastante vacío y con la llegada del buen tiempo, los estudiantes preferían sentarse en la terraza, pero en apenas media hora comenzaría a llenarse.

—Amy, cariño, ¿puedes venir? —le preguntó su madre—. Quiero hablar contigo.

Ella asintió y tras terminar de secar el último vaso se metió en la cocina donde su madre la esperaba.

—¿Qué ocurre?

—Cariño, te prometo que no os he espiado ni nada de eso, pero cuando Álex y tú estáis juntos os olvidáis de lo que tenéis alrededor y mi niña, no sabes lo feliz que soy, pero necesito oírtelo decir. Amy, él merece la pena y no me haría ninguna gracia saber que estás jugando con el pobre chico.

—¡¡Mamá!! —bramó molesta—. ¡Claro que no estoy jugando con él! Por Dios si estoy ena... encantada con él.

—¿Encantada? De verdad, Amy, ¿tanto te cuesta admitir qué estás enamorada?

Ella se quedó un rato pensativa mordiéndose el labio inferior y mirando al suelo. Sabía que estaba coladita por Álex desde hacía meses pero no se lo había dicho a nadie. Ni siquiera ella lo había reconocido hasta ahora.

—Vale mamá, sí. Estoy enamorada hasta las trancas de él, pero ¿cómo no estarlo? —Comenzó a caminar nerviosa por toda la cocina—. Es perfecto.

Me hace feliz, me cuida, me hace sonreír como una idiota. Es atento, encantador, dulce, cariñoso. —Sonrió como una idiota al pensar en él y en lo que le hacía sentir—. Y creo que me enamoré cuando me dijo que no se iba a rendir conmigo. —Soltó una pequeña risita.

—¿Que no se iba a rendir contigo? —preguntó Isabel sin entender.

—Sí... me dijo que quería verme sonreír, que quería verme feliz y no paró hasta lograrlo. Y lo hizo. Día a día, con infinita paciencia y soportando mi continuo mal humor, con pequeños detalles y gestos... no se rindió. Y me ha cambiado para bien y desde que está en mi vida... todo es mucho mejor.

Isabel sonrió con ternura al escucharla mientras su hija se apoyaba en la encimera.

—No sabes cómo me gusta escucharte, cielo.

—Ni se te ocurra decirle nada de lo que te he dicho —la advirtió—. Por Dios, yo no soy de este tipo de palabras ni de declaraciones ni nada. Soy incapaz de decirle lo que siento con palabras. Tengo miedo de asustarle o de que él no sienta lo mismo o... yo que sé. —Se recogió sus rizos en una coleta alta—. Todavía no puedo hablar abiertamente de cómo me siento.

Su madre se acercó a ella y la abrazó besándola en la frente como cuando era niña. Sentía un gran alivio al ver que su pequeña volvía a ser feliz, pero aún le quedaba un gran camino que recorrer. Amy le devolvió el abrazo y respiró profundamente. El corazón se le había acelerado al reconocer en voz alta todo lo que sentía por el hombre que no salía de su cabeza.

—No te fuerces, mi niña. Han sido dos años duros y aún te queda mucho por superar, pero vas en el buen camino.

—Lo sé —afirmó ella separándose un poco.

—Vale. Ahora quiero hablarte de otra cosa. Es sobre tu padre.

Amy tragó saliva y asintió esperando a que su madre hablara.

—Cuando tu padre murió, con todo el lío que conllevó el tema de la investigación, los interrogatorios y tu estado, solo celebramos un entierro rápido y nada más en el que tú ni siquiera acudiste, por lo que no te despediste de él. Y sé que ahora te arrepientes.

A Amy se le formó un nudo en la garganta y notó cómo sus ojos comenzaban a humedecerse. Su madre tenía razón. Dos días después de su muerte, Amy seguía demasiado abrumada con todo lo sucedido. Estuvo el primer mes sin salir de casa y sin hablar. No acudió al entierro ni se despidió de su padre. Hacerlo significaba asumir que se había marchado para siempre y ella se negaba a aceptarlo. Poco después su carácter se volvió esquivo. Dejó de

relacionarse con la gente y su actitud borde espantaba a todo aquel que se acercaba. La joven juró no volver a sentir ni a sufrir. Ahora, tras conocer a Álex y este poner su mundo patas arriba, vio el enorme error que había cometido.

—He pensado que —prosiguió Isabel—, en unos días será el aniversario de su muerte y quiero organizar la ceremonia que no tuvo y podríamos poner una esquila en el periódico. Tu padre se lo merecía todo y quiero que allá donde esté, vea que jamás nos olvidaremos de él. Pero antes de hacerlo, quería saber qué opinas.

Amy se limpió con el dedo índice la humedad que se había concentrado bajo sus pestañas inferiores y sorbió por la nariz antes de asentir.

—Me parece una buena idea, mamá. Y tienes razón. Papá se lo merecía todo.

—Aceptó el pañuelo que su madre le ofrecía—. ¿Te importa si le pido a Álex que me acompañe a la ceremonia? Creo que le necesitaré.

—Para nada, cariño. —Volvió a besarle en la frente—. Ya es hora de que tu padre descanse en paz y de que cerremos ese episodio del pasado para ser felices. Él lo habría querido así.

Cuando Amy consiguió calmarse, salió de la cocina en el momento que Álex aparecía por la puerta con las barras de pan y su perfecta sonrisa que derretiría al mismísimo infierno. Ella se la devolvió y le cogió las barras para dejarlas en la cocina.

—Diez minutos justos. —Se puso a su lado tras la barra de un salto—. Y el problema con la rubia de bote solucionado. Ahora no me quiere ni ver. —Rio.

—¿Qué le has hecho?! —le preguntó sorprendida.

—En cuanto me ha visto aparecer se le ha iluminado la cara y no ha dejado de insinuarse, así que antes de irme, le he dado el número de uno de mis colegas diciéndole que a él le encantan las chicas facilonas que se abren de piernas, y sin cobrar, con tan solo un chasquido de dedos. Me ha llamado capullo y me ha dicho que ojala no vuelva a aparecer por su tienda. —Le robó un beso—. Así que ya no tienes de qué preocuparte.

—Eres un caso.

Él sonrió y le dio un fugaz beso en la mejilla antes de volver al trabajo. Como era de esperar, el London no tardó en llenarse a la hora de comer con los estudiantes que tomaban un bocado rápido antes de volver a la biblioteca a sumergirse en sus apuntes para aprobar los exámenes finales.

A las cuatro de la tarde, el bar volvió a quedarse prácticamente vacío. En una

hora, no les daba tiempo a comer en su casa, pero Álex debía marcharse para ponerle la comida a su perro y bajarle a pasear. Desde el accidente, Raquel se había negado a volver a ocuparse de él.

Amy se quedó en el London, no sin antes decirle a Álex que se tomara dos horas libres para estar más tranquilo. El prometió agradecersele más tarde como mejor sabía.

Capítulo 31

Álex esperaba apoyado en la puerta del copiloto de su coche a que Amy bajara. Ese día se iba a celebrar la ceremonia en honor a su padre y ella le pidió días atrás que la acompañara. En un principio, él se sorprendió. Creía que preferiría estar ese día sola con su madre, pero se equivocó. Amy quería que estuviera a su lado en ese momento.

A Álex no le hacía mucha gracia acudir a eventos como aquellos, pero no pensaba dejar tirada a su novia. Sabía lo duro que era aún para ella la muerte de su padre y pensaba estar a su lado.

Mientras esperaba, decidió sacar un cigarrillo. Amy le había dicho que enseguida bajaba, pero la conocía y sabía que ese enseguida podía convertirse en media hora. Por suerte, el frío comenzaba a abandonarles. Ya era junio y la semana que estaba por llegar sería la última que el London abriría hasta la llegada del mes de septiembre. Álex estaba deseando que llegaran las vacaciones para pasarlas con Amy. Cada día que pasaba estaba más loco por ella y seguía fascinándole el gran cambio que había dado.

Además, en un mes su hermana se casaría y quería que ella le acompañara. Cuando Raquel le contó la buena nueva no se lo podía creer. Estaba feliz por ella aunque seguía insistiendo en que era demasiado pronto para dar un paso tan importante como ese. Sin embargo, tal y como se esperaba, su hermana y su madre se aliaron en su contra. Finalmente, él se rindió y comenzó a ayudar a los novios en todo lo que podía, aunque lo que más hacía era de canguro de su sobrina. Álex tenía cada vez más claro que le dejaban a la niña para que ellos pudieran darle rienda suelta a sus últimos días de novios.

Cuando acabó el cigarrillo, Álex lo arrojó al suelo y lo pisó para apagarlo en el momento que oía el portal de Amy abrirse. De él, apareció su chica con un sencillo vestido negro. Unos pequeños pliegues se formaban en torno a la cintura de la que salía una falda por encima de las rodillas. Sus brazos estaban cubiertos por un *blazer* del mismo color y sus torneadas piernas se estilizaban gracias a los tacones que llevaba. Se había recogido sus rizos en una coleta baja y ladeada y se había maquillado lo justo. Estaba seria y

caminaba con la mirada puesta en sus pies.

Álex, se acercó a ella y posó un dedo en su barbilla para que alzara la mirada hacia él. Amy suspiró aún sin decir nada.

—¿Estás bien? —le preguntó chocando sus frentes.

—Sí, el recuerdo... ya sabes.

—Él estaría orgulloso de ti —le acarició la mejilla—. ¿Vamos? —la animó.

Amy asintió y ambos montaron en el coche. Durante el corto trayecto hasta la catedral, Amy no dejó de mirar por la ventana en ningún momento. Era doloroso recordar a su padre. Aún soñaba con él. Aunque pasara el tiempo ella seguía necesitándolo a su lado. Le echaba tanto de menos...

Cerró los ojos para eliminar las lágrimas y cubrió con su mano el colgante que le regaló Álex el día de reyes. Desde entonces, no se lo había quitado. Le recordaba que había gente a su alrededor que velaba por ella. Despacio, giró la cabeza para mirarle. Estaba concentrado en la carretera y ni siquiera se percató de que ella le observaba. Amy alzó una mano y con los nudillos le acarició la mejilla transmitiendo en ese gesto lo importante que era él en su vida. Álex la miró un segundo antes de volver a clavar la vista en el asfalto. Amy le siguió acariciando bajando por su brazo hasta entrelazar sus dedos apretándolos ligeramente y dejando sus manos reposando en su muslo. No fue necesario decir nada. Esos simples gestos hablaban por sí mismos.

Tras aparcar, caminaron por el casco antiguo hasta la entrada de la catedral. No era de extrañar que en ella hubiera un mendigo pidiendo limosna. Antes de entrar, Álex metió la mano en su bolsillo y le dio unas monedas que el hombre agradeció.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Amy, poniéndole la piel de gallina, al entrar en aquel oscuro lugar. Jamás le habían gustado las iglesias. Las veía como lugares tristes, fríos, tétricos e incluso tenebrosos, con cuadros y esculturas que representaban temas relacionados con la muerte y la música del órgano no ayudaba en absoluto.

A Álex no le pasó desapercibido cómo Amy pegaba más su cuerpo al suyo y le apretaba la mano. Él giró el rostro y depositó un suave beso en su cabello para intentar tranquilizarla mientras avanzaban por el largo pasillo para llegar a los bancos principales donde se encontraba ya Isabel saludando a unos amigos que habían acudido a la ceremonia a petición de la mujer.

—Panda de hipócritas —masculló Amy en voz baja.

—Chss —siseó Álex mientras ocupaban su lugar en la primera fila—. Te van a oír.

—Pues me da igual. En todo este tiempo no han aparecido, ni siquiera cuando mi madre les necesitaba. Y vienen ahora solo para quedar bien. No te haces idea de cómo odio a esa clase de gente —continuó Amy sin apartar la vista de su madre quien tenía apoyado en un brazo un ramo de flores.

Días antes, madre e hija habían decidido que, tras la ceremonia, irían al cementerio a visitar la tumba de José. Amy jamás la había visitado y era hora de que, por fin, padre e hija se despidieran.

—Respira. —Le apretó Álex la mano—. Estamos aquí por tu padre, ignora a esa gente, ¿de acuerdo?

Ella solo asintió y clavó su mirada en el altar cuando el cura apareció y se arrodilló ante su Dios. Durante la hora que duró la misa, Álex y Amy permanecieron con la mirada baja todo el rato e imitando los gestos y las palabras que el cura pronunciaba. De vez en cuando, Amy alzaba la vista al techo como queriendo establecer un contacto con su padre cada vez que el sacerdote pronunciaba su nombre.

Álex no perdió detalle de los gestos de las dos mujeres que tenía a su lado. Isabel y Amy mostraban dolor en su rostro ante el recuerdo de un hombre que amaron hasta el fin de sus días y que aún lo hacían. Jamás había visto a Isabel así. Desde que la conoció siempre sonreía y bromeaba. Le había tratado como a un hijo, por eso le destrozaba verla así, al igual que le ocurría con Amy.

Tal y como había llegado, el cura abandonó el altar tras arrodillarse ante él. Amy fue la primera en atravesar el largo pasillo a paso ligero hasta salir a la calle donde se llevó una mano al pecho.

—Cariño, ¿estás bien? —le preguntó Álex a su espalda pasando una mano por su cintura.

—Sí, solo necesitaba un poco de aire.

Él asintió sin querer presionarla y le dio un beso en la frente. A Amy el corazón estaba a punto de salirsele del pecho. Esa misa había sido como revivir la muerte de su padre y su mente no pudo evitar volar a aquella noche, en esa solitaria carretera por la que su padre iba de vuelta a casa. Siempre había odiado el tráfico, por ello cogía el mismo atajo a las afueras de la ciudad para regresar a casa. Pero esa noche, le estaban esperando. Se vio a ella misma agachada en el asiento del copiloto y el sonido de los disparos retumbó en su cabeza.

—¿Amy? —le llamó su madre sacándola de sus pensamientos.

—¿Sí?

—Tengo el coche aparcado en el aparcamiento de la fuente Murrieta.

Vayamos ya al cementerio antes de que oscurezca.

Álex fue a despedirse de las dos mujeres, pero la mano de Amy le detuvo. Durante unos segundos, ambos se miraron a los ojos sin decir nada.

—Acompáñame... —le pidió.

—Amy... creo que deberíais ir tu madre y tú, solas. Yo no pinto nada.

Ella tragó saliva y dio un paso hacia él hasta que las puntas de sus zapatos chocaron.

—¡Sí que pintas! Álex, eres importante para mí. Quiero compartirlo todo contigo y, aunque esto no sea algo agradable, quiero que estés ahí, conmigo

—recalcó—. Por favor...

Isabel los observaba a apenas unos metros. Era increíble ver la química que tenían y cómo encajaban a la perfección. Hubo un tiempo en el que ella fue así con su marido, y, tras su pérdida, supo que jamás habría alguien que la haría sentir cómo lo hizo José.

—Está bien —claudicó Álex.

Los tres quedaron en reunirse en la puerta del cementerio para acceder a él y Amy decidió ir en coche con Álex. Le necesitaba cerca en esos momentos.

Al llegar, caminaron despacio por aquel terreno hasta llegar a la zona donde se encontraban los nichos. Álex decidió dejarlas a solas mientras ellas seguían el camino hacia donde se encontraba José. Las vio agacharse y cómo Isabel le daba el ramo a su hija mientras ella quitaba las flores secas que había y limpiaba la lápida con un paño.

Estuvieron allí varios minutos hasta que Isabel le dio un beso en la frente a su hija y se levantó para marcharse, pero se detuvo al pasar al lado de Álex.

—Amy me ha dicho que quiere estar un poco más. ¿Puedes quedarte con ella?

—Eso no tienes que preguntarlo, Isabel. Claro que sí.

—Bien —suspiró.

—¿Te encuentras bien? ¿Necesitas algo? —le preguntó preocupado Álex, poniendo una mano sobre su hombro.

—No te preocupes —le mostró una sonrisa forzada—. Solo necesito ir a casa y descansar. Ha sido un día duro.

Álex asintió y se despidió de Isabel antes de volver a clavar su mirada en Amy quien seguía agachada ante la tumba de su padre.

—Hola, papá —dijo con voz apagada acariciando su foto—. No sabes lo difícil que se me hace despertarme y saber que tú no estás. Que jamás podré darte un abrazo o un beso o tan siquiera hablar contigo. —Notó cómo las

lágrimas comenzaban a caer por su rostro—. Siento no haber venido desde aquel día, pero no podía. Despedirme de ti solo lo haría más real. —Bajó la cabeza—. ¿Recuerdas cuando era pequeña y veíamos juntos Anastasia? —Sonrió con tristeza—. Me sentaba en tu regazo y me consolabas en la parte que ella cantaba en el que antes fue su hogar. Siempre acababa llorando y te decía que lo hacía porque Anastasia había perdido a su padre y, que si yo te perdía a ti, no podría volver a ser feliz. Me decías que jamás nos separarían, que no me dejarías y que siempre estaríamos juntos. —Sollozó—. Pero te arrebataron la vida a sangre fría y estuve dos años sin ser feliz. Ahora ha llegado alguien a mi vida que me ha enseñado a vivir de nuevo. —Sonrió al pensar en Álex—. Estoy segura de que si le hubieras conocido, te habría gustado. Jamás me olvidaré de ti papá y siempre te echaré de menos. Te quiero.

*Quien me abraza con amor,
veo prados alrededor,
esa gente tan feliz,
son sombras para mí.
Cuanto fue no murió,
como fuego que prende,
volverá esa voz,
cuando llegue diciembre.
Oigo aún cuanto oí,
una vez en diciembre.⁹*

Dejó el ramo de flores a los pies del nicho mientras cantaba la última estrofa de la canción que salía en la película de la que había hablado.

Lentamente se puso en pie y se despidió de su padre. En los pocos metros que le separaban de Álex, se llevó las manos a la cara y se secó los restos de las lágrimas. Cuando llegó a su altura, él le rodeó los hombros con un brazo mientras ella se abrazaba a su cintura. No dijeron nada en el camino de vuelta a casa de Amy, donde él aparcó en doble fila.

—Sube conmigo y quédate —le pidió Amy. No quería dormir sola.

—Cielo, quizá te viene bien estar ahora sola y descansar.

—No —dijo negando con la cabeza—. Te necesito cerca, Álex. Por favor —le suplicó.

Él echó el aire retenido en sus pulmones y desvió la mirada de ella sin estar

muy convencido de qué decisión tomar.

—Tengo que sacar a pasear a Lennon, pero te prometo venir aquí cuando acabe, ¿vale?

Ella asintió y se inclinó para darle un suave beso en los labios. Fue a penas un roce. Le miró por última vez y se bajó para ir a su piso deseando que pasara rápido el tiempo para volver a tenerle cerca. Una opresión se instaló en su pecho al pensar en la posibilidad de perderle, como sucedió con su padre. Agitó la cabeza dispuesta a sacarse esos pensamientos, pero no lo logró. Amaba a Álex y si lo perdía, a ella le destrozaría.

Durante el corto trayecto hasta su casa, Álex no dejaba de pensar en el gesto que Amy tenía cuando se habían despedido. La vio tan perdida y asustada que le costó dejarla sola, por lo que en cuanto dejó a Lennon en casa tras el paseo, no lo dudó y fue directo al piso de Amy, aunque decidió ir dando un paseo. Donde ella vivía era difícil encontrar sitio para aparcar.

Al llamar al interfono, ella no tardó en abrirle y le esperaba apoyada en el quicio de su puerta. Se había desmaquillado y llevaba un pijama de verano compuesto por un pantalón corto y una camiseta sencilla de tirantes.

—¿Qué ocurre? —le preguntó preocupado al verla tan nerviosa.

Ella no dijo nada, sino que le dejó entrar antes de abrazarse a él hundiendo su rostro en su cuello.

—Tengo miedo, Álex —le confesó.

—¿De qué, mi amor? —quiso saber acariciándole el pelo.

—De perderte a ti también.

Álex la apartó y le cogió el rostro con las manos para que lo mirara. Sus ojos plateados brillaban a causa de las lágrimas y pasó los pulgares bajo sus pestañas para que no derramara ninguna.

—No me vas a perder, porque nada ni nadie me separará de ti, ¿me has oído?

—declaró juntando sus frentes—. Ha sido un día duro y de recuerdos dolorosos, Amy. Deberías descansar.

—¿Te quedarás conmigo?

—Me quedaré.

Ambos se fueron a la habitación y Álex, tras desnudarse quedando solo con el *bóxer*, se tumbó a su lado. Amy le daba la espalda, así que pasó un brazo por su cintura entrelazando sus dedos y dejándolos reposar sobre su vientre. Su pecho quedó pegado a su espalda y le besó la coronilla antes de apagar la luz de la mesilla.

Oscuridad. Amy se encontraba en una carretera oscura. Llevaba un vestido blanco de seda e iba descalza. A pocos metros de ella veía la intensa luz de unos focos. Una brisa fría le acarició la piel desnuda y se abrazó a sus codos. Tenía una mala sensación. Despacio se fue acercando hasta que reconoció dos coches. Uno blanco y otro negro. Dos hombres en frente de cada uno se desafiaban con la mirada. Se acercó a ellos, pero ninguno de los dos pareció percatarse de su presencia. Los rostros de los hombres estaban borrosos. La luz de uno de los focos de los coches le daba en los ojos. Amy se llevó una mano a la frente a modo de visera y reconoció a su padre y al hombre con canas que le asesinó.

—¡No! —gritó Amy corriendo hasta su padre.

Pero el hombre ya había levantado el brazo y había disparado tres veces. La sangre emanaba el pecho de José mientras Amy cubría las heridas con sus manos, pero era inútil. Era como si ella no estuviera ahí pues al tocar a su padre sus manos atravesaron el cuerpo hasta que desapareció. Se quedó observando el suelo donde antes su padre había estado. Poco a poco se fue incorporando y clavó su mirada en el hombre que aún sostenía el arma y la apuntaba. Disparó. Pero la bala ni siquiera la rozó. Se llevó las manos a su cuerpo para asegurarse de que no le había dado, pero al darse la vuelta vio frente a ella a Álex. Sus ojos estaban humedecidos por las lágrimas y la sangre comenzaba a mancharle la camiseta que llevaba. La bala había sido para él y había impactado en su estómago. Vio a cámara lenta cómo caía de rodillas al pavimento hasta que sus ojos se cerraron para no volverlos a abrir.

—¡¡No!! Álex, ¡¡No!! —Cayó al suelo con él—. ¡¡No me dejes!! ¡¡NO ME DEJES!!

Amy se despertó de aquella pesadilla gritando y llorando mientras se incorporaba en la cama. Un sudor frío le recorría todo el cuerpo y temblaba incontroladamente. Se llevó las manos a la frente y atrapó entre sus puños algunos mechones de su pelo mientras seguía sollozando. Había revivido el asesinato de su padre, pero lo peor del sueño era que a Álex también le arrebataban de su lado para siempre.

—¡Amy! —la llamó Álex prendiendo la lámpara y cogiéndole del rostro—. Amy, por Dios, ¿qué ocurre?

—¡Te mataban! —le dijo—. Ese hombre te disparaba y tú me dejabas para siempre.

Álex, haciéndose una idea de lo que había soñado, la atrajo hacia él e hizo que se sentara a horcajadas sobre su regazo para abrazarla.

—Solo ha sido una pesadilla, cariño. No me va a pasar nada, solo ha sido un sueño consecuente del día de hoy, pero estoy aquí. Contigo.

Álex notó cómo su menudo cuerpo temblaba y las lágrimas se fundían en la piel de su cuello. Lentamente comenzó a acariciarle la espalda y se fijó en el reloj. Marcaban las 4:11 de la madrugada.

—Mírame —le obligó cogiéndola del rostro—. Estoy bien y estoy contigo.

—Era tan real...

—A veces los sueños lo son. Como mi primer sueño erótico contigo. Hum... tendrías que haberme visto —intentó bromear logrando que ella soltara una pequeña risa—. Ya pasó, mi amor. —Le acarició la mejilla—. Ahora será mejor que descanses, ¿vale?

—No... —se negó atrapando sus labios. Tenía que sentirle para comprobar que en verdad estaba ahí con ella—. Álex, hazme el amor...

—Amy —suspiró—, es tarde y creo que deberías dormir.

—No, te necesito. Necesito sentirte... sentir que te tengo conmigo, sentir que eres mío y yo tuya...

Ante esas palabras, Álex la besó con dulzura mientras despacio le sacaba la camiseta del pijama por encima de la cabeza. Amy se abrazó a su cuello aplastando sus pechos desnudos contra el de él. Con cuidado, Álex la volteó y la tumbó en la cama para quedar él sobre su cuerpo. Le quitó el pantalón y la ropa interior acariciando sus piernas por el camino antes de desprenderse él del *bóxer*. Posó sus manos en el interior de sus muslos y le separó las piernas antes de ascender sus caricias hasta tocar el centro de su cuerpo que ya estaba listo para recibirle. Atrapó sus muñecas y colocó sus brazos por encima de su cabeza antes de besarla e introducirse en ella despacio. Amy gimió en su boca y con las piernas rodeó su cintura para que las embestidas fueran más profundas. Hicieron el amor despacio y con delicadeza hasta que el clímax les invadió y se dejaron ir por aquella maravillosa sensación.

Álex comenzó a dejar un reguero de besos por su rostro hasta alcanzar su oído.

—No me vas a perder —le susurró—, porque no pienso permitir que nada ni nadie nos separe. ¿Me has oído?

Ella asintió y le besó antes de que Álex volviera a su lado de la cama. Amy se abrazó a él hasta que ambos se quedaron dormidos.

9 - *Una vez en diciembre*, BSO Anastasia, 20th Century Fox 1997.

Capítulo 32

En un chalé a las afueras de dos mil metros cuadrados, David Grecolli expulsaba lentamente de sus labios el humo del puro mientras leía el periódico. Su hogar estaba en una zona desconocía y la poca gente que sabía de la existencia de aquella enorme casa trabajaban para él y, si no lo hacían, no dudaba en eliminarlos. Era lo que tenía la mafia.

Pasó la página del periódico y se sorprendió al ver un nombre en las esquelas. Se incorporó de su asiento de cuero negro y la leyó con detenimiento. «José Jiménez Latorre». Comprobó la fecha de la muerte y encajaba. Ese hijo de puta había jugado con ellos y lo había pagado caro. Pero lo que más le sorprendió fue ver los nombres en la letra pequeña. Les mintió. Cuando José solicitó sus servicios les comentó que no tenía familia y que necesitaba el dinero para subsistir el día a día tras el fallecimiento de su último familiar. «Maldito, hijo de puta. Te creí y ahora me encuentro esto. Pues vas a arrepentirte de haberme mentido».

Sonrió con malicia al ver los nombres de la esposa y la hija en una letra más pequeña velando por su alma.

—Ya os tengo —susurró apagando el puro sobre la esquila de José haciendo que el fino papel se quemara—. Mi querido amigo, escondiste muy bien a tu familia, pero no lo suficiente. Creo que tu hijita estará encantada de conocerme y saber que su padre no era el hombre al que ella admiraba.

Salió de su despacho soltando una risa maliciosa y reunió a algunos de sus hombres. Todos parecían armarios empotrados e iban armados hasta los dientes. Además estaban muy bien adiestrados. No podía permitirse ningún error en su mundo, ni dejar huellas allá donde pisaban. La policía y los equipos especiales sabían de ellos por el error de una persona que acabó descuartizada por ese fallo, pero jamás les habían encontrado y así debería seguir siendo.

—Amy Jiménez. Así se llama la mujer a la que debéis encontrar. La quiero viva... de momento. No la toquéis. Simplemente quiero información sobre ella y cómo localizarla. Será la encargada de pagar algo que nos pertenece.

Los hombres asintieron y se pusieron con lo que su jefe les había ordenado. Eran unos expertos y en unas horas probablemente la tendrían vigilada, aunque les llevaría más tiempo conseguir toda la información necesaria. Tenían un lema y era que ellos siempre ganaban.

Capítulo 33

—¡Eres un cabrón!

—Trae aquí el dinero, mamón. —Rio Héctor mientras Álex le tendía el dinero que había perdido.

Esa tarde se habían reunido todos los amigos en casa de Álex para echar una partida al mus. El anfitrión no estaba teniendo nada de suerte y Marco, su pareja de juego, mucho menos. Además no se le daba nada bien echar órdagos. Siempre acababa fastidiándola.

Se encontraban en el salón, que estaba lleno de humo debido a los cigarrillos que iban fumando. A pesar del bochorno que hacía, Álex se levantó de la silla mientras Iker repartía, para abrir la puerta del pequeño balcón de su piso. Comprobó que Lennon no tardaba en salir. Probablemente el perro necesitara respirar aire fresco.

Era su segunda semana de vacaciones y había decidido llamar a sus colegas para reunirse y echar una partida a las cartas antes de salir a tomar algo por la noche. Había llamado a Amy para saber si se unía más tarde a ellos, pero ella había rechazado la proposición. Quería que Álex disfrutara con sus amigos ya que ella le veía prácticamente a diario. Comprendía que de vez en cuando necesitara salir con ellos.

Los primeros días tras la ceremonia a su padre, Álex no se había separado de su lado. La veía frágil y durante ese tiempo tuvo pesadillas. Por suerte, poco a poco fueron remitiendo hasta que volvió a ser la de siempre y llevaba esas dos semanas de vacaciones intrigándole con una sorpresa que tenía para él. A pesar de todos sus intentos, Álex no había podido sonsacarle nada. Debía resignarse a esperar.

—¡Álex, te toca! —le llamó la atención Iker— ¿Vas o no vas?

—¿A qué?

—A pequeña.

Él cogió sus cartas de la mesa y mirándolas, las analizó con detenimiento.

—Hasta allí —dijo refiriéndose a que haría lo que su compañero decidiera y volvió a dejar las cartas bocabajo sobre la mesa.

Poco a poco el juego fue avanzando hasta que oyó cómo el móvil vibraba. Sonrió al ver en la pantalla el nombre de «Angelillo». Lo cogió y deslizó el pulgar por la pantalla táctil para contestar.

—Hola, cariño —la saludó mientras sus amigos se mofaban de él en silencio ante ese mote cariñoso.

—¿Dónde estás? —le preguntó ella.

—En casa. Estos capullos me están desplumando. Quizá tengas que venir aquí a ver si me traes suerte.

—Ha pasado algo...

A Álex se le borró de inmediato la sonrisa de la boca y se incorporó en la silla alzando una mano para pedir a sus amigos que aguardaran un momento y permanecieran en silencio.

—¿Qué ha ocurrido?

—Es mejor que lo veas por ti mismo. ¿Puedes venir al London?

—Sí, claro. Estaré allí en unos veinte minutos.

No le dio tiempo a despedirse, pues Amy le había colgado. Rápidamente él se levantó de la silla y comprobó que llevaba las llaves en los bolsillos de sus bermudas.

—Se acabó por hoy, chicos. Lo siento, pero tengo que irme. Nos vemos esta noche.

—¿Ha pasado algo? —quiso saber Marco.

—Parece ser que sí —contestó mientras todos salían por la puerta y Álex cerraba con llave—. Luego os llamo.

Sin tiempo que perder, se subió en su coche y condujo por la circunvalación preocupado por si le había pasado algo a Amy. Al llegar a la zona de la Universidad, aparcó en el primer hueco que encontró y corrió hasta el London, pero se detuvo al ver la imagen que el local mostraba. Estaba completamente destruido. Las ventanas rotas en mil pedazos y la madera del local completamente arrancada. Una humareda de espeso polvo se podía vislumbrar a través de la entrada.

—¡Álex! —le llamaron

Amy se levantó del banco en el que estaba junto con Isabel y un par de policías y corrió hacia él para abrazarle.

—Está completamente destrozado —susurró con el rostro hundido en su pecho.

—¿Pero qué ha pasado?

—Un vecino anoche dio la voz de alarma al oír fuertes ruidos abajo y la

policía ha contactado con mi madre. No ha sido un robo, Álex. Por más que la policía lo achaque a eso, no ha sido un maldito robo. Sabes que vaciamos la caja el último día y no hay nada más de valor aquí. —Se separó de él y se abrazó los codos—. Pero aun así, la caja no estaba forzada. El culpable ha hecho lo que ha querido. Destrozar el local.

Álex se había quedado mudo. ¿Quién querría hacer eso? No tenía ningún sentido y menos si la intención del imbécil que había hecho eso, era robarles.

—¿Qué ha dicho la policía?

—Nada. No saben con qué han podido forzar la puerta y ni siquiera hay huellas. No hay testigos, no hay nada, y ya nos han dicho que lo más probable es que no hagan nada. Que hablemos con nuestro seguro, que nos ingresaran parte de lo «robado». —Hizo las comillas con los dedos.

Álex apretó la mandíbula, furioso con la autoridad que había en la actualidad. A no ser que fuera un caso extremadamente grave siempre acababa cruzándose de brazos. Con cuidado de no tocar nada, Álex se asomó a la puerta. No quedaba nada del lugar donde trabajaba. Incluso las mesas estaban hechas añicos. El London se había convertido en un lugar desconocido para él.

—Menudo desastre —bufó Isabel acercándose a ellos—. Por mucho que el seguro nos dé algo, no va a ser suficiente y no tengo el dinero necesario para restaurarlo. No sé qué vamos a hacer...

—Tranquila, Isabel. —Le acarició Álex el brazo—. Sabes que os ayudaré en todo lo que pueda.

—Y te lo agradezco, Álex. Lo peor de todo es que jamás sabremos quién es el supuesto ladrón.

Amy se recogió un mechón de pelo tras la oreja y volvió a clavar su mirada plateada en el local. Ella insistía en su teoría. No había sido un robo. Quien hubiera destrozado el local su intención era dañar. Estaba convencida de ello. Estaba sumida en sus pensamientos cuando notó el móvil vibrar en los shorts que llevaba. Metió dos dedos para sacarlo y vio que había recibido un SMS, pero no sabía de quién era. No era ningún número. El emisor respondía al nombre de «Desconocido». Pulsó en la pantalla para abrir el mensaje y un escalofrío le recorrió el cuerpo al leerlo.

Esto solo es el principio.

—¿Amy? —la llamó Álex.

—¿Sí? —Se recompuso de golpe bloqueando el móvil. Si ese mensaje tenía que ver con lo sucedido en el London, sería mejor no decir nada por el momento.

—¿Estás bien? Estás blanca.

—Tranquilo —suspiró y le mostró su mejor sonrisa—. Es solo que estoy en *shock*. Saldremos adelante —dijo mirando a su madre—. Siempre lo hemos hecho.

La policía precintó el local con la cinta policial y Álex rodeó los hombros de Amy para hacerla caminar. Estaba demasiado ausente, pero no le dio más importancia. Era normal tras lo que acababa de vivir. Isabel se dirigió a su coche y les prometió mantenerles a ambos informados si sabía algo nuevo.

—La semana que viene es la boda —dijo para distraerla—. ¿Ya tienes vestido?

—Desde hace tiempo. —Le sonrió.

—¿No me vas a decir cómo es?

Amy se puso de puntillas para darle un beso en la mejilla mientras sacaba la llave de su coche del bolso para abrirlo con el mando. Abrió la puerta del piloto pero no se subió. Se giró hacia Álex dejando la puerta entre ellos.

—Nena, es la novia la que tiene que guardar el secreto del vestido. Tú no —dijo inclinándose hacia ella.

—Solo te diré que es fácil de quitar —susurró cerca de sus labios antes de besarle.

Álex alzó las cejas y cerró la puerta cuando Amy entró, pero dio unos suaves golpes en la ventanilla para que la bajara.

—¿A qué hora paso a buscarte el día de la boda? ¿A las cuatro?

Amy alzó las cejas y curvó la boca sabiendo lo que Álex pretendía hacer.

—Si la boda es a las siete de la tarde, con que vengas media hora antes, es suficiente.

—¿Y si necesitas ayuda para vestirte?

—No lo necesitaré —Le sonrió—. Pásalo bien esta noche, no dejes que las guarras que te encuentres te echen el lazo y llámame mañana. ¿*Capisci*?

—*Capisci*. —Se inclinó para besarla—. No te preocupes por el resto de las chicas. Yo solo tengo ojos para ti y mi corazón ya tiene dueña.

Al oírle, Amy sonrió como una boba y le robó un último beso antes de arrancar. Había estado a punto de pronunciar las dos palabras que describían todo lo que sentía, pero se le atascaban en la garganta.

Al llegar a casa sacó de nuevo el móvil y releyó el mensaje. Quizá el

remitente se había confundido, pero sonaba amenazante y casualmente se lo habían enviado tras el asalto al London. Un nerviosismo se instaló en su estómago y tragó saliva. Decidió borrarlo y no darle mayor importancia.

Capítulo 34

—¡Álex, como no dejes de llamar al telefonillo, juro que vas solo a la boda!
Él puso los ojos en blanco. Tal y como habían quedado, había ido a buscarla media hora antes de la ceremonia, pero como siempre, Amy se retrasaba. Solo quedaban diez minutos para que la boda empezara y aún les quedaba ir hasta la sala que habían reservado para aquel día. Un restaurante con un amplio jardín a las afueras de Logroño, donde había un altar para que la alcaldesa nombrara a los novios marido y mujer.

Raquel se había negado a casarse en la iglesia. Ella quería algo sencillo con las personas más íntimas siendo testigos de uno de los días más importantes de su vida. María sería la encargada de entregarles los anillos.

Su hermana ya estaba de cuatro meses y Álex habría pagado por ver la cara de Raquel al comprobar esa tarde que el vestido apenas le abrochaba. Su madre le había llamado para que fuera a ayudarlas, pero los gritos de Raquel le dejaron claro que lo mejor era que no apareciera. Le quedaba esperar a verla en la ceremonia, si es que llegaban a tiempo.

Por suerte, Amy bajó y si se daban prisa llegarían a tiempo. Estaba preciosa. Llevaba el pelo recogido en un moño, pero algunos rizos le quedaban sueltos a ambos lados de su rostro. Se había puesto un vestido rojo con cristalitas negras que iban aumentando desde el escote en forma de corazón hasta la falda que le quedaba por encima de la rodilla.

—¡Vaya! —exclamó ella—. A pesar de ser un pesado, estás espectacular.

Y no mentía. A Álex el traje le quedaba como un guante y estaba tremendamente sexi con la pajarita que llevaba. El pelo, como siempre, lo llevaba algo despeinado y con el flequillo levantado y le mostraba esa sonrisa que a ella le gustaba tanto. Cuando se acercó a él, le tendió la mano que ella aceptó para ceñirla a su cuerpo y bajar los labios a los suyos, pero Amy se apartó.

—¡Nada de besos durante la boda! —le exigió mostrándole el dedo índice.

—¡¿Cómo?!

—Quiero que el pintalabios me dure y contigo es imposible.

—Eso es cruel. Sabes que me encanta besarte. —Le acarició la mejilla con la nariz antes de morderle con delicadeza el lóbulo.

Amy se estremeció con ese contacto y con delicadeza le empujó para que se separara de ella. Si seguía tocándola no solo le besaría, sino que directamente no llegarían para ver a los novios darse el sí quiero.

Fueron en el coche de Álex y un aparcacoches le dio un ticket para que a la salida se lo trajeran. Con las manos entrelazadas, atravesaron el restaurante hasta salir al jardín donde ya estaban todos los invitados sentados en las sillas cubiertas por una tela blanca y un lazo azul en la parte de atrás.

—¡Ya era hora! —les recriminó Patricia—. Álex, eres el padrino y tu hermana está histérica. No descartes que te tire el zapato a la cabeza cuando te vea. —Amy sonrió al escucharla—. Amy. ¡Qué guapa estás!

—Tú también, Patricia. Ese vestido te queda genial.

—Ten cuidado, mamá. Que no quiero apartarte a moscones —bromeó Álex dándole un beso en la mejilla.

—Más que a mí, apártaselos a tu novia, que los compañeros de Tiago no dejan de mirarla.

Álex miró por encima del hombro de su madre y vio a varios hombres sonriendo y mirando a su chica como si quisieran devorarla. Gruñó. Esperaba no tener que darle ningún toque de atención a ninguno.

—Anda, quita esa cara de neandertal y ve con tu hermana. —Y mirando a Amy, dijo—: Ven conmigo, que te he reservado sitio en primera fila.

La ceremonia empezó y Raquel contagió su felicidad a todos los invitados mientras caminaba por un pasillo del brazo de su hermano. A pesar de su pequeña tripita, estaba preciosa y Santiago se quedó sin palabras al verla. Como mandaba la tradición, Álex besó la mano de su hermana y se la tendió a Santiago antes de ocupar su lugar junto a Amy. Ella le sonrió y entrelazó sus dedos con los de él mientras observaban la felicidad de los novios pronunciando sus votos.

Amy sonrió cuando vio cómo María se acercaba a su madre con una almohada en la que portaba dos anillos de oro blanco. La pequeña iba preciosa con su vestido color crema a juego con las zapatillas y un enorme lazo amarillo rodeando su cintura. Unas flores adornaban su pelo rubio que llevaba medio recogido.

Cuando la alcaldesa les nombró marido y mujer, se besaron y los invitados aplaudieron. Álex y Amy se acercaron para darles la enhorabuena y María se

abrazó a las piernas de su tío. Él la cogió en brazos y le besuqueó la mejilla. Tras el cóctel, se sentaron las diferentes mesas redondas para cenar. Amy y Álex se encontraban en la de los novios.

—¿Todavía no puedo besarte? —le susurró Álex al oído.

—No. —Sonrió Amy—. Aguanta.

—No sé si podré.

—Podrás —le aseguró ella acariciándole la pierna, antes de rozarle la entrepierna con la yema de los dedos.

—Amy... no juegues con fuego —la amenazó.

Ella le guiñó un ojo y continuó comiendo. Charló con Raquel, Santiago y Patricia mientras le contaban cosas sobre Álex a lo que él respondía tapándose la cara con la servilleta. A su familia le encantaba avergonzarle.

—¿De verdad? —dijo Amy carcajeándose.

—¡Oh sí! Cuando Álex tenía la edad de María le encantaba ponerse mis tacones y corretear por toda la casa.

—¡¡Mamá!! —le recriminó su hijo.

—¡Tú come y calla! —le regañó como a un niño pequeño—. Amy, si algún día vienes a casa, te enseñaré las fotos.

Como era de esperar, María enseguida se cansó de estar sentada y con el permiso de su madre, se fue a jugar por el jardín. Era la única niña, pero su imaginación hacía que jamás se aburriera.

Hacía una noche agradable. Era lo bueno de celebrar una boda en verano y los invitados disfrutaron de un postre elaborado a base de helado. Cuando Amy acabó el suyo, metió la cuchara en el de Álex para comer un poco más mientras él la miraba fingiendo estar molesto.

—¿Te pido otro?

Ella negó con la cabeza y cogió una última cucharada.

—No, no, ya paro

—¿Puedo besarte ya?

Amy puso los ojos en blanco.

—Que pesado estás. Que no, espera a que nos vayamos a casa.

—Pesado no, me muero por hacerlo desde que te he visto.

Ella sonrió. Le encantaba causar ese efecto en Álex. Cuando los camareros recogieron, los novios inauguraron el baile y los invitados volvieron a aplaudir cuando se besaron con la melodía de la música.

Como en todas las bodas, el DJ puso las canciones más conocidas para que todo el mundo las bailara. *La Macarena*¹⁰, *Saturday Night*¹¹, *El Coyote*¹² y

muchas más con las que los invitados disfrutaron con sus copas en la mano. Horas más tarde, mientras Amy pedía un nuevo cubata en la barra, Álex se acercó a ella y le abrazó por la cintura depositando un suave beso en su cuello.

—¿Quieres dar un paseo? —le preguntó.

Ella asintió y se dio la vuelta para mirarle. Necesitaba alejarse de la gente y pasar tiempo a solas con él. Dejó su cubata en una de las mesas y entrelazaron sus dedos para alejarse de la fiesta caminando por la parte de atrás del restaurante.

—¿Todo bien?

—Sí, solo estoy algo cansada. Y estos zapatos me están matando.

Puso una mano en su hombro para aguantar el equilibrio y se los quitó soltando un gemido de placer cuando sus pies descalzos tocaron la hierba.

—Dios, mucho mejor. —Sonrió.

Álex la cogió por la cintura y continuaron paseando disfrutando de la buena temperatura de la noche y de la soledad mientras escuchaban la música a lo lejos.

—¿Me concedes este baile? —pidió Álex tendiéndole la mano.

—Por supuesto.

Amy soltó los zapatos y le rodeó el cuello con un brazo mientras él la atraía a su cuerpo abrazándola por la cintura. Estaban muy cerca. *Capturing Images*¹³, comenzó a sonar y empezaron a moverse al ritmo pausado de la canción. De forma inconsciente, ella cerró los ojos y hundió el rostro en su cuello mientras seguían moviéndose. Álex posó los labios en su frente e inspiró el aroma que desprendía su cabello. No hubo palabras durante esos mágicos minutos.

*Your smile, your smile*¹⁴

*Keeps me happy*¹⁵...

Amy le miró a los ojos y juntaron sus frentes cuando la canción comenzaba a silenciarse, pero ellos continuaron con el suave balanceo de sus cuerpos.

—Amy, te q...

—¡Tito, tito! —le interrumpió la voz de su sobrina.

El corazón de Amy se detuvo un segundo. ¿Iba a decirle lo que ella creía? El corazón chocaba con fuerza contra sus costillas y las mariposas de su

estómago habían aumentado en cuestión de segundos. Pero se obligó a deshacerse de esos pensamientos cuando María llegó hasta ellos.

—Dime, pequeña.

—¡Ven a bailar conmigo!

Álex miró a Amy con ojos de disculpa y ella le sonrió. Les vio alejarse, pero ella se quedó rezagada, quería estar ahí unos minutos más antes de volver. Alzó la vista y se quedó mirando al firmamento. El lugar donde se encontraba estaba oscuro y permitía observar con claridad las estrellas. El móvil le vibró y lo sacó del bolsillo que tenía el vestido. Observó la pantalla y leyó «Desconocido». Un nerviosismo se instaló en su cuerpo. ¿Sería la misma persona que le mandó hace unos días aquel mensaje? Descolgó dispuesta a averiguarlo.

—¿Quién es?

—Alguien quien tiene en su mano tu vida y la de las personas a las que quieres. Tienes algo que me pertenece, bonita. Y si juegas conmigo, acabarás como tu padre.

Al oír aquello, abrió los ojos como platos. ¿En qué estaba metido su padre?

—¿Qué quiere? —preguntó alejándose y echando la mirada hacia atrás. Tenía que asegurarse de estar sola.

—Tu padre consiguió una información que me interesa. Era el mejor de la ciudad y nadie, salvo él, aceptó aquel trabajo a cambio de una buena cantidad de dinero. Quiero esa información.

—Yo no la tengo.

Amy oyó cómo el hombre se carcajeaba al otro lado de la línea. Las lágrimas se deslizaron por su rostro. Estaba hablando con el asesino de su padre.

—Esto es la mafia, bonita. Aquí no nos andamos con rodeos. Ten cuidado.

No se lo podía creer. ¡La mafia! ¿Cómo pudo su padre negociar con ese tipo de gente? Y lo peor de todo era que ella se sentía culpable. Sus sueños eran caros y él hizo todo lo posible para que los lograra. Pero el resultado no pudo ser peor. No solo no fue a París, si no que perdió a una de las personas que más quería en el mundo.

—Yo no tengo nada y más le vale que se aleje de mí y de mi familia o llamo a la policía.

—Incrédula —la insultó riendo—. Tengo todo controlado. Mis hombres están vigilando a las personas que quieres. Tu madre, tu novio y, ah, una preciosa niña rubita. Su madre debe de estar feliz con su recién estrenado matrimonio.

—Un escalofrío recorrió el cuerpo de Amy al escucharle—. Da el aviso y ni

uno de ellos volverá a ver un amanecer. Y tú vivirás años sufriendo sus muertes, pues serás la única responsable.

—¡¡No te acerques a ellos!! —gritó—. No pienso hacer tratos ni negociar con personas como vosotros. ¡Matasteis a mi padre!

—Un bajo precio por lo que perdimos. No solo quiero esa información, bonita. También el dinero que me robó. Treinta mil euros. En realidad, el total eran sesenta mil. La mitad al principio y la otra al finalizar el trabajo, pero no cumplió a diferencia de nosotros que sí le dimos esa parte. Para que veas que bueno soy, solo me devolverás esa parte, sin intereses. —Rio.

Amy se sorprendió. ¿Tanto dinero le habían dado a su padre por trabajar con ellos? Ahora entendía que el seguro de vida les ingresara en la cuenta esa gran cantidad de dinero. Pero no quedaba nada de él. Gastaron la mayor parte en la apertura del London. Ahora todo encajaba. Ellos lo habían destruido y el mensaje que recibió era una amenaza.

—No negociaré.

Y dicho esto colgó, con el corazón en un puño. Le temblaba el cuerpo entero y tras guardar el móvil se limpió las lágrimas que había derramado a causa de la frustración. Inspiró profundamente y se puso los zapatos para regresar a la fiesta. Se quedó parada en una esquina viendo cómo Álex bailaba con su sobrina. Luego se fijó en Patricia charlando con Santiago y su hija. Todos reían felices. Y ahora estaban en peligro por su culpa. Si les pasaba algo jamás se lo perdonaría, pero no pensaba negociar con ese tipo de gente. Había sido sincera. Ella no tenía esa información de la que hablaban.

Lo mejor era olvidarse de aquello y ante todo, mostrar su mejor sonrisa. Nadie podía notar su nerviosismo. Se acercó donde Álex bailaba con su sobrina y cogió la mano de la niña.

—¿Me dejas bailar con tu tito, pequeña bailarina?

—Solo si me das un beso —exigió María.

Amy sonrió y se agachó para que la pequeña pudiera abrazarla mientras ella le daba un beso en la mejilla. Al ver que le había dejado carmín en el pómulos, se lo limpió con los dedos y se puso en pie antes de que María corriera hacia sus padres.

—¿Y a mí no me das ningún beso? —le preguntó Álex.

Ella le mostró su mejor sonrisa y se acercó a él para besarle como le gustaba. Alzó los brazos para abrazarse a su cuello y profundizar el beso. Álex la saboreó y acarició su lengua mientras la alzaba por la cintura para dejarla más a su altura.

—Álex, ¡bájame! —dijo sobre sus labios.

—¿Nos vamos ya? No veo el momento de quitarte este vestido y hacerte el amor.

Un cosquilleo le recorrió el estómago y asintió. No deseaba nada más.

—Despidámonos de tu hermana y su marido.

Caminaron hacia ellos y Álex abrazó a Raquel y estrechó la mano con Santiago.

—Es tarde y nos vamos ya.

—¿No podéis quedaros un poco más?

—No hermanita, estamos cansados.

—Ya... pero te queda energía para follar, ¿no?

—¡Raquel!

Amy no escuchó lo que los hermanos hablaban. Se había quedado ausente mirando el vientre de Raquel. Ese bebé también estaba en peligro. No podía creérselo. Era surrealista lo que estaba ocurriendo.

—¿Amy? —oyó la voz de Álex.

—¿Eh?

—¿Estás bien?

—Sí, solo estoy agotada.

Él asintió satisfecho con aquella respuesta y fueron a su casa donde se amaron con sus cuerpos hasta que los brazos de Morfeo les acogieron.

[10](#) - *La Macarena*. Los del Río.

[11](#) - *Saturday Night*, Whigfield.

[12](#) - *No rompas más*, Coyote Dax.

[13](#) - *Capturing Images*. Start Restart Undo, Anni B Sweet.

[14](#) - *Your smile, your smile*: Tu sonrisa, tu sonrisa.

[15](#) - *Keeps me happy*: me mantiene feliz.

Capítulo 35

Las llamadas se fueron sucediendo todos los días y varias veces aunque Amy no respondía. Lo dejaba sonar mientras miraba en la pantalla ese maldito nombre. Desconocido. Había estado tentada de llamar a la policía varias veces, sin embargo, el miedo era mayor. Sabía que la vigilaban. Y no solo a ella. Sino a las personas más cercanas a su entorno. Cuando salía a la calle no dejaba de mirar a su alrededor en busca de alguna pista sobre aquellos hombres, sin resultado. Jamás les había visto y sabía que ellos la vigilaban por los mensajes que le mandaban. Le decían cómo iba vestida, qué hacía y le mandaban fotos de Álex, Raquel, María, Santiago y su madre cuando salían a la calle.

Álex la notaba muy distante, fría y ausente. No sabía qué le pasaba, y cuando le preguntaba ella siempre le sonreía, le acariciaba la mejilla y le decía que nada o que solo estaba preocupada por el London. Además, los días que dormían juntos notaba cómo se levantaba a altas horas de la madrugada. Uno de esos días la miró por la rendija de la puerta. Estaba sentada en medio del sillón y tenía la vista puesta en el infinito. Sabía que pasaba algo, pero Amy era tan cabezota que lo más probable era que tuviera que averiguarlo él mismo.

—Dímelo.

—No. —Rio Amy por las cosquillas que le estaba haciendo Álex.

Ambos estaban viendo una película, aunque él quería sonsacarle esa sorpresa que ella le tenía preparada. Probó con besos, caricias, sexo, y nada había dado resultado, así que decidió cambiar su táctica por las cosquillas. El bol de las palomitas había acabado sobre la alfombra de totora. Por suerte, no tendrían que limpiar. Lennon ya las estaba atacando.

—En algún momento me lo tendrás que decir, ¿no?

—¡Para! —dijo Amy cogiéndole de las muñecas sin dejar de reír—. No te lo voy a decir. Mañana lo verás.

—No seas mala.

La cogió de la cintura y la sentó en su regazo. Le encantaba tenerla sobre él y más notar cómo su cuerpo se estremecía cuando la acariciaba.

—Tú mañana acuérdate de llevar a Lennon con tu hermana a primera hora. Vendré a buscarte a las nueve, y si no estás me voy con otro —bromeó ganándose un suave azote de Álex.

—Por encima de mi cadáver. Eres mía como yo tuyo. —Se acercó para besarla en el cuello

Ella le apartó y se escapó de sus brazos para coger el bolso. Si seguía tocándola y besándola acabarían desnudos allí mismo y se le haría tarde.

—Me voy a casa. —Se acercó a él y apoyó las manos en sus muslos para inclinarse y darle un beso en los labios—. Nos vemos mañana.

Él la dejó ir y se levantó para recoger las migas de las palomitas con el aspirador. En esa alfombra no podía pasar la escoba. No pudo evitar reír al ver cómo su perro comenzaba a gruñir al oír el ruido de la aspiradora. La odiaba, pero cuando Álex se la acercaba, en vez de seguir gruñendo, lloriqueaba y se iba a la habitación. Era un gallina, pero le adoraba.

—Lennon, baja —le ordenó cuando se fue a acostar. Pero como siempre, no le hizo ni caso sino que se acomodó más—. No tienes remedio.

Se sentó en la cama y comenzó a jugar con él, acariciándole y poniendo la mano en su boca cuando la abría.

—¿Me prometes que le chuparás a Raquel la cara todos los días que estemos separados? —le dijo sonriendo. Sabía que su hermana odiaba que el perro la tocara, pero también le adoraba—. A saber qué es eso que Amy me tiene preparado. ¡Miedo me da! —Sonrió.

Le cogió del collar y le bajó de la cama antes de apagar la luz y meterse bajo las sábanas para dormir. Pero como era de esperar, cinco minutos después Lennon se subió a la cama. Cuando Amy se quedaba a dormir, el perro no se subía ya que no había hueco suficiente y a Lennon le gustaba tener su espacio.

Tal y como habían quedado, al día siguiente a las ocho y cuarto, dejó a su perro en la casa de su hermana, en la cual ahora también vivía Santiago, su cuñado. Amy le había dicho que lo dejara allí unos cuantos días, pero no le quiso explicar el porqué.

—Hola, gordita —la saludó dándole un beso en la mejilla—. ¡Vaya! ¿Seguro que ahí dentro solo hay uno? —Rio.

—Claro que sí. Ya lo viste en la ecografía.

—¿Sabes ya lo qué es? —le preguntó pasando a la casa.

—No. Santiago y yo queremos que sea una sorpresa.

Álex asintió y soltó la correa a Lennon quien corrió hasta María que en ese momento desayunaba su Cola Cao con magdalenas. La niña estaba tan dormida aún, que no se dio cuenta de que el perro saltó para quitarle la que tenía en la mano.

—¡Lennon! —le regañó su dueño—. Pequeñaja no le des nada de dulces. Me lo tienes que cuidar bien, ¿entendido? —dijo Álex agachándose para besuquearle la mejilla.

—Sí, tito. Y voy a jugar mucho con él.

—Así me gusta. —Y mirando a su hermana preguntó—: ¿Y Santiago?

—Trabajando. Están liados en la comisaría. A ver si las cosas se calman y podemos irnos de una vez de luna de miel. Por cierto, nos iremos dos semanas, así que ya sabes. —Señaló a María.

—Mamá y yo nos turnaremos para cuidarla.

—Sabes que tu sobrina preferirá quedarse contigo y con Amy. —Le sonrió.

Raquel le tendió a su hermano una taza de café y se sentaron para charlar un rato antes de que Álex regresara a casa. Puntual, Amy llegó y se adentró en el piso tras robarle un rápido beso antes de sacar del armario de la habitación de invitados la maleta de Álex ya hecha. La hizo el día anterior aprovechando que él salió a la calle a pasear con Lennon. Ella se excusó de acompañarle argumentando que prefería esperarle en casa. Además, sabía que Álex no se percataría de que le faltaba ropa.

—¡Eres una lianta! —Sonrió al ver su maleta hecha.

—Anda, vamos. Que tengo el coche en doble fila.

—¿Nos vamos de viaje? ¿Adónde?

—¡No empieces! —le avisó.

Durante el viaje, Álex se fue fijando en los carteles que había en la carretera, intentando averiguar adónde le llevaba. Pasaron por Zaragoza, donde pararon para hacer un descanso en uno de los centros comerciales más grandes de España llamado Puerto Venecia. Dieron un paseo por el increíble centro comercial donde comieron antes de reanudar el viaje. Amy todavía se negaba a decirle donde iban. Quería que todo fuera una sorpresa.

Dos horas y media después, Álex sonrió pensando que iban a pasar unas vacaciones en Barcelona, pero Amy negó con la cabeza. Esa ciudad, aunque le encantaba, era demasiado típica y quería ir a un lugar distinto.

Hora y media después, Amy aparcó frente a una casa blanca de dos pisos. Por la parte de atrás se encontraba una playa privada que disfrutarían ellos dos

solos bañándose en sus aguas cristalinas.

—Bienvenido a Tamariu —dijo Amy quitando la llave del contacto—. Me hubiera encantado llevarte a Cerdeña o a Cancún, pero mi presupuesto es limitado. Así que he alquilado esta casita para los dos solos con playa privada y piscina.

Álex no contestó. Se quedó completamente asombrado con lo que ella había hecho y se quedó unos minutos en el coche mientras veía cómo Amy cogía las maletas del maletero y sacaba el asa para correr con ellas hacia la puerta de casa. Al verle aún en el coche, le miró e hizo un gesto con la mano para que fuera con ella.

Entraron en la casa y un amplio salón les dio la bienvenida. El suelo era de madera y había una chimenea, ahora tapada con una puerta de cristal. Un sofá gris en forma de ele y un gran televisor de plasma, además de una estantería llena de libros y una vitrina con licores. La cocina estaba al lado de salón. Era tipo americana con una barra en el centro de mármol blanco y unas sillas altas del mismo color. En ella había una gran puerta corrediza por la que se accedía a la piscina y bajando unas escaleras podías pisar la limpia arena de la playa privada.

Emocionada, Amy salió y corrió por la arena mientras se quitaba las sandalias con un par de sacudidas tras desabrochárselas hasta que sus pies tocaron la tibia agua del mar. Álex la siguió y la abrazó por detrás depositando un beso en su sien.

—¿Por qué has hecho esto, Amy?

—¿No te gusta? —preguntó preocupada dándose la vuelta.

—¡Pues claro! Pero no tenías por qué hacerlo.

—Pero quería hacerlo. Álex, siempre te sacrificas por los demás para que sean felices. Lo hiciste con tu madre, con tu hermana, con tu sobrina... —Tragó saliva—, conmigo... y quiero que ahora tú seas feliz. Que me dejes cuidarte, mimarte y que no te preocupes por nada durante estos días. ¿Vale? Solo preocúpate por descansar y disfrutar.

Álex le cogió del rostro y la besó con amor al mismo tiempo que la cogía en brazos y ella enredaba sus piernas en torno a su cintura. Sonrió sobre sus labios y le abrazó deseando fundirse con su piel. Estar en sus brazos era el mejor lugar del mundo.

—Contigo soy feliz, nena. Que estemos así ahora me hace estar bien y hacía mucho que no me sentía así. Todos los días doy gracias al destino por ponerte en mi camino, cariño. A pesar de lo borde que eras al principio.

Amy frunció el ceño y posó de nuevo los pies en la arena para separarse de él, pero Álex no la dejó salir del aprisionamiento de sus brazos.

—¿Me lo vas a recordar toda la vida?

—¿Toda la vida? —preguntó Álex—. Me encanta que admitas que estaremos juntos toda la vida. —Volvió a besarla—. Pero tengo razón.

—Anda, no recordemos esos días y disfrutemos de esta semana.

Se deshizo de sus brazos y regresó a la casa. Subió al segundo piso y sonrió al ver la habitación principal. Tenía una gran terraza con vistas al mar y un baño propio más grande que su habitación de su piso en Logroño. Había un jacuzzi y la mampara de la ducha era transparente. Se mordió el labio inferior imaginándose a Álex duchándose mientras ella observaba sin ningún pudor su cuerpo desnudo cubierto de agua. Una fantasía se instaló en su mente. Debería cumplirla.

Tras deshacer las maletas, pasearon por el pueblo y compraron algunas cosas que necesitaban para pasar esos días.

El cansancio del viaje hizo mella en sus cuerpos y tras cenar se recostaron en el sofá. Amy sentada y Álex tumbado con la cabeza apoyada en su regazo mientras ella le acariciaba el pelo hasta que él se quedó dormido.

El móvil de Amy vibró y lo cogió de la mesita de madera que se encontraba pegado al sofá donde estaba posada una pequeña lámpara. Leyó la pantalla. Desconocido. Llevaban días llamándola sin descanso, pero no pensaba coger. Algún día se cansarían. Lo apagó y balanceó el cuerpo de Álex.

—Cariño, despierta —le susurró—. Vamos a la cama.

—Estoy muy a gusto aquí —ronroneo besándole el muslo.

—¿Piensas dormir en mi regazo? —Sonrió mirándole.

—Sí.

Amy consiguió quitarse la cabeza de Álex y se levantó antes de tenderle la mano para ir al dormitorio.

—Vamos, dormilón, que mañana quiero disfrutar de ti todo lo que no está escrito.

Capítulo 36

Amy fue la primera en despertarse cuando los primeros rayos de sol entraron por la puerta de la gran terraza de la habitación. Se estiró y giró el rostro para ver a Alex. Seguía durmiendo y no pudo evitar sonreír al verle tan tranquilo y con los labios entreabiertos. Tuvo la tentación de inclinarse hacia él para despertarle con un beso, pero se contuvo. Con sigilo, se levantó y bajó a la cocina para hacer el desayuno. Preparó café, tostadas, peló y cortó algo de fruta y rellenó dos vasos con zumo de naranja. Al tenerlo todo listo, subió de nuevo a la habitación con una bandeja y lo fue colocando todo en la mesa que se encontraba en la terraza con vistas al mar. La brisa que corría la sacudió e inspiró profundamente disfrutando del aroma del agua salada.

Álex seguía profundamente dormido y en la misma posición que cuando lo había dejado. Bocabajo con el rostro girado y la boca entreabierta. Sin poder aguantarlo más, se colocó a su lado y le besó. Oyó cómo él ronroneaba y comenzaba a moverse.

—Buenos días, cariño —le saludó ella.

—Tengo que quitarte esa mala costumbre de despertarme.

—Son las once ya y el desayuno te espera.

Álex abrió los ojos y la miró antes de ponerse de rodillas sobre la cama.

—¿Me has hecho el desayuno? —Ella asintió—. Me hubiera gustado llevártelo a la cama.

—No, no, no. Te dije que estos días son para ti. —Le volvió a besar—. Anda, aséate un poco y ven a la terraza. Te espero.

Álex asintió y fue al baño para lavarse la cara y los dientes y peinarse un poco su pelo revuelto con los dedos, aunque no se molestó mucho en adecentarlo. Sabía que a Amy le gustaba tal y como lo llevaba y en cuanto acabaran de desayunar la cogería y la tiraría a la piscina. Había fantaseado con eso desde que habían llegado.

Salió a la terraza solo vestido con el *bóxer* donde Amy le esperaba recostada en una de las sillas y con los ojos cerrados disfrutando de los rayos de sol que

acariciaban su piel.

Ella no se había percatado de su presencia, así que entró de nuevo en la habitación para coger de la mesilla su móvil. Volvió a salir y activó la cámara para hacerla una foto. Sin pizca de maquillaje y con esa expresión de tranquilidad estaba preciosa.

Al oír el sonido de la foto, Amy abrió los ojos sorprendida.

—¿Me has hecho una foto con estas pintas? —Alzó las cejas.

—Sí, y la voy a poner de fondo de pantalla.

—¡Ni se te ocurra!

Álex se la enseñó y Amy no pudo evitar ruborizarse. La foto era bastante buena y la luz de la mañana le daba un toque más artístico. Se mordió el labio inferior mientras Álex se sentaba a su lado y cogía una tostada para darle un mordisco.

—Esto es una pasada.

—Sí, lo es. —Sonrió Amy—. Me pasaría la vida aquí.

—No te quito la razón, cariño.

—Pero no podemos, aunque sí sentirnos los reyes de este paraíso durante estos días.

Terminaron de desayunar y mientras Amy fregaba los cubiertos, notó cómo Álex la cogía de la cintura y se la echaba al hombro. A pesar de los gritos de ella y repetirle varias veces que la soltara, él no le hizo caso y saltó con ella a la piscina sin importar que llevara el pijama.

—¡¡Álex!! —le gritó al emerger del agua antes de salpicarle.

—Quita esa cara. Quería bañarme contigo. —Sonrió rodeándola de la cintura.

—¿Y no podías haber esperado a que me pusiera el bikini?

—No.

Ella le fulminó con la mirada y se separó de él para quitarse toda la ropa que se le pegaba a su cuerpo quedando completamente desnuda ante él. La tiró fuera del agua y le echó a Álex una mirada provocativa antes de comenzar a nadar hasta llegar a la enorme escalera. Con paso lento salió del agua bajo la atenta mirada de Álex. Contoneó las caderas y entró en la casa para ponerse el bikini. Cuando regresó se tiró de nuevo al agua y se colgó a caballito sobre Álex.

—Si vuelves a tirarme con la ropa al agua... más te vale que duermas con un ojo abierto —le susurró al oído—. Ven conmigo.

Se soltó de su cuello y se impulsó para salir de la piscina. Bajó las escaleras por las que se accedía a la playa y corrió por la arena con Álex siguiéndola de

muy cerca, pero se detuvo cuando sus pies tocaron el agua y la notó demasiado fría. Fue a darse la vuelta, pero Alex la elevó y la metió en el mar. Amy fue a protestar, pero antes de que lo hiciera, él la besó.

—Que poco aventurera. Te asusta el agua fría.

—¡No me asusta! —le recriminó—. Solo que no quiero ponerme mala y no hacer todo lo que tengo planeado para ti.

—Mmm... ¿y qué tienes planeado? —le preguntó metiendo una mano bajo la braga de su bikini para acariciarle las nalgas.

—Muchas cosas. —Le rodeó la cintura con las piernas y sacó la lengua para repasarle los labios—. Y estoy convencida de que te gustarán todas. —Movi6 las caderas contra su excitación haciéndole gruñir.

Álex comenzó a deshacerse de los lazos que tenía a ambos lados de su cadera para quitarle la braga, pero Amy le detuvo y negó con la cabeza.

—Me has tirado a la piscina en ropa. No te lo mereces.

—No seas mala. —Le mordisqueó el cuello—. Quiero poseerte, aquí y ahora. Ella gimió cuando Álex presionó su erección contra su sexo y hundió el rostro en su cuello. Le encantaba todo lo que él le hacía sentir y cómo se excitaba con solo una mirada suya. Descargas de placer recorrieron su cuerpo y le devoró la boca mientras metía una mano bajo su bañador para rodear su miembro con la mano y comenzar a acariciarlo. Oyó cómo gruñía y aumentó el ritmo de sus dedos sobre él, notándolo duro y grueso.

—Joder, nena... no pares —jadeó cerrando los ojos.

—Mírame —le ordenó ella—. Quiero mirarte mientras te doy placer.

Lo rodeó con dos dedos y comenzó a realizar movimientos lentos y suaves notándolo palpitar entre ellos. Era excitante notar que ella tenía el poder y que Álex estaba bajo su merced. Le gustaba sentir que era ella la que le proporcionaba placer y que él solo la deseaba a ella. A nadie más.

Álex no dejó de mirarla a los ojos mientras le masturbaba hasta que el orgasmo le llegó y se corrió apretando la mandíbula para evitar que gruñidos de placer escaparan de su garganta.

Mientras ambos recuperaban el ritmo normal de sus latidos, Amy sacó la mano de su bañador y le cogió del rostro para besarle.

—Prométeme que pase lo que pase, no dudarás de lo que siento por ti. Que confiarás en mí.

Él notó cómo temblaba en sus brazos.

—Te lo prometo. ¿Qué ocurre, Amy?

—Nada. —Le sonrió.

—Estás temblando y he visto tu mirada cuando me decías eso.

—Solo tengo frío. ¡Me has metido en el agua!

Álex también sonrió, aunque su mente no paraba de pensar en qué demonios sucedía. Amy no estaba igual. Últimamente estaba más en las nubes que en tierra firme. Salieron del agua y caminaron mojados por la arena para volver a la casa. Subieron al baño de la habitación y cogieron un par de toallas para secarse.

—Voy a ducharme —dijo Álex—. Me noto el cuerpo lleno de arena.

Ella asintió y mientras él se metía en la ducha, Amy comenzó a desenredarse el pelo. Por el espejo observó el cuerpo desnudo de Álex. Era lo bueno de que la ducha fuera transparente. Le daba la espalda y pudo tener una buena visión de su trasero mientras se aclaraba el pelo. Amy se mordió el labio inferior y se llevó una mano a la espalda para desabrocharse el lazo de la parte de arriba del bikini. Lo dejó caer al suelo y deslizó la braga por sus piernas.

Caminó hacia la ducha y abrió la puerta para meterse ella también. Álex se dio la vuelta cuando notó su presencia y levantó una mano para acariciarla el rostro.

—Date la vuelta —le pidió.

Ella obedeció y Álex cogió el gel para echarlo sobre una esponja de malla. Cuando la espuma comenzó a salir, la posó sobre su cuello y le enjabonó los hombros antes de bajar hacia sus pechos. Los limpió mientras los acariciaba y estimulaba sus pezones. Oyó cómo gemía y Amy notó cómo su miembro erecto de nuevo se clavaba en sus nalgas.

Álex continuó enjabonándola, masajeando su vientre en círculos. Se agachó deslizando la esponja por sus piernas y le regaló un mordisco en su nalga izquierda haciendo que Amy diera un pequeño brinco. Álex dejó la esponja sobre el suelo de la ducha y agarrándola de las caderas, hizo que se girara para posar su boca sobre su ardiente y húmedo sexo. Amy chilló al notar que la lengua de Álex la devoraba y extendió las manos para apoyarlas en las paredes de la ducha. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás notando como oleadas de placer recorrían su cuerpo.

Álex le rodeó el clítoris con la lengua antes de atraparlo entre sus labios para succionarlo. Se impregnó de su sabor y coló dos dedos en su interior.

—Eres deliciosa, nena. Me pasaría el día comiéndote.

Movió los dedos en círculos rozando cada una de sus paredes mientras Amy gemía y se movía contra su boca. Le dio un suave mordisco en el pubis y subió su lengua por su vientre sin dejar de penetrarla. Le rodeó el ombligo

con la lengua y atrapó un pezón entre sus dientes para tirar ligeramente de él. Ese pequeño dolor hizo que el placer de Amy aumentara.

—¡Oh sí! —gimió—. Álex, vuelve a hacer eso.

Él sonrió e hizo lo mismo con su otro pezón mientras aumentaba el ritmo de sus dedos notando cómo las paredes de su sexo se contraían.

—Nena, me pones al límite cuando estás a punto. —Sacó sus dedos de su interior. No quería que se corriera aún.

Rozó de nuevo su hinchado botón y continuó torturando con su boca sus pechos. Le encantaba ver cómo se ponían duros cuando su lengua los saboreaba.

—Álex —gimió su nombre—. No aguanto más...

Su sexo le dolía tras la tortura a la que le habían sometido su boca y sus dedos y estaba más que preparada para recibirle.

—Agárrate a mi cuello.

Ella obedeció y Álex la elevó para dejarla encerrada entre la pared y su cuerpo. Guio su miembro hacia su húmeda entrada y la penetró de una fuerte estocada. Amy gimió alto y clavó las uñas en sus anchos hombros mientras movía las caderas para que encajaran con las suyas. Álex le apretó las nalgas con los dedos y jadeó cuando sintió cómo sus paredes le recibían en cada una de las embestidas.

Chocaron sus frentes y se miraron a los ojos cuando el clímax le invadió y Álex se dejó ir en su interior mientras ella gemía notando cómo la llenaba. En su vida había disfrutado del sexo, pero jamás había sentido algo tan intenso como lo que sentía cuando Álex la poseía. No era tonta y sabía que él no había sido ningún santo. Sabía cómo hacer disfrutar a una mujer en el sexo y se movía como un experto en aquel arte. Una punzada de celos se instaló en Amy, pero enseguida desaparecieron. Tenía claro que Álex era suyo y que no la traicionaría. Jamás había confiado en nadie como confiaba en él. La hacía sentir viva, deseada, bonita, pero sobretodo feliz.

Pero esa felicidad podría acabar. A su cabeza acudieron las llamadas, los mensajes y las palabras que aquel hombre le dijo. Todas las personas a las que quería estaban vigiladas y amenazadas de muerte y no sabía cómo lidiar con aquello. Lo importante era que nadie se enterara. Era su problema y lo mejor era que nadie más estuviera involucrado. Daría su vida por todas aquellas personas.

—¿Amy?

—¿Eh?

Ella sacó la cabeza de su cuello y le miró. Aún la sujetaba en brazos y consciente de que debería estar cansado, hizo que saliera de ella y que la bajara al suelo.

—Sé que ocurre algo, Amy. Estás ausente y distante. ¿Qué pasa?

—No pasa nada, Álex.

—¿Me estás mintiendo? Porque odio las mentiras.

Al ver su semblante serio y enfadado, Amy cogió una toalla y salió de la ducha. Prefería no hablar con él a discutir.

Pero Álex quería saber, así que la siguió anudándose otra toalla a la cintura. La vio ponerse unas bragas y un vestidito de playa a todo correr y se recogió su húmedo cabello en un moño en lo alto de la cabeza. Sin mirarle, salió de la habitación y bajó las escaleras para dirigirse a la cocina.

Él suspiró. Cuando se ponía así debía relajarse antes de hacer o decir algo que hiciera que la antigua Amy regresara. Sin vestirse, bajó y la encontró comenzando a cortar un tomate. En otro bol tenía lechuga en remojo. Supuso que pensaba a hacer una ensalada para la comida.

—Amy... creo que sabes que puedes confiar en mí.

—Y lo hago —dijo ella sin mirarle.

—Pues cuéntame qué te ocurre.

—No pasa nada, Álex. —Dejó el cuchillo y se giró hacia él—. De verdad.

—No sé por qué, pero no te creo.

Ella bajó la mirada. Él tenía razón y no podía reprocharle nada. No le estaba mintiendo, pero ocultar la realidad estaba muy cerca de la mentira.

—Álex, confía en mí, ¿vale? Te prometo que no hay nada de lo que debas preocuparte. Es solo el estrés, lo que pasó en el London aún me tiene preocupada, pero es lo normal. Mi madre, yo y ahora tú, vivimos de ello y nos lo han destruido. Y con el dinero del seguro no nos llega para restaurarlo. Solo quiero una solución para todo y cerrar ese capítulo.

Él se acercó y la abrazó. Se la veía agobiada y se estaba guardando todo lo que sentía dentro. Amy comenzó a sollozar y se desahogó en el pecho de Álex mientras él le acariciaba el pelo.

—No puedo perderte, Álex. No puedo perder a nadie más.

—Chss —siseó para que callara—. No vas a perder a nadie, cariño.

En respuesta, ella se abrazó más fuerte a él y depositó un suave beso sobre su clavícula. Necesitaba decirle que le quería, que lo amaba más que a su propia vida, pero no podía. Las palabras siempre se atascaban en su garganta.

—¿Quieres que comamos por el pueblo?

Ella asintió y se limpió las lágrimas con el dorso de la mano.

—Lo siento, Álex.

—No te preocupes. Estoy aquí, ¿vale? Para lo bueno y lo malo.

—Solo espero que esto no acabe con alguno de nosotros —susurró.

Álex, pensando que se refería al London, le acarició la mejilla con los nudillos.

—No pienses en eso ahora, ¿vale? Anda, vistámonos y salgamos un poco. Te vendrá bien.

Y así lo hicieron. Pasaron el día por Tamariu visitando diferentes lugares y desde lo alto de un acantilado, dejaron volar dos farolillos con un deseo en cada uno para que el viento se los llevara y el destino los cumpliera.

Capítulo 37

Pasaron una semana en la que Amy pudo desconectar del día a día, aunque no lo suficiente puesto que los mensajes no dejaban de sucederse. El cuarto día decidió apagar el móvil y guardarlo en uno de los cajones para evitar pensar en lo que ocurría.

Álex y ella disfrutaron de la playa, la piscina y paseando por el pueblo cuando el sol desaparecía. Por las noches regresaban a la casa para hacer el amor en el lugar menos esperado: el suelo, la cocina, contra la puerta, en una de las hamacas de la piscina... no podían dejar de tocarse ni de besarse cuando estaban a solas.

Tal y como le había dicho, Amy se ocupó de que Álex disfrutara de esos días que estaban pensados para él. Álex se sacrificaba por los suyos sin pedir nada a cambio. Por eso se merecía que esa vez fuera él quien recibiera todas las atenciones que merecía.

A pesar de haber desconectado de la atronadora realidad, Amy tenía pesadillas. Soñaba con las muertes de todas las personas que quería. Ese hombre les dispara en la cabeza uno a uno y sus cuerpos inertes y ensangrentados formaban un círculo alrededor de Amy mientras sus ojos sin vida la miraban fijamente. En la oscuridad, la luz de un puro encendido mostraba la presencia de alguien más. El hombre que la buscaba. Amy se tapaba los oídos para evitar oír el ruido de su risa. Se despertaba temblando y con el cuerpo cubierto por un sudor frío. Por suerte, Álex no se percataba de aquello.

Él sabía que se levantaba bastante pronto. Además, un día la vio a las siete de la mañana bailando en la playa vestida solo con una de sus camisas, que le llegaba hasta mitad de los muslos, y las bragas mientras el viento mecía sus rizos chocolate. Le encantaba verla bailar. Sus movimientos eran precisos, delicados y se movía con una gracia impresionante. Había nacido para aquello.

Pero todo lo bueno acaba y el tiempo suele tener la mala costumbre de pasar

más rápido cuando más lento quieres que pase.

En el viaje de vuelta, Álex insistió en conducir. Habían decidido salir pronto para llegar a Logroño a la hora de comer. Amy se dejó convencer. Entre el madrugón y que apenas descansaba debido a las pesadillas, corrían el riesgo de tener un accidente si era ella la que conducía. Puede que el maquillaje le tapara las ojeras, pero no hacía que el cansancio desapareciera.

Decidieron no hacer ninguna parada. Ambos deseaban llegar a casa cuanto antes y descansar del viaje. Habían sido ideas muy intensos.

Álex insistió en que Amy se quedara con él en casa, pero ella descartó la idea. Quería pasar el resto del día sola, descansando, y poner en orden su piso además de deshacer la maleta, así que Álex aparcó el coche de Amy enfrente de su casa y sacó la maleta antes de darle un suave beso a su chica que le esperaba para despedirse en la puerta del piloto. Amy condujo hasta su casa y tras aparcar en el garaje, subió a su piso, pero no pudo atravesar el umbral de la entrada. Su casa estaba destrozada y la puerta no había sido forzada. Habían sido ellos. Desde la puerta vio todo el salón destrozado y restos de su mobiliario hecho añicos en el *hall*. Tablas de madera partidas, cristales y mucho polvo.

Soltó el asa de la maleta y sacó el móvil de su bolsillo para marcar el número de Álex. Estaba tan bloqueada que no sabía qué hacer.

—¡Álex!

—Amy, ¿qué pasa? —preguntó al verla tan alterada.

—Ven a mi casa. Te espero en el portal. No tardes por favor.

Y colgó antes de que él continuara preguntando. Volvió de nuevo a agarrar la maleta y bajó al portal para esperar a Álex. Su pulso estaba acelerado y temblaba como un flan. Poco después oyó que su móvil sonaba. Era un SMS.

Bienvenida a tu hogar, bonita.

Eran ellos. Furiosa, asustada y agobiada, lanzó el móvil contra el suelo haciendo que quedara completamente destrozado. La pantalla ya no podía llamarse así tras ver las grietas por todo el cristal. La batería había acabado en la otra punta del portal y pequeños trozos de plástico se esparcían por todo él. Al ver cómo el coche de Álex aparcaba en un hueco que había frente al portal, se frotó los ojos para secárselos. No podía verla llorar.

Amy abrió la puerta y Álex entró con gesto preocupado.

—¿Qué ha pasado?

—Me han robado —mintió—. Mi casa está completamente destrozada.

Álex la miró sorprendido y le rodeó los hombros con el brazo para subir con ella. Al entrar vio que nada estaba como recordaba. No había ni rastro de la cocina, el *hall* parecía el de una casa abandonada y el sofá del salón estaba rajado con todo el relleno por fuera. La estantería se posaba sobre uno de los reposabrazos del sofá y los libros y fotos estaban esparcidos por toda la estancia. Amy se acercó y se agachó para recoger uno de los marcos. El cristal estaba roto, pero no solo eso. La foto en la que salía ella de pequeña con su padre, estaba partida por la mitad. Ella no aguantó más y la opresión del pecho aumentó haciendo que comenzara a llorar descontroladamente. Abrió el marco y sacó de él los dos trozos que componían la foto. Álex fue testigo de aquello y reconoció la foto como aquella que vio el día que se quedó a dormir en aquel piso y amaneció al día siguiente con la ropa interior de Amy.

—He llamado a la policía —le comentó—. No tardarán.

Amy asintió y colocó recta la estantería para sacar de los cajones uno de los móviles viejos que guardaba allí. Colocó la tarjeta SIM y lo intentó encender, aunque sin éxito. No tenía batería. Menos mal que en la actualidad, el cargador de la mayoría de los móviles era universal.

—¿Qué le ha pasado a tu móvil? —le preguntó Álex—. Lo he visto destrozado en el portal.

—Estoy nerviosa, me temblaban las manos y se me ha resbalado —mintió.

—O lo has tirado tú y con fuerza. Las piezas estaban bastantes esparcidas para haberse caído.

—Primero el London, Álex... y ahora mi casa... estaba enfadada.

—¿Y por qué me has mentado? —le espetó furioso.

—No lo sé —susurró.

Álex iba a contestarle, pero se calló al ver a dos policías llegar; uno de ellos era Santiago.

—¿Estáis los dos bien? —se preocupó su cuñado.

—Sí —contestó Álex al ver que Amy se quedaba callada—. Acabamos de volver de vacaciones y Amy se ha encontrado la casa así.

—Si ha sido un robo, el ladrón era un profesional. La puerta no está forzada —informó el compañero de Santiago—. ¿Ha notado si falta algo?

Amy negó con la cabeza y se cruzó de brazos. Su piso era su refugio y ahora se sentía incómoda e insegura en él.

—No he mirado, la verdad.

—Es importante que nos informe de lo que le falta.

Ella asintió y se paseó por la casa abriendo los cajones donde tenía el dinero, las joyas y los objetos de mayor valor. Todo estaba allí. Los policías se extrañaron. Era raro que con ese destrozo no se hubieran llevado nada.

—No ha sido un robo —afirmó Santiago al fijarse en la brecha del sofá. Era un corte limpio y el interior estaba vacío del relleno—. Quienquiera que haya entrado, buscaba algo.

A Amy se le reseco la boca. Esos hombres habían registrado su casa en busca de la información de la que le habían hablado. ¡Pero ella no la tenía! O al menos eso pensaba. Solo una persona sabía dónde estaba y esa persona estaba muerta.

—¿Has notado algo raro en las últimas semanas, Amy? —la interrogó Santiago.

«Sí. Que la mafia me persigue, me acosa, me amenaza y está dispuesta a matarte a ti, a tu mujer, a tu hija, a mi novio y a mi madre», pensó, pero mintió:

—No, todo como siempre.

—Eso no es así —dijo Álex—. Estás ausente, algo te preocupa y el London acabó igual que tu piso. Me juego el cuello a que ha sido la misma persona.

«¡Álex, cállate!», gritó su cabeza fulminándole con la mirada.

—No hay que sacar conclusiones precipitadas, Álex —le aconsejó su cuñado—. ¿Denunciasteis lo del local?

Amy asintió.

—Pediré el informe de esa denuncia y comenzaremos una pequeña investigación.

—¡No! —gritó Amy recordando lo que le dijo el asesino de su padre. Si avisaba a la policía, todos morirían—. Hablaré con mi casera y le informaré de lo sucedido. Habrá sido una casualidad y quizá no me robaron nada porque un vecino dio la voz de alarma.

—Un ladrón no se molesta en hacer este destrozo —replicó el otro policía—. Es nuestro deber, señorita. La mantendremos informada. Buenas tardes.

Los policías se despidieron y Amy se quedó paralizada. Si la mafia se enteraba de que la policía iba a comenzar a investigar, lo más probable era que no dudaran en matarlos. Y ella iba a tener la culpa. ¿Debería negociar?

—Coge la maleta. Te vendrás una temporada a vivir conmigo —dijo Álex con voz autoritaria.

—No —se negaba en rotundo a aceptar. Tenía miedo de que por el hecho de

trasladarse a vivir con él, aquellos hombres le hicieran algo—. Me buscaré algo para estos días.

—No voy a discutir, Amy. Te vienes a vivir conmigo, ¡y punto!

Ella colocó los brazos en jarras.

—¿Quién te crees qué eres para decirme lo qué tengo que hacer?

—¡Soy tu novio! —gritó acercándose a ella y chocando sus frentes—. Y sé que esto y lo del London no ha sido ningún puto robo. Aquí está pasando algo y estoy seguro de que tú lo sabes por cómo te estás comportando. Así que vale ya de mentir y de ocultar las cosas, Amy. Me preocupo por ti, y si te digo que vas a venir conmigo, vas a venir conmigo porque no pienso permitir que nadie te haga daño.

«Y yo no quiero que te lo hagan a ti», pensó con los ojos húmedos.

—Álex... —susurró ella, apartando la mirada y a punto de derrumbarse de nuevo.

—No, Amy. Coge tus cosas. Ahora estás en *shock* y no voy a bombardearte con preguntas, pero tú y yo tenemos que hablar. ¡Te vienes conmigo! —sentenció y se separó de ella.

Amy no tenía fuerzas para discutir, así que hizo lo que le pedía y metió en otra maleta algo más de ropa que, junto con la que se había llevado a la playa, sería suficiente para unos días. Pero debería regresar para recoger el resto. No pensaba volver a dormir bajo ese techo.

Sin decir ninguna palabra, ambos bajaron y Álex metió en el maletero las maletas de Amy.

—Vamos a casa de mi hermana —le informó—. Iba a ir ahora a recoger a Lennon.

—Vale.

Durante los veinte minutos que duró el viaje hasta Murillo, ninguno de los dos habló. De lo único que Amy tenía ganas era de desaparecer. De entregar su vida a cambio de que todo acabara. Cuando llegaron, Raquel salió de la casa con cara de preocupación.

—Me ha contado Santiago lo que ha pasado. Amy, ¿estás bien? ¿Te han hecho algo?

—No estaba en casa, Raquel —respondió Álex por ella—. Y no la agobies.

—¡Tito! ¡Amy! —gritó María corriendo hacia ellos.

—María, ven aquí —le ordenó su madre.

—No te preocupes —dijo Amy cogiendo a María en brazos—. Hola, pequeña bailarina. —Le besó la mejilla—. ¿Sabes que tu tito y yo te hemos comprado

un regalito en la playa?

—¡A ver a ver! —dijo emocionada.

—Ahora no lo puedo sacar, pero cuando vengas a casa de tu tito te lo doy, ¿vale?

La niña asintió y Álex frunció el ceño al oír los sollozos de su perro. Se asomó al jardín y lo vio atado a uno de los árboles que tenía su hermana.

—¿Por qué le has atado? —quiso saber Álex bajando por las escaleras.

Lennon, al verle, saltó sobre su dueño y enseguida comenzó a chuparle la cara por más que Álex le apartara. Se notaba que el perro lo había echado de menos.

—Porque me destrozaba el jardín.

—Pero no te preocupes tito, que yo le soltaba cuando mamá no miraba.

—¡Será posible! —replicó Raquel mirando a su hija.

—Nos vamos ya, hermanita. Amy necesita descansar.

Raquel asintió mientras se acariciaba el vientre instintivamente y se despidió de ellos con un abrazo.

Cuando llegaron al piso de Álex, él se encargó de coger las maletas de Amy mientras ella le ponía la correa a Lennon a petición de su dueño. Subieron a casa y, tras ayudar a Amy a deshacer las maletas, se sentaron en el sofá, aún sin decir nada. Amy se recostó en el respaldo de lado y con las rodillas dobladas y poco a poco fue quedándose dormida mientras Álex veía una serie en la televisión. Estaba a punto de caer en un sueño profundo cuando notó como algo le cubría desde los hombros hasta las piernas. Abrió los ojos para ver a Álex colocándole la manta que solía tener apoyada en el sofá.

—Perdona, no quería despertarte.

—No lo has hecho —le respondió agarrando la manta para que no se le quitara.

—Siento haberte hablado antes como lo he hecho. Era lo que menos necesitabas.

—No te preocupes. Tenías razón.

Álex abrió los brazos invitándola a acercarse a él. Amy no lo dudó y se deslizó por el sofá hasta que acabó con la cabeza apoyada en su pecho mientras él la abrazaba. Cerró los ojos al escuchar el latido de su corazón bajo su oído y deseó que jamás tuviera que privarse de ese sonido. Se quedó dormida entre sus brazos mientras él no dejaba de acariciarla.

—Buenas noches ya, dormilona —dijo Álex desde la puerta de la entrada al ver que Amy por fin se despertaba—. Ya son las nueve de la noche. Te has

echado una buena siesta.

Ella se estiró y asintió antes de ponerse en pie. Notaba todo el cuerpo entumecido tras pasar horas durmiendo.

—Lo necesitaba. —Bostezó y se acercó a él—. ¿Ya has paseado a Lennon?

—Acabamos de volver. No quería despertarte. Te había dejado una nota en la cocina.

Ambos entraron en ella y Álex hizo una bola con la nota antes de tirarla a la basura. Abrió la nevera y echó un largo suspiro.

—Tengo que hacer una compra a fondo. ¿Pedimos un par de pizzas?

—Por mí bien. No tengo cuerpo para cocinar.

Álex le cogió del rostro para besarla antes de rozar su nariz con la de ella. Estaba muy preocupado por todo lo ocurrido.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Todo lo bien que se puede, supongo.

—No voy a permitir que te pase nada, ¿me oyes? No tienes que preocuparte. Todo se solucionará.

—Eso espero —susurró abrazándose a él.

Comieron las pizzas viendo una película y devoraron los helados que le habían mandado de regalo en apenas unos minutos. Sin que Álex se diera cuenta, Amy le había dado a Lennon unos pocos trozos de beicon. El perro siempre se quedaba sentado frente a ellos mirándolos con sus ojitos azules intentando que le dieran algo de comida. De vez en cuando gimoteaba, pero Álex era bastante estricto con él y ya se gastaba dinero en su comida como para que comiera de la suya también. Pero Amy no podía resistirse a esa carita y, cuando Álex no miraba, siempre le daba algo. Lo estaba malcriando, pero a ella le daba igual. El perro se lo merecía todo.

—Estoy lleno —dijo Álex recostándose en el sofá y haciendo que la camiseta se le subiera dejando al descubierto la piel de su abdomen.

—Y yo. —Le imitó Amy—. Voy a reventar.

Tras estar unos minutos así, Álex comenzó a recoger y a meter todo en una bolsa que le costó cerrar.

—Voy a tirar esto a la basura. Ahora vuelvo.

Amy asintió y cuando Álex se fue, dio dos palmaditas en el sofá para que Lennon subiera. El perro no tardó en hacerlo y apoyó la cabeza sobre su regazo para que lo acariciara.

A esas horas, las calles ya estaban solitarias. Eran las once de la noche, pero la temperatura era agradable. Cargado con las dos bolsas de basura, caminó

hasta los contenedores y presionó con el pie la palanca para que el contenedor se abriera y poder tirar la basura. Se sacudió las manos y se dio la vuelta para regresar, pero gimió de dolor al notar que un puño se clavaba en su estómago antes de que un rollidazo le golpeará en la barbilla. Álex cayó a la dura acera y escupió la sangre que le salía del labio. Antes de poder hacer algo, el agresor le dio una patada en un costado y notó cómo unos brazos le levantaban y le inmovilizaban. Un hombre de unos treinta y pocos y vestido de negro con gafas de sol, se acercó a él y comenzó a darle puñetazos en la cara. Álex intentó defenderse pero el hombre que le agarraba le presionaba con fuerza haciendo que fuera imposible que se moviera.

—Suéltalo —ordenó el agresor.

Su compañero lo hizo y Álex volvió a caer al suelo rozando la inconsciencia. La cabeza le dolía horrores y todo le daba vueltas. Su visión comenzó a hacerse borrosa y le costaba respirar. Uno de los hombres le agarró del pelo y tiró de él con fuerza para que lo mirara.

—Vas a acabar muerto por culpa de la zorra de tu novia. ¿No te habría valido solo con follártela? —se burló el agresor antes de soltarle de mala manera—. Una pena. Me pregunto quién será el siguiente.

El hombre sacó de la americana que llevaba una pistola y colocó el silenciador. Álex levantó el rostro ensangrentado y se arrastró por el suelo hasta conseguir sentarse y apoyarse contra la pared. Esos tíos iban a matarle y no tenía fuerzas para luchar. Apretó los dientes, furioso, mientras en su lengua se impregnaba el sabor metálico de la sangre. No podía rendirse. El matón colocó la pistola presionando el cañón en su frente y le miró a los ojos. Debería estar preparado para arrebátársela, golpearle y, si era necesario, disparar, pero antes de hacer nada, la voz de un tercer hombre sonó desde la oscuridad de la noche.

—Alto.

—¿Qué dices, jefe? La zorra esa no ha obedecido y has ordenado darle un toque. ¿Por qué no empezar con el imbécil de su novio?

—Mis órdenes eran claras. Os había dicho que solo le dejarais herido y sin gravedad alguna. Le vamos a necesitar y no quiero que matéis a nadie. Aún. Mírale. —Señaló el aspecto de Álex—. Ya le hemos dado el aviso. —Sonrió con maldad—. Un placer verte de nuevo, Sainz.

La sangre de Álex comenzó a hervir. ¿Qué hacía ese hombre apareciendo en su vida de nuevo?

—¿Has ordenado matarme, David Grecolli?

—He ordenado darle un toque a tu novia. Tiene algo que me pertenece.

—Amy no haría jamás tratos con la mafia.

—Puede que ella no, pero su padre sí y ella es... ¿cómo decirlo? La heredera.

—Rio sin pizca de humor.

Álex comenzó a entender todo. La actitud de Amy, la destrucción del London y de su casa. Todo comenzaba a encajar pero, ¿por qué no se lo había dicho? ¿Por qué no había dado el aviso a la policía? Probablemente esos capullos estarían amenazándola y ella estaba desprotegida. Daría la voz de alarma a su cuñado en cuanto saliera de allí.

David Grecolli se acercó a Álex y se agachó para quedar a su altura. Atrapó la herida de su labio con dos dedos y presiono haciendo que Álex gruñera de dolor.

—Dile a tu novia que este es el primer y último aviso. Si no habla con nosotros y nos da lo que queremos, comenzaremos la eliminación. Puede que la primera sea la pequeña María. Sería una pena que una niña tan bonita acabara a dos metros bajo tierra.

Álex, al oír el nombre de su sobrina, se abalanzó sobre él para pegarle, pero David fue más rápido y, agarrándolo del pelo, le golpeó fuertemente contra la pared dejándolo casi inconsciente.

—Vámonos. Esa zorra nos dará lo que queremos —anunció el jefe dirigiéndose a sus hombres mientras mandaba un nuevo mensaje.

Amy estaba preocupada. Hacía diez minutos que Álex había salido a sacar la basura y no era normal que tardara tanto. Los contenedores estaban en la esquina y no se tardaba ni un minuto en llegar hasta ellos. El móvil le vibró y lo sacó temblorosa. Un nuevo mensaje.

Te conviene bajar, bonita.

Creo que tu novio necesita ayuda.

—¡¡Álex!! —gritó Amy saltando del sofá.

Sin importarle que llevara el pijama puesto, bajó las escaleras corriendo de dos en dos y se paró al salir del portal. ¿Dónde estaría? ¿Y si le habían matado? Ante esos pensamientos comenzó a llorar y se negó a creerlo. Corrió hacia los contenedores y le encontró tumbado en el suelo y con el rostro magullado. Le sangraba la nariz y el labio y parecía estar inconsciente, pero no lo estaba. O al menos todavía. Su cuerpo se movía levemente.

Álex oyó una voz a lo lejos pronunciar su nombre sin saber que en realidad estaba a unos pocos centímetros de él. Vio unas rodillas femeninas clavarse

en el suelo y como dos suaves manos le cogían la cara y giraban su cabeza para ver un rostro que apenas distinguió; pero esos rizos chocolate eran inconfundibles.

—Amy... —dijo en apenas un susurro cerrando los ojos.

—No, Álex escúchame, ¡no cierres los ojos!

Sin saber de dónde sacó las fuerzas, abrió los ojos todo lo que pudo y notó cómo le ayudaba a incorporarse. Le dejó sentado y sus suaves manos le acariciaron las mejillas. Su cara aún era borrosa, pero pudo ver en ella un abismo de preocupación y miedo. Poco a poco intentó ponerse en pie, pero el dolor de cabeza y el mareo que tenía eran muy fuertes e hicieron que se desequilibrara. Amy fue más rápida y lo sujetó para dejarle de nuevo sentado en el suelo con cuidado. Aunque le mataba verle así, decidió no moverlo por si su cuerpo albergaba por dentro contusiones graves. Desbloqueó su móvil y con las manos temblorosas, llamó a una ambulancia. Le costaba hablar, pero consiguió decir a los servicios de emergencia adónde tenían que acudir.

—Intenta no dormirte, por favor —oyó que sollozaba.

La ambulancia no tardó en llegar. Amy lloraba abrazada a Álex, quien apenas conseguía mantenerse despierto. Le miró y se acercó a su oído.

—Por favor, no les digas quién te ha hecho esto, no digas absolutamente nada de ellos. Por favor —le suplicó, aterrada.

Álex, que los conocía demasiado bien, solo pudo asentir.

Los médicos separaron a Amy de Álex y con cuidado, le colocaron en una camilla. Le habían dado una buena paliza y podría tener lesiones internas bastantes graves. De por sí, ya veían varias brechas que necesitarían puntos, el labio partido y sangre abundante por todo su rostro. Aunque lo que más les preocupaba era la herida de su frente, señal de que le habían golpeado la cabeza. Lo bueno era que estaba consciente y así debería mantenerse. Amy no dudó y, sin importarle que vistiera con el pijama, subió también. No pensaba separarse de él.

Cuando llegaron al hospital enseguida metieron a Álex en una sala para comenzar a hacerle todas las pruebas pertinentes. A Amy no le dejaron acompañarle y tuvo que ser retenida por algunos enfermeros, los cuales, al ver su estado de ansiedad, la metieron en otra sala para suministrarle un calmante.

Un médico le preguntó si quería que avisaran a alguien, pero ella rápidamente negó con la cabeza. Nadie debería saber aquello.

Una vez más calmada, pero todavía preocupada, la hicieron pasar a la sala de

espera. En ella estuvo horas mirando el tiempo pasar, llorando y yendo la baño cada dos por tres para vomitar hasta que su estómago se quedó completamente vacío y sin tener ya nada más que expulsar.

Al amanecer, por fin un médico se acercó a ella para conducirla a la habitación donde Álex se encontraba. Amy volvió a sollozar al verle consciente, pero con el cuerpo lleno de magulladuras. Sin importar quién la mirara, se acercó a él y le dio un suave beso en la frente por temor a hacerle daño.

—Tiene un ángel de la guarda, joven —habló el médico—. Ha recibido una buena paliza que le podía haber fracturado algunas costillas o creado algún traumatismo grave, pero lo máximo que tiene son unas brechas y contusiones por el cuerpo. No hay nada de lo que debemos preocuparnos, solo de que las heridas cicatricen bien. —Miró el informe—. Ni siquiera tiene la nariz rota. No me malinterprete, me alegro por usted, pero es de lo más extraño.

«No crea que tanto. Si los secuaces de Grecolli no me han roto nada, es porque algo quieren de mí», pensó, pero calló.

—Sí, mucha suerte —dijo Álex con una ironía que solo Amy captó.

—¿Sabe quién le hizo esto?

Amy miró a Álex y movió sus labios pronunciando un «no, por favor». Amy temía que se hubiera olvidado de lo que le dijo horas antes, pero Álex lo recordaba.

—Estaba oscuro y no vi nada. Probablemente eran unos ladrones, pero no llevaba nada encima, así que la paliza me la dieron en vano.

—De todas formas debería denunciar. —Álex asintió, aunque no pensaba hacer tal cosa—. Estará aquí un par de días para controlar su evolución y...

—Quiero el alta voluntaria. No es mi primera paliza, me las han dado peores y jamás he pisado un hospital por ellas.

—Álex, yo me quedo más tranquila si...

—No, prefiero ir a mi casa y recuperarme allí y, si empeoro, volver.

—Como quiera. Le daré las recetas para que compre los medicamentos que necesita tomarse durante estos días —dijo el médico y salió de la habitación.

—Tú y yo tenemos que hablar. —Miró serio a Amy.

Ella solo pudo asentir, y tras firmar los papeles del alta los dos se marcharon de vuelta a casa en un taxi. En el trayecto ninguno habló y fue Amy quien abrió tanto el portal como la puerta del piso, ya que, antes de salir corriendo, había cogido las llaves que Álex siempre dejaba en el cuenco.

Ella fue la primera en entrar, y tras saludar a Lennon acariciándole la cabeza,

se quedó paralizada al escuchar un portazo a su espalda.

Se giró y miró a Alex. Tenía un ojo medio cerrado por un fuerte golpe y una mancha morada comenzaba a formarse a su alrededor. Además del labio partido, había visto las contusiones de sus costillas mientras se cambiaba de ropa en el hospital.

Se sentía completamente culpable. Si hubiera negociado, ahora él no estaría así. Le habían dejado vivir, pero estaba segura que eso solo era un aviso. La próxima vez no se andarían con rodeos.

—La mafia —susurró Alex—. Esa es la palabra que define lo que ocurre.

Antes de hablar, Amy caminó para sentarse en el sofá. Todavía le temblaban las piernas y estaba algo mareada por el malestar que había sacudido su cuerpo las largas horas de espera en el hospital.

Álex se sentó a su lado a la espera de que, por fin, se sincerara con él.

—Mi padre hizo un trato con ellos. Sesenta mil euros a cambio de una información que necesitaban. Le dieron treinta mil y el resto se lo darían al acabar el trabajo, pero mi padre no les dio nada. Por eso le mataron. Ahora quieren que yo les dé esa información, pero no sé dónde está —comenzó a contarle Amy—. El London, mi casa...han sido ellos.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué no has dado parte de esto a la policía? —quiso saber él.

—Quería protegerte y no involucrarte. —Sollozó y consiguió mirarle—. Me amenazaron, Alex. Si daba el aviso a la policía matarían a todas las personas que quiero. Os están vigilando.

Alex tragó saliva. Ella estaba sincerándose con él y debería hacer lo mismo.

—Ya sabes que participé en carreras ilegales. —Ella asintió—. Eran ellos quienes las organizaban. Trabajé para ellos, Amy. —Ella abrió los ojos como platos—. Les conozco. Conozco sus movimientos, lo que son capaces de hacer y sobretodo, sé que siempre se salen con la suya. David Grecolli es avaricioso, Amy. No parará hasta que consiga lo que quiere.

—¿Por qué no me dijiste que trabajaste con la mafia? ¿Eres uno de ellos? —Le miró con los ojos humedecidos por las lágrimas.

—Por Dios, Amy ¡claro que no! ¡Me conoces! Puede que trabajara para ellos, pero no pertenezco a la puta mafia. No pude dejar las carreras por voluntad propia, Amy. Grecolli me obligó a seguir. Quise retirarme cuando saldé la deuda de mi padre, pero ese hijo de puta no me dejó. En el fondo, la redada por la que acabé en la cárcel fue una suerte porque es gracias a lo que pude abandonar. Y por callar y no chivarme a la puta poli sobre ellos, sigo vivo y

ese hijo de puta por fin me dejó ir. Por haberle mostrado lealtad. ¿Lealtad? Sé de muchos que se fueron de la lengua y ahora no viven para contarlo.

Ella sollozó al pensar en aquello y atrapó con sus manos algunos mechones de su cabello. En esos momentos, ella deseaba estar muerta para ver si así todo acababa. Todo su cuerpo temblaba y estaba completamente aterrada.

—Tengo mucho miedo, Álex. Te han hecho daño por mi culpa. —Las lágrimas caían por sus mejillas.

—Mírame —le ordenó cogiéndole del rostro—. Ahora estamos juntos en esto, ¿vale? No voy a permitir que te hagan daño ni a ti ni a nadie. Vamos a solucionar esto. Esos hijos de puta nos van a dejar vivir en paz y no tendrás que preocuparte más por esto. Te lo prometo.

—Esto es cosa mía, Álex. ¡No puedo involucrarte!

—¡Ya lo estoy, Amy! Y no vas a hacer esto tú sola y sabes por qué. ¡Porque te quiero, maldita sea! —Le cogió el rostro entre las manos y juntó su frente con la de ella—. Y porque te quiero y te amo con locura, no voy a dejar que te enfrentes tú sola a la puta mafia. Vamos a acabar este maldito capítulo y el día de mañana lo recordaremos, sonreiremos y diremos, ¡lo conseguimos! ¿Me has entendido?

Ella asintió con las lágrimas desbordándose por sus ojos y se acercó a él para besarle con delicadeza. No quería hacerle daño en el labio. Dios mío, ¡le había dicho que la quería!

Pasaron el día sin salir de casa y Amy estuvo pendiente de él todo el rato por si se encontraba mal y tenían que correr al hospital. Por suerte, Álex había mejorado levemente, pero al menos ya conseguía abrir el ojo por completo.

A la noche, ella le obligó a cenar algo para tomarse los medicamentos y consiguió que comiera un poco de carne a la plancha que le había preparado antes de que ambos se acostaran. Estaban agotados.

Una vez en la cama, Amy no podía dormir. Giró el rostro para mirar a Álex y se fijó en cómo su pecho subía y bajaba al ritmo de su respiración relajada. Se levantó de la cama y cerró la puerta de la habitación al salir de ella. No quería despertar a Álex. Pero Lennon si se despertó y se levantó de su cama para acercarse a ella. Amy le acarició la cabeza peluda y salió al balcón. Se sentó en una de las sillas de plástico que había y se encendió un cigarrillo mientras Lennon se tumbaba en sus pies.

—¿Sabes, Lennon? —El perro la miró desde el suelo—. Cada día puede ser el último momento. La última vez que miro una imagen, la última vez que escucho un sonido, la última vez que mis dedos acarician algo. —Le tocó el

pelaje—. A partir de ahora, cada segundo de mi vida puede ser el último.
El móvil vibró y al ver quien llamaba descolgó:

—Negociaré.

—Así me gusta, bonita. Que seas una chica lista.

—Esto es conmigo. No te acerques a nadie.

—Haz lo que te ordene y no tendré que hacer daño a nadie. Quiero el *pen drive* que contiene la información que quiero.

Amy tragó saliva y dio una nueva y larga calada a su cigarrillo.

—Mi padre es el único que sabía dónde está esa información. Yo no lo sé.

—Tienes cuarenta y ocho horas para encontrarla. Seguro que eres una chica lista, como lo era tu padre. Te llamaré dentro de dos días a las tres de la tarde. Si no tienes lo que quiero, mataré a la preciosa niña rubita. Solo para motivarte. Y si en otras cuarenta y ocho horas no lo has encontrado, la siguiente será tu madre. Y así continuamente. ¿Me has entendido?

—Si —es lo único que pudo pronunciar Amy.

—Me encanta que nos empecemos a entender, bonita. Y en cuanto a los treinta mil euros, será tu novio quien me los consiga. Dile que lo quiero de nuevo en mi circuito. Su precioso coche le espera. Nadie ha corrido con él desde que Álex lo dejó. Estoy deseoso de verlo de nuevo en la pista.

—Déjale a él al margen.

—Aquí mando yo, bonita. Os espero dentro de dos semanas en el circuito. Tu novio sabe dónde está. *Buona notte*¹⁶.

El pitido constante del teléfono indicó que había colgado. Amy apagó el cigarrillo y lo tiró a la calle antes de meterse dentro. Esperó a Lennon y cerró el balcón antes de tumbarse en el sofá hasta que se quedó completamente dormida.

16 - Buona notte: buenas noches. (En italiano)

Capítulo 38

Álex se despertó al notar un agudo dolor en sus costillas. Cerró los ojos con fuerza y apretó la mandíbula para no gemir de dolor. Al abrirlos, giró el rostro al reloj que tenía en la mesilla. Eran las seis de la mañana y Amy no estaba a su lado. Tocó el colchón y lo notó frío. Asustado por si había decidido irse y enfrentarse ella sola a la mafia, se levantó sin importarle el dolor de su cuerpo y abrió la puerta de la habitación. Respiró aliviado al verla dormida en el sofá con Lennon recostado a sus pies. Se acercó y se puso de cuclillas para ver su rostro. Le retiró algunos mechones de la cara y le tocó sus carnosos labios con la yema de los dedos. Amy se removió y abrió los ojos. Al ver a Álex se fue incorporando y ahogó un sollozo. Su ojo estaba hinchado y su color morado más cerca del negro, la asustó.

—Estoy bien —intentó tranquilizarla—. ¿Qué haces aquí?

—No podía dormir y me levanté.

Cuando Álex se sentó a su lado, Lennon chupó la mano de su dueño para que le hiciera caso y él le tocó la cabeza antes de darle unos golpecitos en el cuello con la palma de la mano.

—Aún es pronto. Vamos a la cama, cariño

—¿Y si me muevo y te hago daño?

—No lo harás. Venga que necesito tenerte cerca. —La besó en la mejilla.

Ella asintió y se levantaron del sofá para volver a la cama. Amy ayudó a Álex a tumbarse. Aún le costaba moverse tras la paliza. Una vez estuvo recostado, ella lo hizo a su lado lo más alejada de él. Temía hacerle daño en las heridas.

—Ven aquí. Deja que te abrace.

—No me voy a apoyar en ti, Álex. Te haré daño.

—Pega tu espalda a mi pecho y no me lo harás.

Ella obedeció y notó cómo el fuerte brazo de Álex la rodeaba hasta entrelazar sus dedos para ceñirla más a su cuerpo.

—Duérmete —le susurró él al oído.

Poco a poco el sueño la venció con el refugio de los brazos de Álex abrazándola.

—No has cumplido, bonita. —Rio David Grecolli antes de apuntar a la cabeza de María.

La niña se mostraba completamente pasiva. Como si no fuera consciente de lo que estaba a punto de pasar. Alzó su manita y se despidió de ella antes de que el mafioso disparara y acabara con su vida. Amy gritó y quiso correr, pero algo se lo impedía. Miró sus pies y los vio atrapados por unas esposas atadas con unas cadenas clavadas a una pared de ladrillo, al igual que sus muñecas.

De la oscuridad apareció una nueva silueta. La luz le iluminó y pudo adivinar el rostro de Álex. Se agachó ante el cuerpo sin vida de su sobrina y le paso una mano por la cara para cerrarle los ojos antes de alzar la mirada hacia ella.

—Amy— pronunció su nombre—. Te quiero.

Y tras pronunciar esas palabras, una bala le atravesó el pecho y cayó inerte al lado de María mientras ella lloraba y gritaba.

—Muñequita —oyó la voz de su padre a su espalda.

Ella se giró. Tenía tres agujeros en el pecho, pero no emanaba sangre de ellos. Se acercó a ella y posó la palma de su mano sobre su mejilla. Amy cerró los ojos y disfrutó de esa caricia.

—Muñequita... bailarina... regalo... destrúyelo...

—¿Qué? —dijo ella sin entender.

Pero José no respondió. Sonrió y comenzó a alejarse.

—¡¡Papá!! —le llamó—. ¡Papá espera!

Notó que algo balanceaba su cuerpo y abrió los ojos. Había sido un sueño. Más bien una pesadilla.

—Amy, ¿estás bien? No dejabas de gritar —dijo Álex.

Solo habían descansado dos horas más hasta que él oyó cómo Amy comenzaba a gritar y se revolvía en sueños.

—Ha sido una pesadilla —suspiró antes de reincorporarse en la cama y apoyar la espalda en el cabecero. Se llevó las manos a la cara para cubrirse el rostro antes de subirlas hacia su pelo—. Dios, Álex. Y la realidad también lo es. Si te pasa algo yo... no puedo perderte. No quiero que nadie muera por mi culpa.

—Mírame —le pidió Álex cogiéndola del rostro—. No me va a pasar nada. Ni a mí ni a nadie.

Amy recordó la llamada de anoche y le miró. A partir de ahora, debería ser sincera con él.

—Anoche, me llamaron y contesté. Tengo hasta pasado mañana a las tres de la tarde para encontrar un *pen drive* con la información que quieren y no sé por dónde empezar a buscar. Si no lo consigo en ese tiempo, matarán a una persona. —Omitió que esa persona era su sobrina—. Y si en otras cuarenta y ocho horas no lo consigo, a otra y así sucesivamente.

Álex tragó saliva, nervioso. Sus vidas estaban en peligro.

—¿No sabes dónde pudo meterlo tu padre?

En ese momento el sueño le vino a la cabeza y recordó las palabras de su padre. «*Muñequita... bailarina... regalo... destrúyelo...*». Esas fueron las últimas palabras que su progenitor le dijo antes de morir en sus brazos. Abrió los ojos como platos y miró a Álex.

—Tengo que ir a casa de mi madre. Creo que sé dónde puede estar.

Se levantó como un resorte, pero la mano de Álex atrapó su muñeca y tiró de ella para que volviera a la cama.

—Espera, Amy. No vas a ir tú sola. Ahora vamos a desayunar, a vestirnos y vamos dando un paseo hasta la casa de tu madre. ¿Dónde vive?

—En la Gran Vía. Cerca de la Estatua del Labrador. —Bajó la mirada—. No he vuelto a pisar esa casa desde que mi padre murió.

—No tienes que ir si no quieres. ¿Tienes llaves de la casa de tu madre? —Ella asintió—. Dime qué tengo que buscar, dónde y lo consigo.

—A ver, Álex. —Volteó un poco el cuerpo para quedar frente a él—. Para empezar, ¿no crees que mi madre se extrañaría de que fueras a su casa con las llaves y a la que fue mi habitación? Y para acabar, ¡estás convaleciente!

Álex le mostró su sonrisa ladeada y le acarició la mejilla con los nudillos antes de inclinarse hacia ella para darle un suave beso. Le encantaba notar cómo sus labios encajaban a la perfección con los de ella.

—Estoy bien. Mi cuerpo ha pasado por situaciones peores. Créeme.

—Todo es culpa mía... Dios, Álex. Si nuestros caminos nunca se hubieran cruzado ahora no estaríais ni tú ni tu familia en peligro.

—No tienes la culpa de nada, Amy. Y jamás me arrepentiré de haberte conocido, porque estoy enamorado de ti como un loco. Eres mi vida, Amy. Te quiero, no lo dudes.

Ella no pudo contestar con palabras, sino que le atrajo hacia ella y lo besó con pasión hasta que Álex se quejó en su boca.

—¡Lo siento! —se disculpó ella.

—No te preocupes, cariño. Estoy bien. ¿Te apetece un café?

—Prefiero uno de los desayunos que le haces a tu sobrina. Cola Cao, tortitas, helado y sirope de chocolate.

Él soltó una pequeña carcajada.

—A sus órdenes.

Una hora después, tras desayunar y pasear juntos a Lennon por el parque, dieron un paseo hasta la Gran Vía. Ese día el sol pegaba con fuerza y las gafas de sol que Álex llevaba le ocultaban los signos de la paliza.

Amy caminaba con la tensión en su cuerpo. No dejaba de mirar a los alrededores en busca de aquellos hombres que los vigilaban. ¿Y si le había hecho ya algo a su madre? ¿Y si también habían entrado en su casa?

Estaba nerviosa cuando llegaron al portal y mientras introducía la llave en la cerradura, pensó en qué excusa decirle a su madre cuando les viera. Llevaba años sin pisar aquella casa y le resultaría sospechoso que regresara. Inspiró profundamente y abrió la puerta. Un largo pasillo les dio la bienvenida.

—¿Mamá? —la llamó Amy entrando y dejando pasar a Álex que seguía con las gafas puestas.

Amy comenzó a mirar por todas las estancias de la casa. Todo parecía estar en orden y no había signos de que hubieran entrado. Lo más probable era que su madre hubiera salido a comprar o a tomar algo con alguna amiga.

—No hay nadie. Tenemos vía libre —dijo Amy encaminándose a su habitación.

Álex la siguió y la vio cómo se había quedado parada ante una puerta de madera cerrada.

—¿Estás segura? —le preguntó.

—Sí —suspiró posando la mano en el pomo para abrirla.

La persiana estaba bajada, por lo que la oscuridad inundaba la habitación. Amy tanteó la pared hasta encontrar el interruptor de la luz. Cuando esta se prendió una opresión se instaló en su pecho. Estaba tal y como la había dejado. Las paredes de la habitación estaban pintadas de un color rosa pastel con topos blancos. Encima de la cama había varias almohadas y sobre una de ellas una muñeca de trapo muy bonita que simbolizaba una bailarina. Había dos cuadros colgados en la pared a ambos lados de una enorme ventana en la que había un poyete donde podías sentarte. En uno de los cuadros, salían dos pies cruzados sobre unas puntas de color rosa. En la otra, salía Amy. Álex calculó que en aquella foto debería tener unos diecisiete años. Sus rizos estaban recogidos en una coleta alta mientras ejecutaba un paso encima del

escenario del ayuntamiento. La foto era preciosa y su rostro mientras bailaba era lo más bonito que Álex había visto nunca. Ver a Amy sentir la danza era algo que le encantaba.

Vio cómo ella entraba y cogía la muñeca que había sobre la cama. La tocó por todo el cuerpo hasta notar un bulto en el tronco de la bailarina. Le miró nerviosa

—Esta muñeca —comenzó a explicar—, me la regaló mi padre cuando tenía cinco años. —Le dio la vuelta y quitó el velcro para abrirla—. Siempre dormía con ella y cuando estaba triste o enfadada, mi padre me la traía para que se me pasara lo que me sucediera. —Metió dos dedos en la muñeca y notó cómo enganchaba algo frío entre ellos. Lo sacó y vio en su mano el *pen drive*. Lo atrapó con dos dedos y se lo mostró a Álex. Lo habían encontrado.

—¿Qué hay ahí dentro? —preguntó Álex.

—No lo sé. Pero vamos a averiguarlo enseguida. Nunca me puse a pensar en las últimas palabras que me dijo mi padre. En ese momento no tenían ningún sentido y estaba delirando. Ahora todo va cobrando sentido.

Oyeron cómo la puerta se abría y Amy miró a Álex. Se guardó el *pen drive* en el bolsillo del pantalón corto negro que llevaba y dejó la muñeca donde estaba. Apagó la luz y salieron de la habitación antes de cerrar la puerta. Ese sonido hizo que Isabel soltara un grito y se llevara la mano al pecho.

—¡Joder, qué susto me habéis dado!

—¿Desde cuándo dices tacos, mamá? —preguntó mientras veía a Álex quedarse rezagado en la protección de la oscuridad.

A pesar de las gafas, se le notaban en el rostro los signos de violencia.

—Desde que mi hija se cuele en mi casa y sin avisar. ¿Qué hacéis aquí?

—¡Terapia de choque! —respondió Amy—. Quiero cerrar el pasado y bueno, una de las cosas que tenía que hacer era volver aquí. Y Álex me ha acompañado. ¿No te importa, verdad mamá?

—Claro que no, cariño. Pero podrías avisar. —Dejó una bolsa de plástico que llevaba encima de la mesa de la cocina—. ¿Os quedáis a comer?

Amy miró hacia atrás y vio que Álex no había entrado en la cocina, sino que la esperaba en el pasillo oculto tras la pared que separaba ambas estancias.

—Tenemos cosas que hacer, mamá. Te llamo luego, ¿vale? —dijo Amy dándole un beso en la mejilla antes de abrazarla con fuerza.

—¿Estás bien, Amy? —preguntó Isabel. Esos gestos no eran típicos de ella.

—Sí, no te preocupes. —Forzó una sonrisa—. Es solo que te quiero y me he dado cuenta de que no te lo digo mucho.

Isabel sonrió y le acarició con cariño el pelo a su hija.

—Ya lo sé, mi niña. Tanto como yo a ti.

—Bueno —dijo mirando a Álex hacia el lugar donde se encontraba. A Isabel le extrañó que no la saludara, pero no le dio más importancia—. Será mejor que nos vayamos. Hasta mañana, mamá.

—Hasta mañana, chicos.

Una vez en el ascensor, Amy soltó el aire retenido antes de que Álex la abrazara. Sabía que ella se sentía abrumada con todo y ese abrazo que le había dado a su madre, estaba cargado de miedo. Grecolli podría matarla con un solo chasquido de dedos.

—Vayamos a casa. Averiguaremos qué es eso que tanto quiere la mafia. Y puede que podamos usarlo en su contra. ¿Lo entiendes, Amy? Puedes llevar en tu bolsillo la solución. Todo va a acabar.

Ella solo pudo asentir con la cabeza. Álex tenía esa esperanza, pero ella no pensaba que todo fuera tan fácil. Era la mafia y probablemente ya contaban con aquello. Si en ese USB había algo que pusiera en peligro su objetivo, estaba segura de que ya se habrían encargado de tomar cartas en el asunto.

Capítulo 39

Tras regresar de casa de Isabel después de recuperar el USB con la información que reclamaba la mafia, Amy y Álex regresaron a casa a la hora de comer. Ambos podían sentir el nerviosismo del otro. En ese *pen drive* se encontraba la última pieza del puzle. El trabajo de José que se había negado a entregarles.

Sin muchas ganas, degustaron la comida que había preparado Álex, pero sus cabezas no dejaban de pensar en aquello que contenía el USB. Entre los dos recogieron los cubiertos y mientras Álex encendía su portátil, Amy se puso a preparar café. Lo necesitaba, aunque sabía que no era nada bueno para sus nervios.

Cogió la taza con una mano metiendo tres dedos en el agujero que formaba el asa y fue al salón donde Álex la esperaba para descubrir qué había dentro. Amy se sentó en su regazo y comenzó a acariciarle la nuca con la mano que tenía libre de forma distraída. El USB se conectó y con los nervios a flor de piel, Álex lo seleccionó haciendo doble clic.

En el *pen drive* solo había una carpeta llamada D.G. Eran las iniciales del jefe de la mafia. Además, Álex comprobó que estaba protegida. No daba opción de hacer una copia. Solo existía el modo lectura. José se encargó de que nadie pudiera tener esa información. Solo existía una única copia y era la que había en aquel USB.

La esperanza que tenía Álex poco a poco fue desapareciendo. Si querían entregarle aquello a la policía, debería ser el propio USB. Grecolli no tardaría en enterarse que les habían delatado y las autoridades deberían realizar una investigación antes de planear la detención. Estaban perdidos y ellos conseguirían lo que querían.

Abrieron la carpeta y en ella había varios documentos. Álex abrió uno de ellos y comenzó a leer párrafos y a intentar analizar los diferentes datos que había, pero no entendía absolutamente nada.

—No puede ser —susurró Amy atenta a lo que leía.

—¿Tú lo entiendes?

Ella asintió y se puso en pie antes de hacerle un gesto a Álex para que se levantara de la silla. Él lo hizo y Amy se sentó mientras él se colocaba a su lado en otra.

—El plan de la mafia es adquirir vehículos de lujo en la Unión Europea y una vez en España, no ingresarán en las arcas públicas las correspondientes cuotas de IVA. De manera que su bolsillo aumentará millones de euros —se detuvo para seguir leyendo y comenzó a comprobar los distintos nombres que salían en ellas—. Mi padre consiguió contactar con varias empresas importantes. Estas servirían de tapaderas y recibirían un 25% de los beneficios que les acarrearía el fraude del IVA. Pero a estas empresas también las engañarían —suspiró mirándole—. También les explica cómo podrían amañar las facturas, de forma que las empresas pensarán que su ingreso es del 50%. Mitad y mitad, pero en realidad es del 25%. El punto de partida será una sociedad limitada con escaso capital y sin ubicación física ni empleados. Esta empresa, sin actividad mercantil, figura en el Registro de Operadores Intracomunitarios, con la finalidad de simular operaciones de compra de coches en la Unión Europea exentas de IVA en el lugar de origen por ser operaciones intracomunitarias. Bebió un trago de café—. El siguiente paso consiste en enviar los vehículos al empresario que los ha encargado, en este caso a...

—David Grecolli —interrumpió Álex entendiéndolo que Amy decía.

—Sí. Su intención es venderlos a clientes finales o a otros distribuidores en España, a través de las sociedades ‘tapaderas’. De esta manera, evitará declarar el IVA a Hacienda.

—A ver si me he enterado —dijo Álex intentando asimilar aquella información—. La mafia comprará a otro país dentro de la Unión Europea coches de lujo, que más tarde venderán aquí, aunque en la factura se pondrá que la venta ha sido realizada en un país de Europa que no sea España, ya que si pusieran que la venta se realiza aquí, tendrían que declarar el IVA. —Ella asintió—. Pero en vez de declarar el IVA, ese dinero se lo quedarán ellos gracias a la ayuda de las empresas tapaderas que les encubrirán llevándose un beneficio del 50% de ese fraude. Pero en realidad será del 25%, porque Grecolli se encargará de amañar esas facturas para hacerles creer que cobran un 50%.

Amy volvió a asentir.

—Mi padre, en este documento, les explica cómo llevarlo a cabo, las

empresas con las que contactó y un programa con el que pueden realizar cambios en los datos de las facturas. Solo alguien que entienda puede llevar esto a cabo. —Se recostó en la silla—. Y esa persona era mi padre. Pero se negó y por eso lo mataron. Porque no llegó hasta el final y si lo dejaban vivo corrían el riesgo de que su chiringuito se fuera a la mierda.

Cerró el documento y abrió otro en el que explicaba el después de la realización correcta de ese fraude. José les aconsejaba involucrarse en la sociedad y continuar con sus negocios. Prostitución, falsificación de cuadros, drogas, carreras ilegales... todo aquello con el fin de que su poder aumentara. Cuantos más contactos tuvieran y cuanto más poderosas fueran las personas con las que se codearan, más intocables serían. Y ese era su objetivo. Ser intocables y que el mundo les temiera.

Álex la miró extrañado.

—¿Cómo puedes entender todas esas letras y cifras? Yo no me he enterado ni de la mitad.

—Soy abogada, cielo. Que no ejerza no quiere decir que en la carrera no estudiara. Y cosas de estas. —Señaló la pantalla del portátil—, créeme cuando te digo que acabé harta de leer diferentes documentos, analizarlos y ponerlos en práctica como si estuviera ante un juez.

—No te veo de abogada. —Le sonrió.

—Ni yo. Ya te dije hace tiempo que estudié porque era lo que quería mi padre. Pero creo que jamás me dedicaré a ello. No es algo que me guste. Prefiero hacer algo que me apasione de verdad. Que me llene. —Sonrió imaginándoselo.

—¿Y qué te gustaría?

Álex se acercó a ella y comenzó a acariciarle la espalda. Quería distraerla y que hablara de algo que le gustara. Era bueno que olvidara la realidad aunque fuera por tan solo unos segundos.

—No sé. En el London estaba a gusto, aunque acababa muerta. Lo malo de ser autónomas. —Apoyó el rostro en la palma de su mano para mirarle—. Cuando era más joven, fantaseaba con abrir mi propia escuela de baile. Enseñar los primeros pasos a la nueva generación de bailarinas. —Rio y retiró la mirada—. Pero hay que ser realista. Puede que mañana ni siquiera este respirando.

—¡Eso no lo digas ni en broma, Amy! —la regañó Álex con tono serio y enfadado por lo que había insinuado.

Amy suspiró y cerró todos los documentos antes de retirar el USB del portátil

de Álex. Por más que él intentara ocultarlo, la posibilidad de que cada minuto fuera el último era una realidad.

—Ya tienes lo que quieren. Solo espero que, cuando se lo entreguemos, esto acabe.

—Tengo que decirte algo —indicó mirándole. No se había atrevido a decírselo antes. Sabía que no le iba a hacer gracia—. Mi padre también debe dinero a Grecolli. Son los treinta mil euros que le dieron al principio del trabajo. La mafia los reclama, pero también me han dicho la forma en la que se lo tenemos que devolver.

—¿A qué te refieres?

—A que quieren que corras de nuevo. La deuda se saldará con las apuestas que realizará la gente en las carreras que participes.

Álex palideció al momento. Hacía años que no competía y le costó mucho abandonar ese mundo. Si entraba de nuevo, no estaba seguro de que Grecolli le dejara salir tras saldar la deuda. Era como volver al pasado y no le gustaba nada esa sensación.

Al verle tan callado y con una expresión que Amy no supo descifrar, le cogió del rostro para que la mirara.

—No tienes por qué hacerlo. Estás a tiempo, Álex. —Comenzó a llorar—. Puedes abandonarlo todo. Puedes irte con tu familia de aquí y ser feliz. Me da igual lo que me hagan. Lo único que me importa es que tú estés bien y seas feliz. ¡Vete, Álex! Es lo mejor.

—¡No voy a irme a ningún lado, Amy! No vas a enfrentarte tú sola a esto. ¡No pienso dejarte! —Se levantó de la silla y comenzó a pasear por el salón mientras con las manos se revolvía el pelo—. Voy a hacerlo, Amy. Voy a volver a correr para Grecolli. Vamos a saldar la deuda de tu padre y vamos a entregarles lo que quieren. Después de eso, confío en que nos dejen en paz y podamos vivir nuestra vida sin tener que preocuparnos por si nuestras vidas o la de las personas que queremos están en peligro. ¿Cuándo tengo que correr?

—En dos semanas. Álex... yo... no te haces una idea de lo que significa que estés a mi lado en estos momentos cuando otra persona habría huido.

Álex se acercó a ella y se agachó para quedar a su altura antes de cogerle el rostro con las manos para limpiarle los restos de las lágrimas con los pulgares.

—Pero yo no soy otra persona. Y no pienso dejarte tirada, Amy. Estamos juntos. Para lo bueno y lo malo. —La besó—. Todo acabará. Te lo prometo. El móvil sonó y el corazón de Amy comenzó a latir de forma frenética, pero

se relajó al ver que era el de Álex y que en la pantalla salía el nombre de Raquel. Él se separó de ella y lo cogió para ver que quería su hermana.

—Dime, Raquel.

—¿Estás en casa?

—Sí.

—¿Y vas a salir?

—No creo. A ver si adivino. Tengo que quedarme con María para que tú folles tranquila.

Amy abrió los ojos como platos al oírle y se tapó la boca con la mano para no soltar una carcajada.

—Pues no, listillo. Lleva desde que vinisteis a por Lennon queriendo ir a tu casa para que le deis ese regalo que le habéis traído de la playa. Eso sí, ya que te has ofrecido y como la comisaría está al lado de tu casa —dijo con tono pícaro—, quédate una horita con ella en lo que voy a ver a Santiago y hago que me espose contra su mesa. ¡Ay Dios, las hormonas me hacen estar cachonda perdida!

—Joder, Raquel. No quiero que me des detalles, ¿te cuento yo acaso lo que hago?

—No, pero porque no quieres. Ya ves a mi lo que me importa saber cómo folla mi hermanito. Si me lo dijeras quizá podría enseñarte alguna cosa.

Álex se quedó mudo. Su hermana a veces era tremenda. Y menos mal que no era una llamada a tres, porque si también estuviera su madre le habría relatado todo el catálogo de alguna tienda de sex-shop y lo peor de todo era que ella le habría dado opinión sobre algunos de los productos que ya habría utilizado.

—Hermanita, nos vemos ahora, y haz el favor de dejar de hablar de cómo follo o dejo de follar.

—Hasta ahora, bobo.

Álex colgó y se dejó caer en el sofá, pero enseguida se arrepintió. Sus costillas aún estaban algo magulladas. Al oír cómo se quejaba, Amy apagó el portátil y se sentó a su lado preocupada, pero se tranquilizó al ver que él sonreía restándole importancia.

—¿Siempre que hablas con tu hermana las conversaciones son así?

—Casi siempre. —Paso un brazo por sus hombros para acercarla a él—. Antes, siempre que hablábamos me preguntaba si por fin me había acostado contigo, incluso antes de que empezáramos a salir. —Ella alzó las cejas mirándole—. No se lo tengas en cuenta. Siempre se ha preocupado por mi

vida sexual y sigue insistiendo en que diga cómo lo hago para darme consejos.

—Si te sirve, por mi parte no tengo ninguna queja. —Sonrió alzando un poco el cuerpo para alcanzar sus labios—. Pero tú intenta no seducirme mucho ahora que estás convaleciente.

Él sonrió de lado y la miró poniendo su mirada pícaro. Incluso con el ojo morado estaba irresistible y el centro de su cuerpo se lo hizo notar.

—No sabes lo que te haría ahora mismo. Puede que todavía esté hecho una mierda por dentro, pero mi imaginación está intacta.

—Por tu bien, Álex. ¡Deja de ponerme cachonda! Ya es demasiado sufrimiento verte medio desnudo y no poder tocarte —dijo acariciando con un dedo la cinturilla del *bóxer* que llevaba.

—No voy así para hacerte sufrir. Es verano. Hace calor.

—Hace calor y encima a mí me calientas.

Él soltó una carcajada y comenzó a masajearle un pecho por encima de la camiseta de tirantes que llevaba. Se excitó en segundos al notar que no llevaba sujetador.

—Nena, puede que no pueda moverme mucho, pero la lengua la tengo intacta. —Le atrapó el labio inferior con los dientes para tirar de él.

—Álex. —Le miró apartándole un poco—. ¡Para! A mí nunca me ha gustado solo el sexo oral. Una vez que me lo hacen, luego quiero esto —dijo posando una mano en su entrepierna y notándola ya dura. Eso la excitó más—. Así que no haremos nada hasta que no te recuperes.

Le quitó la mano de la entrepierna y le robó un beso rápido antes de apoyar la cabeza en el hueco que había entre su hombro y su cuello.

—Dices que yo te hago sufrir, pero tú no te quedas corta. —Sonrió—. ¿Me haces un favor?

—¿Es un favor sexual? —Le miró.

—No. —Rio—. Cuando venga mi hermana, abre tú. Si te pregunta dile que estoy en la ducha. No quiero que me vea así. —Se señaló el ojo.

—Claro, no te preocupes.

Poco después, el interfono sonó y Lennon se levantó para ir hacia la puerta de entrada sin dejar de ladrar. Amy sonrió al ver cómo movía el rabo. Sin saber quién sería, el perro estaba encantado con recibir visitas. A sabiendas que a Raquel no le gustaba que Lennon la tocara, le agarró del collar para que no se abalanzara sobre ella. Tras subir los cuatro pisos, a María aún le quedaban fuerzas para saltar a los brazos de Amy. Raquel, por otro lado, subía los

últimos peldaños.

—¡Ay Dios! No me quiero imaginar cómo subiré estas malditas escaleras cuando tenga un bombo de ocho meses. —Se llevó una mano al pecho para recuperar algo de aire—. Hola, Amy. ¿Estás mejor? No te preocupes por tu piso, sabes que mi hermano te dejará quedarte aquí todo el tiempo que necesites y ten cuidado, que igual te esposa a la cama para que no te vayas de aquí nunca. —Rio y Amy le devolvió la sonrisa—. ¿Y Álex?

—Está en la ducha.

—Ese se ha metido ahora para evitar que le haga uno de mis interrogatorios. Bueno, vendré dentro de una hora. —Se agachó para darle un beso a su hija—. Pórtate bien, cariño.

—Sí, mami.

Raquel se despidió de ellas dispuesta a pasar un buen rato con su marido en la comisaría. Desde que lo conoció había fantaseado con hacerlo en su trabajo, sobre su mesa y esposada a la pata. Al fin iba a cumplirla.

Cuando Álex salió de la habitación vestido con unas bermudas y una camiseta, se reunió con las dos mujeres que le esperaban en el salón, pero María abrió la boca al ver el ojo de su tío.

—¡¡Tito, tienes pupa en el ojo!!

—No es nada, pequeñaja. El otro día me di un golpe con una puerta, pero no se lo digas a mami, ¿vale? Que seguro que se reirá de mí.

La niña soltó una leve carcajada.

—Vale tito, te lo prometo —dijo extendiendo el dedo meñique para que los entrelazaran cerrando la promesa.

Amy les miró a apenas unos metros de ellos. En dos días la mafia se pondría en contacto con ella. Por suerte la vida de la pequeña junto con la de su familia estaban a salvo. Al menos de momento. Tenían el USB. Ya solo quedaba conseguir el dinero y esperaba que todo acabara.

—Amy, ¿dónde está mi regalo? —le preguntó la pequeña.

—Ven conmigo.

La niña obedeció y se sentaron todos en el sofá quedando María en medio de los dos. Amy le pidió que cerrara los ojos y sonrió al ver cómo la pequeña entreabría uno de ellos. Sacó de detrás de uno de los cojines un paquetito pequeño y cuadrado envuelto en un papel de color rosa.

—Ya puedes abrirlos.

María lo hizo y cogió emocionada el paquetito antes de comenzar a romper el papel que lo envolvía. Soltó un pequeño grito emocionada al ver lo que era:

una bola de cristal llena de agua con una bailarina en su interior. Amy le cogió la bola y la sacudió para que varios puntitos blancos comenzaran a flotar por el agua como si fuera nieve.

—¿Te gusta?

—¡Sííí! —se emocionó—. Gracias, tita —dijo María dándole a Amy un beso en la mejilla.

Al oír cómo la había llamado, ella se quedó completamente paralizada. Miró a Álex quien le sonrió. Se la veía emocionada. Ella no tenía hermanos, así que se pudo imaginar la ilusión que le había hecho que su sobrina la llamara tita.

—¿A mí no me das un beso, enana? Que yo también te lo he comprado.

María se echó a los brazos de tío y le dio un sonoro beso en la mejilla antes de volver a agitar la bola.

Amy se quedó mirándola. Quizá esos fueran sus últimos minutos con la pequeña. Tenía un mal presentimiento, aunque esperaba que solo quedara en eso. En un presentimiento.

Capítulo 40

—Sabía que podía contar contigo, bonita.

La voz de David Grecolli sonó orgullosa al otro lado de la línea. Tal y como les había dicho, pasados los dos días a las tres de la tarde, llamó a Amy para asegurarse de que tenía el USB, aunque como era de esperar, ellos ya sabían que lo habían conseguido. Les vigilaban las veinticuatro horas del día. Álex apretaba los puños con fuerza mientras le escuchaba. Le había pedido a Amy que pusiera el manos libres y estaba recurriendo a todo su autocontrol para no saltar y decirle todo aquello que le pasaba por la cabeza.

—Ya tengo lo que quieres. ¿Ahora qué?

—Bueno, probablemente tu novio aún este algo... indispuerto. —Rio recordando el estado en el que le dejaron—. Pero en unos días estará recuperado. Os espero dentro de dos viernes en mi circuito. Como te dije, Álex sabe dónde está.

—¿Y qué pasará cuando recuperes el dinero y tengas la información que quieres?

—Teniendo en cuenta que gracias a tu padre conseguiré lo que quiero, le dejaré decidir: si seguir compitiendo o abandonar. Hace años le quería en mi circuito, me hizo ganar miles de euros. Ahora me da igual. Seré intocable en apenas unos meses, bonita. Devolvedme los treinta mil euros que me robó el cabrón de tu padre y estaremos en paz. Ah, y no te olvides de llevarme dentro de dos viernes el USB.

—¡No vuelvas a insultar a mi padre!

Grecolli soltó una leve carcajada. Le encantaba oír cómo la joven se cabreaba, pero se sentía poderoso al saber que ella nada podía hacer contra él. Le daban igual sus insultos, amenazas o cualquier cosa que le dijera.

—*Arrivedeci.*¹⁷

Amy dejó de mala gana su móvil sobre la mesa cuando Grecolli colgó y se recostó sobre el sofá. Álex no había dicho nada mientras hablaban, pero la furia se podía descifrar en su rostro.

Sin decir nada, se levantó del sofá y se vistió antes de coger la correa de

Lennon para salir a dar un paseo. Necesitaba estar solo y asimilar que en menos de quince días tendría que volver a correr. Salió del piso sin decir una palabra y dejando a Amy algo desconcertada, pero no le siguió.

Álex no paraba de darle vueltas a las carreras que debería hacer. Si las apuestas continuaban como estaban hace algunos años atrás, podría conseguir tres mil euros por carrera. Con una noche no llegaría a la cantidad que Grecolli pedía. Necesitaría como mínimo dos y estaba convencido de que el jefe de la mafia estaría encantado con aquello. Recordó como siempre le alababa cuando bajaba del coche. Era el mejor en ese mundo, aunque no estuviera orgulloso de aquello. Por eso no le dejó abandonar cuando saldó la deuda del ludópata de su padre. Sabía que él solo podría proporcionarle mucho dinero. Y David Grecolli solo sentía amor por dos cosas: él mismo y el dinero.

Decidió que llamaría a Marco. Quería que lo acompañara. No solo porque entendiera de mecánica, no sabía en qué condiciones estaría el coche con el que correría, sino también porque, conociendo a Amy como la conocía, insistiría en ir y no quería que estuviera sola mientras él corría. Quería que Marco la vigilara y que no se acercara a ella nadie a menos de diez metros.

Mientras él daba vueltas alrededor de la manzana, Amy no se había movido del sofá. Una pequeña punzada se había instalado en su pecho cuando vio cómo Álex se iba con Lennon sin dirigirle la palabra. No la había hablado desde que finalizó su conversación con David Grecolli.

Necesitaba dejar de pensar un tiempo en todo aquello que la tenía agobiada, así que fue al baño y abrió el grifo para que la bañera comenzara a llenarse. Cogió su albornoz y tras desnudarse, se lo puso mientras esperaba que la pila tuviera la cantidad de agua que ella quería. Una vez lista, se recogió el pelo en un moño mal hecho en lo alto de la cabeza. Deslizó el albornoz por sus brazos para que cayera al suelo y con cuidado de no resbalarse, se metió en la bañera. El calor del agua hizo que sus músculos se relajaran en segundos. Apoyó el cuello en el borde de la bañera y cerró los ojos para disfrutar de aquel baño. Oyó cómo la puerta de la entrada se abría y cerraba, pero no abrió los ojos, ni siquiera cuando Lennon comenzó a ladrar para que su dueño le quitara la correa. Si algo odiaba el perro era llevarla puesta cuando llegaba a casa.

Amy movió los hombros para intentar calmar el dolor de las contracturas que habían aparecido esos días. Estaba tan sumida en sus pensamientos que no oyó que la puerta del baño se abría y unos pasos se acercaban a ella. Solo se

dio cuenta de la presencia de Álex cuando se introdujo en la bañera junto a ella. Amy se sobresaltó y abrió los ojos para verle meterse con la ropa puesta. El agua comenzó a desbordarse, pero a ninguno de los dos pareció importarle. Aún sin hablar, Álex atrapó uno de sus tobillos y le cogió de la muñeca con la mano que le quedó libre, para atraerle hacia él y sentarla en su regazo quedando los dos en el centro de la bañera.

Amy le miró a los ojos y vio en ellos miedo. En esos días se había mostrado preocupado, nervioso, agobiado, pero jamás había visto un abismo de miedo en él. Lo había estado ocultando para que ella no se preocupara por otra cosa, pero ya no podía más. Alzó las manos y las colocó en su rostro sin importar que las tuviera mojadas. Al notar cómo le acariciaba, Álex cerró los ojos e inspiró disfrutando de esa caricia. Ella le proporcionaba tranquilidad.

Amy bajó los labios a los suyos y los besó con ternura disfrutando del contacto y la calidez de su boca. Entreabrió la boca y dejó que su lengua entrara en ella para comenzar un baile lento y erótico en el que se saborearon y dejaron salir todos los sentimientos que sus corazones albergaban. Abrió más la boca para darle mejor acceso a su interior y gimió contra ella mientras buscaba el filo de la camiseta de Álex para quitársela. Metió las manos bajo la húmeda tela para despegarla de su piel y sacársela por la cabeza.

—Te necesito, mi amor —confesó ella en un susurro—. Pero no quiero hacerte daño.

—Iremos con cuidado, ¿vale?

Ella asintió y volvió a atrapar su boca en un beso pasional y hambriento mientras notaba cómo Álex le acariciaba con sus grandes manos la espalda desnuda y la acercaba más a él. Sus caricias descendieron por sus hombros hasta alcanzar sus pechos. No dejó de besarla mientras sus caricias aumentaban de intensidad. Sus pezones ya estaban duros y enhiestos deseosos de recibir atenciones que no tardaron en llegar. Álex los atrapó entre dos de sus dedos y les dio un ligero pellizco que hizo que Amy gimiera de nuevo contra su boca. Deseosa de sentirle dentro de ella, bajó sus labios hacia su cuello mientras sus manos buscaban el botón de sus pantalones. Cuando consiguió desabrochárselos, se separó un poco de él para que alzara las caderas y poder quitárselos junto con la ropa interior. Amy tiró la ropa fuera de la bañera y volvió a colocarse a horcajadas sobre él notando cómo su erección le acariciaba el interior de sus muslos. Álex posó sus manos sobre sus nalgas e hizo que elevara un poco las caderas para poder tener un mejor ángulo entre sus cuerpos. Ella notó que la punta de su miembro se introducía

en su interior y poco a poco fue descendiendo su cuerpo para clavarse en él por completo. Cerró los ojos al sentir cómo él la llenaba y abrió la boca para jadear. Los fuertes brazos de Álex la abrazaron y comenzó a guiar sus movimientos mientras cabalgaba sobre él. Amy intentó ser todo lo delicada que pudo. Sabía que Álex aún no estaba recuperado de la paliza y lo que menos quería era hacerle daño. El agua seguía abandonando la pila al ritmo que sus cuerpos se movían, pero a ninguno le importó. En ese momento lo único que necesitaban era sentirse el uno al otro y dejar de pensar en la horrible realidad en la que se encontraban.

Ambos gemían, y Amy comenzó a moverse en círculos para que acariciara cada centímetro de sus paredes mientras sus brazos se abrazaban fuerte a su cuello. Le atrapó el lóbulo con los labios y lo lamió y mordió antes de soltar en su oído un pequeño grito al sentir cómo él alcanzaba lo más profundo de su interior. Álex hundió el rostro en su cuello y comenzó a llenárselo de pequeños y dulces besos hasta que una cálida sensación les invadió cuando el orgasmo recorrió sus cuerpos al unísono. Álex apretó los dedos en torno a su cintura mientras se corría, dejando en ella unas leves marcas de sus yemas.

Sin dejar que saliera de ella, Amy se detuvo para recuperar el ritmo acompasado de su respiración al tiempo que notaba cómo las piernas le temblaban. Ese momento había sido perfecto. No había existido nada más durante aquellos momentos. No hubo palabras. Solo ellos dos demostrando el amor que sentían el uno por el otro mediante gestos.

—Perdóname por irme antes como lo he hecho. Sé que no es excusa, pero necesitaba unos minutos. Esto me supera, pero eso no quiere decir que vaya a dejarte sola.

—No pienso dejar que te pase nada, Álex. Antes doy mi vida a que te pase algo.

—No nos pasará nada, cariño. Entregaremos a Grecolli lo que quiere y esto se acabará por fin. Tu padre podrá descansar en paz.

Amy asintió y volvió a besarle antes de levantarse con cuidado para salir de la bañera. Cogió el albornoz y se lo colocó anudándolo a su cintura. Álex la imitó, pero fue ella quien se acercó a él con una toalla para anudarla a sus caderas antes de depositar un beso sobre su corazón. A su lado se sentía segura.

Tras vestirse, decidieron pedir comida por una aplicación que no paraban de anunciar por la televisión y se dispusieron a pasar la tarde relajados en casa viendo películas. A ninguno de los dos le apetecía salir y sentir cómo unos

ojos les miraban sin ellos saberlo.

Estaban totalmente enfrascados en la trama de la película cuando el móvil de Álex les sacó de su letargo. Se incorporó un para cogerlo y descolgó al ver que era su madre.

—Hola, mamá.

—¿Ya te has olvidado de mí, jovencito? Llevamos semanas sin hablar.

—Tú también puedes llamarme, mami.

—¿Y no lo acabo de hacer? Bueno, cariño, dime cómo está Amy. Tu hermana me contó lo sucedido en su casa y en el bar. ¡Qué horror!

—Está mejor, pero sigue agobiada —dijo mirando a su chica que se encontraba recostada sobre él y con una mano abrazándole la cadera—. ¿Y tú? ¿Qué tal estás?

—Creo que me voy a hacer lesbiana.

—¡Mamá! —espetó Álex abriendo los ojos como platos.

—Ay, hijo, me he cansado de que los hombres solo busquen sexo. Creo que quiero volverme a enamorar y que un hombre me haga sentir esas mariposas en el estómago. ¡Y lo estoy buscando! Pero con cada hombre que salgo lo único que quiere es llevarme a la cama. Por eso te digo que a este paso me hago lesbiana.

Álex se tapó la cara con una mano. Adoraba a su madre, pero no le gustaba nada que le contara sus citas y aventuras sexuales. ¡Era su madre, por el amor de Dios! Y a veces hablaba con él como si fuera un colega de toda la vida.

—Mamá, ¿por qué me cuentas esto?

—Me has preguntado, cariño.

—No, te he preguntado que qué tal estás.

—Ay, hijo, que tiquismiquis eres. ¡Ni que tú fueras un santo! Que puede que sea tu madre, pero eso no significa que sea tonta y sé que cuando estás a solas con tu novia lo que menos hacéis será contaros chistéis.

Él suspiró. Le encantaba la energía de su madre, pero esos días no estaba para soportar ciertas cosas.

—Tengo que dejarte, mamá. Prometo llamarte, ¿vale?

—Vale, mi niño. ¡Te como la cara!

Álex separó el móvil de su oído y tocó la pantalla sin mirar para colgar antes de dejarlo encima del sofá.

—Álex —le llamó Amy—. No dejes de pensar en la carrera de dentro de dos viernes. ¿Dónde está el circuito? ¿Cómo es posible que la policía no lo haya descubierto aún y actuado?

—Porque está oculto. Está a las afueras de Logroño en dirección a Albelda, pero antes de llegar al pueblo, unos dos kilómetros antes, hay un desvío. Un camino rocoso por el que no accede nadie, salvo alguien que aparca a la entrada por si tiene que hacer algún descanso —comenzó a explicarle mientras le acariciaba la parte baja de la espalda—. Es un camino de un kilómetro. El circuito se encuentra oculto entre unas montañas. Hay que rodearlas y una vez lo hagas, lo verás. No te imagines un circuito hecho de asfalto, gradas ni nada de eso. La carretera es la tierra y el circuito está lleno de baches y rodeado de árboles. Por suerte, hay luz en toda aquella zona. Grecolli instaló varios focos a modo farolas, pero son de esas cuya luz solo alumbra hacia abajo, no hacia arriba, por lo que desde el aire es difícil verlo. La luz blanca que desprende es cegadora, pero al estar el circuito rodeado de montañas no se ve a distancia. Por eso aún la policía no ha dado con ellos, porque para que lleguen hasta allí alguien le tiene que dar las indicaciones exactas.

—¿Y la redada? Si hace años les pillaron, ¿cómo no van a saber dónde está?

—El día de la redada, Grecolli se reunió con uno de sus contactos. No pensaba llevarle a su circuito privado, así que las carreras se organizaron en el aparcamiento del Palacio de los Deportes. Se ve que alguien dio el chivatazo días antes y la policía acudió. Según me contaron, el chaval que les delató acabó muerto.

—Voy a ir contigo —dijo ella abrazándose más a él—. No pienso dejarte solo.

—Me imaginaba que dirías eso. ¿Serviría de algo que dijera que prefiero que no vengas y que te quedes con tu madre o con mi hermana? —Ella negó con la cabeza—. Lo suponía. Escúchame. —Le cogió el rostro con las manos para que le mirara—. Llamaré a Marco, mi colega. Le pediré que venga con nosotros. Quiero que no te separes de su lado mientras corro, ¿vale? Ese mundo no es para ti.

—Vale. En cuanto consigamos los treinta mil euros y le demos el USB a la mafia con la información, no quiero volver a oír a hablar de David Grecolli ni de nada relacionado con él. Ese hijo de puta ha amenazado con matar a mi familia y a la tuya. Ojala algún día aparezca muerto en las noticias.

Álex asintió y la besó sin saber que una tercera persona había escuchado todo lo que habían hablado. Álex no había colgado el teléfono al tocar la pantalla y Patricia había sido testigo de lo que hablaban. ¿Dónde demonios estaban metidos esos dos? ¿Por qué Álex iba a volver a las carreras ilegales? ¿De

verdad Amy había nombrado a la mafia? ¿Quién era David Grecolli? ¿Qué era eso de que su vida estaba en peligro, al igual que la de toda su familia? Angustiada tras lo que había oído, colgó y llamó a su yerno.

—Santiago, ¿puedes venir a mi casa? Tengo que contarte algo y te pido la máxima discreción.

—¿Qué ocurre, Patricia?

—Creo que estamos en peligro.

Capítulo 41

Quedaban tres días para reunirse con Grecolli en el circuito y el nerviosismo estaba instalado en los dos. Las pesadillas de Amy habían aumentado. Ese día, Alex llamó a su cuñado para poder ir al piso de Amy a seguir recogiendo sus cosas. El contrato de alquiler que tenía estaba a punto de finalizar y la casera había sido totalmente comprensiva con que la joven deseara marcharse cuanto antes. La mujer de unos sesenta años, le había perdonado los dos últimos meses que le quedaban hasta que el contrato finalizara y había decidido vender el piso una vez estuviera restaurado de los daños. Al estar precintado, Santiago les acompañó además de Isabel para ayudar a su hija a empaquetar más cajas.

El policía no pudo evitar fijarse en el rostro de la novia de su cuñado. Unos cercos oscuros se formaban bajo sus ojos plateados y se había percatado que en la calle miraba a su alrededor, nerviosa, como si buscara a alguien. Su conversación con Patricia le había dejado bastante intranquilo y la pequeña investigación que llevaban se había convertido en un operativo en el cual deberían ser muy cuidadosos. Cualquier fallo podría traer graves consecuencias. Acordó con su suegra no poner en alerta a Raquel. Cuanta menos gente supiera lo que estaba ocurriendo, mejor.

Isabel colocó una mano bajo la espalda de su hija para animarla a entrar. Su madre creía que había sido un simple robo y era mejor que así lo siguiera creyendo. Isabel se dirigió al salón para guardar libros, fotos y todo aquello que encontrara. Santiago ya les había informado que habían inspeccionado el piso entero, pero que no había encontrado nada. Los supuestos ladrones sabían cómo no dejar huellas.

Amy se dirigió al pasillo y se paró frente a la puerta que había en el centro. El cuarto que había acondicionado como sala de baile. Abrió la puerta y ahogó un sollozo al ver cómo lo habían dejado. El espejo que colocó en la pared estaba en el suelo y cientos de cristales esparcidos por él. En una de las esquinas de la habitación, sus CD's se encontraban tirados y algunas carcasas estaban rotas. Confiaba en que los discos estuvieran intactos. Era la música

que le regaló su padre para que bailara en casa.

—¿Estás bien? —preguntó Álex a su espalda cogiéndola de la mano.

Ella negó con la cabeza bajando la mirada. Todo aquello la superaba. Entraron los dos en la habitación con cuidado de no pisar los restos del espejo hasta llegar a donde se encontraban los discos. Amy se agachó y dejó la caja de cartón que sostenía en la mano izquierda en el suelo para ir guardándolos, al igual que el reproductor de música. Recogió sus puntas y parte de la ropa que guardaba allí para cuando practicaba. Cuando acabó, salió del cuarto cerrando la puerta y con una opresión en el pecho al saber que jamás volvería a entrar allí.

—Te he recogido todo lo del salón y de los cajones de la cocina. Todos los muebles son de la casera, ¿no? ¿O alguno era tuyo? —le preguntó Isabel a su hija.

—Solo era un espejo y está roto. ¿Puedes recogerme las cosas del baño? Creo que solo dejé las colonias y algún bote de crema.

Su madre asintió y cogió una nueva caja de cartón para hacer lo que le había pedido su hija mientras ella iba a la que fue su habitación para coger la poca ropa que quedaba. Salieron los cuatro del piso y Amy se giró para mirar por última vez el que había sido su hogar durante dos años. No volvería a pisarlo nunca más. Empezaba una nueva vida.

Metieron las cajas en una furgoneta de mudanzas que habían alquilado y llevaron todo a casa de Álex. Isabel y Santiago les acompañaron y la mujer se sorprendió al saber que aquel hombre que le recordaba a Hugo Silva era el cuñado de Álex.

Mientras subían los cuatro pisos por las escaleras cargados con las cajas, Amy se acordó de todos los antepasados de los vecinos gorriones de Álex. Sabía que querían arreglar el ascensor, pero nadie quería poner un duro.

—Tendré que empezar a mirar pisos, a ver qué encuentro —dijo Amy para romper el silencio mientras dejaba las cajas en el *hall* y Lennon iba a recibirles.

Eso a Álex no le gustó nada. No quería que se fuera. Puede que solo llevaran unos meses juntos, pero la quería junto a él. Ya se había acostumbrado a su presencia y a despertarse a su lado cada día. No podía privarse de aquello. Ella le complementaba.

—No tienes por qué, Amy. Me gusta que vivas conmigo.

Ella le miró y curvó levemente los labios para mostrarle una sonrisa. A ella le encantaba estar con él, pero vivir juntos de manera definitiva le parecía

precipitado.

—No te lo niego, a mí también. Pero no quiero precipitarme y arruinar todo.

—No lo haremos. Si quieres buscar un piso, te ayudaré. Pero creo que sería mejor que esperaras a que se calmen un poco las cosas. Cuando solucionemos lo de Grecolli, haremos lo que tú quieras, ¿vale?

—Vale.

Amy era consciente de que Álex tenía razón. Lo mejor era que ahora estuvieran juntos hasta que las aguas se calmaran.

—¡Madre mía, se me va a salir el corazón por la boca! —exclamó Isabel al llegar al piso con la caja seguida de Santiago.

—Dame esto, Isabel. —Se acercó Álex a ella con una sonrisa para cogerle la caja que llevaba.

—Gracias, Álex. ¡Qué suerte ha tenido mi niña en encontrarte! —Sonrió y bajó la mirada al notar que algo le tocaba la mano—. Madre mía, ¡qué grande está este perro! —Le acarició la cabeza—. Si Amy me dijo que era un cachorro. Aunque es precioso. Esos ojitos azules encandilan.

—Y sigue siendo un cachorro, Isabel —respondió Álex—. Acaba de cumplir un año, pero aún le queda por crecer.

Amy le miró y puso los brazos en forma de jarras.

—¿Y no me lo dijiste? —le replicó ella.

—¿Para qué?

—¡Para comprarle un regalito! —dijo agachándose para acariciar a Lennon que le dio un lametón en la cara.

—¿Te parece poco regalo que le dejes subirle a la cama, al sofá y que le des de nuestra comida? —Amy abrió la boca al oír eso último—. Angelillo, ¿te crees que no os veía? Solo que me callaba, porque da igual lo que diga.

Isabel soltó una carcajada y la pareja la miró.

—Me recordáis a un matrimonio. ¡Estáis hechos el uno para el otro!

—Que nos conocemos, mamá. Ya puedes sacar de tu cabeza el vestido blanco, los niños y toda esa parafernalia.

—Bueno, bueno, pero ya veremos más adelante.

—Tengo que irme —oyeron la voz grave de Santiago—. Me han dado el aviso de un atraco. Cualquier cosa que necesitéis, ambos tenéis mi número.

Álex y Amy asintieron y se despidieron de Santiago antes de entrar en el piso de Álex. Isabel se sorprendió de la bonita decoración y lo ordenado que estaba todo. Ayudó a su hija a guardar la ropa en uno de los armarios y se quedó a comer con ellos tras aceptar la invitación de Álex.

—Tengo una cosa para ti —dijo Álex sentándose a su lado en el sofá. Isabel había decidido irse tras ayudarles a recoger la mesa.

Amy se quedó mirándole impaciente, pero analizó su aspecto. El ojo ya había vuelto a la normalidad. Los moratones de sus costillas habían desaparecido, pero no podía realizar movimientos bruscos sin que un ligero dolor le atravesara.

—¿Qué es?

Nervioso porque no sabía cómo iba a reaccionar, le tendió el regalo. Ella quitó el envoltorio y se llevó una mano a la boca al ver lo que era. La foto que la mafia le rompió cuando estuvieron en su casa donde salía ella con su padre. Podía verse el celo que unía las dos partes, pero la foto seguía emocionándola al verla. Álex la había metido en un marco de color blanco y el único color que había era el de una pequeña bailarina en relieve que se encontraba en la esquina superior izquierda del marco.

—Es precioso. Gracias. —Se acercó a él para besarle.

—Y tengo otra cosa. —Se rascó la nuca antes de tenderle un llavero que simbolizaban las puntas con las que bailaba con dos llaves en él—. Aunque quieras buscarte un nuevo piso, quiero que tengas las llaves de mi casa. Puedes usarlas siempre que quieras, porque este también es tu hogar desde el día que viniste para disculparte tras decirle a tu madre todo lo que pensabas de mí.

—Te despediste tú solo y mi madre me obligó a venir hasta aquí para disculparme y que volvieras. —Sonrió al recordarlo—. Ahora le doy las gracias por aquello.

Él le devolvió la sonrisa al tiempo que le cogía de la mano para dejar las llaves en su palma antes de cerrársela y cubrir su puño con las suyas.

—Yo también le doy las gracias y menos mal que tomé la decisión de volver.

—Eres increíble, Álex. Y me doy cuenta de lo afortunada que soy al tenerte junto a mí. ¿Quién nos lo iba a decir cuando nos conocimos? —Rio nostálgica recordando aquel choque en la circunvalación.

—Mi chica borde. —Se acercó a ella para besarla—. Pero sabía que debajo de esa capa se escondía una mujer dulce, risueña, sonriente y como no, ardiente en la cama.

—¿Ya estás pensando en sexo? —Alzó las cejas divertidas.

Al ver ese gesto que siempre le había vuelto loco, pasó una mano por su cintura para atraerla hacia él.

—Contigo siempre, cariño. —Le mordió el labio inferior—. ¿Estás nerviosa

por lo del viernes?

Ella asintió.

—Estoy aterrada —suspiró—. Álex, voy a encontrarme con el asesino de mi padre y no voy a poder hacer nada. Salvo ayudarlo a que se haga poderoso, y tengo miedo de que una vez saldada la deuda, no nos deje ir.

Álex asintió. A pesar de que Grecolli dijo que le dejaba decidir, él no estaba tan seguro. Debería estar preparado para contar con la posibilidad de que tuviera que seguir corriendo. Ya había hablado con Marco. Al principio, su colega no daba crédito a lo que estaba escuchando. Álex iba a volver a correr para Grecolli y sabía que eso podía ser un gran error, pero no tenía opción. Aceptó en acompañarlo. No solo para echarle un ojo al coche que llevaba más de seis años sin que nadie lo condujera, sino para que su novia no se quedara sola. Ya le habían puesto a Amy sobre aviso de cómo tenía que vestir, a pesar de que a Álex no le hacía gracia que tuviera que ponerse ropa que dejase poco a la imaginación, pero si iba en vaqueros y camiseta sería peor. Los buitres de esos lares la verían como un reto. Todos apostarían para ver quién conseguía tirársela. De la otra manera y acompañada de Marco y de él, los demás tíos solo la mirarían con deseo, pues sabrían que ya pertenecía a alguien y era intocable. Odiaba el machismo y sexismo que albergaba ese entorno, pero si querían salir de allí intactos, debían moverse en él como pez en el agua.

—No adelantemos acontecimientos. Escucha, Amy. Allí no puedes mostrarte insegura, y aunque no me guste decirlo, lo mejor sería que sacaras a la antigua Amy con la gente que te encuentres. No quiero que nadie se te acerque. Y lo más importante: no te separes de Marco.

—Me lo has repetido mil veces, Álex. No lo haré. —Le miró y entrelazó sus dedos con los de él—. Prométeme que tendrás cuidado. No soy una experta, pero sé que esas carreras son peligrosas.

Álex chocó su frente con la de ella para transmitirle seguridad, aunque ni él mismo la tenía, aunque debía tener la cabeza fría si quería que todo saliera bien. Una noche. Solo quedaba una noche para que pudieran recuperar la normalidad y no pensaba permitir que nada saliera mal. Estaba todo preparado.

Capítulo 42

—Joder, ¡ni de coña vas a ir así! —bufó Álex.

Había llegado el día. Esa noche, Álex iba a correr de nuevo y Amy se encontraría cara a cara con el asesino de su padre. Tal y como le aconsejaron Marco y Álex, eligió un conjunto bastante atrevido que jamás se pondría para salir a la calle, pero no pensaba dejar que se le vieran las bragas con solo caminar. Había escogido unas mallas de cuero y brillantes que se ajustaban a sus piernas. Los tacones del mismo color con adornos dorados en los bordes y un corsé con escote de forma de corazón que dibujaba a la perfección sus curvas. Al igual que el resto de la ropa, era de color negro, pero el lazo de la espalda que permitía que la prenda se le ajustara a la perfección era de un llamativo color rojo, al igual que el carmín de sus labios. Sus ojos apenas tenían maquillaje. Se había pintado de negro la raya del ojo y aplicado un poco de rímel y sus rizos chocolate los había dejado sueltos cayéndole por la espalda y los hombros.

—Seguro que de las tías que van allí, yo seré la que más tapada voy.

—Puede. Pero joder, nena no eres consciente de lo jodidamente sexi que eres. Amy alzó las cejas al escucharle. No le había pasado desapercibido como Álex sin ningún tipo de disimulo recorría su cuerpo de arriba abajo una y otra vez.

—Te pondrás una chaqueta, ¿no?

—¿Qué? Álex estamos a treinta grados. Nadie me va a ver nada que yo no quiera y nadie me tocará. Tú concéntrate en ganar esas malditas carreras

El móvil de Álex sonó, pero enseguida la llamada se cortó. Era Marco. Álex le pidió que le hiciera una perdida cuando estuviera en frente de su portal. Él sería el encargado de llevarles al circuito.

—Es la hora —susurró Álex.

Amy inspiró y echó todo el aire retenido en sus pulmones. Se llevó una mano al pecho y rodeó con ella el colgante que siempre llevaba, el que Álex le regaló. Necesitaba impregnarse de valor. Al verla tan nerviosa y asustada, él le tendió la mano y ambos entrelazaron sus dedos para comenzar a bajar.

—Tengo ganas de vomitar —le susurró a Álex tras ver a Marco apoyado en su coche, un Citroën C4 de color rojo. Estaba fumando un cigarrillo mirando al cielo cuando se giró al oír el ruido de unos tacones acercarse a él.

—Hostia puta. —Recorrió el cuerpo de Amy—. Espero no tener que pelearme con nadie para quitarte a los salidos que se te acerquen.

—¿Tú incluido? —le espetó ella sacando a relucir a la antigua Amy.

Álex sonrió. En el fondo, aunque muy en el fondo, echaba de menos aquella actitud de bordería y pasotismo.

—Se me olvidaba el carácter que tenías.

Álex le guiñó un ojo a su chica antes de sentarse en el asiento del copiloto mientras ella lo hacía en la parta trasera. Marco y Álex comenzaron a hablar de diversas tácticas y trucos para facilitar la victoria, además de recordar la zona donde se encontraban los baches más profundos. A la velocidad que iría y si pisaba alguno, la probabilidad de volcar era bastante grande. Amy sacó de su escote el USB que estaba a punto de entregarle a Grecolli y lo miró con detenimiento. Todo por lo que había pasado era por culpa de esa maldita información. Por ella, había perdido a su padre, su madre y ella se habían quedado sin negocio, vivía con miedo y se sentía vigilada las veinticuatro horas del día. Apretó el *pen drive* en su puño furiosa y las palabras de su padre regresaron a su cabeza.

«Muñequita... bailarina... regalo... destrúyelo».

«Destruyelo». Esa última palabra no paraba de resonar en su cabeza. Miró al frente pensando en sus últimas palabras, pero agitó la cabeza para que esos pensamientos salieran de su mente. Tal y como le había explicado Álex, Marco se desvió por un camino rocoso a dos kilómetros de llegar a Albelda. Puso las largas y Amy se asomó para mirar aquel terreno. No veía absolutamente nada, salvo unas montañas al final del camino. ¿De verdad estaba ahí el circuito? A medida que avanzaban lo dudaba más, pero estas dudas se disiparon al rodear una de las montañas y ver como varios focos alumbraban metros cuadrados de un terreno de forma ovalada. Coches deportivos y tuneados se encontraban aparcados en los extremos y los vítores y gritos de la gente era el único sonido que había.

Marco dejó el coche lo más alejado posible de aquella zona y apagó las luces antes de quitarse el cinturón.

—¿Preparados? —preguntó mirando a Álex y a Amy respectivamente.

Ambos asintieron con la mirada y bajaron del coche. Amy aprovechó que los chicos no miraban para volver a guardar el USB en su escote. Sabía que no

era el mejor sitio, pero su vestuario estaba exento de bolsillos. Álex rodeó la cintura de Amy. No solo para que los hombres que la miraban supieran que era suya, sino para que anduviera mejor con los tacones por ese camino de tierra.

La miró. Su chica mostraba una seguridad y un gesto típico de la chica que conoció hacía casi un año, aunque él sabía que por dentro estaba aterrada. Se dirigieron a donde se encontraban los demás participantes y sus acompañantes a la espera de que Grecolli diera la cara. Nadie sabía dónde se metía hasta que él mismo se dejaba ver junto con sus secuaces. A pesar de estar en su terreno, siempre contaba con la seguridad de dos de sus esbirros.

—Mira, tío. —Señaló Marco a una joven que se encontraba apoyada en uno de los coches con un pañuelo de color rojo en la mano izquierda y otro verde en la derecha—. La chica que da la salidas está más buena que cuando nosotros competíamos. La otra se ponía vestidos tres tallas más pequeñas y sinceramente, lo que menos hacía era ponérmela dura.

Álex se fijó en la chica a la que se refería su amigo. Tendría la edad de Amy y tenía el pelo castaño claro cerca del rubio y rizado recogido en una coleta alta. Llevaba un vestido de cuero con una falda demasiado corta que le limitaba los movimientos. La parte de delante del vestido mostraba un escote considerable que podía regularse subiéndose la cremallera que tenía, pero la joven la tenía bajada hasta los topes. Remataba el conjunto con unas botas que le llegaban hasta los muslos con unos tacones de infarto.

—¿Has acabado de darle un repaso a la chica? —le espetó Amy a Álex.

Él no pudo evitar sonreír.

—No te pongas celosa, cariño. La única que me pone, eres tú.

—Más te vale.

—Ven a buscarme cuando aparezca Grecolli —pidió Marco a su amigo dándole una palmada en el hombro—. Voy a ver si consigo el número de la chica de las salidas.

Marco se despidió por unos minutos de la parejita y se acercó con su sonrisa seductora hasta la chica de las salidas. De cerca era mucho más guapa de lo que pensaba y su escote más voluptuoso.

—¿Cuánto por tus pensamientos, preciosa?

La chica le miró y le fulminó con la mirada.

—Estoy esperando a David Grecolli, así que si no eres tú, ya puedes largarte por dónde has venido.

—Grecolli es demasiado mayor para ti, ¿no crees? Yo puedo hacerte tocar el

cielo, nena.

—Permíteme que lo dude. ¡Vete!

—¿Eres la chica nueva de Grecolli? —le preguntó volviéndola a desnudar con la mirada.

—¿Me estás llamando puta? —Se separó del coche en el que estaba apoyada y colocó los brazos en jarras.

—¡No, joder! Solo quiero una maldita noche contigo.

—No soy ninguna puta. Ni de Grecolli ni de nadie. Te aconsejo que te mantengas lo más alejado de mí. Yo solo soy la chica que da las salidas.

Le dio un suave empujón para que se apartara y pasó por su lado, marchándose furiosa por haberse topado con ese idiota que creía que con una sonrisa y un guiño iba a caer a sus pies como todas las mujeres que se encontraban allí.

Álex y Amy que no habían perdido detalle del encuentro, no pudieron evitar reír al ver cómo la joven le rechazaba. Amy estaba convencida de que, cuando Marco se acercara a ella, la joven iba a comenzar a coquetear con él ante la llegada de un hombre de muy buen ver. Pero las apariencias engañan y la chica le había dado largas.

—Así que, quieres que me quede con Marco para que me vigile ante tíos que intenten ligar conmigo. Vamos, de tíos como él —Sonrió.

—Marco es así, pero es un buen colega y fiel. Estarás segura con él.

De pronto, la gente comenzó a apartarse para dejar paso a tres hombres. Parecían armarios empotrados e iban vestidos con trajes impecables. Amy reconoció al que iba en medio de ellos: el asesino de su padre. Tenía el mismo gesto que cuando lo vio hacía dos años y los aires de poder y superioridad no le habían abandonado. Era el dueño de todo aquello y él lo sabía. Sus miradas se cruzaron y alzó una mano para detener a los dos hombres que le acompañaban. Señaló con la cabeza hacia su dirección antes de comenzar a encaminarse hacia ellos. Álex se situó junto a Amy mientras Marco se reunía con ellos. Álex y él se colocaron delante de Amy.

—Sainz, Castillo —les saludó Grecolli cuando llegó llamándoles por sus apellidos—. Apartaros, por favor. Mi asunto es con ella. —Señaló a Amy con el dedo.

Amy tragó saliva y le sostuvo la mirada a aquel hombre. Su pelo oscuro estaba cubierto por unas canas más que evidentes y las arrugas comenzaban a aparecer en su rostro que en ese momento dejaba a la vista su perfecta dentadura blanca. Lo único de lo que ella tenía ganas era de borrarle esa

sonrisa de la cara.

Amy se abrió paso entre los dos hombres, pero Álex se pegó a ella.

—Quieres que corra, pues también es asunto mío.

—Tan temperamental como te recordaba, Sainz. Estoy deseando verte correr.

Acompañadme. Tengo tu coche preparado.

Álex cogió la mano de Amy y comenzaron a andar junto con Grecolli, pero a Marco no le pasó desapercibido cómo la chica de las salidas les observaba atentamente. Como si les estudiara.

Grecolli se detuvo y Álex se quedó mirando aquel coche. Era un Maserati Gansport color azul eléctrico y las ruedas brillaban por las llantas plateadas que llevaba. Seguía igual que la última vez que lo vio. Uno de los esbirros se montó en él y lo arrancó para hacer sonar el fuerte sonido del motor.

—¿Es usted David Grecolli? —oyeron una voz femenina a su espalda.

Era la joven con la que Marco antes había intentado ligar. Sus ojos verdes como dos esmeraldas incrustadas en una cara de porcelana se posaron en Marco durante unos segundos antes de volver a clavarla en Grecolli.

—Correcto, preciosa. Supongo que tú debes de ser Samanta. ¿Quién te habló de mí?

—El director del banco que hay en el centro de Logroño. Me dio tu contacto y uno de tus hombres me dijo que tenía que venir aquí a dar las salidas de las carreras. Que la anterior chica ya no estaba y que aquí podríamos hablar de... negocios.

—Ah, sí, Silvio es uno de mis mejores infiltrados. —Sonrió—. Y mi hombre te dijo bien. Efectivamente, necesito una chica que dé las salidas. La anterior no cumplió con mis condiciones y acabó con un tiro en la cabeza. —Él y sus hombres rieron—. Ya has conocido mi mundo y no puedes salir de él hasta que yo te lo permita. Pero dime, ¿qué necesitas?

—Dinero. Me van a embargar y si no pago dentro de dos semanas acabaré en la calle.

Grecolli se acercó a paso lento hasta la joven y le acarició la barbilla con el pulgar antes de bajar por su pronunciado escote.

—No quiero que me cuentes tus penas, preciosa. Yo te daré el dinero que necesites. A cambio, harás todo lo que te ordene y me serás fiel. Si me entero de que haces algo que no me agrada, acabarás como tu anterior compañera. ¿Has entendido?

La joven solo pudo asentir.

—Muy bien. Luca, Nico, llevaos a Samanta a su puesto. En cinco minutos es

la primera carrera —ordenó a sus hombres. Cuando estos se fueron, volvió a mirar a los tres chicos—. Te dejo con tu juguete, Sainz. Querrás estar a solas con él después de tanto tiempo. Corres en quince minutos. Estate preparado.

Grecolli sacó un puro del bolsillo interior de su americana y lo prendió con el mechero. Se acercó a Amy y soltó el humo en su cara.

—¿Tienes aquí lo que quiero? —Ella asintió—. Bien. Me lo darás cuando tu novio finalice todas las carreras y todo el mundo se vaya. No quiero arriesgarme a que nadie observe esta entrega. Y espero que cuando salgas de aquí mantengas esa preciosa boca cerrada, o no dudaré en matarte a ti y a los tuyos. ¿Entendido? —Amy solo pudo asentir.

Grecolli giró sobre sus pies y se alejó de allí, no sin antes mostrar su sonrisa de superioridad. Marco se acercó al coche y abrió el capó para comprobar el motor, los frenos, el acelerador y los distintos niveles de aceite y agua. Todo estaba en orden y le deseó suerte a su amigo antes de encaminarse hacia donde se encontraba el resto de la gente. Aquel coche era un biplaza.

Cuando Amy y Álex montaron en el coche, él tuvo que contar hasta diez. Le encantaría que aquello fuera una pesadilla de la que estuviera a punto de despertar, pero no lo era. Todo aquello era real. Puso primera y aceleró para colocarse en la posición de salida detrás de los coches que estaban a punto de salir.

Desde su posición, Grecolli le observaba orgulloso y deseoso de volver a verle correr. Amy y Álex bajaron del Maserati y observaron cómo la joven que respondía al nombre de Samanta se colocaba en el centro y alzaba los brazos con dos pañuelos en cada mano. Dio un pequeño salto y bajó los brazos dando así la salida al mismo tiempo que sus pies tocaban de nuevo el suelo. Los deportivos alcanzaron una velocidad de 100 km/h en menos de cinco segundos y comenzaron a esquivar los golpes de sus adversarios mientras daban vueltas por aquel circuito rocoso. La gente gritaba y aplaudía y Amy miraba asombrada como aquellos participantes intentaban que los demás se salieran de la pista. Miró a Álex preocupada. No quería que él hiciera eso. Al ver que uno de los deportivos se hundía en un bache y, por culpa de la velocidad, el coche volcaba y comenzaba a dar vueltas de campana, Amy se llevó una mano a la boca para ahogar un grito y se giró hacia Álex.

—No quiero que lo hagas. No quiero que te juegues la vida por mí.

—Amy, no puedo irme. Tengo que hacerlo.

Ella comenzó a negar con la cabeza y se acercó a él para cogerle de las manos.

—Me da igual lo que me haga a mí Grecolli, pero no soportaría que a ti te pasara algo.

—¡A mí no me da igual si ese hijo de puta te pone un solo dedo encima! Voy a hacerlo, Amy. Voy a correr.

El sonido agudo y fuerte de una bocina les dio el aviso para que los siguientes corredores se colocaran. Era el turno de Álex. Él atrajo a Amy hacia él y colocó una mano en su nuca para juntar sus bocas. Se besaron con desesperación y reteniendo el sabor del otro mientras sus cuerpos se ceñían.

—Esto no ha sido un último beso, Amy. Es el primero de nuestra nueva vida. Álex se separó de ella y montó en el asiento del piloto del Maserati para avanzar hasta colocarlo en la línea de salida. Por el espejo retrovisor, vio cómo Amy le observaba y Marco le colocaba una mano en su hombro desnudo para transmitirle ánimo.

A lo lejos, Amy pudo ver cómo los esbirros de Grecolli remolcaban el coche que había volcado antes de disparar al cuerpo del conductor. Cerró los ojos con fuerza y apartó la mirada. Sabía por qué lo habían hecho. No podían dejar cabos sueltos y ese muchacho necesitaba ir a un hospital y si iba, les descubrirían. No pudo evitar pensar que Álex podía acabar igual por su culpa. Dio un suave golpe con el hombro para retirar la mano de Marco y corrió hasta colocarse en el asiento del copiloto.

—¿Qué cojones haces, Amy? —dijo Álex, sorprendido—. ¡Sal del puto coche!

—¡¡No!! —gritó comenzando a llorar—. Perdí a mi padre, Álex. ¡No pienso perderte a ti también! Si vamos a hacer esto, lo haremos juntos.

—Joder, Amy. Sé lo que hago y no pienso poner tu vida en peligro.

—¿Y qué pasa con la tuya?!

—Estaré bien, ¡bájate del coche, Amy! ¡¡Joder!! —bramó enfadado al ver cómo Samanta pasaba entre dos coches para colocarse en el centro y dar la salida—. Amy, ¡¡¡BÁJATE!!! —Al ver que ella negaba con la cabeza apretó las manos sobre el volante—. ¡Joder! ¿Por qué no me haces caso?!

—¡¡Porque te quiero!!

Álex se quedó mudo mirándola. Él le había dicho varias veces esas palabras, pero ella nunca contestaba lo mismo.

El corazón de Amy latía desbocado. Lo notaba chocar contra sus costillas. Llevaba días deseando poder decirle esas dos palabras, pero no había podido

hasta ahora. No lo había pensado. Simplemente las había soltado.

—Te quiero —repitió con las lágrimas deslizándose por su rostro—. Y porque te quiero, no pienso permitir que hagas esto tú solo. Yo tampoco me rindo contigo, Álex. Y pienso estar a tu lado ahora, mañana y siempre. Así que, ganemos esta carrera.

Álex no pudo decir nada y clavó la mirada en la joven que daba las salidas. Grecolli estaba a su lado comentándole algo. Tras ver cómo asentía, el jefe de la mafia se acercó al coche de Álex y le hizo un gesto para que bajara la ventanilla.

—Si tu novia quiere correr contigo, que primero me entregue el USB. No voy a permitir que os dejéis la vida en el circuito y me quede sin él. Y ya he esperado mucho tiempo, así que bajad del coche y entregármelo. Estoy retrasando la carrera por vuestra culpa.

Ellos obedecieron y mientras Amy bajaba, metió dos dedos en su escote para sacar el USB.

«*Destrúyelo*».

Oyó la voz de su padre en su cabeza. Él dio su vida para no tener que entregarles aquello. No podía traicionar sus principios y no lo hizo. Se enfrentó a Grecolli y se negó a seguir con sus planes. Era un buen hombre. Y se había sacrificado por su familia.

Al ver el USB en las manos de la joven, David Grecolli sonrió. Después de años de búsqueda por fin era suyo. Extendió la mano para que se lo entregara, pero Amy retrocedió varios pasos.

—Mataste a mi padre por ser un buen hombre. Se arrepintió de haberte conocido y yo también lo hago. Él no podía permitir que cumplieras tu maldito propósito. Y murió en mis brazos para no hacerlo. No te iba a permitir que siguieras con tu plan. —Miró al cielo como si notara que su padre la observaba—. Y yo tampoco lo haré.

Sin dudarle, dejó caer el USB al suelo y colocó el tacón sobre él para aplastarlo apoyando todo su peso en él. Grecolli gritó y cuando los diversos fragmentos del *pen drive* se separaron, Amy le dio una patada para esparcirlos y hacerlo desaparecer para siempre.

La sonrisa de Grecolli desapareció y la sustituyó por la furia y la rabia. Su cara se volvió de un tono rojo y la vena del cuello y de la frente estaba a punto de explotarle. Amy vio cómo sacaba la pistola que tenía colgada en el cinturón y se preparó para que la disparara, pero Grecolli no la apuntó a ella. Sino a Álex.

—¡¡No!! —gritó acercándose a él para empujarle tirándolo al suelo en el momento que el disparo sonó seguido de otro.

Por el rabillo del ojo, Marco pudo ver cómo Samanta se levantaba un poco la falda y cogía la pistola que tenía en su muslo. Disparó sin dudar y la bala atravesó la cabeza de Grecolli. Dos disparos más e hizo lo mismo con sus secuaces.

Pero Álex no se había percatado de aquello. Se levantó del suelo y cogió a Amy en sus brazos justo en el momento que ella caía al suelo. La bala había impactado en su cuerpo y la sangre emanaba sin control por su pecho cerca de su hombro.

—¡¡Amy!! —gritó Álex cayendo de rodillas con ella en brazos y sujetando con un brazo su cabeza—. No cierres los ojos. ¿Me escuchas, cariño? ¡Mírame! —pidió comenzando a llorar como un niño pequeño.

Samanta corrió hacia ellos y apartó con un pequeño empujón a Marco para acercarse a Amy. Al ver que no dejaba de sangrar, se subió la cremallera donde tenía un micrófono escondido y comenzó a dar órdenes.

—Al habla la agente Alcázar. Necesito una ambulancia en el kilómetro quince de la nacional N-111. Operación David Grecolli realizada con éxito, pero tengo una herida de bala. ¡Que entren los refuerzos!

Decenas de coches de policía salieron de la oscuridad y la gente comenzó a salir de allí montados en sus vehículos, pero la autoridad ya había rodeado la zona.

—Amy, aguanta mi amor. ¡Eres fuerte! —dijo Álex sin parar de llorar mientras con una mano le presionaba la herida—. Ya se ha acabado todo, cariño. Ahora podemos vivir nuestra vida. Juntos. —Juntó su frente con la de ella y una lágrima cayó en la mejilla de la mujer que amaba y que poco a poco moría.

—Álex... —susurró ella con los ojos medio cerrados. Una lágrima salió de la comisura de su ojo para fundirse en su cabello—. Prométeme... prométeme que... que serás feliz.

—Te lo prometo, mi amor. Te prometo que seremos felices. —Le besó la frente—. No cierres los ojos, cariño. No dejes de mirarme.

Con las pocas fuerzas que tenía, alzó una mano y le acarició la mejilla a Álex. Su tacto y su mirada era lo último que quería recordar para cuando se fuera.

—Gracias por todo, mi amor. Te... te quiero —confesó ella antes de cerrar los ojos y que su brazo inerte cayera al asfalto.

Capítulo 43

Un mes después...

María saltaba en el salón del piso de su tío mientras Álex y ella jugaban a la Wii y Lennon ladraba al verles moverse pidiendo atenciones. Al ver que no lo conseguía, desapareció de la estancia hasta tumbarse en el pasillo en frente de la puerta de la habitación de su dueño.

—¡Te he vuelto a ganar, tito!

—Eres la número uno, enana —Rio dejándose caer agotado en el sofá—. Un descanso, pequeña. Que tengo que recuperarme.

La niña dejó el mando encima de la mesita de su tío y se sentó a su lado. Álex, al ver cómo los ojos de su sobrina se humedecían, le colocó una mano bajo la barbilla para que le mirara.

—Ey, ¿qué ocurre, enana?

—Echo de menos que Amy juegue conmigo.

Álex le acarició su melena rubia y le besó la sien. Para María todo lo ocurrido un mes antes también había sido duro y estuvo días llorando sin parar. Él desvió la mirada hacia su perro que estaba tumbado frente a la puerta cerrada de su cuarto. Lennon también se había acostumbrado a la presencia de Amy.

Cuando se llevaron a Amy en la ambulancia, Álex no pudo ir con ella. Santiago y Noelia, el nombre real de la supuesta Samanta, le llevaron a la sala de interrogatorios de la comisaría para hacerle las preguntas pertinentes y estos le contaron cómo habían descubierto la existencia de aquel circuito. Su cuñado le explicó cómo Patricia, un día, les escuchó lo que Amy y él planeaban y no tardó ni un minuto en llamarle para contárselo. Santiago comenzó a poner en marcha un operativo contando con ayuda de las fuerzas especiales del país y como Noelia pudo infiltrarse para dar la señal e intervenir, pero todo dio un giro cuando Grecolli fue a disparar a Álex y Noelia tuvo que actuar. Pero a pesar de su rapidez y puntería, no pudo evitar que el jefe de la mafia apretara el gatillo. Tras acabar con el cabecilla, no fue

difícil encontrar el lugar donde se escondía y detener al resto de sus secuaces y los distintos infiltrados que tenía en bancos, dentro del cuerpo de policía e incluso como personal de altos cargos en el ayuntamiento.

Isabel, al enterarse de lo ocurrido, no daba crédito. Las personas que mataron a su marido habían regresado a sus vidas y habían ido a por Amy. Isabel aún acudía al psicólogo para asumir todo lo que había sucedido.

Raquel, al igual que su hija, lloró durante los primeros días y no se separó de su hermano. Sabía que él la necesitaba en esos momentos. Patricia también estuvo junto a su hijo esos primeros días.

El timbre sonó y Lennon se levantó para recibir a aquella visita, pero Álex, sabiendo que era su hermana, le encerró en la cocina.

—Ya tienes mejor cara —dijo Raquel dándole un beso en la mejilla a su hermano.

—Sí. Poco a poco.

—Ya se ha acabado todo, Álex. Deja de pensar en esa noche y sé feliz.

—Lo intento, de verdad. Intento no pensar, pero es difícil y más cuando sueño con ello.

—Quizá deberías buscarte ayuda profesional —suspiró acariciándose su abultado vientre.

—Solo ha pasado un mes. Pero te prometo que si sigo igual, iré. ¿Vale?

Raquel asintió y cogió la mano de su hija para irse y dejar a su hermano. Sabía que estar con la niña le venía bien para distraerse, pero en el fondo, su cabeza no paraba de recordar aquella noche.

Abrió la puerta de la cocina para que Lennon saliera y fue a su habitación, pero no dejó que el perro entrara. Cerró de nuevo la puerta y se tumbó en la cama con cuidado.

Amy dormía plácidamente. Tenía el hombro y parte del brazo vendados. Con cuidado, levantó un poco las vendas y comprobó que la herida de bala estuviera bien. Al ver que todo estaba en orden, volvió a cubrirla y le acarició el pelo. Ella se revolvió en la cama y abrió los ojos para encontrarse con la mirada azul que la tenía enamorada. Sonrió.

—Hola —susurró intentado incorporarse con cuidado. Álex la ayudó—. ¿Qué hora es?

—Las seis de la tarde. —Se inclinó sobre ella para besarla en la mejilla—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien. Aún noto alguna punzada de dolor, pero por lo demás, estoy bien.

Amy ingresó inconsciente en el hospital. Había perdido mucha sangre y

estuvo tres días dormida. Por suerte, la bala no había tocado ninguna arteria ni órgano importante. Álex no se separó de su lado durante los primeros tres días en los que ella no despertó, pero cuando lo hizo, él estuvo allí y volvió a llorar como un niño pequeño. Al quinto día, por orden de su novia, fue a casa a descansar, pero a primera hora del día siguiente ya estaba de nuevo allí. Había pasado muchísimo miedo. La mujer a la que amaba había estado al borde de la muerte, pero por suerte, todo salió bien y la tenía a su lado. Esa noche se juró que si sobrevivía, no iba a permitir que nadie se la arrebatara de su lado.

Dos semanas después de aquella noche, Amy estaba cansada de estar en el hospital y pidió el alta voluntaria. Álex y ella tuvieron una fuerte discusión. Él quería que se quedara ingresada hasta que estuviera recuperada al cien por cien, pero Amy era cabezota como ella sola y estaba harta de estar en esa habitación y en esa incómoda cama. Finalmente, Álex se rindió y aceptó que siguiera la recuperación en casa y que un médico la fuera a visitar tres veces a la semana para desinfectarle la herida y cambiarle el vendaje. Debería guardar reposo absoluto. Aún la piel no estaba totalmente cerrada y corría el riesgo de que la herida se abriera.

—Ayúdame a ir al salón. Estoy cansada de estar en la cama.

—Amy, tienes que guardar reposo absoluto.

—Álex voy a caminar. No voy a mover la zona de la herida. Por favor —le pidió poniéndole ojitos.

—Está bien.

Ella sonrió y se dejó ayudar por él para levantarse y caminar hasta el sofá. Cuando se sentó, Lennon se acercó a ella y Amy le acarició la cabecita. Según el médico que la visitaba, si todo seguía avanzando como hasta ahora, en dos semanas podría comenzar a hacer vida normal, pero sin hacer esfuerzos.

—Álex, no pienses más en lo que pasó. Ya se ha acabado y para siempre. No cometas el mismo error que yo. No cambies, Álex. Porque eres maravilloso, porque la vida es muy corta y no podemos pasárnosla tristes y dándole vueltas a algo que ya ha pasado y que está cerrado. Quiero que hagas volver al Álex del que me enamoré.

Él le mostró su sonrisa ladeada y la miró con sus ojos pícaros.

—Bien, bien, vamos bien —se mofó riendo—. Te quiero, Álex.

—Yo también te quiero. —La besó en los labios con delicadeza—. Más que a nada.

—Hasta el final.
—Hasta el final.

Epílogo

Tres años después...

—Y cinco, seis, siete, ocho... —Marcó Amy los compases a sus alumnas. Tras recuperarse de la herida de bala, Amy volvió a la normalidad, a pesar de que Álex la controlaba más que nunca. Esos primeros meses, estuvo inspeccionándole la cicatriz todos los días y varias veces. Como le prometió, cuando las aguas se calmaron, Álex la ayudó a buscar piso y cuando creyó encontrar el perfecto, Amy lo rechazó para aceptar la oferta de su novio de ir a vivir con él. Eso a Álex le colmó de felicidad y cuando le preguntó por qué, ella le respondió que la vida les había dado una segunda oportunidad y que pensaba aprovecharla al máximo.

Álex enseguida se recuperó de esa noche y las pesadillas fueron desapareciendo gracias a Amy. Cada día con su sonrisa, su felicidad y sus demostraciones afectuosas, consiguió que él se diera cuenta de que todo ya había pasado, que ella estaba viva y lo más importante, que estaban iniciando juntos una nueva etapa en su vida.

Isabel y Patricia pasaron bastante tiempo con ellos para ver cómo estaban. En ese momento, todos tenían la necesidad de estar más unidos que nunca y las consuegras se hicieron inseparables, tanto, que sus propios hijos tenían que controlarlas para que no se desmadraran mucho.

El día de Nochevieja, todos se reunieron en casa de Álex y Amy para celebrar el año nuevo, pero tuvieron que tomarse las uvas en la sala de espera del hospital. Raquel se había puesto de parto y a las doce y media de la noche, dio a luz a un niño precioso al que pusieron el nombre de Pablo. María estaba encantada con su hermanito y no se separaba de él.

Amy y su madre, con sus ahorros y un crédito, volvieron a abrir un negocio, pero nada tenía que ver con el London. Cuando Álex comenzó a trabajar en la redacción del periódico local como diseñador gráfico, habló con Isabel y entre los dos, el día del cumpleaños de Amy, la sorprendieron cuando le mostraron su academia de baile. Amy iba a cumplir uno de sus sueños: ser

profesora de danza. Lloró como una niña al ver el regalo de su madre y su novio y no pudo sentirse más afortunada de la familia que tenía.

María, no lo dudó, y se apuntó a la academia de su tía para seguir su formación en la danza. Además, Isabel ayudaba a su hija con las gestiones. Ella estaba en la oficina de la entrada recibiendo a las madres que venían con sus hijas, mientras Amy daba sus clases. Algunos días, Patricia iba a visitarla y se tomaban un café mientras charlaban durante horas.

—Pues ya hemos acabado por hoy. Nos vemos la próxima semana —se despidió Amy de sus alumnas.

Pero María, sin dudarlo, y antes de encaminarse a los vestuarios, se acercó a su tía para darle un fuerte beso en la mejilla. Amy miró con una sonrisa cómo salía corriendo. Agotada, cogió su botella de agua y dio un trago mientras ponía una canción en el reproductor. Dejó la botella en el suelo y colocándose en el centro de la sala, comenzó a moverse.

—Buenas tardes, Isabel —saludó Álex al entrar en la academia—. ¿Amy está en clase?

Isabel miró su reloj de pulsera.

—Me imagino que habrá terminado ya. Por cierto, está tu madre aquí. Ha venido a recoger a tu sobrina. ¿Qué tal el trabajo?

—Tengo mi mesa llena de papeles. —Sonrió—. Al menos el London era más entretenido.

—Sí, yo también lo echo de menos.

—Voy a ver qué hace tu hija. —Le guiñó un ojo y avanzó por el pasillo hasta llegar a la sala.

Pero en vez de entrar, se apoyó en el quicio de la puerta al verla bailar. Llevaba una camiseta ancha rosa, unas medias, las zapatillas de baile, unos calentadores y un *culote* negro y su cabello estaba recogido en una coleta alta algo desaliñada, pero estaba preciosa. Como siempre. Le encantaba verla bailar. Era una maravilla para la vista.

—Jamás me cansaré de mirarte, Angelillo.

Ella se sobresaltó al escucharle y se detuvo. Se giró para mirarle y le sonrió mordiéndose el labio inferior. Estaba tan guapo como siempre y esa sonrisa que le mostraba la volvía loca. Se acercó al reproductor de música para apagarlo y le hizo una señal con el dedo índice para que se acercara a ella. Cuando lo hizo, Amy le rodeó la cintura con los brazos.

—Has salido hoy pronto de trabajar.

—Hoy sí. —Posó sus manos en sus nalgas—. Así que he venido a buscarte.

Al notar cómo Álex le tocaba el culo, Amy puso los ojos en blanco. A pesar de los años que llevaban juntos, esa parte de su cuerpo le seguía volviendo tan loco como el primer día.

—ECHO de menos que trabajemos juntos. —Le besó la barbilla—. Cómo me metías mano entre cigarrillo y cigarrillo, nuestros bailes mientras limpiábamos, jugar en el almacén. —Rio pícaro.

—Cariño, estás desatada últimamente. ¡Más que yo!

—Lo sé, pero tiene su explicación.

Álex alzó las cejas.

—¿No estarás insatisfecha?

Ella soltó una carcajada y negó con la cabeza. Se puso de puntillas para besarle con ternura.

—Álex, tengo que decirte algo... —susurró cogiendo una de sus manos.

Pero no pudo continuar. Los gritos de su madre y de Patricia comenzaron a oírse por toda la academia. Parecían enfadadas y con ellos. ¿Qué les pasaría ahora?

—¡La madre que os parió a los dos! —espetó Isabel sosteniendo algo en las manos—. Primero nos enteramos de que sois novios por el periódico y ahora de que vamos a ser abuelas porque me he puesto a limpiar los baños y he encontrado esto encima de la repisa. —Les mostró el predictor.

Amy fulminó a su madre con la mirada. Estaba a punto de contárselo a Álex y ella le había estropeado el momento. Él cogió el predictor y al ver las dos líneas rosas, se giró hacia su chica sorprendido. Sin decir nada, empujó a su madre y a su suegra para que salieran. Quería estar a solas con su chica. A pesar de las quejas de las mujeres, Álex consiguió echarlas y echó el pestillo.

—Álex te lo iba a decir ahora mismo, pero Dios, mi madre es...

La boca de Álex contra la suya la interrumpió. La cogió en volandas y giró con ella mientras sonreía contra sus labios.

—¿Pero por qué no me lo has dicho antes, mi amor? —preguntó entre beso y beso.

—Porque me he hecho la prueba hace una hora. Pensaba decírtelo cuando estuviéramos a solas, pero mi madre es una oportuna —dijo con ironía, pero feliz.

—Joder, cariño. No sabes cuánto te quiero. —Volvió a besarla.

La dejó en el suelo y posó la palma de la mano abierta sobre su vientre. No daba crédito. Un hijo suyo crecía en su interior.

Tras más besos, abrazos, sonrisas y decenas de te quiero, Amy fue a

cambiarse para regresar a casa. Apagó las luces y se reunió con Álex, su madre y su suegra en la oficina.

—Anda que... —comenzó a decir Patricia—. Nos enteramos de que sois pareja por la prensa y ahora de que estás embarazada porque Isabel ha encontrado el predictor. ¿Qué va a ser lo próximo? ¿Qué os habéis casado en secreto?

Álex y Amy se miraron y se sonrieron con complicidad antes de alzar sus manos derechas para que vieran los anillos que tenían en sus dedos anulares. Ambas mujeres abrieron la boca.

—¡La madre que os parió, que somos nosotras! —gritaron a la vez.

—¡Pero tranquilas! —dijo Álex—. En un par de años organizaremos una ceremonia para celebrarlo con toda la familia.

—Sí, mamá, y te prometo que me pondré vestido blanco, miraremos las flores y todo eso que te hace tanta ilusión.

Aquello ablandó un poco a Isabel y asintió comenzando a organizar en su mente adónde llevaría a su hija para comprarse un vestido de novia.

Hacía tres meses que se casaron en los juzgados en secreto. Solo acudieron a la ceremonia Marco y Noelia, la policía que conocieron aquella noche. Necesitaban dos testigos.

Por lo visto, Marco la había estado persiguiendo hasta que la chica aceptó salir con él. Se le veía a la legua lo colado que estaba por ella y ella por él.

Decidieron casarse en secreto debido a que no querían una boda estresante con sus familiares agobiándolos en cada cosa que iban preparando. Ellos eran felices con las cosas más sencillas.

Tras cerrar la academia, regresaron a casa y pasearon junto con Lennon por los alrededores del que se había convertido, sin ellos planearlo, en su hogar. A pesar de sus cuatro años, el perro seguía comportándose igual que cuando era un cachorro y para desesperación de Álex, Amy seguía dejándole subirse al sofá y a la cama, además de continuar dándole de su comida.

Tras cenar y recoger, Álex se sentó en el sofá y cogió la mano de Amy para tirar de ella y sentarla en su regazo.

—Te quiero.

—Yo también te quiero, Álex. Más que a mi propia vida. —Se inclinó para besarle mientras él metía una mano bajo la camiseta de su pijama para acariciarle el vientre.

—Eso ya lo vi, pero no lo vuelva a hacer, ¿entendido? —Sonrió comenzando a desnudarla—. Pero no pensemos en eso, ahora quiero hacerte el amor hasta

que amanezca. ¿Te parece bien?

—¿Y si yo no quiero? —dijo pícara cerrando los ojos para disfrutar de sus besos en el cuello.

Álex sonrió juguetón y la miró a los ojos.

—Tú verás, cariño, pero recuerda. *No me rindo contigo.*

FIN

Agradecimientos

Hay tanta gente a la que quiero agradecer que no sé por dónde empezar, ya que son muchas las que me sobrellevan cuando escribo una historia.

Primero, a mis padres y a mi hermano, porque es mucho lo que me soportan en casa y el aguante que tienen a veces conmigo en mi época de estrés máximo.

A mi gran amiga y compañera de letras, Sandra. La fan número 1 de Álex y Amy y su historia. Gracias por todo el apoyo, por aconsejarme y por tu sincera opinión con esta novela. Sabes que te aprecio muchísimo y que quiero seguir contando contigo en próximas historias. Gracias por ese perfecto y maravilloso Booktrailer de *No me rindo contigo*. No podría haber quedado mejor. Hay tantas cosas por las que tengo que agradecerte, que me daría para otro libro, así que: ¡GRACIAS!

Gracias a dos locas que son inspiración pura y que han estado ahí para responder cada una de las preguntas que les hacía siendo partícipes de mis historias. Mari, Alexia... me alegra saber que siempre puedo contar con vosotras cuando os necesito.

A Moruena Estríngana, porque sin ella, creo que no crecería tanto como persona y como escritora. Me has enseñado grandes cosas y has estado ahí apoyándome y alegrándote por mis pequeñas victorias en este complicado mundo. He ganado una gran amiga contigo.

Al resto de mis lectoras cero: mi paisana, Noelia, mi Noelia valenciana, Mari, Alexia y María van Hoof. ¡Me ha alegrado mucho conocerte! Sabes que tú y yo compartimos mucho el pasado verano y gracias a esto, entre las dos creamos otra maravillosa historia, porque un trocito de esa novela, te pertenece.

A mi grupo de futuras profesoras locas favoritas: Susana Álvarez, Elia Bastida, Laura Benedí, Marta Crespo, Marta Faus, Marta Flores, Teresa García y Jone García (y en orden para no perder práctica en nuestros infinitos trabajos). Gracias por todo lo que soportáis las agonías en épocas malas y por alegraros conmigo al cumplir este pequeño sueño que tengo.

A Mónica, por apostar por esta historia y por la paciencia que has tenido conmigo. Gracias por cuidar esta novela y hacerla crecer más.

Esto es algo raro, pero también quiero agradecer esta novela a sus protagonistas, porque sin ellos, no sería lo mismo. Mucha gente dice que los escritores creamos a los personajes, cuando a veces, ellos nos transforman a nosotros y nos enseñan muchas cosas. Y yo con todos ellos, he aprendido mucho. Amy, Álex, Lennon, María, Isabel, Raquel, Patricia... todos y cada uno de ellos son

imprescindibles en esta novela. He llorado con ellos, he sufrido, me he reído, me he enamorado y me han hecho sentir todas las emociones. Estaría toda la vida escribiéndoles y decirles adiós fue muy duro, pero ver que ahora, otras personas disfrutan de ellos, les descubren y sienten lo que esta novela expresa, es algo muy emocionante para mí y que me colma de orgullo. Jamás podré decirles adiós, pues seguiré redescubriéndoles siempre que les necesite cerca de nuevo.

Probablemente me deje de nombrar a muchísima gente, pero quiero agradecer a todas esas personas que me apoyan y que me leen, o a ti, que estás leyendo esto, si es lo primero que descubres de mí, gracias por darme una oportunidad.

Y por último, a toda todita mi familia (esto va para largo): Gracias a mi abuelo: Félix; a mis abuelas: Nati y Luisa. Y también a: Mari, Miguel, Petri, Luisa, Felipe, Alejandro, María José, Miguel, Sofía, Sole, Macu, Basilio, Susana, Javi, Benja, Diana, Isi, Roberto, Patricia, David, Teresa, Alberto, Raquel, Diego, Felipe, Laura, Eleazar, Ana, Joni, Sara, Daniel, Irene, Cintia, Félix, Nuria, Miguel, Carmina, David, Cristina, Gabina, Santiago, Candela, Victoria, Pilar, María, Luna, Tania, Pauli, Santi, Valvanera, Rodrigo, Rodrigo Jr., y a toda mi familia de mi adorado pueblo. Es los

próximos agradecimientos os pongo, pero recordad que sois muchos. ¡Vayamos por tandas!

Y ya no sé qué más decir, pues no hago más que repetirme, así que lo haré por última vez: GRACIAS, GRACIAS, GRACIAS.

Facebook: Clara Álbora

Instagram: claarita96

Twitter: @claraalbori

TÍTULOS PUBLICADOS

- Ciencia ficción:
 - El gen Alexander.
 - Los últimos libres.
 - La aritmética del caos.
 - La Tierra estuvo enferma.
 - La guerra de los imperfectos.
 - No serás nadie.
 - Quasar, antología hard SF.
 - Quasar 2, antología Ci.Fi.
 - Fracasamos al soñar.
- Fantasía:
 - Crónicas de la Magia Sellada.
 - Eraclea - La leyenda de la semilla dorada.
 - El corazón del tiempo. / Saga Bellenuit - vol.1/3
 - La Octava punta de la estrella. / Saga Bellenuit - vol.2/3
 - La cronarca sin sombra. / Saga Bellenuit - vol.3/3
 - Los hijos de Lugh.
 - Tres profecías. / Saga Íroas, Hijos de los dioses - vol.1/2
 - Éter. / Saga Íroas, Hijos de los dioses - vol.2/2
- Terror:
 - El olor de las hojas muertas.
 - Insomnio.
 - La última ronda.
 - Zementerio.
- Thriller:
 - El amargo despertar.
 - El diario del hachís.
 - El matarratas.
 - Los números de la fe.



- Más romántica:

- ♡ Balada de amor para un soldado.
- ♡ Déjame quererte.
- ♡ Entre acordes.
- ♡ Entre la mentira y la ilusión.
- ♡ Herido.
- ♡ Juramentos de Sangre.
- ♡ La vida en violeta.
- ♡ Me enamoré mientras dormía.
- ♡ Me enamoré mientras mentías.
- ♡ No escuches al viento.
- ♥ No me rindo contigo.
- ♡ Permíteme amar otra vez.
- ♡ Rock, amor y pepperoni.
- ♡ Tras los besos perdidos.
- ♡ Tu sonrisa mueve mi mundo.
- ♡ Un amor inesperado.
- ♡ ¿Sabes una cosa? Te quiero.
- ♡ Secretos de arena.
- ♡ ¿Te confieso una cosa? Te amo.
- ♡ Venus - Antología Romántica.

¡VISÍTANOS!



Rock, Amor y Pepperoni

MARÍA JESÚS JUAN & MARTA EM



novela
de
amor

Rock, amor y pepperoni

Juan, María Jesús

9788494529559

286 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Si te gustan las buenas historias new adult, con romance, muchos líos amorosos, y amistad, esta es una gran novela. Dos hermanas que vivirán el amor a ritmo de rock, dos chicas jóvenes que encuentran el amor en un viaje, que las hará descubrir más sobre el amor y sobre ellas mismas. Extremoduro es su banda favorita. Sus amigos están algo locos. Esta es la novela que habla de más de una relación de amor, y todo a ritmo de rock y muchos, muchos líos. ¿Qué locuras se pueden cometer por amor? ¿Y por amistad? La fórmula de la novela que tiene en sus manos es la siguiente: ¡Unas hermanas que llevan mucha gasolina! Más un conquistador nato... Más un chico que ama a su perra por encima de todas las cosas... Más otro con muchos miedos. Más unos amigos que te acompañarían al fin del mundo. Más un concierto de Extremoduro... Más ¡¡la aparición en escena de una peculiar pareja que no entraba en los planes de nadie!! ¿Puede cambiar tu vida por culpa de unas llaves? Si te llamaras Irene Medina sí... Una novela con mucho ritmo, la receta perfecta para olvidarte de todas tus penas.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



QUASAR⁶

ANTOLOGÍA CI.FI

ALEJANDRO TARÉ - CRISTINA GUTIÉRREZ
CRISTINA MARTÍNEZ - DIONI ARROYO - JORGE OLIVERA
JOSÉ RAÚL CAMACHO - MIGUEL MATESANZ
MARÍA ANGULO - NIEVES DELGADO
LLUVIA BELTRÁN - VÍCTOR M. VALENZUELA

novel
fiction
antología

Quasar

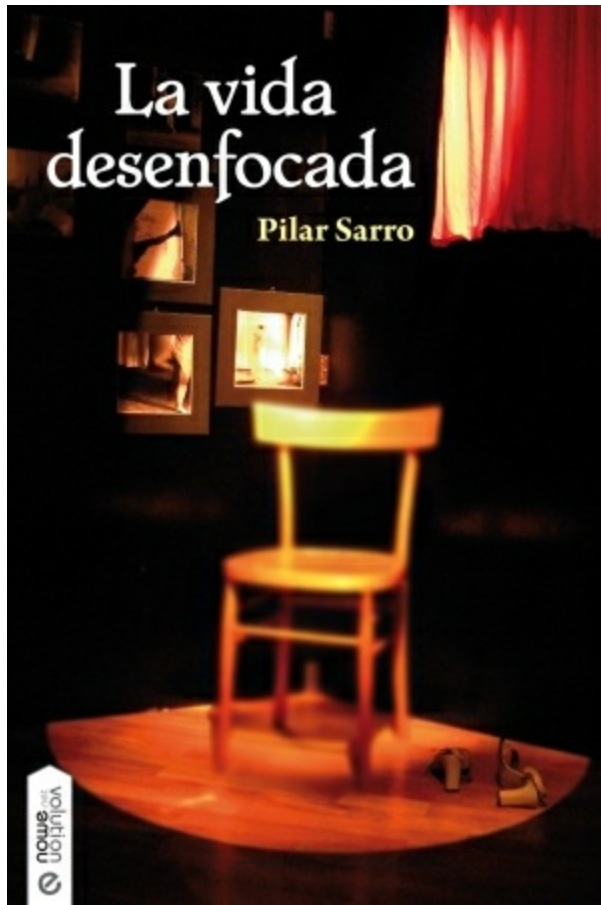
Varios autores
9788416936458
190 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Estimado lector, volvemos una vez más llamando a su interés, a su conciencia. Si tiene este ejemplar entre las manos es gracias a cinco mujeres y seis hombres que, amantes de la literatura de ciencia ficción, han querido compartir sus relatos con todos nosotros. Los once relatos que componen esta nueva antología de ciencia ficción tienen un mensaje desde el futuro hacia nuestro presente.

Acontecimientos más que posibles en una realidad que cada día está más desdibujada y que nos acercan a posibilidades inquietantes. Ciberpunk, transhumanismo, distopía, bioingeniería, control neuronal, espacios virtuales, las nuevas tecnologías, descubrimientos de nuestro futuro como especie que llegan del espacio exterior, la dependencia tecnológica, tripulaciones que recorren el espacio con más o menos fortuna. Todos recorren un viaje que los once escritores han creado para nosotros, para enfrentarnos a nosotros mismos, y permitirnos soñar en mundos lejanos en apenas un segundo. Disfruten del viaje.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



La vida desenfocada

Sarro, Pilar

9788493826659

550 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La metamorfosis de los personajes en el núcleo central de la obra y Pilar Sarro ha conseguido trasportarnos hasta estas vidas, "tan normales" que nos hace partícipes de ellas sin apenas darnos cuenta. Dejamos atrás la era franquista de nuestro país, para descubrir las nuevas visiones sobre la vida que ya explotaban fuera de nuestras fronteras. Sinopsis Mateo, un joven recién licenciado en psicología, no sabe cómo enfrentarse a su vida de adulto. En tanto encuentra un trabajo a su medida, decide ofrecerse como voluntario en una pequeña asociación de atención al indigente. De la mano de una coordinadora y otro voluntario, se adentrará en la noche madrileña, ofreciendo café y bocadillos a las personas sin hogar. En ese contexto se produce el encuentro con una mujer madura, Carmen, en la que creará reconocer alguien olvidado. A través de las conversaciones entre estos dos personajes, sabremos del pasado de Carmen, desde su nacimiento en un pueblo perdido de la provincia de Teruel, hasta su llegada a Madrid a ejercer su profesión de actriz teatral. En medio, asistiremos a su vida de estudiante en la Sorbona de París, sus primeros trabajos en los teatros parisinos, el rechazo de su familia, o sus amores contrariados. Esos relatos ayudarán a Mateo a sobrevivir cuando su tranquila vida se ve interrumpida con la muerte

de su padre; y a Carmen a aceptar que la ayuda de los otros no implica perder la dignidad.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



¿Sabes una cosa? Te quiero

Estríngana, Moruena

9788494435782

366 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

"Vuelve la escritora de novelas románticas más adictiva del 2015, sus historias tienen intrigas, pasión y no vas a dejar de leer cuando hayas comenzado." Sinopsis Hay que tener cuidado con los sueños, pues cuando llegan, te toca lidiar con ellos y no siempre son como esperabas... Bryan y Lusy tienen el mismo sueño, ambos desean ser chef y es por eso que ambos tratan de entrar en un concurso televisivo para lograr su meta. La mala suerte del destino hace que Bryan pase y Lusy se quede a las puertas del sueño. Las vidas de ambos van por caminos separados. Bryan se hace un cocinero famoso que vive por y para su trabajo. Lusy ha dejado de lado su sueño por falta de dinero, pues costearse buenos cursos no es tan fácil y menos cuando tus padres no te apoyan y piensan que ser chef no es tan bonito como parece. Pero lo que ambos no esperaban era que la vida los juntara de nuevo, que sus caminos una vez más tuvieran un punto de unión. Donde uno está quemado por la vida que lleva y ya no se reconoce a sí mismo, otra tiene toda la ilusión por la vida que espera llevar un día. Dos almas unidas por la pasión a la cocina y por ese deseo que les quema la piel cada vez que están juntas. Un amor que nacerá a fuego lento y una pasión que arderá entre fogones.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



LOS HIJOS DE LUGH

NOAH GOLDWIN



nowe
with
delight



Los hijos de Lugh

Goldwin, Noah
9788416936083
260 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La vida de Darkos está a punto de sufrir un gran cambio: Ha sido señalado por Lugh, dios supremo celta y líder de los dioses de la luz, con el don de la inmortalidad y sentidos sobrehumanos, el guerrero druida ha nacido. Las antiguas divinidades celtas le han elegido para salvar a su pueblo, los Hijos del Sol, del exterminio. Dentro de él comienza a desarrollarse un ser cuya naturaleza es bien distinta a la humana. Poseedor de un secreto ancestral y guerrero innato, es el encargado de acabar con el cruel destino que el rey de Inglaterra ha marcado para los suyos. La guerra se acerca, la batalla entre dos ejércitos enemigos está a punto de culminar una era de torturas y desgracias. Los Hijos del Sol se han alzado, están preparados para el combate final y Darkos será el abanderado de toda una raza que sellará el destino de todo su pueblo. La leyenda de Darkos comienza: batallas, Historia, amistad, pasión, sangre, mitología celta, un origen alternativo a los primeros vampiros que se conocen y mucho más te esperan en esta fabulosa novela de fantasía oscura.

[Cómpralo y empieza a leer](#)